

QZ 4 P438c 1914

12531070R



NLM 05087915 6

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE





Wellfare, Public

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE



Health Service

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE



Bethesda, Md.

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE



U.S. Department of

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE



Health, Education,

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE



and Welfare, Public

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE



Health Service

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE



Bethesda, Md.



and Welfare, Public



Health, Education,



U.S. Department of



Bethesda, Md.



Health Service



and Welfare, Public



Health, Education,



U.S. Department of



Wellfare, Public



Health Service



Bethesda, Md.



U.S. Department of



Health, Education,



and Welfare, Public



Health Service



Bethesda, Md.



and Welfare, Public



Health, Education,



U.S. Department of



Bethesda, Md.



Health Service



and Welfare, Public



Health, Education,



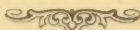
U.S. Department of



COMPENDIO
DE
PATOLOGIA GENERAL

POR EL
Dr. HIGINIO G. PEREZ

PROFESOR
DE LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA HOMEOPATICA DE MEXICO



Natura morborum medicatrix.
HIPÓCRATES.

Similia similibus curantur,
HAHNEMANN.



MEXICO
IMPRESA DE J. I. MUÑOZ.—5ª DEL CARMEN 88
1914

1500

L.R. Cámara
Méjico, 1-21-1921.

Annex

Qz

4

P438c

1914



PROLOGO

Ninguna página de este libro ha sido tan discutida, borrada y corregida como la del presente exordio, por el natural temor de parecer sobradamente afectado o punto menos que vulgar. La fácil palabra que naturalmente se insinúa por su claridad y sencillez, no siempre brota de una manera espontánea, hay que buscar y rebuscar palabras, giros y frases con que expresar lo que por viejo tiene mucho de cansado. Ante esta perplejidad, he dejado correr la pluma por la senda variada que cabe a la veleidosa imaginación, con el fin de ir haciendo traspasar a los lectores por los dinteles de esta humilde antesala, con el natural temor de que no sea muy buena desde esta primera impresión, y vaya a peor, a medida que se vayan recorriendo los diversos departamentos de doctrinas y métodos que pretendo bosquejar, y que ya han sido dibujados y coloridos con sin igual donosura por muchos maestros patologistas. Pero supla la buena voluntad a la carencia de ingenio y aliénteme

la benevolencia del lector, para poder seguir con igual entereza un trabajo al que he consagrado mis afanes y desvelos durante algunos años. Dedico mi trabajo a la juventud estu-
diosa que sin fijarse en alicientes de vanidad, acude a nuestras modestas aulas ansiosa de nutrir su entendimiento con la Doctrina de Hahnemann, cuyas verdades accesibles sin esfuerzo, fácilmente convencen y cautivan. El anhelo de difundirlas, me impulsa a emprender un trabajo muy grande, dadas las medidas de mi esfuerzo.

Nada llega al entendimiento sin que antes pase por la requisitoria de los sentidos, nada inclina mejor la voluntad en una nueva conquista, que ofrecer a la primera impresión, lo más aliñado y perfecto, para que al traspasar los dinteles se tenga alboroto de recorrer el fondo del edificio en espera de gratas sorpresas que hablen armónicamente al entendimiento sin fatigarlo. De la primera impresión depende no pocas veces la suerte de cualquiera empresa, de las primeras frases el éxito de los tribunos para que sean árbitros del auditorio, de las primeras páginas también la suerte de un libro, para no vivir encerrado en vez de abrir sus páginas e impresionar con su lenguaje mudo a los avaros de la ciencia.

Si acometo esta empresa tan ardua y tan difícil, no es porque piense alcanzar la medida para tamaña empresa, sino por el afán de ser útil a mis compañeros de apostolado y a la noble juventud que se encarrila por la nueva senda de los métodos positivos de la medicina, planteados y solucionados por el mayor de los

ingenios en Medicina, por el inmortal Hahnemann, gloria de la humanidad y pasmo de los siglos presentes y futuros.

Innumerables médicos han laborado en este asunto, consagrando sus actividades con el fin de esclarecer y conformar este importante estudio, amplio en su comprensión y profundo en sus concepciones, logrando exponer y definir con toda donosura su objeto y sus horizontes, logrando encuadrar en oro de subidos quilates, una obra acabada, dechado de perfecciones y de ingenio, verdadera presea del entendimiento. De estas fuentes he tomado las gotas que aquí intento cristalizar, no porque puedan adquirir mayor transparencia a mi contacto, sino con el fin de ajustarlas convenientemente a la doctrina de Hahnemann, que no reconoce otro principio que el ofrecido por la naturaleza en sus trabajos de conservación y reparación del organismo viviente. *Similia similibus curantur*, en su sentido más lato quiere decir, *semejante a como lo hace la naturaleza*.

Si enseñar a seguir las huellas que marca la naturaleza no es una obra de mérito y progreso, entonces serían vanos todos los esfuerzos y tiempo perdido todo el empleado en esa labor fecunda que ha estrechado a la humanidad sin distinción de razas y costumbres.

Superfluo parecería el volver a espigar en el mismo campo adonde ya otros con innegable acierto y maestría lo han hecho, si otras miras y no pisadas sendas no se hubieran vislumbrado desde el punto de vista de la nueva Doctrina, siempre pródiga en enseñanza y cultivadora de la verdad.

La ciencia homeopática ha transformado no solamente la Terapéutica, fijando su relación con la enfermedad de una manera terminante y axiomática, también ha provocado una verdadera evolución en las demás ciencias íntimamente ligadas con las que tienen por fin el restablecimiento de la salud.

Con el material acumulado en el transcurso de los siglos por los sabios médicos de la antigua escuela y con el valiosísimo acopiado por el fundador de la Homeopatía durante más de cuarenta años de incesante estudio, puede fundarse una verdadera patología positiva, agena a disquisiciones y utopías que más sirven para desviar el criterio que para llevarlo por la vía de la verdad conquistada por inducción rigurosa.

La comunión de ideas inspiradas en una misma verdad, es el vínculo más fuerte que puede unir a los hombres sobre la tierra, así sean distintos en creencias razas y costumbres. La inteligencia necesita donde reflejarse y busca naturalmente el consorcio de otras inteligencias para dar ensanche a sus nobles y levantadas aspiraciones. El pasaje bíblico de la confusión de lenguas al pie del monumento de Babilonia, es un bello símbolo del apartamiento de los hombres y disolución de las sociedades cuando falta vínculo que los acerque y los congregue: este vínculo es la verdad, que lo mismo en las religiones como en las ciencias, da la necesaria unidad que es su fortaleza. La verdad es para nuestras adquisiciones intelectuales lo que es la atracción en la naturaleza: une, combina, conforma y consolida. La

verdad desde el punto de vista científico, metodiza, define, desenvuelve y completa: fija lo vago, da luz á lo obscuro, elimina lo inútil y forma con ayuda de todos los elementos, unidades colectivas.

La humanidad en su incesante lucha por conquistar el ~~bellocino~~ de la verdad, siempre seductor, se reparte el trabajo, suma sus esfuerzos, los multiplica con la palanca de su genio y con las más altas concepciones que conquista, logra compaginar la historia de la ciencia que es la verdadera historia del hombre como ser inteligente.

La ciencia no tiene patria ni lenguaje, adonde está el hombre que la cultiva, allí está el país de la ciencia, de la ciencia que traduce sus enseñanzas en todos los idiomas y las graba en el papiro, en la piedra o en el bronce. Los hombres unificados por una misma creencia, se asocian: los que siguen análogos procedimientos guiados por una verdad en la asecurión de un mismo fin, se hermanan, no con el parentesco efímero de la sangre, sino con otro que es indisoluble y eterno: *la verdad*.

Una ciencia abstracta como la Patología General que trata principalmente de doctrinas y métodos, como dice Jouset, podría llamarse también la *Filosofía médica*; pero así limitada, no pasaría de ser una metafísica infecunda que para los actuales tiempos de la observación y de la experiencia, sería inútil y anacrónica. Por eso a la gimnasia verdaderamente intelectual, debe suceder el resultado práctico, la aplicación inmediata. Este estudio sintético de la enfermedad que teóricamente se es-

tudia, debe servirnos para llegar fácilmente a esta misma síntesis por medio del análisis del enfermo. Sin ésto, cualquier conocimiento resultaría estéril y tiempo perdido el gastado en discutir teorías que si dan pábulo al espíritu, en cambio no pasan de ser ensueños saboreados durante la vigilia.

Este libro que pronto recibirá el anatema del dogmaticismo, está inspirado en las más altas concepciones de la verdad médica cuya fuente no puede ser otra que la emanada de los principios homeopáticos.

El horizonte que se contempla desde la cima de la verdad tiene otro aspecto que el presentado por la duda y el error. En aquel se diseñan a la perfección los contornos y perfiles, se marca el claro y oscuro, se diferencia el colorido y se tiene la sensación de la distancia; mientras la duda y el error, fingen espectros, cambian los perfiles, deforman y desfiguran las superficies, borran los colores y hacen perder las nociones geométricas como respectivamente sucede con la luz del día y las sombras de la noche. Desde el punto de vista de la verdad homeopática, las enfermedades se presentan al ojo del observador tal como son: sus manifestaciones naturales no sorprenden porque no se perturban, su marcha se sigue fácilmente y sin tropiezo, su duración puede fijarse casi siempre hasta su natural terminación sin perder de vista las modalidades que ofrece la idiosincrasia del paciente o sea la individualidad morbosa. Pero cuando se olvida el médico del sendero trazado por la verdad y se pierde en inútiles conjeturas, entonces el panorama del

estado morbosos cambia de aspecto: se borra el objetivo, los síntomas mal interpretados se contrarían estorbando la marcha natural de la enfermedad, y por último, puede fijarse la fecha inicial de la enfermedad, pero se ignora por completo el tiempo de su duración, de su término y desenlace.

He procurado en el presente trabajo metodizar lo mejor posible la materia, para facilitar su exposición y asimilación, haciendo menos oneroso un estudio tan falto de atractivos y tan lleno de tropiezos para los que no intentan profundizar especulaciones de ciencias abstractas.

En algunos puntos me aparto por completo del modo de pensar de muchos autores, cargando la responsabilidad y aceptando las acerbias críticas por mi disidencia que no tiene pretensiones de operar reformas trascendentales en la medicina, pero sí de proponer reformas de lenguaje en una ciencia que se ha formado acopiando datos y términos en un lenguaje que el acaso le ha ofrecido, sin llegar a unificar su modo de ser ni su léxico, como debiera haberlo hecho si pretende ser una ciencia netamente constituida. Este desbarajuste en las ciencias médicas y el barbarismo de que adolece en su terminología, es prueba palpable de su origen netamente empírico.

Si es mucho mi atrevimiento, no vacilo, porque la indiferencia del sabio y el desdén de los ignorantes, no son parte para hacerme desistir de mi modo de pensar que es en mí una segunda naturaleza y la manifestación de un carácter independiente.

La Patología General debe ser el complemento filosófico de la doctrina terapéutica. La Patología y la Terapia deben darse la mano para caminar inseparables y ser las columnas de la ciencia médica.

Concluiré el preámbulo de mis apuntamientos, repitiendo el párrafo primero de la incomparable obra de Hahnemann, llamada Organización: *La primera y única misión del médico es devolver la salud a los enfermos: esto es lo que se llama curar.*





INTRODUCCION

Para intentar la definición de la ciencia, objeto de las presentes páginas, necesitamos antes saber el sitio que le corresponde entre las ciencias (médicas.)

La Medicina como ciencia y como arte, tiene por objeto el conocimiento del hombre en el estado normal o fisiológico y en el estado anormal o morbozo; y por fin, la conservación o el restablecimiento de la salud.

La Medicina es una ciencia porque se compone de un conjunto de verdades experimentalmente adquiridas y teóricamente dispuestas en forma de doctrina. Es arte porque da preceptos o reglas para dirigir los actos intelectuales a un fin determinado.

La Medicina tiene relaciones estrechas con las ciencias económicas y políticas desde el momento que estudia al hombre en sus múltiples relaciones con la naturaleza con el fin de mejorar las condiciones de su existencia.

Las nociones de la ciencia y los preceptos del arte se vinculan de tal manera, que no pue-

den concebirse aislados: el sabio y el artista son uno en la práctica de la medicina. La ciencia se funda en procedimientos de examen y de investigación que exigen ejercicio y habilidad de artista; el arte, a la vez, dirigido por los conocimientos adquiridos, realiza las concepciones de la ciencia.

La Medicina según su objeto y sus fines, demanda cierta suma de conocimientos indispensables según que se considere al hombre sano o enfermo. Es decir, que necesitamos conocerlo en el estado de salud para que sirva de unidad de comparación respecto al morbo.

El estudio de su organización es tan indispensable como el del funcionamiento de estos órganos y conocer como se conservan en perfecta acción estas partes integrantes para que el todo siga su evolución normal en el transcurso de su natural existencia. Y cuando por cualquier accidente este funcionalismo se perturba, es necesario saber como podremos encarrilarlo a su estado fisiológico.

Organismo humano en estado de salud	{	Anatomía normal
(Conservación del individuo)		Fisiología normal
(Conservación de la especie)		Higiene
		Tocología

Organismo humano en estado morbo	{	Anatomía patológica
		Fisiología patológica (o Patología)
		Terapia
		Ginecopatía.

Como se vé, la Patología que abarca la lesión y las funciones anormales, (Anatomía y

Fisiología patológica) estudia las perturbaciones orgánicas y funcionales del hombre en el estado morbozo. La salud es un estado de equilibrio que resulta de la integridad de los órganos y de las funciones de éstos.

La Patología como toda ciencia puede considerarse desde un punto de vista abstracto: o desde un punto de vista concreto: en el primer caso se llama Patología General y en el segundo Patología especial.

Pero antes de dar principio a la tarea, vamos a dar una hojeada a los diversos sistemas que han dominado en medicina, en seguida pasaremos revista a los diversos conceptos y extensión dados al estudio de la Patología general y por último, trazaremos el plan de la obra y el camino que habrá de seguirse para abarcar un conjunto de lo que a la materia se relaciona.

*

I

HOJEADA A LOS SISTEMAS MÉDICOS

La Medicina es hija del sufrimiento: la engendró el sentimiento intuitivo de la conservación. El ser que sufre vuelve los ojos a todo lo que le rodea en busca de lenitivo. El hombre, obedeciendo al más noble impulso de su corazón, no puede ser testigo impasible del sufrimiento de sus semejantes sin tratar de aliviarlo o compartir con ellos sus dolencias. El egoísmo y el altruismo son los verdaderos progenitores de la medicina, la cual no pudo tener otra cuna que el empirismo ungido por la mano

de los dioses a cuya cólera se atribuía el origen de todos los males.

Pasan los tiempos, y el hombre en su incesante lucha con la naturaleza, apenas si descubre uno que otro secreto oculto en el misterio y condonado como un favor especial del cielo a una casta privilegiada. La medicina teocrática es la dispensadora de la salud temporal y eterna de la pobre humanidad.

Con lentitud desesperante prosigue la humanidad su marcha sobre la tierra cargando con sus dolores sin que haya sorprendido todavía la anhelada panacea que mitigue sus sufrimientos. El nuevo y siempre antiguo Prometeo en vano se debate por librarse del acerbo dolor que desgarrá sus entrañas, si en su mismo ser lleva el puñal y el veneno que habrán de dar fin a su existencia transitoria.

Pitágoras, Alcmeón de Crotona, Heráclito, Anaxágoras, Demócrito y Empédocles de Agrigento, abarcan en sus contemplaciones e investigaciones la naturaleza entera, fijando su atención en el estudio del hombre sin que pasen sus investigaciones de infundadas hipótesis forjadas al calor de la imaginación.

Acrón de Agrigento sospechó los beneficios de la experiencia. Euríphon escribió las sentencias cnidianas, Aegimius estudió el pulso, Iccus de Tarento el régimen y Herodicus, las ventajas de la gimnástica.

Estos esfuerzos aislados no podían constituir una ciencia. Hipócrates hijo de Heráclito y descendiente de los Asclepiades, recogió valiéndose de la tradición, muchos datos y sentencias que multiplicó con sus investigaciones

logrando fundar el método experimental. Dotado de excelente juicio y de verdadero genio, describe con toda precisión sus observaciones, separa la filosofía de la medicina, descubre e inscribe en páginas inmortales, los verdaderos principios de la medicina. Veinte y tres siglos lo han llamado con justicia *el padre de la medicina*; como un justo merecimiento a los servicios inmensos prestados a la humanidad hasta los tiempos presentes.

Entre las obras de Hipócrates, los *Aforismos*, las *Prenociones*, las *Epidemias* y el Tratado del *aire, aguas y lugares*, son las que realmente se atribuyen a él; y aunque reducidas casi a la simple observación de los fenómenos morbosos y con un barniz empírico, son notables por la concisión, la verdad de las pinturas o descripciones y el cuidado siempre constante de llamar la atención del lector acerca de los desórdenes de las principales funciones.

En cuanto a la Patología, sus teorías provienen de las de los filósofos y médicos que le han precedido; y en ellas se personifica a la naturaleza y se le supone un gran poder, se le conceden facultades para obrar y se le da el título de justa. Estas facultades consisten en *atraer* lo que conviene o es bueno, en retenerlo, en prepararlo o cambiarlo y en rechazar lo que es nocivo. Además admite una inclinación, una especie de afinidad que obliga las cosas semejantes a reunirse. La misma afinidad reconoce entre las diversas partes del cuerpo que convienen entre sí, compartiendo el bien y el mal que cada uno experimenta con el objeto de que el todo concorra a la conservación del conjun-

to, lo cual ha explicado con las palabras *consensus unus, conspiratio una, consentientia omnia*, palabras que dan a entender que ya conocía las simpatías o connivencias orgánicas. Acerca de la esencia de la naturaleza, Hipócrates y su escuela, veían en ella cierto calor que tiene algo de inmortal, que oye, que ve, y que conoce lo presente y lo futuro; y este ente o especie de alma imaginada es al que hacen presidir a la formación del universo en general y del cuerpo animal en particular.

En el libro de los *Pronósticos* o *Prenociones*, recomienda muy particularmente el examen de la cara y gradúa el peligro de tanto más grande cuanto más se alejan las facciones del rostro de la expresión común del estado sano. En seguida describe este aspecto de la fisonomía que precede por lo común a la muerte en las enfermedades agudas con tal exactitud que nadie ha podido perfeccionar, y que por lo tanto ha coservado hasta el día el nombre de *cara hipocrática*. Despliega la misma sagacidad en la evaluación de los signos más alarmantes sacados de la actitud de los movimientos, del estado de la temperatura del cuerpo, de la transpiración, de los ojos, de la lengua, de las encías y de los dientes; todos estos signos sonpreciados con el mayor cuidado. Aquí es donde Hipócrates se presenta verdaderamente admirable.

Hipócrates creó escuela en los tiempos de esplendor de Atenas, en el gran siglo de Pericles. Su reputación fué consagrada por Sócrates y Platón. Viajó ejerciendo su arte, como los periodentas, fué el primer clínico. Su medicina

basada en la observación, era empírica sobre todo, y no sobrecargada de hipótesis sistemáticas.

Vita brevis, ars longa, oecio princeps, experimentum periculosum, iudicium difficile, nec solum se ipsum proestare oportet opportuna facientem, verum etiam et aegrum, et assidentem, et exteriora. I. Af. Hip.

Puestas las bases de la Medicina por el anciano de Cos, apenas desaparecido éste, sus inmediatos sucesores, Thesalius y Droco sus hijos y Polibio su yerno, abandonan la vía marcada, substituyen el razonamiento a la experiencia y fundan la secta del Dogmaticismo. Dominados por la filosofía de su tiempo se entregan a la investigación de causas y efectos, se enredan en vanas sutilezas y gala tienen sus inútiles explicaciones.

Las exageraciones de esta secta hicieron nacer bien pronto otra diametralmente opuesta, la de los *Empíricos*, atenedos estrictamente a la acción de los sentidos y a la experiencia deducida de la acción *in morbis*, acabando por buscar en la razón pura sus conclusiones, este razonamiento sencillo que llamaban *epilogismo*, no era otra cosa que la inducción no fundada en sus severos principios. Los empíricos eran opositores sistemáticos de todo conocimiento anatómico y fisiológico, despreciaban toda noción general y se atenían solamente al hecho bruto. A la cabeza del empirismo figuraban Philinus Serapion, Apollonius, Glaucias y Heráclito de Tarento.

Viene en seguida Asclepiades de Prusia, esorzándose por aplicar la filosofía crepuscular

de Epicuro a la teoría médica, viendo entre la salud y la enfermedad la misma relación que entre los átomos y los poros o canales que deben dejarlos pasar. Despreciábase en esta teoría, todo conocimiento emanado de la Escuela de Hipócrates cuyos estudios los llamaba *Meditaciones sobre la muerte*.

Las huellas de este sistema y de los precedentes dieron vida al *Metodismo* de Themison y Laodiceo quienes dividían todas las enfermedades en tres clases según que dependían del *strictum*, *laxum* o *mixtum* de la fibra, dando toda importancia a los sólidos, sin fijarse en los humores, causas específicas y localización afectada.

Al propio tiempo formáronse dos sectas del metodismo, la de los *episintéticos* y la de los *ecléticos* presididas respectivamente por Leonides de Alejandría y por Archigenes de Apamea, quienes tenían la pretensión de utilizar lo mejor de las teorías para adaptarlas a la medicina.

En la misma época, Atheneo atribuyendo los principales fenómenos de la economía a la acción de un principio activo, sutil, intangible como el espíritu al que llamaba *pneuma*, fundó la escuela de los *Pneumáticos*.

Sucede a todo este cúmulo de desvaríos, el imperio dilatado por quince siglos del galenismo cuya influencia poderosa no ha dejado de sentirse hasta la época presente. Galeno funda una doctrina perfectamente regular y simétrica apoyada en los escritos de Hipócrates y Aristóteles.

Galeno nació en Pérgamo el año 131 de la

era cristiana y murió el 200: fué un anatomista consumado, hábil experimentador, patólogo eminente, filósofo distinguido. Este espíritu superior fundó una obra monumental: el gale nismo. Su tratado de la *Utilidad de las partes del cuerpo* parafrasea el aforismo de Aristóteles: *La naturaleza no hace nada en vano*. Compongo, dice, un himno a aquel que nos ha hecho.»

La Terapéutica de Galeno trata de restablecer el equilibrio entre los humores y combatir el contrario por los contrarios: contraria contrariis curantur. A los cuatro elementos: el fuego, la tierra, el aire y el agua, corresponden las cuatro cualidades principales del cuerpo, el calor, el frío, la tierra, el seco y el húmedo: y los cuatro humores dominantes: la sangre, la pituita, la bilis y atrabilis, formados por la unión binaria de las precedentes cualidades. Los cuatro temperamentos resultan del predominio relativo de estos humores: el sanguíneo, el pituitoso, el bilioso y el melancólico o atrabiliario. A estos humores y temperamentos se relacionan las cuatro grandes clases de enfermedades inflamatorias o sanguíneas, biliosas, pituitosas, y atrabiliosas y las cuatro clases de medicamentos en relación con la especie de humor que debían de evacuar.

Las teorías de Galeno no han podido borrar-se con el transcurso del tiempo a pesar de sus principios absurdos: algunos procedimientos persisten como indeleble sello de su doctrina cuyas profundas raíces en el alma del pueblo no han podido ser arrancadas por las más brillantes teorías de la medicina contemporánea.

Esto se debe a que satisface al vulgo dándole un lenitivo pasajero que las más de las veces se trueca en perjuicio irreparable.

Paracelso fué un temible adversario de Galeno. Los elementos mencionados los substituyó por la sal, el azufre y el mercurio. Imbuido en las quimeras de la alquimia y la astrología, se entregó a todos los devaneos de su imaginación.

Los *Quimistas* como Van Helmont, Sylvius, Deleboe, Wedel, Bontekoë Fachenius, quisieron convertir la economía animal en una especie de laboratorio donde las combinaciones, las efervescencias, las fermentaciones, las precipitaciones debían de efectuarse como en los recipientes mertas. Creyendo dominar por este medio los fenómenos orgánicos, los *Quimistas* prodigaron los más activos agentes médicos ejerciendo una desastrosa influencia en un gran número o más bien en todos los enfermos.

A mediados del siglo XVII y contemporáneos de los Quimistas, se formó la secta de los *Mecanicianos*, siendo sus principales fundadores Borelli, Bellini, Pitcairn, Bernouilli, Keill, Boerhave. Para éstos el organismo no era más que una máquina hidrostática, un conjunto de palancas, poleas, cuerdas, etc.; querían someter a los rigores del cálculo la fuerza y la acción de los órganos, desconociendo las propiedades vitales del organismo.

Explicaban las enfermedades por la obstrucción de los canales, espesamiento de los flúidos, tensión o relajamiento de los tejidos. De ahí la medicina activa, el empleo de las emisio-

nes sanguíneas y de los evacuantes de todas clases.

Stahl, admirado de los perjuicios ocasionados por los quimistas y mecanicianos, fijó su atención en el estudio de los fenómenos vitales, admitiendo como principio único y como fuente de toda vitalidad el alma inteligente. En virtud de esta autocracia del principio inteligente y de la influencia siempre benéfica que le atribuía, los órganos no eran más que instrumentos pasivos, las enfermedades salutíferas y la medicina en sus manos se reducía a la simple expectación.

Los vitalistas admiten una causa oculta de la cual emanan las leyes y los fenómenos de la vida. Pero Barthez, el más célebre de los vitalistas, en vez de limitarse a la simple designación de un agente imponderable, de un motor desconocido, personifica sin cesar el principio vital, atribuyéndole ideas, apetitos, voluntad y hasta forma. La fuerza vital según Lordat y Barthez, posee tres caracteres fundamentales: 1º es *instintiva*, es decir, obra automáticamente; 2º es *autocrática*, porque sola gobierna todos los actos de los órganos de la economía; y 3º es *dinámica*. Para ellos el hombre es una unidad *trisubstancial* compuesta de *alma, vida y organización*.

Los solidistas, al contrario de los animistas y vitalistas, atribuyen a la estructura orgánica una preeminencia exclusiva. El solidismo fundado por Glisson y propagado por Hoffmann, Baglivi y Cullen, reinó hasta estos últimos tiempos, figurando principalmente Brown, en el siglo antepasado quien admitía en el orga-

nismo una propiedad única. la *incitabilidad* cuyo aumento o disminución producía la estenia o astenia y dos órdenes de enfermedades por exceso o falta de fuerzas, de donde resultan naturalmente los *estimulantes*, los *hipostenisantes* o *contraestimulantes*.

En tanto que este sistema se propagaba en Italia una revolución importante se preparaba en Francia. Brüssais con el apoyo de Bichat, fundó un sistema *orgánico vitalista* que llamó doctrina fisiológica. Admite con Brown la dicotomía y reconoce como Rasori, que el exceso de estimulación es el elemento principal de casi todas las enfermedades, preconizando la utilidad constante de las emisiones sanguíneas y de los emolientes y dando mayor influencia a las vías digestivas en la producción de un gran número de enfermedades, sobre todo de reacción febril.

A su tiempo hablaremos de las teorías dominantes en medicina, desde que el insigne Pasteur logró dar luz al misterio de las fermentaciones e infecciones con el descubrimiento de los microbios,

Ahora, unas cuantas palabras sobre la Homeopatía, cuyos principios enunciados desde los albores de la medicina, han sido planteados y verificados con sin igual maestría, por el inmortal hijo de Meissen, el incomparable Hahnemann.

El principio en que se funda la Doctrina médica homeopática, es el siguiente: *Similia similibus curantur*, que literalmente dice: *semejante con semejante se cura* y en sentido más lato se traduce: *Semejante a como lo hace la*

naturaleza. Este principio es el natural corolario de este otro, que ninguno se atreverá a negar: *natura morborum medicatrix*, es decir, que la naturaleza es la maestra del arte de curar. Y no solamente del arte de curar, sino de todas las ciencias y de todas las artes, como que en ella tienen su dechado perfecto tanto el sabio como el artista; en su fiel imitación se basa la perfectibilidad del arte, y la ciencia debe su engrandecimiento a las leyes eternas que gobiernan el universo creado. En tal virtud, ninguna ciencia médica que se aparte de este principio puede ser verdadera.

El descubrimiento de este principio lo llevó a cabo el fundador de la Homeopatía por medio de la experimentación y la observación encañiladas por el método inductivo más riguroso llegando a conclusiones evidentes. Para poder imitar a la naturaleza en sus trabajos de conservación y de reparación, no solamente necesitó sorprender los trabajos de ésta consistentes en reacciones, eliminaciones, neoformaciones etc., sino también en buscar los medios de ayudarla. Para ayudar a la naturaleza en el mismo sentido de sus manifestaciones, necesitaba saber en qué sentido obraban los medicamentos en el organismo sano que es el único que puede servir de término de comparación por lo mismo que la salud es o representa un estado de equilibrio. La *experimentación pura*, es decir, la aplicación de medicamentos al hombre sano para descubrir sus efectos reales, puros y completos, se imponía ante todo para que pudiera tener aplicación el principio de analogía descubierto en sus experimentacio-

nes anteriores. Muchos años de paciente observación y experimentación dieron por resultado esa obra monumental de Materia Médica que ha legado Hahnemann a la posteridad.

Su Doctrina y Método que tituló homeopático para diferenciarlo de la Antigua Medicina tradicional a la que le aplicó el nombre de Alopática, lo expuso con suma sencillez y claridad en su obra inmortal llamada *Organón* que es y será el Código perfecto de la ciencia de la Medicina.

Respecto a la dosificación de las medicinas no solamente por deducción llegó a indicar las pequeñas dosis sino por la misma inducción llegó a conclusiones evidentes de que las dosis pequeñas eran el complemento de su doctrina respondiendo sus efectos siempre con seguros y magníficos resultados.

Ante los hechos evidentes no puede haber negación posible. Las razones en este caso salen sobrando. Sin embargo, pueden aducirse muchas como corroboración de los hechos.

Entre otras, que el organismo enfermo exalta a tal grado su sensibilidad que si ha de obrarse en el sentido de ésta, se hace indispensable que las dosis sean proporcionales inversamente a su hiperestesia morbosa. Sabemos perfectamente que el peritoneo, por ejemplo, es capaz de soportar al estado sano, una presión de 80 a 100 kilos y al estado inflamatorio no soportaría un miligramo. Si su hiperestesia lo hace millones de veces más sensible, es evidente que para excitarlo en este estado, bastan millonésimas partes de dosis del mismo

medicamento que al estado sano lo excitarían en el mismo grado.

Las dosis mínimas resultan en el sistema de Hahnemann un natural corolario del principio que sirve de eje a la Doctrina.

Además, todos los medicamentos tienen dos efectos, uno *primitivo* y otro *secundario*. El primero puede reputarse como físico-químico o efecto de agresión al organismo, y el segundo se reputa como el efecto de reacción de este mismo contra el agente vulnerante.

Estos fenómenos *primitivos* y *secundarios*, los vemos palpables en todos los actos de la vida orgánica. La primera impresión del hielo es de frío y en seguida de calor o de reacción del organismo contra este frío. Al enfriamiento sucede la calentura, a la acción catártica sucede la constipación, como a la analgesia provocada en los dolores, sucede la exacerbación de éstos o sea la hiperestesia. El Mercurio a grandes dosis produce un efecto contrario al de las pequeñas dosis; lo mismo sucede con el opio, la ipecacuana, etc. Las dosis pequeñas producen el efecto enteramente semejante al que producen las grandes dosis como efecto secundario. En esta observación se funda la aplicación de las pequeñas dosis en el método homeopático, es decir que se trata de provocar el efecto secundario de la medicina indicada obrando en sentido análogo al de los síntomas. La dosificación mínima es un necesario complemento de toda indicación homeopática, de lo contrario, los efectos además de peligrosos, no darían los resultados satisfactorios que naturalmente se esperan.

Quien quiera que haya hojeado con todo detenimiento el *Organon* de Hahnemann, no puede menos de quedar convencido de todas las verdades en él enunciadas. Si tiene algunos errores, éstos fueron fruto del medio fisiológico en que desarrolló su doctrina y precisamente al tratar de teorizar ó explicar hechos naturales que escapaban a toda hipótesis, cayó en algunos errores que en nada menguan su altísima reputación de sabio. Hahnemann no fué un reformador sino el fundador de la Terapéutica científica, fué el primero que pudo enunciar en forma axiomática la relación que debe existir entre la acción de los medicamentos y los síntomas de los enfermos.

Todas las teorías médicas consignadas en la Historia de la Medicina han ido desapareciendo en virtud de no estar fundadas en la verdad que es eterna como el autor de la misma naturaleza. De tantas hipótesis, solo restan los recuerdos y una que otra práctica empírica que sólo puede satisfacer al vulgo. Solamente la Homeopatía que no se funda en teorías sino en la verdad, podrá sobrevivir indefinidamente mientras exista el hombre sobre la tierra, porque sus cimientos de granito son inmovibles.

La Patología General desde el punto de vista de la Homeopatía, tiene otro aspecto, adquiere distinto relieve, la enfermedad se hace una abstracción, un adjetivo respecto del sustantivo hombre; y los síntomas no son para el homeópata las puntas afiladas y venenosas que esgrime la enfermedad contra el hombre, son y serán siempre las manifestaciones de ese

estado de lucha, de conflicto natural que entablan las fuerzas del organismo contra los agentes exteriores. Esta lucha es la vida. Si al estado sano, es decir cuando el equilibrio de las fuerzas mantiene la vida en acto, no cesa un momento el conflicto, al estado morbooso, la lucha es más activa: ambos contendientes, el organismo y el agente hostil, redoblan sus esfuerzos hasta quedarel uno o el otro aniquilado. Cuando el organismo sale vencedor, se levanta más erguido, adquiere mayores bríos y a la manera del fénix de la fábula, surge de entre sus cenizas con nueva vida y juventud.

*



OBJETO Y EXTENSION DE LA PATOLOGIA GENERAL.

Hasta el presente no se ha logrado determinar la extensión y objeto de la Patología General.

Para Rega, Chomel, Gaubio, Callol, Beyrán, Fillol, Cortez, Hardy, Ckermmer, etc., debe comprender solamente el estudio de la enfermedad de un modo abstracto, apreciando en las diversas enfermedades los atributos que les sean comunes para formar con ellos un cuerpo de doctrina.

Para otros autores como Dubois de Amiens, Monneret, Bouchut, es mucho más amplio el concepto de esta ciencia y más dilatados por consiguiente los límites de su comprensión, pues además de lo que pretenden los anterior-

res, agregan el estudio de los procesos morbosos.

Wagner, Perls, Conheim y Williams cuyas producciones son las más reputadas en sus respectivos países, reducen casi por completo el estudio de la Patología General al examen de los Procesos morbosos comunes, es decir, á la apreciación de la naturaleza del padecimiento excluyendo toda localización.

Para Chauffard es un estadio de metafísica patológica, un estudio de abstracciones patológicas sin ninguna aplicación práctica ni utilidad científica.

Tampoco hay que confundir el estudio de la Patología General con las generalidades de Patología, éstas indican nociones o rudimentos de los estados morbosos y aquella es una generalización, una síntesis de la materia. En ésta se estudia la enfermedad de un modo abstracto considerando las especies morbosas por su analogía, definiéndolas por sus caracteres esenciales y formando con ellas especies determinadas, fijas en el tiempo y en el espacio, á la manera de las especies naturales.

Estas abstracciones de nomenclatura, netamente convencional, solo pueden existir en la mente que se adapta á lo espiritual ó intangible dándole vida imaginativa. La *virtud* y la *belleza*, el tifo y la difteria son seres intangibles, son adjetivos que solo se comprenden modificando al sustantivo hombre.

El estudio de la Patología General es de la más alta importancia porque forma un criterio de generalización que solamente se adquiere con esa gimnasia del entendimiento que facili-

tan las ciencias abstractas. Es de ley natural que cualquier órgano, función ó facultad, adquiere mayor desarrollo cuanto más se ejercita. Solamente después de ímprobo trabajo y ejercicio diario, adquieren vigor los músculos del atleta: el sabio podrá poner su mirada muy en alto y su pensamiento muy hondo, cuando haya adquirido, con la profunda meditación y el estudio, la sutileza para descubrir detalles que escapan á los que sólo contemplan la superficie de las cosas. Para todos era un fenómeno vulgar la caída de un cuerpo en el espacio, para Newton fué origen de esa ley universal que con videncia de genio pudo enunciar con términos precisos y matemáticos. Para todos era conocido el efecto de muchos medicamentos en el organismo enfermo; pero sólo a Hahnemann cupo la gloria de haber descubierto la relación constante que debe existir entre la acción del medicamento y los síntomas morbosos.

La observación atenta, muchas veces reiterada, hará transformar una manifestación vulgar de un estado morbozo en un precioso signo que nos ponga de manifiesto, el sitio de la lesión y la causa de una enfermedad oculta o rara para muchos profesionistas.

La Patología General debe ser el complemento de la Patología especial o descriptiva porque solamente es dado generalizar al que por análisis ha logrado adquirir vastos conocimientos en la materia. Quien quiera que pretenda anticipar el estudio de esta materia al de la Patología especial, corre el riesgo de no entender las generalizaciones que de un estudio

analítico se desprenden, porque la Patología General es una síntesis, una vista de conjunto de todos los conocimientos adquiridos en la práctica ó en los libros de la Patología especial ó descriptiva.

El hombre primitivo primero conoció ó fué conociendo uno por uno los animales que á su vista se presentaron, lo propio le sucedió con las plantas y los demás objetos de la creación; y hasta después de ver bastantes animales, plantas ó cosas, notó que había muchos con caracteres análogos y pudo darse cuenta de la especie que no es más que una idea general que abarca séres idénticos en cuanto a sus caracteres ó propiedades esenciales.

La Patología General como un estudio sintético de las especies morbosas, no puede concebirse sin anticipar el conocimiento de las diversas enfermedades capaces de formar especies conforme á sus caracteres o síntomas y lesiones fijos ó definidos. Estas perturbaciones somáticas ó funcionales deben ser diversas según que se considere al sujeto como un simple ser organizado, ó con facultades de sentir y de pensar.

En la Antropología o ciencia del hombre debe fundarse cualquier conocimiento que a éste se relacione, porque su naturaleza no es meramente orgánica, ni se reduce a vegetar y sentir, sobre todas estas facultades está la parte psíquica que lo diferencia y distancia de los otros seres que pueblan el universo.

DIVISION DE LA PATOLOGIA GENERAL.

La Patología General es la ciencia que trata de la enfermedad, o como dice Chomel, de la enfermedad en abstracto y de las perturbaciones comunes a cada especie morbosa.

Para Jousset es la ciencia de las doctrinas y métodos en medicina: es la filosofía médica.

La Patología especial, descriptiva o analítica, trata de cada una de las enfermedades.

La Patología general, según la naturaleza del sujeto en quien se estudia, debe dividirse en tres partes: 1ª de la enfermedad en general, esto es, de su evolución y caracteres; 2ª de los caracteres comunes de la enfermedad en el organismo humano considerado como ser viviente; y 3ª de las perturbaciones funcionales comunes al organismo como ser animado.

Evolución de la enfermedad, Procesos morbosos y Fisiología patológica: son las tres partes que naturalmente debe abarcar el estudio de la Patología General, si no quiere extralimitarse o abreviar el objeto y fin que tiene asignado entre las ciencias médicas.

La primera parte, es un estudio abstracto y sintético, de clasificación y definición, estudia la evolución y carácter de la enfermedad sin hacer relación a ninguna especie morbosa o lesión determinada. A este modo de considerar la Patología General se reduce el estudio de Chauffard.

La segunda parte trata de los Procesos morbosos comunes o sea de las perturbaciones en

la actividad nutritiva. La nutrición es el carácter esencial de los vivientes.

La tercera parte o sea la Fisiología patológica, trata de las perturbaciones funcionales que al transformarse en signos, conducirán a determinar la lesión.

Las funciones fisiológicas y psicológicas de tal modo están ordenadas, que la perturbación de una trae consigo la de la otra, pues no se concibe la enfermedad mas que en el conjunto o sea en el compuesto humano cuya esencialidad la constituye el ser organizado y el principio que lo anima.

La enfermedad por su acción es siempre generalizada, porque afecta al conjunto; y por su lesión es siempre localizada. Es axioma patológico que *no hay enfermedad sin lesión*. Este enunciado es un simple corolario de otro principio mas generalizado: *no hay modificación de fuerza sin alteración de materia y viceversa*. Estas leyes tienen verificativo en el organismo humano, cualquiera que sea la teoría dominante sobre el dinamismo universal, ya sea invocando el principio de Lavoisier sobre la indestructibilidad de la materia, o ya sea aceptando el de Gustavo Le Bon sobre la destructibilidad de la materia para convertirse en fuerza. *Nada se crea todo se pierde*. De la energía intra-atómica liberada por la desmateriaización de la materia, procede la mayor parte de las fuerzas del Universo.





PATOLOGIA GENERAL

PRIMERA PARTE

DE LA ENFERMEDAD

CAPITULO I

CONCEPTO DE LA ENFERMEDAD.

En su sentido más lato se entiende por *enfermedad*, todo *desequilibrio en la actividad vital*.

En su acepción común debemos entender por enfermedad: *un conjunto de síntomas provocados por lesiones orgánicas*.

Se comprende que es un modo de ser del compuesto humano, un estado, un *desequilibrio transitorio* a que está expuesto incesantemente el hombre en el transcurso de su existencia. Solamente de esta manera puede concebirse la enfermedad.

Se ha considerado la enfermedad bajo tantos aspectos cuantas han sido las teorías que se han sucedido en la historia de la medicina.

La naturaleza íntima de la enfermedad corresponde al modo de ser del compuesto humano cuyo destino es desaparecer de la escena de la vida por medio de la muerte.

Casi siempre se ha confundido la naturaleza con la causa de la enfermedad, de donde ese cúmulo de errores que han pretendido explicar la esencia de las enfermedades y cuya traducción debería titularse: *Historia de las divagaciones médicas*.

La prudencia aconseja la mayor reserva, cuando se trata de la enunciación definida de un modo de ser abstracto que todavía escapa a la penetración de todo conocimiento é investigación. Por ahora, como dice Chomel, la esencia de la enfermedad, es un objeto inaccesible a nuestros esfuerzos.

Si todos los trabajos dispensados por los sabios en el transcurso de los siglos para investigar la esencia de la enfermedad, se hubieran empleado en el estudio de la Nosografía y de la Terapéutica experimental, la ciencia médica hubiera llegado a la meta de sus aspiraciones, prestando a la humanidad los efectivos y seguros servicios de que se enorgullecen la Física, la Química y las ciencias positivas, entre las cuales debe contarse la Medicina. Pero triste es decirlo, no corresponden los resultados a tanto adelantamiento de que siempre se lisonjea la escuela antigua o sea la Alopátia.

La investigación de la naturaleza de la enfermedad no tiene solamente el inconveniente de la pérdida del tiempo, sino también de crear multitud de errores que seducen e ilusionan el espíritu del médico impidiéndole ver con

claridad la manifestación accesible de la enfermedad y su natural tratamiento.

A través de estos espejismos se han ido sucediendo esas innumerables teorías incapaces de resistir el más ligero examen lógico sin desquiciarse, dejando solamente para la historia, una huella de su pasado en prácticas y rutinas siempre perjudiciales.

Antes de Pitágoras la Medicina no llegó a formar un cuerpo de doctrina, las enfermedades se consideraban como un castigo de la divinidad ofendida y la Terapéutica se reducía a sacrificios y oblações.

Hipócrates fué realmente el primero que infundió el soplo de vida a la ciencia médica, encauzándola por la vía de la observación.

No obstante, el padre de la medicina, no dejó de divagar sobre la naturaleza y causa de las enfermedades, atribuyéndolas al calor, al enfriamiento, a la resequedad y a la humedad.

Después se sucedieron sin interrupción las teorías mas disímboles y extrañas, hijas todas de la imaginación y ninguna de la observación atenta de los fenómenos de la naturaleza maestra segura del arte.

Las escuelas dogmáticas, atómica, animista, ecléctica, galénica, pneumática, quimista, iatroquímica, iatromatemática, la del solidismo o de Hoffman, la del espasmo o de Cullen, la Browniana o de la incitación, la de Darwin o de la excitación; el mesmerismo, el razorismo, etc., etc., hasta nuestros días con la de Pasteur, proclamado como un genio y fundador de la teoría microbiana.

Los trabajos de la Bacteriología, multiplica-

dos hasta el exceso, han ilusionado a casi todos los médicos actuales quienes creen o aparentan creer de buena fe haber dado con la causa íntima de la enfermedad y que al fin descorriéndose el velo al misterio insondable de las causas, pretenden contemplar con luz meridiana la naturaleza de las enfermedades y haber encontrado su natural tratamiento. El microbio patógeno y la reacción que suscita en el organismo, las toxinas que elabora, la inmunidad que confiere; sus cultivos y atenuaciones, sus sueros antitóxicos, sus matemáticos antisépticos etc., etc. hicieron concebir que se había llegado al *sumum* de la ciencia médica. Ya no había dudas ni sobresaltos en la aplicación de esta medicina al parecer positiva fundada en la experimentación y cuyos efectos se esperaban tan seguros como los de la química sintética o de la electricidad que inunda de luz las calles y plazas, impulsa maquinarias, graba los sonidos, trasmite la voz y el pensamiento a través de los mares y facilita la comunión de la humanidad del uno al otro polo. Pero este nuevo triunfo ya va siendo efímero, porque sus éxitos no han correspondido a sus esperanzas y el empirismo sigue su marcha triunfal como siempre, flagelando a los enfermos con sus evacuantes, antibiliosos, tónicos, sedantes, etc., etc., a pesar de tantos sueros y antisépticos.

Y la naturaleza de la enfermedad sigue siendo un misterio para los mismos pasterianos, sin que haya bastado el genio de Pasteur para llegar a sorprender el incógnito de tanto siglo que sigue siendo la estinga del desierto médi-

co; pues ni Pasteur ni sus eximios discípulos han logrado ponerse de acuerdo respecto de la patogenia de la enfermedad y mucho menos de su causa eficiente y naturaleza íntima. El microbio es causa o efecto? Es la toxina la que obra? Es su acción físico-química? Obran de una manera mecánica? Provocan una reacción dinámica? Estas interrogaciones hoy como ayer se resuelven en puntos suspensivos.

La Escuela Homeopática que es netamente positiva en sus procedimientos de investigación, en lugar de gastar su tiempo en divagaciones, solo examina hechos, interpreta síntomas y siempre guarda una prudente reserva hasta ver los resultados.

Galeno consideraba la enfermedad como un estado ajeno al orden natural: *status praeter naturalis*. Pero la enfermedad no puede considerarse como un estado contrario o ajeno de las leyes naturales desde el momento que la misma muerte es una consecuencia natural de las mismas leyes de la naturaleza.

Es muy vaga la idea que tienen de la enfermedad los que la consideran como una desviación del estado normal del organismo. La salud misma que representa un estado de equilibrio inestable, tiene oscilaciones continuas, modificaciones diversas y desviaciones pasajeras que no pueden reputarse como estados patológicos.

Los autores que consideran todos los actos de la economía como el resultado de la organización, hacen consistir la enfermedad en una simple perturbación de su estructura.

Para los que admiten la existencia real y

distinta de un principio vivificador en el ser organizado, repútanlo como el agente inicial de las lesiones morbosas elementales.

Para Reil, la enfermedad es un acto vital que consiste en la conversión de las operaciones ordinarias del organismo en otras anormales.

Según Stark sería un estado positivo con todos los caracteres de un proceso orgánico ofreciendo una repetición de formas naturales de la vida.

Callot considera la enfermedad como una función accidental que tiene por objeto asimilar o eliminar la causa morbífica y reparar todos los desórdenes que produce la misma enfermedad.

Bordeu también considera la enfermedad como el verificamiento de una función fisiológica suscitada por el estado morbozo. Mostraba por ejemplo, la analogía que existe entre los períodos de la digestión y los de un acceso febril, teniendo en cuenta la antigua teoría de la cocción. Pero estas ideas que parecían ajustarse a la evolución de un acto tan natural como la digestión cuyo carácter principal es una reacción necesaria y pasajera, están muy lejos de aplicarse a los casos muy numerosos en los cuales la economía parece más bien estar afectada de inercia y cuyos órganos hacen más bien dimisión de sus funciones que verificarlas. Muchas veces los esfuerzos desplegados por la naturaleza no solamente son impotentes sino funestos, como sucede en el tétanos y en otras manifestaciones morbosas no menos temibles.

El estado morbosos es tan vario y tan complejo que si se examina detenidamente una lesión la más simple, se hacen palpables múltiples fenómenos que llenan la escena que desarrolla esta afección. Desde luego produce en la economía cambios ocultos o aparentes, una reacción consecutiva, una evolución anormal o proceso, superactividad de una o muchas funciones, disminución de acción en otras, alteraciones de fluidos y células, aberración de actos y facultades, producciones anormales, transformaciones y degeneraciones de tejidos y como consecuencia final un deterioro general del organismo.

Es un hecho muy notable que este encadenamiento de fenómenos, las más veces muy regular, hace prever la marcha y terminación de la enfermedad. Esta no pocas veces en su evolución tiene analogías muy notables con los seres naturales los cuales nacen, crecen, se reproducen, decaen y mueren. Un orden parecido sigue el proceso morbosos: aparece, progresa, a veces se propaga, declina y termina con la vida del enfermo o con la devolución de la salud. La enfermedad que no es ni un ser ni una negación, sino un modo de ser, evoluciona a la manera que el individuo a quien afecta. De ahí esa suma de variedades y matices que presenta la enfermedad en cada individuo aun siendo de la misma especie.

El sabio y laureado Dr. D. Ramón N. de Cajal en su Anatomía Patológica dice lo siguiente: "Llámase enfermedad a la desviación permanente o transitoria de la estructura y actividades normales de los seres vivos, sobreve-

nida ya por consecuencia de variación excesiva, o cualitativa o cuantitativa en los estímulos anormales de la vida, (calor, humedad, sustancias alimenticias etc.) bien como efectos de violencias mecánicas (traumatismos) bien como resultado de la invasión de pequeños organismos (infecciones).

Cuando las variaciones de los estímulos oscilan dentro de estrechos límites o son de poca duración, la enfermedad no se produce, porque el organismo puede, merced a la acción de mecanismos compensadores y reguladores, acomodarse a las nuevas condiciones del ambiente " Más adelante dice: "La enfermedad representa por consiguiente un proceso de *compensación indirecta o mediata*, que se asocia a menudo al dolor físico y moral en virtud de estas tres causas: porque durante dicho proceso suspende o modera el organismo funciones generadoras, en lo subjetivo, de una sensación de bienestar; porque todo mecanismo compensador al trabajar en un ritmo desusado, produce por falta de hábito nervioso, impresión de pena o malestar; y porque la conciencia de la propia debilidad y la representación mental de las posibles contingencias de la lucha entablada, suscitan emociones deprimen-
tes."

Efectivamente, la enfermedad no puede definirse fundándose en su esencia desconocida, hay que definirla por sus manifestaciones.

No hay enfermedades mentales ni somáticas, sino del hombre, es decir: del conjunto. Si hay enfermedades en las cuales las funciones intelectuales se perturban y otras en las cua-

les las funciones orgánicas sufren deterioro, es tal la solidaridad, la intimidad recíproca del espíritu y de los órganos que no pueden afectarse el uno sin el otro. Es una especie de función matemática en que las variables son los factores del compuesto, es decir, el alma y el cuerpo.

De lo expuesto se deduce que no hay ni puede haber enfermedades *generales* o *locales* como antiguamente las clasificaban los patólogos, *ni generalizadas* o *localizadas*, como las denominaron después, supuesto que la enfermedad afecta al conjunto. Los que todavía aceptan esta división, confunden la lesión anatómica con la enfermedad. La lesión puede estar localizada en cualquier órgano o tejido: pero esta lesión no constituye por sí sola la enfermedad: una lesión en un cadáver no provoca reacción ni enfermedad alguna. Esta propiamente es una reacción provocada por el organismo vivo, con el fin de reparar una alteración de cualquiera clase en los tejidos. Es el dinamismo vital que lucha por la conservación de su integridad orgánica.

Las manifestaciones de la enfermedad son los síntomas y estos a la vez transformados en signos nos conducen a la lesión cuando ésta no se manifiesta al exterior.

Sabiendo el *sitio*, *extensión* y si fuere posible la *naturaleza de la lesión*, los síntomas fácilmente se conciben pues las perturbaciones funcionales dependen del órgano afectado. La Fisiología patológica se deduce de la Fisiología normal.

La lesión o lesiones no siempre son aprecia-

bles a la vista o a los medios de exploración; no siempre esta alteración afecta la *estructura*, puede afectar al *número, orden o sitio* de los elementos orgánicos que constituyen la integridad económica. Como tipo de alteración estructural por influencia de número u orden, lo tenemos en algunos cuerpos denominados en química *isómeros y méldmeros*, los cuales a pesar de tener igualdad de composición, el simple arreglo de sus átomos produce cuerpos diferentes en propiedades como son el *ácido acético* y el *formiato de metilo*. Lo mismo sucede con los cuerpos *alotrópicos* como el *fósforo, blanco y rojo* cuyas propiedades son distintas a pesar de ser el mismo cuerpo o sustancia química. Si esto sucede en la química cuyas reacciones y combinaciones están sujetas a leyes invariables, mayores sorpresas debe ofrecernos la química biológica supeditada a la acción vital.

La enfermedad para poderse distinguir de sus congéneres, forma especies fundadas en ciertas analogías constantes: éstas son sus caracteres fijos o síntomas patognomónicos. Pero como en toda enfermedad lo primero que se ofrece a la consideración del enfermo y del médico son los síntomas; éstos tienen que ser la diferencia específica que defina la enfermedad.

Teóricamente, la lesión nos conduce a los síntomas y con esto queda perfectamente definida la enfermedad, pues los síntomas y la lesión mantienen siempre una relación constante en su modo de ser y solamente variable en sus manifestaciones accidentales. Clínicamente, se procede por análisis, caminando de

los síntomas que transformados en signos nos conducen al conocimiento de la lesión y al diagnóstico de la entidad patológica.

El día que la Fisiología normal nos llegue a revelar sus mas escondidos secretos y podamos conocer con precisión matemática el resorte más íntimo de la máquina humana y el funcionalismo de cada órgano nos sea tan familiar como al mecánico el aparato que maneja, entonces la Fisiología patológica nos conducirá como con la mano al sitio de la lesión aun cuando no puedan apreciarla nuestros sentidos.

La *enfermedad*, por lo tanto, no puede ser mas que *un conjunto de síntomas provocados por lesiones orgánicas*. Esta definición concreta traducción de lo que vemos y observamos, considerada en abstracto, no es mas que *un desequilibrio en la actividad vital*.

CAPIULO II

DE LA ETIOLOGIA

§ I.—DE LA CAUSA PATOLOGICA

En su sentido más lato, se entiende por *causa* todo lo que concurre a la producción de alguna cosa. La idea de causa trae consigo la de efecto. En Patología se entiende por causa, la circunstancia de cualquiera naturaleza capaz de producir un estado morbozo. En la produc-

ción de las enfermedades solo se conciben las causas secundarias o condicionales y nunca las eficientes, porque el grado del efecto depende de la resistencia del sujeto sobre quien obran las causas. Si el sujeto o enfermo fuera inerte o meramente pasivo, entonces el efecto sería siempre constante y análogo; pero como el enfermo siempre tiene una suma variable de resistencia en contra de las causas, resulta que éstas en su efecto dependerán de la resistencia de aquel y por lo mismo siempre serán condicionales, o secundarias.

Para mayor claridad, pongamos un ejemplo matemático. Si representamos por c la causa, por p el paciente y por e el efecto de esta causa, tendremos la siguiente relación: $e = \frac{c}{p}$, esto es, que el efecto depende del valor relativo de c y p . Suponiendo un valor fijo a c y variable el de p , tendremos que el valor de e estará en razón inversa del valor de p que representa al enfermo. Puede decirse que mientras mayor sea la resistencia del individuo a la acción de una misma causa, menor será el efecto de ésta.

Estas observaciones nos conducen a considerar no solo las causas sino también el sujeto sobre quien obran, para poder calcular el efecto.

El hombre al ser influenciado por las causas morbíficas puede poseer toda la energía de resistencia para contrarrestar el choque del agente hostil a la conservación de su salud, (*inmunidad*) o carácter en parte de esta energía. (*receptividad*.) A esta receptividad del in-

dividuo o de la especie, se le llama *aptitud morbosa*.

Al estudio de las *causas* es consiguiente el de las *aptitudes morbosas*, y no hay que confundir éstas con aquellas, como a menudo sucede en los tratados de Patología General.

Pero antes de tratar de las causas en general y en particular, se hace indispensable hacer algunas consideraciones sobre el *concepto de las causas patológicas* y sobre su *modo de obrar* en el *individuo* y en la *especie*.

§ II.—CONCEPTOS DE LA CAUSA PATOLOGICA

El estudio de las causas, dice Jousset, es hoy todavía la cuestión mas obscura de la Patología General. Ahí reina y prospera el mundo de las hipótesis y las metáforas fielmente conservadas por la tradición médica. Hipocratistas, galenistas, organicianos, humoristas, solidistas, pasterianos, etc., etc., se debaten en el campo de la etiología y todos estos sistemas opuestos o diferentes se confunden en un caos inexplicable.

De la confusión de las ideas ha nacido la confusión del lenguaje y a la dificultad inherente al estudio de las causas se añade el incesante empleo de palabras anticuadas o ambiguas y expresiones mal definidas.

Las diversas teorías dominantes en medicina sobre la naturaleza de las causas y su modo de obrar en el organismo han ocasionado esa diversidad de opiniones que en vez de alumbrar el obscuro campo de la etiología, solo han

servido para llenarlo de tropiezos y de escollos.

El afán incesante de todas las escuelas o doctrinas médicas ha sido llegar al descubrimiento de las *causas morbosas* para poder verificar el axioma conocido del *sublata causa tollitur effectus*: sueño dorado de la terapéutica desde los albores de su llegada al mundo. Se ha creído en todo tiempo que la piedra filosofal del arte de curar, estriba en el conocimiento de las causas y que una vez conocidas éstas, se consigue sencillamente la salud. Lástima grande que no sea verdad tanta belleza; puesto que en medicina no siempre una causa produce el mismo efecto y aun conocida que fuera, su efecto seguiría obrando en el organismo, como sucede con la herida del agente vulnerante a pesar de haberlo substraído de las partes afectadas.

Son muy reducidos los casos en los cuales puede cesar el efecto una vez que se quita la causa.

Los antiguos habían dividido en seis clases los agentes y circunstancias conocidas con el nombre de causas externas: 1º los *circunfusa*, es decir, el medio ambiente; 2º los *aplicata*, vestidos, agentes, vulnerantes etc.; 3º los *ingesta*, alimentos, venenos etc.; 4º los *excreta*, como deyecciones, secreciones, etc.; 5º los *gesta*, actos, ejercicios musculares, los excesos de todas clases y 6º por último, los *præcepta*, es decir, las impresiones morales, las pasiones, etc.

Al lado de la causa externa o higiénica, colocan los autores la interna: es decir, del medio y la del individuo. La causa interna dice Jousset, es un estado definido del organismo

apropiado o predispuesto a determinada enfermedad. Esta predisposición puede ser pasajera o estable: en este segundo caso se llama *diátesis*, que según Trousseau, *es una disposición congénita o adquirida, esencial e invariablemente crónica, en virtud de la cual se producen perturbaciones diversas, múltiples en la forma pero únicas en la esencia.*

Se vuelve tuberculoso aquel cuyo organismo es propicio para el desarrollo del *bacilo* de Koch, o hablando en términos bacteriológicos, *es un caldillo apropiado para dicho cultivo.*

El conocimiento filosófico de las enfermedades, según Sawvages, es lo que se llama Etiología o ciencia de la conexión mutua que existe entre los síntomas, lesiones y causas.

En las ciencias físicas, dice el profesor Alquié, la relación de las causas con los efectos es necesaria y constante; pero en medicina, no sucede lo mismo, no puede preverse exactamente el efecto porque el agregado viviente siendo parte activa en la producción del fenómeno, puede resistir a la influencia de esta condición. Las causas patológicas necesitan considerarse de una manera muy distinta al hecho físico porque la etiología tiene leyes propias y análogas, bajo algunos aspectos, a las de las ciencias morales.

Es un error creer con Haller, Brown, Richat, Rasori, Broussais, etc., que la vida y sus efectos resultan necesariamente de los estimulantes externos. La vida es al contrario, la expresión de potencias particulares que llevan en sí el principio de sus diversos actos fisiológicos y patológicos, los cuales son provo-

cados, las mas de las veces, por los agentes exteriores.

En no pocas enfermedades es imprescindible el conocimiento de las causas. El genio del médico, dice Zimermann, se manifiesta cuando llega a descubrir con facilidad la causa u origen de la enfermedad.

§ III.— INFLUENCIA DE LAS CAUSAS EN LA ESPECIE Y EL INDIVIDUO.

Cada animal padece según su especie, y en cada especie, el individuo padece según su naturaleza propia.

Principio demostrado hasta la evidencia que nos hace ver la diferencia de predisposiciones en cada especie y en cada individuo de la misma especie.

Una solución de continuidad suscita reacciones distintas en las diversas especies animales. En un animal de sangre fría apenas si se nota la reacción indispensable al trabajo de reparación, mientras en los de sangre caliente hay una reacción general, perturbaciones funcionales de diverso género y fenómenos de otros órdenes que afectan al conjunto.

Cada especie animal tiene especial aptitud para determinadas enfermedades y aun para las mismas intoxicaciones. El perro es muy sensible para el *virus rábico* y para la *estricnina*, la raza bobina es muy propensa al *carbón maligno* e inmune para el *mucromo* que ataca de preferencia a los solípedos.

El ácido cianídrico, veneno activísimo para

el hombre es inerte para el erizo y para el puerco espín, el conejo se alimenta con las hojas de *belladona*, la cabra pace impunemente el *sumaque venenoso* (*Rhus tox*), el puerco ingiere entre otras yerbas el *beleño* o *hyosciamus*, el buey se alimenta con la *phelandria acuática*, la *angélica* y el *Lallium tumultum* que son venenosas y matan en pocas horas al hombre y a otros animales.

En las experimentaciones bacteriológicas es donde mejor puede notarse la gran diferencia de receptividad entre las diversas especies animales para los agentes infecciosos.

Los animales refractorios al *carbón bacteriano* son el *perro*, el *gato*, el *cerdo*, los *pájaros*, etc., en cambio es una enfermedad de marcadísima predilección para la raza *bovina*. Circunstancias muy excepcionales pueden aumentar esta predisposición o conferir inmunidad. Existen casos auténticos de *carbón maligno en perros y puercos* que habían ingerido carne de animales carbonosos afectando en la mayor parte de estos casos la enfermedad, la forma de *angina* o *glosantrix*. El organismo humano es un medio poco favorable para el desarrollo de la *bacteridia de Davaine*, puede sin embargo contraerla de tres maneras: por inoculación cutánea accidental, por ingestión de carnes contaminadas y por las vías respiratorias.

Esta diferencia de receptividad a los agentes específicos, muestra que cada especie es influenciada de distinto modo y que por consiguiente es un absurdo hacer aplicaciones a la naturaleza humana deducida de las experi-

mentaciones que no sean en el hombre mismo. La Escuela Homeopática solo acepta la *experimentación pura*, es decir, la hecha en el hombre sano, dando en todos los tiempos y en todos los lugares de la tierra los mismos resultados.

Otras murallas infranqueables separan al hombre de las otras especies animales: estas son sus facultades psíquicas. Estas influyen de tal modo en las enfermedades que jamás podrá susbtraerse de ella el organismo humano y siempre habrá de tenerse presente en toda indicación homeopática.

Si grandes han sido y son las diferencias que existen de una especie animal a otra y máximas cuando se pasa de los animales a la especie humana, no menores son las que existen de un individuo a otro. El modo de ser propio de cada individuo ofrece tantas variedades como número de seres humanos existen, pues así como es muy difícil encontrar dos fisonomías idénticas y es imposible establecer la identidad entre dos seres, así respecto de las enfermedades, la identidad completa es un imposible, solo puede existir una identidad relativa, es decir, la analogía. Las aptitudes morbosas son tan varias como los matices que presentan las mismas especies morbosas en cada enfermo: de aquí el principio de la *individualidad morbosa* que jamás elude la indicación homeopática.

La *idiosincracia humana o individualidad morbosa*, es un concurso de circunstancias, un concurso de notas que aumentan su comprensión y reducen su extensión hasta la unidad. Es-

tas circunstancias que lo hacen más o menos apto para los estados morbosos, son de naturaleza *orgánica higiénica* y de *hábito*; es decir que dependen necesariamente de su organización, del medio en que se desarrolla ésta y de esa reiterada acción que forma la costumbre que es una segunda naturaleza.

Orden análogo debe existir entre las causas que pueden perturbar esa armonía que constituye el estado de salud.

El principio de la *individualidad morbosa* es evidente para las dos escuelas antagonistas: la *Homeopática* y la *Alopática*; pero la primera lo pone en práctica en cada indicación, desde que Hahnemann fundó su doctrina; mientras la escuela tradicional lo admite sin poderlo llevar a la práctica, porque no tiene principios en qué apoyar sus indicaciones, es decir que carece de relación determinada entre la enfermedad y el medicamento.

Si cada individuo padece según su naturaleza propia, es evidente que cada caso morbooso es netamente individual, es siempre nuevo problema por resolver. Esta misma verdad nos conduce a considerar que la individualidad medicamentosa es un absurdo desde el momento que su indicación abarca toda una especie morboosa. Los hechos han puesto de manifiesto la imposibilidad de los llamados *específicos*. Entre los más afamados por el favor de que gozan y por el abuso de ellos (no hablamos aquí de las drogas de Patente cuya infalibilidad no pasa de charlatanismo) debemos mencionar por ejemplo, las *sales de quinina* para el *paludismo* y el mercurio y yoduro potásico para la

sífilis: ambos han sido y serán ineficaces para curar todos los casos respectivos de la especificidad con que no hace mucho tiempo se les caracterizaba. Y la prueba más palpable de su fracaso ha sido su continua substitución por otras drogas que jamás llenarán su objeto específico.

Solamente la aplicación de la relación de *analogía* o del *similia*, puede verificar en cada caso morbozo el principio de la individualidad morboza; supuesto que en cada caso hay que establecer un paralelo entre los síntomas del enfermo con los que sabemos produce el medicamento en el hombre sano. De estas dos premisas tiene que deducirse la mejor indicación siempre individual. Entiéndese por individuo ya que tantas veces se menciona, *un ser indistinto en sí y distinto de los demás*, según expresión de los filósofos antiguos.

Pero no solamente hay que tener en cuenta las causas morbozas y su modo de obrar en la especie y el individuo, hay que estudiar con todo detenimiento el grado de receptividad del individuo. A esto es a lo que se llama *aptitud morboza*.

§ IV.—APTITUD MORBOSA.

La aptitud morboza es una disposición congénita o adquirida para una enfermedad determinada.

La aptitud o predisposición se diferencia de la Diátesis en que ésta, como ya se ha dicho antes es esencial e invariablemente cróni-

ca mientras aquella puede ser transitoria. La diátesis es indeleble. La aptitud puede ser mutable.

Hay que distinguir perfectamente la *causa* de la *aptitud* que no pocos llegan a confundir de una manera indebida, como luego tendremos oportunidad de comprobarlo.

Ya dijimos que el organismo humano es la parte pasiva en quien obran las causas para la producción de esos grupos de síntomas característicos que llamamos enfermedades. Decimos para la producción porque las causas no son las que producen sino el organismo en su modo de reaccionar contra la agresión de las causas morbosas.

Casi todos los autores colocan la *herencia*, la *edad*, el *sexo*, etc., entre las causas morbosas. Este es un error. La *edad* o el *sexo* jamás podran ser la causa de ninguna enfermedad. Que en la primera infancia halla disposición para las *fiebres eruptivas* o para las *bronquitis capilares*, no quiere decir que los pocos años sean la causa de estas reacciones naturales sino que en el primer caso, el agente infeccioso (no encontrado todavía) halla un terreno propicio para su natural desarrollo; y en el segundo, que los bronquios no tienen la suficiente resistencia para soportar los cambios de temperatura sin estar expuestos a una reacción poderosa. Estas enfermedades no pueden ser ocasionadas por un modo de ser o una abstracción negativa sino por un agente extraño a la misma organización normal. Y la *aptitud* o la *disposición* a sufrir o repeler la acción de una causa, no puede ser la misma

causa. Es un absurdo aquello de que el organismo coadyuva a la causa morbosa, no se puede concebir una ayuda negativa. No poder repeler un agente hostil a la conservación de la salud, por falta de energías, no es una ayuda sino una impotencia, como el que se rinde a la mayor fuerza.

El organismo sano, el que despliega su dinamismo completo, no puede quedar inerte ante una agresión extraña sin despertar sus energías latentes y sin poner a contribución sus facultades activas por ese impulso o misterioso instinto de conservación de que todos los seres vivientes están dotados en el transcurso de su existencia.

Lo propio sucede con la *herencia*, la cual no puede reputarse como causa sino como una simple *aptitud morbosa*. El hijo del tuberculoso, dicen los patologistas, no nace *tuberculoso* sino *tuberculizable*, es decir, con la capacidad solamente de adquirir la tuberculosis. En caso de invasión del bacilo y su proliferación en el organismo, la causa de la enfermedad no puede ser la herencia sino el microorganismo que como parte activa encontró terreno apropiado para su natural desarrollo y multiplicación.

García Solá en su *Patología General*, dice: "La distinta conformación anatómica del hombre y la mujer y aún su diverso funcionalismo orgánico, crean *susceptibilidades morbosas* que son genuinas a uno y otro sexo. Los distintos órganos genitales del hombre y la mujer predisponen o más bien los sujeta a enfermedades que les son peculiares, sin que pueda decirse que la mujer padece de *metro*

ovaritis frecuentes reconociendo por causa la peculiaridad de estos órganos, cuando precisamente una influencia extraña a estos mismos ha venido a producir estas manifestaciones morbosas. Considerar como causa lo mismo en quien obran las causas, es no distinguir el sujeto del complemento, el ser activo del pasivo, el sujeto y el objeto.

§ V.—CLASIFICACION DE LAS CAUSAS Y DE LAS APTITUDES MORBOSAS.

Hasta ahora no existe una verdadera clasificación de las causas morbosas. La distribución de ellas fundada en accidentes y vagas consideraciones hipotéticas, ha dado por resultado ese sinnúmero de clases y nombres de causas, sin que tal difusión baste a comprenderlas todas: porque pueden ser tantas como el número de resortes, partes y funciones integrantes de la complicadísima organización humana.

Las hay *próximas y remotas, primitivas y secundarias, eficientes, predisponentes, determinantes, banales, orgánicas, internas, externas, específicas, somáticas, cósmicas, estáticas y dinámicas, vitales, traumáticas, esporádicas, ocasionales, suficientes, higiénicas, psíquicas, etc., etc.*

Hallopeau las divide en *intrínsecas, extrínsecas y patológicas* (como si las dos primeras no lo fueran). García Solá las divide en *externas* (físico químicas y parasitarias) e *internas* (orgánicas.)

Jousset divide las causas en traumáticas, banales y contagios (con o sin microbio).

Chomel las distribuye en *determinantes pre-disponentes* y *ocasionales*. Coloca entre las pre-disponentes las Aptitudes morbosas.

Como se ve, hay falta completa de unidad en la distribución de las causas. Esas divisiones carecen de base, no tienen regla fija en qué fundar la distribución del todo, por eso el convencionalismo las distribuye al arbitrio, faltando ese nexo o relación que constituye la unidad científica. Una buena división es tan difícil como una lógica definición, como que ésta se apoya en aquella.

La clasificación de las causas debe tener como base la naturaleza del compuesto humano cuyos constituyentes esenciales pueden ser influenciados por agentes análogos.

El hombre durante el período de su existencia que comienza en el momento preciso de la fecundación (vida meramente vegetal) y que a medida que perfecciona su organización va elevándose a mayor categoría hasta la unidad bisubstancial, tiene que sostener una lucha perpetua consigo mismo y con todos los elementos que lo rodean.

El hombre en su admirable organización incluye todas las funciones de que son capaces los vivientes y animados. El compuesto humano consta necesariamente de una organización apropiada para las funciones nutritivas y de un sistema central de percepción para las incitaciones que le lleve el sistema periférico: este es, el de la sensibilidad y motilidad voluntaria.

Solamente el conocimiento del hombre puede darnos luces para justipreciar las múltiples causas morbosas que pueden atacarlo en su diverso modo de ser y que deben de ser análogas a éste. Las causas de orden psíquico no pueden influir de una manera directa sobre la parte material de la organización y viceversa, sino solamente de una manera indirecta. Para que una impresión moral pueda afectar la parte orgánica, necesítase que antes la razón haya pesado las consecuencias de la primera: mientras que el agente vulnerante primero destruye los tejidos para después impresionar los centros de percepción.

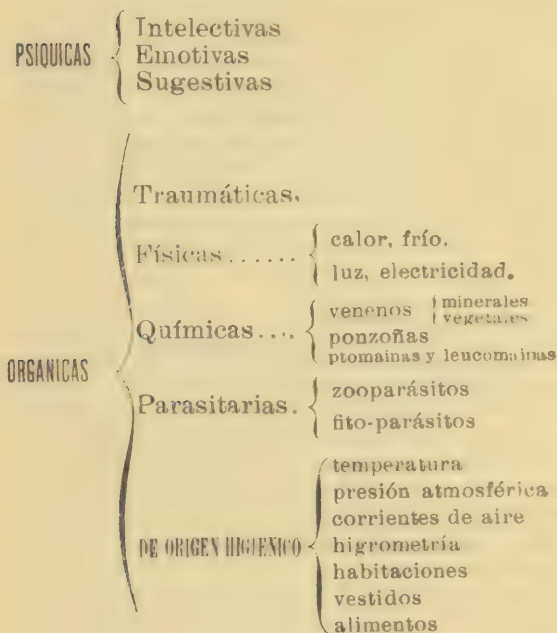
El hombre tiene facultades psíquicas y funciones fisiológicas: de aquí debe partir la primera división de las causas morbosas. / 2

La materia organizada y el principio que la anima conforman la suprema unidad del hombre, síntesis de todo lo criado y modelo perfecto que pueden imitar así el sabio como el artista y cuyos íntimos y complicados rodajes están expuestos a esa lucha incesante que se llama vida.

Estas necesarias incitaciones que se llaman causas morbosas, despiertan en el organismo actividades nuevas que habrán de darle nuevos bríos para salir avante en los nuevos conflictos que se presenten en el decurso de su existencia.

Sin pretender llenar el cometido en asunto tan difícil, vamos a proponer una clasificación etiológica, siguiendo los pasos de la que ofrece Gintrac en su tratado de Patología.

PROYECTO DE CLASIFICACION DE LAS
CAUSAS MORBOSAS.



ETIOLOGIA

(CLASIFICACION DE LOS ANTIGUOS)

1º Circunfusa	—	o Causa de origen higiénico
2º Aplicata	—	Vestidos
3º Ingesta	—	Alimentos
4º Excreta	—	Secreciones, deyecciones, etc.
5º Gesta	—	Ejercicios, excesos, etc.
6º Percepta	—	Impresiones morales, etc.

§ VI. CONSIDERACION SOBRE LA ACCION DE DE LAS CAUSAS.

Desconociéndose la naturaleza íntima de la enfermedad y sus causas eficientes, es difícil escudriñar la verdadera patogenia y pretender entablar lucha directa contra las causas, pues las más sencillas y aparentemente conocidas producen diversos efectos

Un *enfriamiento*, pongamos por caso, obrando a la vez sobre muchas personas y en las mismas circunstancias del medio, produce o puede producir, en cada individuo efectos muy diferentes. En algunos un simple *resfrío*, una *rinitis*, en otro un *reumatismo*; en el de más allá congestiones, inflamaciones, o da cabida a enfermedades específicas, como la *influenza*, el *tifo*, la *tifoidea*, etc. Esto depende de que cada individuo está diversamente dispuesto y tiene que reaccionar del modo más vario contra esta insólita agresión que no pocos podrán soportar impunemente.

La abnegada ambición de todos los sabios, como lo atestigua el testimonio de la historia, ha sido dar con las verdaderas causas de las enfermedades para fundar la Terapéutica científica, que tuviera como axioma el *tolle causam*, para suspender y quitar de un modo rápido y seguro el dardo que implacable hiere a los enfermos.

Pero vana ilusión siempre perseguida y nunca alcanzada, a la manera de un horizonte que siempre se mira y nunca se toca, por más que ágil como la electricidad se pretenda perseguir para atañazarla con las manos.

Los agentes infecciosos, cuya acción es indiscutible, producen determinada enfermedad o más bien la inician, pues el organismo es el único que puede darle forma, y una vez iniciada, sigue en su desarrollo un ciclo definido hasta que naturalmente termina su evolución o el organismo puede sustraerse de su acción. Si por medio del antiséptico apropiado pudiérase destruir el microbio dejando inmune el órgano afectado, por este solo hecho, suspendería desde luego la enfermedad sus múltiples manifestaciones? Hasta ahora los hechos no lo han comprobado: de donde resulta que los antisépticos en el organismo nada pueden o de nada sirven contra los efectos del microbio.

El *tolle causam* que persiguen *patólogos y terapeutas* es una utopía si de su conocimiento depende toda terapéutica. Destruyase el parásito, extírpese el cuerpo extraño, cesará de obrar la causa en el organismo; pero el trabajo de reparación sucederá irremisiblemente: esta es precisamente la enfermedad. Sustraer la causa que infecta un medio es la misión principal de la higiene, para evitar que las enfermedades se propaguen y los que están predispuestos escapen a su influencia nociva: es una misión verdaderamente redentora.

En los seres meramente pasivos puede verificarse el *tolle causam* para hacer cesar desde luego el efecto de ésta; pero en el organismo viviente, no sucede lo mismo, porque a toda causa activa opone sus energías vivas o latentes sin cuyo esfuerzo no puede concebirse la enfermedad.

§ VII. — UNIDAD DE ACCIÓN DEL COMPUESTO O HUMANO.

Es evidente la influencia mutua que tiene cada parte constituyente del compuesto humano. La acción psíquica sobre la parte orgánica y viceversa, es inevitable. El primer fenómeno que se nota en toda enfermedad y que muchas veces la precede, es un estado de ánimo especial, caracterizado por la depresión, melancolía y timidez. El hombre más enérgico y de mayor entereza, pierde sus bríos, su firmeza (*in firmus*), no pocos se contristan ante la idea de la muerte que al estado sano jamás los hizo vacilar. Las impresiones morales juegan análogo papel respecto de la parte orgánica; ejemplos numerosos tenemos en la historia y en hechos de que podemos ser testigos, de los fenómenos extraordinarios provocados por el terror, la aflicción o el gozo inmenso no esperado.

A María Antonieta, la infeliz reina de Francia, se le encaneció el pelo en una sola noche: así serían los sufrimientos morales que precedieron a su decapitación. La noche anterior a la muerte de un ajusticiado, es todo un siglo de padecimiento moral.

Cada enfermedad según el órgano afectado tiene su tipo moral: el cardíaco se vuelve pusilánime, el dispéptico se pone colérico, el reumático tiene accesos desesperados, el tuberculoso es un melancólico, etc. No pocos afectados de enfermedades incurables, se vuelven monomaniáticos y hasta suicidas.

Entre el alma y el cuerpo hay tal relación de funciones que no se puede concebir la afección de una sola de estas dos entidades separadamente. La salud que se traduce en el cuerpo por un estado de bienestar inconsciente, se revela en el alma por una tranquilidad manifiesta, signo cierto de ese equilibrio perfecto entre uno y otro elemento del conjunto. Si la felicidad es la satisfacción completa de toda necesidad en lo orgánico y en lo psíquico, no puede concebirse dicha felicidad sin la salud y la paz del alma.

La Homeopatía en sus indicaciones señala una gradísima importancia al estado moral del enfermo, no solamente desde el punto de vista de la etiología y de los síntomas sino también de las indicaciones medicamentosas. La Escuela antigua jamás podrá aprovechar este dato para su tratamiento médico, porque el conocimiento de su materia médica no abarca la parte moral, ni aquella se ha obtenido por la vía de la experimentación pura.

Hay medicamentos cuyas patogenesias revelan estados de ánimo peculiares que sirven de complemento al cuadro sintomático que ofrece el enfermo. Pudiera disertarse largamente sobre materia tan fecunda en la akología homeopática; pero sería ajeno de propósito, baste pues consignar su importancia para no concretar el examen a las manifestaciones somáticas, siendo que muchas veces la acción moral obra de una manera más poderosa y eficaz para conseguir la devolución de la salud a los enfermos.

Aunque no bien definidas las facultades del

alma por la suma variedad de sus manifestaciones, tendencias y aptitudes, intentamos seguir la senda trazada por los filósofos de la antigüedad, verdaderos cultivadores de estas concepciones metafísicas que si son poco prácticas, sirven de gimnasia al entendimiento dándole videncia y penetración para mejor sondear las cuestiones obscuras y profundas. Divídense las causas de orden psíquico en tres clases: *intelectivas, emocionales y sugestivas*. El entendimiento o razón, la sensibilidad moral o sensorio y la voluntad o voliciones, influyen grandemente en la provocación de ciertos estados morbosos que pueden corregirse influyendo de algún modo en estos factores mentales. El demasiado trabajo intelectual (*surmenage* de los franceses) puede ser causa de múltiples manifestaciones morbosas: el cerebro, los ojos, el estómago y anexos, el pulmón, etc. pueden afectarse de una manera indirecta bajo el peso de este incesante trabajo del entendimiento.

Lo mismo puede decirse de las emociones de cualquier género cuya reiterada acción o intensidad provocan directa o indirectamente, por acción refleja, variadas perturbaciones orgánicas. No pocos autores de Patología atribuyen a las aflicciones morales muchas enfermedades como el *Cáncer*, el *Mal de Addison*, etc. No seremos más prolijos en este punto por ser de todos conocido el influjo que tienen las emociones en la producción de las enfermedades, pues rara será la persona que no haya experimentado en sí misma los estragos que producen en su organismo las penas morales y

las grandes impresiones. A la falta de sueño y apetito, sucede la gastralgia, las jaquecas, el agotamiento, etc.

Por último, ninguno puede negar la poderosa influencia que tiene la voluntad propia o ajena en el desarrollo y principio de las enfermedades. La autosugestión, el hipnotismo, la fascinación, capaces de producir multiplicados fenómenos no solamente de orden psíquico sino también de orden meramente orgánico, son manifestaciones del imperio de la voluntad.

La voluntad es el árbitro de las facultades mentales del hombre, el poder dirigente y comandante del espíritu y la clave de las demás facultades del alma. Los hombres y las naciones son gobernados por una voluntad fuerte y determinada.

Hay una gran diferencia entre la arrogancia y la fuerza de voluntad: con aquella se muestra rebeldía, con esta se tiene influencia sobre los demás. Tampoco hay que confundir la constancia o tenacidad con la fuerza de voluntad: con la primera se llega a un fin determinado, con la segunda se adquiere un gran ascendiente sobre los demás hombres.

La fuerza de voluntad con el ejercicio se desarrolla del mismo modo que el brazo que funciona sin cesar adquiere vigor, destreza y mayor volumen.

La voluntad débil, la pusilanimidad, deprimen y predisponen a ser víctima de sugestiones que al reiterar su acción dejarán profundas huellas en el organismo.

Factor es la voluntad de reacciones y depresiones que el médico puede aprovechar en la

clínica y en sus indicaciones terapéuticas.

La unión del alma con el cuerpo no es accesoría sino esencial, se asen y prenden con unidad tan perfecta que constituyen un nuevo ser, una naturaleza que antes no era substancial y completa, rica de propiedades no vistas en el alma y en el cuerpo, sino en el conjunto que a un tiempo vegeta, siente y entiende y es árbitro de sus actos de relación aunque no de los meramente vegetativos que se efectúan inconsciente y fatalmente.

Al sentir de los filósofos antiguos, tanta es la parte que tiene el *alma* en la constitución humana que ha merecido el renombre de *forma del cuerpo*; no precisamente porque determine el cuerpo a una conformidad procurándole organización y manera particular de ser, sino porque, con hacerle partícipe de su propia esencia, constituye con él una naturaleza completa de que ella es la parte más viva y principal.

Si atendemos a la *vida vegetativa* que es la más baja en el hombre, la materia es de suyo indiferente a pertenecer al reino orgánico o inorgánico, de este principio *formal* recibe la virtud organizadora.

En la *vida sensitiva*, el cuerpo de su naturaleza es incapaz de sentir; y a la vez el alma es insuficiente para ello careciendo de instrumento acomodado; pero ambos se completan y determinan.

En la *vida intelectual*, aunque el alma no deba determinar al cuerpo a ejercicio de actos espirituales, todavía es forma del cuerpo, ora porque necesita de la fantasía para entender,

ora porque da al viviente animal la dignidad de racional y discursivo.

Si el vínculo que liga las tres vidas: *vegetativa*, *sensitiva* e *intelectiva*, es el alma (o llámese como se quiera), no pequeña es la influencia que debe tener en todos los grados de sus manifestaciones. El médico, más biólogo que psicólogo, debe fijar su mira en esa fuerza que como consecuencia de unión es la resultante de dos actividades distintas que se fusionan para formar naturaleza propia.

Esta metafísica sería infecunda en otros campos, pero en el presente, tiene su razón de ser porque funda la verdadera *etiología*, la que se funda en el conjunto y tiene en cuenta las íntimas relaciones que guardan los factores del compuesto humano. Si de meras funciones físico-químicas se tratara, o si el principio psíquico fuera independiente de las funciones fisiológicas, tarea inútil sería tanto insistir en concepciones abstractas que sólo podrían servir de gimnástica intelectual.

La alta filosofía aplicada a la medicina es de la más grande importancia, porque la misión del médico no debe reducirse a la conservación de la materia o del organismo, la parte psíquica es un elemento preponderante como causa o como sujeto pasivo en el conflicto perpetuo de la vida.

§ VIII.—CAUSAS ORGÁNICAS.

Son tantas y tan varias las causas de este género que es imposible pasar revista a todas

en un estudio sintético. Baste solamente hacer algunas consideraciones sobre algunas de ellas para tener el concepto de su acción sobre el organismo viviente y cómo responde éste a las agresiones de esta naturaleza.

Las causas mecánicas como los grandes esfuerzos o movimientos bruscos anormales, producen desalojamientos de las partes sólidas, llamadas *luxaciones*, que se caracterizan por dolores intensos, deformación y perturbación de las funciones respectivas. A una causa de esta naturaleza que produce semejantes efectos, hay que indicar un tratamiento análogo: la *reducción*. Regularmente el efecto de las luxaciones es pasajero, cuando desde luego se acude a la reducción; pero si no se efectúa, entonces aparecen desde luego fenómenos inflamatorios y de otra naturaleza que tienden a moderar el dolor y a restablecer el movimiento aunque sea imperfecto; de donde las falsas articulaciones, las hipertrofias diversas y las neoformaciones de compensación de la sabia naturaleza.

Todas las heridas reconocen como causa un agente vulnerante, pero la reacción que despierta la lesión en el organismo, no puede reconocer como causa inmediata el instrumento vulnerante sino la solución de continuidad. En estas mismas reacciones que despierta el organismo en sus reparaciones, hay que tener en cuenta la diversa modalidad de reacción que se presenta en cada caso. Aun suponiendo que el mismo instrumento y en igualdad de circunstancias produjera análoga herida en el mismo sitio, síntomas o fenómenos peculiares

se presentarían con la diferenciación de individuos. En unos la cicatrización se efectuaría por primera intención, en otros mediante supuración, más allá llegaría a la gangrena, úlceras, infecciones, flemones, etc. Como se ve, una misma lesión produce múltiples efectos que dependen de la siempre diferente aptitud morbosa de cada individuo y de las circunstancias de cada caso.

Lo que se dice de las causas más simples como son las lesionales, puede decirse de las causas de orden físico. Una corriente de aire fría puede producir desde una simple reacción (resfrío) hasta las inflamaciones viscerales más intensas y peligrosas como son neumonitis, pleuritis, pericarditis, artritis, eritemas, parálisis, neuralgias, etc., etc.

Los cambios bruscos de temperatura, el excesivo calor, la baja de presión atmosférica, producen o pueden provocar respectivamente insoluciones, gangrenas por congelación, hemorragias, etc.

Por ese tenor podíamos ir enumerando las diferentes causas físicas a que se halla expuesto el organismo en los diversos lugares de la tierra donde habita y que pueden ocasionar un sinnúmero de manifestaciones morbosas exaltadas o atenuadas por la aclimatación y otras muchas circunstancias pasajeras que influyen en el modo de ser del individuo en cada época de su existencia. Los diversos estímulos del medio ambiente pueden suscitar manifestaciones múltiples, ora dando temple al organismo indolente y falto de vigor o ya sembrando los variados gérmenes de la enfermedad.

Entre las causas químicas capaces de provocar directa o indirectamente irritaciones, envenenamientos y otras manifestaciones, se pueden enumerar los gases deletéreos como el ácido carbónico, el óxido de carbón, las bases, las sales, etc., y en el orden vegetal los diversos productos corrosivos, los alcaloides de acción enérgica o hipostenizante.

Débense de contar entre los de acción más enérgica las secreciones venenosas llamadas ponzoñas, así como los productos orgánicos llamados leucomainas y los de origen cadavérico, las ptomainas, etc.

Todos los venenos, además de su acción primitiva o irritante, tienen sus efectos *secundarios discrásicos* no menos peligrosos. El plomo, el mercurio, el arsénico, el alcohol, etc., producen perturbaciones en la nutrición íntima de los tejidos, que raras veces puede el organismo reparar satisfactoriamente.

Pertenece a la Toxicología, la clasificación y descripción de estos agentes venenosos e indicar sus respectivos antídotos, siendo del resorte de la etiología, el mencionarlos como agentes perturbadores de la salud.

Vamos a tratar con menos laconismo de los agentes parasitarios cuya clasificación fundada en su propia estructura e historia natural de su evolución, pueden suministrarnos algunas enseñanzas prácticas en el ejercicio de la medicina.

§ IX.—AGENTES MORBOSOS PARASITARIOS.

CUADRO SINOPTICO.

ZOOPARASITOS	{	Epizoarios (artropodos)	{	acarianos
			{	enteros
				hemipteros.
	{	Entozoarios	{	tremátodos
				céstodos
			{	nemátodos
		PROTOZOARIOS	{	infusorios
			{	psorospermios
FITOPARASITOS	{	Esquizoficetos (ectofitos)	{	hongos gemmíparos
				oidium
				mofo
		Esquizomicetos (entofitos)	{	Microbios
				o
			{	Bacterias

EPIZOARIOS.

ARTROPODOS	{	Acarianos	{	Acarus scabiei (Sarna)
				demódex pilex (espinillas)
		Dípteros	{	leptus autumnalis.
				Macrobium farinae
				Sphoerogyna ventricosa.
				sarcopte guayano.
		Muscídeos	{	Lucilia macelaria
				Ochrobia antropofaga
				Sarcophila magnifica
				Musca vomitaria
		Oestrídeos	{	dermatolía noxalis
				hipoderma bovis
				hipoderma diana
		Hemípteros	{	Pediculi capitis
				pubis
				pulex irritans (pulga)
				Cimex lectularius (chinche)
				dermatophilus penetrans (nigua)

omit.

§ IX.—PARASITISMO.

ZOOPARÁSITOS.

Los acarianos, epizoarios del orden de los artrópodos, tienen un cuerpo discoide, globuloso, el abdomen y la cabeza se confunden, cefalotórax, la boca posee dos apéndices para la succión. La respiración es traqueana.

— *Acarus scabiei*, sarcopte de la *Sarna*, parásito blanquiceo, cabeza redonda, ocho patas cortas articuladas, las cuatro anteriores provistas de ganchos y las posteriores de un filamento sedoso. La hembra es de mayor volumen, deposita hasta 50 huevos bajo la piel y regularmente en quince días llegan las larvas a la edad adulta; los surcos que forman son flexuosos. Es el parásito de la *Sarna*. (La *Psora* de Hahnemann. Véase *Organón* §§ 80, 81 y 82.)

— *Demodex pilar*. Este parásito se diferencia del anterior por su abdomen alargado y sus patas terminadas por ganchos análogos a los de los céstodos. Habita las glándulas sebáceas y los folículos pilosos del hombre en las regiones de la nariz, las orejas, la espalda, etc. Produce esas afecciones cutáneas vulgarmente llamadas *barros*, *espinillas*. *Aché*.

Las demás clases indicadas en la tabla anterior solamente deben mencionarse para el objeto, remitiendo a los tratados especiales para mayores detalles.

DÍPTEROS.

Estos son insectos de dos alas, como las moscas.

Viven en el cuerpo del hombre al estado adulto o larvario. Se distinguen: las larvas de la piel y de los tejidos; las larvas del intestino.

En la piel y los tejidos, las moscas depositan sus huevos en las cavidades naturales o accidentales como las heridas; estos huevos allí se desarrollan dando larvas que provocan a menudo flegmasias. En los países calientes, los accidentes son mucho más graves.

GRUPO DE MUSCÍDEOS.

—*Lucilia macellaria* o mosca carnífera, dorada con tres bandas negras sobre el tórax, cuerpo redondo, tinte cobrizo. Esta mosca omnívora, deposita sus huevos en las cavidades naturales como son las orejas, fosas nasales, úlceras y heridas, ocasionando flegmasias hemorrágicas, muy graves en la nariz cuando la inflamación se propaga hasta los senos.

—*Ochromia antropophaga*. Es el gusano del Senegal, insecto de diez milímetros de longitud, color marrón oscuro sobre el dorso y marrón claro sobre el vientre; el tronco y miembros inferiores del hombre, son los regularmente atacados, produciendo una especie de botones de aspecto tuberculoso.

—*Sarcophila magnifica*. Mosca de tamaño mediano, gris ceniciento, con estrías longitudinales sobre el abdomen y el dorso, tres man-

chas, una mediana y dos laterales. Este parásito abunda al norte de Europa, Rusia y Siberia.

—*Musca vomitaria*. Deposita los huevos en la carne de los animales muertos.

—*Sarcophaga carnaria*. Mosca amarillenta que se nutre y vive de las materias putrefactas.

GRUPO DE OESTRÍDEOS.

—*Dermatobia noralis*. Incuba y deposita sus huevos bajo la piel provocando flegmasias circunscritas.

—*Dermatobia cyanoventris*. Muy común en las Américas.

A esta misma clase pertenecen otras especies que habitan el interior del intestino como son la *Calliphora erythrocephala*, la *Cirtoneura stabulans*, la *Drosophila melanogaster*, *Pollema rudis*, *Teichomiza fusca*, etc. Todas estas larvas producen perturbaciones digestivas variables según el número de parásitos, como son cólicos, diarreas, vómitos, etc. Salen del intestino con las materias fecales.

HEMÍPTEROS.

Son parásitos con apéndices bucales dispuestos para la succión. La boca posee una trompa blanda con ganchos y cuatro estiletes agudos, las patas terminan por un gancho que les permite afianzarse al pelo.

Pediculi capitis. Pequeños (1 a 2 milímetros) grises, alargados, los huevos quedan pegados al pelo (liendres) e incuban en una se-

mana poco más o menos. Su presencia provoca comezón e incita a rascar la piel y produce erosiones, eczemas e infecciones secundarias.

—*Pediculi corporis*. Más grande que el anterior y de color blanco sucio.

—*Pediculi pubis*. De pequeño tamaño, aplastados, color moreno rojizo, adheridos a los pelos del pubis y de la axila. Se propaga al contacto de la ropa o de los órganos sexuales.

—Las *pulgas*, las *chinchas*, la *nigua*, etc., son otros tantos parásitos de acción irritante que sería prolijo enumerar y que además de su acción local pueden ser los vehículos de muchas enfermedades infecciosas.

§ XV.—ENTOZOARIOS.

I.—LOMBRICOIDES.

Los parásitos que viven en el interior del cuerpo humano son de dos clases: *lombricoides* y *protozoarios*; la primera presenta tres variedades que difieren en su forma. Pueden ser aplastados y pequeños: *tremátodos*; aplastados y largos: *cestodos*; y cilíndricos y largos: *neemátodos*.

1º *Tremátodos*. Gusanos cortos, cuerpo blando, aplastado y no articulado; la boca está colocada en el fondo de una ventosa sin ganchos. El aparato digestivo es simple o ramificado, sin ano, respiración cutánea, sistema nervioso constituido por ganglios periesofagíacos.

Viven al estado parasitario o larvario, son ovíparos, los huevos son alargados, recubiertos de un opérculo. Estos arrojados con las deyecciones se desarrollan en el agua. En el interior del huevo se forma la larva erizada de pestañas vibrátiles, se desarrollan por vía asexual hasta adquirir la forma *cercaria*. En este estado posee un apéndice caudal muy desarrollado que sirve para la natación. La parte anterior del cuerpo tiene un aguijón con el que pasa a través de los tejidos del organismo donde el aguijón se atrofia, para enquistarse antes de ser absorbido de nuevo por el organismo, donde se desarrollará por entero adquiriendo sus órganos sexuales, depositando huevos, para volver a comenzar de nuevo esa serie de metamorfosis evolutivas que lo caracterizan.

Entre los tipos de esta clase nos encontramos con los siguientes:

—*Distoma o fasciola hepática*. Forma oval, lanceolada, color gris, de 20 a 30 milímetros de longitud y de 4 a 12 de ancho; ventosa anterior pequeña arredondada, ventosa posterior más grande; los órganos sexuales están colocados entre las ventosas.

Al estado larvario habita entre los moluscos; al estado adulto, en el carnero, buey o el hombre; éstos ingieren el parásito con el agua o alimentos que lo contienen. La infección de los rumiantes se efectúa regularmente de julio a septiembre. En un mes el parásito se desarrolla.

El sujeto atacado de este parásito, pierde el apetito, se enflaquece. Comienzan los edemas,

la diarrea y otros síntomas graves. A la autopsia, el parásito se encuentra sobre todo en el hígado

—*Distoma lanceatum*. Este parásito es más pequeño que el precedente, posee los mismos caracteres.

—*Distoma hemotabia* o *Hemotabia Bilharzia*. Tamaño de 12 a 15 milímetros, color blanquizo, aplastado en su parte anterior, redondo en el resto de su extensión. El cuerpo está formado de un cilindro canaliculado en donde se encuentra la hembra, más delgada y más pequeña que el macho. Este parásito tiene predilección por la sangre del hombre, sobre todo, se localiza en la vena porta, las esplénicas, intestinales y vesicales. Muy frecuente en el Egipto y otras partes de la Africa. Los huevos no se desarrollan más que en el agua; el animal intermedio es un molusco todavía desconocido. Una vez llegado al intestino, fácilmente penetra a los vasos. Los huevos son los más peligrosos, los cuales depositados en la sangre pueden obliterar los capilares, provocando congestiones, hemorragias, supuraciones, etc.

Aunque muy raros, sin embargo pueden señalarse los *tremátodos* siguientes:

—*Distoma Ringeri*: se aloja en el pulmón del hombre y provoca hemoptisis. (Japón, Corea.)

—*Distoma Japónica* (Blanchard) muy común en China.

—*Distoma Conjuneta*. (Cobbold) frecuente en el perro y el hombre en Calcuta.

—*Amphistom hominis*. Gusanos rojizos,

ventosa ventral posterior y anterior, de 5 a 10 milímetros de longitud. Se aloja en el tubo digestivo del hombre. Su evolución es poco conocida.

En esta clase deben mencionarse los Hirudíneos o Sanguijuelas que pueden ser parásitos accidentales en el hombre.

La sanguijuela oficinal, parásito externo.

—La sanguijuela del caballo, es propia de las aguas dulces, las cuales ingeridas, llevan el parásito que se fija en la faringe o el esófago y provoca hemorragias o accidentes de supuración.

II.—CÉSTODOS.

Son gusanos planos en forma de cinta, formados de una serie de individuos distintos y sexuados, desprovistos de boca, ano y tubo digestivo.

Se distinguen dos grupos: las *Tenias* y los *Botriocéfalos*.

Los caracteres comunes de los céstodos son cabeza provista de dos o cuatro ventosas laterales no perforadas, contráctiles, terminadas por un inflamamiento central, con o sin trompa armados de ganchos dispuestos en simple o doble corona.

Los huevos de los céstodos van contenidos en los excrementos de la persona cuyo aparato digestivo encierra el aparato reproductor y cayendo al agua, estiércol o vegetales, de allí son transportados de nuevo al animal que los ingiere. En este lugar, el jugo gástrico disuelve la cubierta del huevo, el embrión se fija a la mucosa por medio de sus ganchos, dislacera

algún pequeño tronco venoso y arrastrado por la corriente sanguínea, por último se fija en el cerebro, en los músculos o el hígado. Entonces se rodea de una envoltura contráctil y se convierte en una vesícula que después se transforma en *larva cística* que es llamada *cisticerco*. Para efectuarse esta mutación, aparece un botoncito hueco en el interior de la pared vesicular dentro del cual se presenta la cabeza o *scolex* del animal y después las demás partes de su organización.

Cuando el hombre hace uso para su alimentación de las carnes que contienen el cóstodo en la época de *gusano vesicular*, se acelera mucho su evolución, pues el jugo gástrico disuelve fácilmente la vesícula y deja libre el *scolex* o cabeza que agarrada a la mucosa intestinal, comienzan a formarse los anillos articulares que completan el período evolutivo de esta clase de parásitos.

TENIAS	ARMADAS.	{	Solium	
			flavo punctata	
			cucumerina	
			nana.	
	INERMES.	{	Sagitata, inerme	
			o	
			medio canellata	
			botriocéfalo lat. <i>latus</i> .	O
	LARVADAS—equinococus.			

—*Tenia solium*—*Solitaria*. De uno a diez metros de longitud, cabeza muy pequeña con cuatro ventosas, boca con dos hileras de ganchos

y cuello muy delgado. Los esporos genitales irregularmente alternados, el útero provisto de siete a diez apéndices o ramas. Los anillos son de mediana anchura, los huevos de cubierta estriada y los embriones exacantos. Los primeros anillos son cortos y estrechos y van aumentando insensiblemente.

Este parásito vive al estado de gusano en el intestino y al estado de larva en los tejidos del hombre. Los embriones expulsados con el excremento, son ingeridos por el paereo, recorren el estómago e intestinos, donde pierden la cubierta y llegan hasta el hígado donde aumenta de volumen y se enquistan (*cisticerco*) en las vísceras o tejidos. La ingestión de estas carnes mal cocidas llevan consigo el parásito que más tarde será la *triquinosis humana*.

La *solitaria* puede vivir también al estado de *larva* en el hombre introduciéndose directamente al intestino bajo la forma de anillos de *tenia*, en las legumbres.

—*Tenia flava punctata* o de manchas amarillas es muy rara, tiene de 30 a 40 centímetros de longitud, color blanco con una mancha amarilla en medio de cada anillo.

—*Tenia nana*. Es de 15 a 25 milímetros de longitud, filiforme, cabeza obtusa, boca piri-forme armada de una corona de veintidos a veinticuatro ganchos, posee cuatro ventosas redondas y salientes; el cuello es estrecho y los anillos gradualmente ensanchados.

—*Tenia cucumerina* es la *tenia* del perro, de 1 metro de longitud, color rosado, cabeza obtusa con tres coronas de ganchos. Los huevos de esta *tenia* arrojados con los excrementos del

perro, quedan pegados a los pelos de la región glútea del animal. Los perros al lamerse pasan los cisticercos.

—*Tenia sagitata*. Es la *tenia mediocanclata* inermis, de 7 a 8 metros de longitud, cabeza piriforme con cuatro ventosas, sin boca ni ganchos. El cuello es la mitad más delgado que la cabeza. Los anillos al principio cortos, aumentan insensiblemente en longitud y espesor; los esporos genitales son laterales e irregularmente alternados. El útero posee de veinte a treinta ramificaciones, los huevos son parecidos a los de la *tenia solium*, los cisticercos son pequeños. Habitan en el tejido muscular del buey y en el intestino del hombre.

—*Tenia equinococcus*. *Tenia* larvaria, de 2 a 4 milímetros de longitud, cabeza con seis ventosas y trompa con dos hileras de ganchos; el cuello es corto, dos a cuatro anillos, el último más largo, presenta una saliente en medio del cuerpo este parásito. Al estado larvario habita en el intestino del hombre o del perro y el embrión sale con los excrementos; al fijarse en los tejidos aumenta de volumen y se forma una cavidad central ensanchada hasta constituir la *hidátide*.

Esta se compone de dos capas: la externa *cuticular* y la interna *germinal* a expensas de la cual nacen muchas cabezas de *tenia*. Sobre esta misma membrana se forman poco a poco, vesículas prolíferas que acaban por pediculizarse y formar cavidades secundarias, vesículas hijas, análogas a las vesículas madres.

Estas *hidátides* de un volumen que varía desde el tamaño de un guisante hasta el de

una naranja, contiene un líquido transparente salado (cloruro de sodio) con unos corpúsculos blanquizcos en suspensión (scolex) que llevan en la parte anterior una trompa con cuatro ventosas y una doble corona de ganchos.

La presencia de estos parásitos en el cuerpo del hombre es debida a la ingestión de carnes contaminadas, siendo más frecuente su presencia en el hígado, después en el pulmón, riñón, bazo, etc

Solamente mencionaremos otras especies de tenias por ser muy raras: la de *Madagascar*, la *disparis* y la *murina*

GRUPO DE BOTRIOCÉFALOS.

Botriocéfalus latus. Entozoario de 10 a 20 metros de longitud, color gris amarillento, cabeza alargada con dos facetas longitudinales que hacen el papel de ventosas. Los anillos que a veces pasan de 4,000 se van ensanchando sucesivamente. El útero ocupa la parte media del animal; es ovíparo, los huevos están llenos de celdillas protoplásmicas que se desarrollan en el agua (*proglótidos*.) El embrión sale del huevo al séptimo u octavo mes incluido en una cubierta esférica armada de pestañas vibrátiles finas y largas que le facilitan nadar. En el intestino del hombre vive al estado parasitario; en el pez al estado larvado; se trasmite por medio de las aguas potables o por la ingestión de las carnes de pescado. Muy común en los lagos de Suiza.

—El *Botriocéfalus cordatus* es más pequeño que el precedente, de 50 cms. a 1 metro de lar-

369.003

WASHINGTON D. C. U. S.

go, cabeza corta, ancha, con un surco longitudinal y sin cuello, los anillos tienen de 6 a 8 milímetros de latitud máxima, la roseta del útero es más estrecha que en el anterior. Habita el intestino del perro, de la foca, etc., y se trasmite directa o indirectamente.

—El *Botriocéfalus grandis*, señalado por Blanchard, es de 8 a 10 metros de largo, sus anillos son cortos y anchos.

Todos los *céstodos*, con excepción del *equinococcus*, producen en el individuo que atacan, perturbaciones gastro-intestinales y nerviosas de diverso género según el número, tamaño y localización de los parásitos.

III.—NEMÁTODOS.

Gusanos cilíndricos, no articulados, sin apéndices de locomoción, con boca y tubo digestivo, sin ganchos ni ano; el aparato respiratorio es cutáneo y la circulación lacunar. Pueden vivir al estado libre o parasitario. Vamos a enumerar algunas de estas clases.

—*Anchylostomo duodenal*, de 6 a 8 milímetros de largo, color rosado, boca cupuliforme, abierta hacia abajo, armada de dos ganchos córneos. El macho posee una extremidad posterior terminada por una bolsa membranosa provista de once radios. El pene es largo y doble. La hembra es más grande que el macho, posee una vulva que se abre sobre el tercio posterior del cuerpo. Los huevos tienen una cubierta simple, los arrojan en las deyecciones y se desarrollan en la tierra. Se tras-

miten directamente por medio de las aguas potables.

— *Strongylus gigas* o *visceralis*. Es el más grande de los *nemátodos*: el macho tiene de 15 a 50 centímetros de largo, posee una bolsa plana posterior de donde sale una espícula filiforme. La vulva está situada atrás de la boca que es pequeña y tiene seis tubérculos, el esófago es pequeño lo mismo que los huevos. Su sitio predilecto es el riñón del hombre, los huevos salen con la orina. Este parásito ocasiona *nefrorragias*.

— *Ascáride lombricoide*, parecida a la lombriz de tierra. La hembra tiene de 20 a 25 centímetros de largo, el macho poco menos; color blanco lechoso, la boca triangular con tres nodulos redondos y dentellados, intestino cilíndrico. El macho tiene en la extremidad caudal encorvada, dos espículas cortas y agudas. La hembra arroja hasta 500 huevos.

Habita en el intestino del hombre, sobre todo en los niños, pudiendo subir al estómago y ser arrojados por vómitos y hasta provocar la asfixia por su introducción en la tráquea.

Su trasmisión es directa por las aguas o legumbres.

— *Anguila intestinal*. Filiforme, de 2 milímetros de largo, hermafrodita, extremidad posterior afilada. Los embriones machos o hembras, son arrojados con las materias fecales. Hasta la segunda generación se reproduce el tipo de la *anguila* o *anguilula* al estado de larva que es cuando habita entre las materias fecales, sobre todo en las evacuaciones de los co-

téricos y disentéricos. Muy común en la Indo-China.

— *Oxyuro vermicular.* Pequeño gusano filiforme, blanquizo, de 2 a 5 milímetros de longitud, más grande la hembra.

La extremidad posterior del macho está enrollada en forma de espiral, los huevos son ovalados, irregulares, de cubierta muy delgada. Su lugar escogido es el intestino o el recto, sobre todo de los niños. Su trasmisión se efectúa por medio de las aguas, legumbres, etc.

— *El tricocefalo dispar,* es filiforme, de 4 a 5 centímetros, el macho tiene la forma espiral, afilado en su parte anterior, grueso en la posterior; la hembra es casi rectilínea. Los huevos son ovoides, morenos, con excrescencias en las extremidades, se desarrollan en la humedad. Su sitio predilecto es el *ciego*, se le encuentra también en el *apéndice*. Metchikoff atribuye a su presencia la *apendicitis*.

— *Trichina spiralis.* De 3 a 4 milímetros de largo, ligeramente estirado en sentido transverso, delgada hacia adelante, redonda hacia atrás, el macho es más pequeño, la hembra es vivípara: al estado adulto ocupa el intestino del hombre y al estado larvario se incrusta en los tejidos (*trichinosis*). El puerco es el animal más propenso a la *triquinosis*.

Las perturbaciones que provoca la *triquina* están en relación con el número de parásitos, provocando en los tejidos fenómenos dolorosos e inflamatorios: espasmos, disnea, etc.

— *Filaria de Medina.* Largo y delgado como un hilo, de 80 a 150 centímetros de longitud, color blanco amarillento, la boca tiene alrede-

dor seis papillas la extremidad posterior es afilada. No se conoce o se distingue la hembra.

Transitoriamente habita en el intestino del hombre, localizándose después en el tejido celular donde provoca flegmones y absesos. Muy común en los países tropicales.

La *filaria*, arrojada del cuerpo humano, cae al agua, los embriones ya libres son ingeridos por un pequeño crustáceo, el *cíclope*, éste a su vez ingerido por el hombre en las aguas potables o legumbres. No pocos autores suponen que puede llegar directamente al hombre sin antes pasar por el crustáceo.

— *Filaria de la sangre*. Blanquizeo, de 9 a 10 centímetros de longitud. Solamente se conoce la hembra que es vivípara, ocupa los vasos linfáticos, atraviesa los ganglios linfáticos solamente al estado larvario hasta llegar a la sangre donde se multiplica tanto que puede alcanzar su número hasta la enorme cantidad de cien mil en un mismo individuo. Este parásito provoca enfermedades especiales en algunos países (Asia, Africa, Australia y América del Sur): la *Elefantiasis* de los árabes, la *Chyluria*, la *Hematochyluria*. Se encuentra la *filaria* de sangre y sus embriones, en las orines y en las deyecciones de los enfermos.

IV. —PROTOZOARIOS.

Son animales de organización inferior, reducidos a una masa de protoplasma movable, con pestañas o flageles vibrátiles en la superficie.

Corresponden a este orden los *infusorios* y *psorospermios*.

GRUPO DE AMIBAS.

Pertenecen a la clase de rizópodos, están constituidos por masas protoplásmicas irregulares, sin cubierta ni núcleo, dotados de ciertos movimientos de expansión y de retracción llamados amiboides. Viven al estado libre en las aguas dulces y saladas.

Se introducen directamente en el hombre alojándose en las cavidades naturales o en las vísceras. Su reproducción se efectúa por división o por kariokinesis. No pasa su longitud de 30 a 40 micras: Sus variedades son: *Amoeba coli*, *intestinalis*, *vaginalis* y *pulmonaris*, etc., según el sitio de su localización donde producen inflamaciones y diarreas o secreciones diversas.

GRUPO DE COCCIDEOS.

Pertenecen a la clase de esporozoarios, constituidos por masas ovoides de 30 a 40 micras de diámetro con membranas de doble contorno y núcleo. Carecen de boca y ano, residen entre las celdillas epiteliales de los tejidos en el hombre y animales. Provocan abscesos de hígado en el conejo, pueden penetrar al organismo humano directamente o por intermedio del conejo.

GRUPO DE FLAGELADOS.

Estos son parásitos sin pestañas vibrátiles, provistos de flagelos; masas protoplásmicas

con núcleo y nucleolo. La reproducción se efectúa por división o esporulación. Casi todos viven al estado libre.

— *Trichomonas*. Masas protoplásmicas, piriformes, de 10 a 15 micras de longitud por 5 a 8 de latitud presentan muchos prolongamientos filiformes en una de sus extremidades. Residen sobre todo en la mucosa vaginal.

— *Cercomonas*. Muy parecidas a las anteriores, se encuentran en las evacuaciones de los *coléricos* y *tíficos*.

Lamblia intestinalis. Masas piriformes, de 5 a 15 micras de largo, terminadas por un filamento bifurcado y tres pares a los lados, una depresión anterior e inferior. Habita en el intestino del hombre y de los pequeños roedores.

GRUPO DE CILIADOS.

— *Balantidium coli*. Es un infusorio; único parásito de la especie que se encuentra en el hombre, cuerpo ovoide de 80 a 120 micras de largo por 50 a 80 de ancho, erizado de pestañas vibrátiles. Habita en el intestino del hombre y del puerco sin ocasionar perturbaciones digestivas.

GRUPOS DE HEMOSPORIDES.

Estos son esporozoarios constituidos por masas ovoides de 4 a 5 micras de diámetro, forma arredondada, en cruz o estrellada. Reside entre los glóbulos rojos de los vertebrados.

— *Hematozooario del paludismo*. Descubierto por Laverán. Este parásito se encuentra en la

sangre de los palúdicos. Su forma es vária, esférica-rosácea, media luna y esférulas provistas de flagelos. Estos parásitos, se desarrollan en 24 a 25 horas. Golgi acepta la pluralidad parasitaria del paludismo, Laverán reconoce una sola especie con diversas facies características.

Los tipos comunes de fiebres palúdicas (terciaria cuartana) resultan de la evolución paralela de una generación de parásitos. El comienzo de la fiebre coincide, en los accesos fuertes, con la segmentación del plasmodium. Durante la apirexia es cuando los gérmenes sueltos atacan los hematíes y pasan por las fases endoglobulares. La intensidad de los accesos guarda proporción con el número de parásitos. (teorías)

En estos últimos años, la etiología del paludismo ha dado un paso decisivo con el descubrimiento del parásito en el cuerpo de los mosquitos; y del importante papel que éstos desempeñan en la propagación de la enfermedad.

El descubrimiento venía preparándose desde hacía mucho tiempo. Ya Koch había llamado la atención de los sabios sobre la posibilidad de una infección por los mosquitos en la malaria, y esta opinión ha sido compartida por otros, particularmente por Manson. Los prácticos italianos, tras de largos tanteos, encontraron que el agente trasmisor del paludismo era el *anopheles claviger*, cuyas larvas pululan ya en las aguas por el mes de abril y los insectos alados infectan las habitaciones desde mayo en adelante. Según Grassi, Bignami y Bas-

tanelli, viven los parásitos en la túnica muscular del intestino, pasando por diversas fases que se desarrollan en un espacio de varios días. Las fases serían de esporo, hemo-esporidia, de capsulación y pigmentación fase de multiplicación que aboca a la formación de multitud de filamentos liberados al romperse la cápsula.

Se supone también que el mosquito no toma el parásito del hombre sino de alguna forma de resistencia del plasmodium residente en el agua de los pantanos.

§. XI.—FITOPARÁSITOS.

Estos parásitos vegetales pertenecen a la gran división de los criptógamas (Linneo). Sus caracteres son estructura celular; asexuados, se nutren por la asimilación de combinaciones carbonadas organizables, siendo organismos comburentes y no reductores, desprovistos de clorofila y carentes de floración y fructificación al menos aparentes. Su reproducción se efectúa por simple división o fisiparidad. Se dividen en *esquizomicetos* y *esquizoficetos*.

ESQUIZOMICETOS (HONGOS.)

GRUPOS DE HIPOMICETOS

Son receptáculos filamentosos, simples o ramificados, con tabique o sin él; su diámetro uniforme no pasa de tres micras, producen esporos dispuestos en grupos, persistentes o cadu-

cos. Los más conocidos desde el punto de vista etiológico son:

— *Achorion Schenleini* (clase oidium). Causa de la tiña favosa. Este parásito se produce en toda región donde halla pelo. el contagio es directo del animal al hombre y de éste a otro, más frecuente en el perro y el gato. Cultivo artificial en el caldo y en la gelosa glicerinada.

Al microscopio se notan numerosos filamentos esporulados, simples o ramificados en forma de receptáculos que son tubos anchos con granulaciones redondas o esporos que pueden estar aislados o en grupos y tienen de 3 a 7 micras. Este parásito es aerobio, su desarrollo se efectúa a los 33° centígrados de temperatura, su evolución es rápida. Llegado el espora al pelo, penetra a los tejidos que le rodean, da nacimiento a un filamento que forma ramificaciones las cuales a la vez invaden el pelo que se deseca y cae, formando en la base un rodete amarillo rojizo ensanchado a medida que se propaga la enfermedad y caminando siempre del centro a la periferia.

— *Tricophyton*. Hay dos clases: el *endotrix* que produce la *Tiña tonsurante* y el *Herpes circinado*; y el *ectotrix* que causa la *Sicosis*.

El *tricophyton endotrix* se desarrolla en el pelo propagándose directamente. Muy frecuente en los niños y no pocas veces epidémico. Se cultiva en el caldo y la gelosa, formándose un tapiz blanquizo con radiaciones del centro a la periferia. No se desarrolla en medios ácidos. El espora se desarrolla en la raíz del pelo, los filamentos suben paralelamente al eje del pelo, propagándose por medio de la epidermis. El

pelo atacado se infla, se hiende y cae; su desaparición forma sobre el cuero cabelludo placas de 10 a 20 centímetros de diámetro constituyendo la *Tiña tonsurante* o pelada.

El *Tricophyton ectotrix*. Se desarrolla al rededor del pelo formándole un collarín, los filamentos forman una masa compacta en la vaina epidérmica del pelo, los esporos son gruesos pudiendo llegar a tener de 15 a 18 micras de diámetro. Puede vivir al estado de *saprofito*, es piógeno. Todos estos signos constituyen la *Tricoficia tonsurante*.

— *Microsporon furfur*. Produce la *Pitiriasis versicolor*. Consta de filamentos anchos, transparentes y entrecruzados. Se encuentra en las células epiteliales de la capa córnea del epidermis y se revela por manchas pardas, naranjadas o amarillentas, que acaban por descamarse. Ataca a las personas débiles, agotadas, caquécticos, tuberculosos, etc.

— *Microsporon minutissimum*. Produce el *Erytrasma*.

HONGOS GEMÍPAROS.

Los hongos de este grupo tienen la propiedad de descomponer las glucosas en alcohol o ácido carbónico, determinando una verdadera fermentación: son *zimógenos*. Su morfología es netamente elemental, su modo de reproducción por yemas o brotes le da su nombre; pueden multiplicarse por esporos como los *ascomicetos* y en tal caso la primitiva célula se ensancha y aparece en su interior o tabique uno o varios esporos.

Entre los sacaromicetos patógenos deben

mencionarse: el *Saccharomices albicans*, llamado impropriamente *oidium albicans*, productor del *Muguet* o *Estonmatitis cremosa*. La fijación de los sacaromicetos en las membranas mucosas depende muchas veces del estado ácido de los jugos bucales, falta de limpieza o decadencia vital del individuo.

HONGOS DEL MOHO.

De organismo más complejo que el anterior; constan de aparato nutritivo (*micelium*) y reproductor, la mayor parte saprófitos. Los que se reproducen en el hombre pertenecen a los géneros botánicos *Aspergillus*, *Penicillium* y *Mucor mucedo*.

El *Aspergillus* produce la tuberculosis aspergilar. Este hongo se reproduce por medio de gonídias; es sexuado.

El *Penicillium* y el *Mucor mucedo*, lo mismo que el primero se han observado en el pulmón, en las cavidades necróticas de esta víscera, sin que pueda asegurarse que sean causa o efecto; pero lo que sí puede asegurarse es que se desarrollan sobre partes orgánicas muertas. Su inoculación en la economía ha demostrado que se desarrollan vigorosamente en la sangre y en la cavidad de las serosas, produciendo fenómenos embólicos.

CAPITULO III.

ESQUIZOFICETOS.

§ I —MICROBIOS.

Son los *microbios* o *bacterias*, micrólitos elementales parasitarios, capaces de producir en el cuerpo donde residen, múltiples transformaciones

Son plantas pequeñísimas, organismos monocelulares que viven a expensas de otros cuerpos donde producen transformaciones o modificaciones diversas por cuyos efectos se distinguen en *saprógenos*, *cromógenos*, *fotógenos*, *patógenos*, etc.

El descubrimiento de Pasteur ha causado una verdadera revolución en la ciencia médica tradicional, dotándola con una nueva ciencia, la Bacteriología, y abriendo derroteros hasta ayer desconocidos a la antigua Terapéutica.

Un gran número de ingenios y talentos han consagrado todas sus actividades a esta ciencia, creyendo encontrar en el estudio de los microbios la piedra filosofal de la medicina y el amuleto de la salud ¡Lástima grande que la suma de tanto esfuerzo no corresponda con el resultado que era de esperarse!

El balance de tanto trabajo, tiempo y dinero invertidos, nos dan como efectivo: la *asepsia* en cirugía y uno que otro *suero* de acción

hipotética en el tratamiento de algunas enfermedades infecciosas.

Vamos a considerar las bacterias desde el punto de vista de la Etiología.

Las Bacterias o Microbios, mejor dicho, deben considerarse como una de tantas causas secundarias y condicionales del grupo de las enfermedades infecciosas, siendo más segura la acción del *calor*, la *humedad*, etc., como causas; porque la presencia de bacterias en el organismo no producen las enfermedades de una manera fatal e ineludible. Su acción está subordinada a la aptitud del organismo y por consiguiente no pueden reputarse como causas eficientes, pues tanto la observación como la experiencia han demostrado que el organismo está siempre invadido de microbios patógenos sin que sean capaces de provocar en el organismo alteración alguna quedando latente su acción patógena, porque las fuerzas naturales del organismo los tienen sujetos a su albedrío.

Además, y hay que acentuarlo bien para borrar todo error, el *microbio* no hace o determina la enfermedad, el organismo es el que da forma a la enfermedad desde el momento que los síntomas dependen del órgano afectado cuyo funcionamiento se perturba sin que la naturaleza o especie microbiana sea parte esencial en estas manifestaciones. Esto no quiere decir que la escuela homeopática niegue la especificidad de los microbios ni su participación en la determinación de señaladas enfermedades, pues los hechos evidentes no pueden negarse. En lo que no estamos de acuerdo es en

la interpretación de los fenómenos que en su presencia nos revelan.

La especificidad de los microbios es muy cierta desde el momento que siendo especies naturales, deben de ser fijas en el tiempo y en el espacio y por su natural instinto de conservación, buscarán siempre en el organismo humano (o materia donde residan) el medio apropiado para su conservación y desarrollo. Por esto no es de extrañarse que determinados microbios produzcan especiales enfermedades, si éstos, como todos los seres naturales, prosperan en el medio más propicio a su natural existencia y evolución. La selección del medio es instintiva, lo mismo en las plantas que en los animales de cualquiera categoría.

Unos prosperan en la mucosa laríngea (difteria) otros en las placas de Peyer (fiebre tifoidea, etc.,) y producen fenómenos de reacción constante y perturbaciones funcionales propios del órgano afectado que son las enfermedades definidas o especies morbosas conocidas.

De la misma manera que siempre hay una forma de *afasia* en caso de lesión de la terceracircunvolución frontal ascendente y *diabetes*, aunque sea pasajera, en las irritaciones o lesiones del cuarto ventrículo, así hay determinado conjunto de síntomas que se llama enfermedad, cuando los microbios fijan su residencia en señalada parte del organismo. No porque el microbio expresamente la produzca sino porque el organismo reacciona de ese modo conforme al grado y modo de excitación

Querir hacer de los microbios la causa pri-

ma de las enfermedades y deducir de estas mismas causas la naturaleza de la enfermedad es pretender llegar al conocimiento de la composición química del agente vulnerante por la forma y extensión de la herida. No hay que olvidar que *la naturaleza es la que da forma y también cura toda enfermedad*. Cada órgano o tejido tiene siempre en el estado morbozo síntomas análogos a sus funciones en su estado fisiológico normal; y la naturaleza, por natural instinto, es la primera que reacciona y opone sus barreras de defensa en contra de cualquiera causa hostil a su conservación.

Hay que asignar en la Etiología el lugar que corresponde a los microbios como factores de las enfermedades y considerarlos muchas veces como efectos del mismo estado morbozo, sin tratar de escudriñar el mecanismo íntimo de su acción para no divagar en inútiles suposiciones. El resultado de estos conocimientos y de la observación atenta de los fenómenos que el organismo suscita en contra de ellos, ha de servir de ayuda obrando en el mismo sentido en que lo hace la naturaleza, la cual endereza todos sus esfuerzos en pro de su propia conservación. Ya veremos de qué medios se vale para salir adelante en la lucha que libra en contra de estos agentes morbígenos que no pocas veces son el crisol que depura y el estímulo que despierta latentes energías que almacenaba el organismo.

Si son capaces los microbios de afligir a la especie humana con cierto número de enfermedades, no es menos cierto que son indispensables en la industria, vegetación, funciones

digestivas, etc., pues no se conciben ciertas funciones químicas o bioquímicas sin el concurso de saprofitos de diversa especie.

Estos determinan e nel terreno donde viven, combinaciones nuevas más simples o más complexas ya sea por medio de simples oxidaciones (*bacillus acetici*), ya por reducción (*bac butyricus*) y no pocas veces la molécula del principio transformante del terreno se desdobla constituyendo dos moléculas de nuevo principio (*micrococcus*) que desdobla la urea en carbonato de amonio o. Estas transformaciones las opera el microbio ya directamente o ya por medio de diastasas cuyo mecanismo íntimo queda velado por el misterio.

Lo que hay de notable en los microfitos es una especie de selección instintiva respecto del medio en que operan, prefiriendo ciertos terrenos donde hallan el *optimum* de sus condiciones nutritivas y donde únicamente pueden desplegar sus particulares virtudes fermentativas. *De ahí que cada medio orgánico tenga sus comensales propios, como los tiene también cada especie animal y vegetal.* (Cajal. *Anat Pat*)

Los productos de la nutrición de las bacterias en un medio orgánico vivo o muerto, son tan numerosos que si se acumulan en gran cantidad en el terreno de cultivo, suspenden la vegetación de los microfitos. Así en la putrefacción de los albuminóides se producen: *tirosina, aminos, peptonas, ptomainas*; ácidos grasos como *butírico, palmítico, acético, fórmico*, productos aromáticos como el *fenol*, in-

dol, creosol, hidroquinón y finalmente, agua, amoniaco, etc.

Los productos bacterianos desde el punto de vista de la Toxicología son las *ptomainas*, *toxialbúminas*, y los *fermentos tóxicos*.

Ptomainas. Este nombre griego que quiere decir cadáver, se aplica a ciertos alcaloides hallados en los cadáveres y sustancias albuminoides en putrefacción. La toxicidad de muchos de estos principios explica la acción letal de las sustancias en putrefacción y la influencia nociva de los microbios patógenos los cuales pueden obrar, no pocas veces, envenenando la sangre.

Desde el punto de vista químico, las *ptomainas* son análogas a los alcaloides vegetales en sus propiedades y fórmulas. Precipitan por el yoduro de potasio yodurado, el yoduro de bismuto y de potasio, el reactivo de Meyer, etc. El ácido sulfúrico diluido las colora en rojo violado, en presencia de los ácidos fuertes formando sales cristalizables, solubles en el éter alcohólico y dotadas de gran poder reductor. Las *ptomainas* pueden ser o no oxigenadas; entre las primeras se cuentan: la *neurina* ($C^5H^{13}NO$), la *colina* ($C^8H^{19}NO$), la *guanidina* ($C^7H^{16}N^2O$), la *muscarina*, la *midatorina*, etc.; entre las segundas, la *colidina* ($C^6H^{12}N$), la *hidrocolina* ($C^8H^{13}N$), la *neuridina* ($C^{13}H^{16}N^2$), la *putrescina*, *cadaverina*, etc.

Toxinas. Son ptomainas, saprofitas o patógenas.

Las *toxinas* elaboradas por la putrefacción, muy numerosas y entre las cuales podemos mencionar la *muscarina* que se halla en la car-

ne de pescado putrefacto; la *ganidina*, en los productos gelatinosos; la *tirotorina*; en el queso, etc. Las *torinas* segregadas por las bacterias patógenas son como la *flógosina* aislada por Leber de los cultivos del *staphylococcus piogenes aureus* y susceptible de provocar supuraciones; la *antracina*, etc.

Los microbios pueden dar nacimiento a otros productos desprovistos de las reacciones de los alcaloides que por ser de esta naturaleza se llama *torialbúminas*. Estas se presentan en los cultivos del *bacillus* de la difteria, el carbunco, el tifo, etc.

Algunos microbios elaboran fermentos de extraordinaria actividad tóxica a los que Roux ha llamado *enzymas* como son los de la difteria, tétanos, etc. Tales sustancias a manera de fermentos se precipitan por el alcohol, el calor (75⁰C) los descompone y el fosfato de cal los engloba mecánicamente. Los ácidos orgánicos y la luz los atenúan y hasta los destruyen.

Los *microbios patógenos* producen un gran número de enfermedades llamadas *infecciosas*.

Se da el nombre de *infección* a la acción ejercida por los microorganismo en la economía. Cuando el microbio se propaga de un individuo a otro entonces se llama *contagio*; cuando se propaga del medio al individuo, recibe el nombre de *miasma*, término empleado mucho antes de que se llegara al descubrimiento de los microbios en su relación con las fermentaciones y enfermedades.

Las enfermedades *zimóticas* ó *infecciosas*, se reputan todas de origen microbiano y se

dividen en varias clases como son las de origen *telúrico* como el *paludismo*, las de origen *humano* como el *tifo* y las de origen *animal* como el *muermo* y el *carbón*.

Hemos dicho que los microbios deben reputarse como causas meramente condicionales de las enfermedades de que son origen, supuesto que su efecto patógeno depende de la receptividad de cada individuo.

§ II. — INMUNIDAD NATURAL DEL ORGANISMO.

Tocante a la acción patógena de los microbios viene de molde el principio anteriormente enunciado de que *cada animal padece según su especie* y *cada individuo según su naturaleza propia*. Los microbios patógenos no atacan indistintamente a todos los animales. Los que infectan una especie, son inertes para otra; y aun dentro de la misma especie, los hay completamente refractarios a su acción, a esto es a lo que se llama *inmunidad natural*. Esta puede ser *adquirida*, la que sucede a una infección como con raras excepciones sucede con la difteria, el tifo, la escarlatina, etc.

Hablando de las mismas especies animales, tenemos ejemplos de ciertas razas de carneiros de Argelia inmunes al bacilo del *ántrax*, mientras que la raza europea tiene marcada receptividad. La *rata* soporta impunemente inyecciones de cultivos carbonosos que son fatales para el *ratón* (Koch)

Los perros viejos resisten estos virus mientras los jóvenes son sus fáciles víctimas. El

virus de la septicemia del conejo común, mortal para éste, es inofensivo para el conejo de las Indias. El micrococo tetrágono es morbífico para el caballo y el asno e inofensivo para el buey y sólo produce en el perro una ulceración curable y limitada en el punto de inoculación. El *bacilo* tuberculoso que es de gran virulencia para el hombre, mono, vaca, conejo, etc., no ataca en condiciones naturales al perro, cabra, cordero y asno. (Cajal.)

Las causas de esta inmunidad son: 1º La *integridad epitelial* que opone una barrera insuperable a la mayor parte de los microbios patógenos. Así se explica la impunidad del *neumococo*, *estreptococo* y del bacilo del *ántrax* dentro del organismo. 2º La *fagocitosis* que es una reacción despertada por los microbios en el organismo afectado consistente en una extravasación activa de leucocitos que conglomerados engloban las bacterias o cualquier cuerpo extraño llegando a los tejidos. 3º La *composición química* de los medios orgánicos es otro medio de defensa del organismo cuya acción desfavorable hace que no prosperen los *microbios* para producir su infección. El hecho es cierto, importa poco la teoría en que se apoya el mecanismo, pues ya sea mediante las *alelinas* de Buckner o la *célula humoral*, el caso es que el hecho se verifica.

Para que los microbios puedan invadir los tejidos, se necesita ante todo una desintegración de los epitelios o de la epidermis, pues la menor erosión muchas veces basta para que los elementos morbosos invadan el organismo. Existen otros que no necesitan esa puerta,

les basta la simple aptitud para apoderarse de la economía, ya sea por medio de las mucosas o por medios ignorados que escapan a toda investigación. De este carácter son las muy conocidas propias de la infancia conocidas con los nombres de *sarampión*, *escarlatina* y *viruela* cuyos gérmenes son desconocidos todavía.

Permitásenos una pequeña digresión respecto de estas tres enfermedades. Un gran pensador alemán, Verdé-Delisle, en su obra "*De la degeneración física y moral de la especie humana ocasionada por la vacuna*," considera estas afecciones como unas funciones naturales de reacción, una forma de crisis del organismo en cierto período de su desarrollo y no como verdaderas enfermedades. En todo el decurso de su obra intenta probar que estas funciones naturales no deben suprimirse o yugularse sino antes bien provocar su mejor desarrollo para evitar una repercusión siempre más funesta que cualquiera de estas enfermedades que raras veces tropiezan con obstáculo en su evolución si no es cuando la mano del hombre desvía su natural desarrollo.

El organismo, dice, se depura durante la primera infancia por las tres cubiertas naturales de la economía que son la *piel*, las *mucosas* y las *serosas*. La piel y las mucosas, según los histólogos más reputados, como Arloing, Cajal, Virchow etc., son de la misma naturaleza: la piel es una mucosa modificada y viceversa. A estas tres membranas corresponden respectivamente la *viruela*, el *sarampión* y la *escarlatina*. El germen reside en el propio organismo. Estas tres *funciones morbosas* a

las que debe el médico estimular y nunca sofocar, como sin saber la causa, lo practica el vulgo, traen serias repercusiones o mestastasis, cuando la erupción se suprime bruscamente por cualquier enfriamiento o por prácticas perniciosas en el tratamiento de ellas, como son las inmersiones en agua fría o caliente, que de todos modos producen enfriamiento, los antitérmicos, los purgantes que al par que debilitan abren las puertas a otras infecciones, etc.

Es difícil dar una idea completa de la obra que si no convence del todo, al menos despierata el deseo de observar y no aceptar ciegamente lo que la ley o la rutina imponen como verdades indiscutibles. Pletórica de datos anatómicos, fisiológicos y estadísticos, combate con todo vigor y profundos razonamientos la *vacuna* como medio *profiláctico* de la *viruela*, mil veces más perjudicial que ésta; cita como caso curioso entre otros muchos, el de que el propio Jenner jamás quiso inocular a sus hijos para preservarlos de la *viruela*.

Por vía de curiosidad, transcribimos algunos párrafos de la obra.

“Así, pues, la vacuna no tiene otra acción que la de contener el principio de la viruela, retenerle en el interior del organismo con peligro de mayores desórdenes y en contra de todas las reglas de la medicación, que prescriben siempre arrojar al exterior por todos los medios imaginables los principios maléficos. En oposición con el buen sentido, la Academia manda renovar esta acción desastrosa, contener aun la naturaleza, que instintivamen-

te se desembaraza, y, a pesar de todo, mantener en su lugar a un enemigo que no quiere más que le dejen huír."

Más adelante dice: "Sé muy bien que defendiendo una causa que por ahora tiene pocas simpatías, la causa de la *viruela*, la de esa crisis que es el terror de las madres, terror hábilmente exagerado y explotado mucho tiempo ha por los vacunadores.

"Vengo a deciros: esa que considerais como una enfermedad espantosa y que a todo trance queréis evitar, esa crisis cuyos síntomas son tan temibles, los accidentes a veces graves, ese mal de que en vano soñais la extinción, ese mal, repito, es simplemente un admirable trabajo de la naturaleza, una crisis sublime.

"Vengo a deciros también: no es necesario preservarse de la *viruela*, antes por el contrario, una vez que ha aparecido, lejos de combatirla, lejos de hacer abortar este pretendido mal, es necesario ayudarle en todas sus manifestaciones y facilitar su completo desarrollo.

"Esto que parece una paradoja cruel, es una verdad sencilla: es necesario sufrir la viruela, prevenir los accidentes o al menos neutralizarlos, *suprimirlos si se quiere por la inoculación*, pero someterse a la prueba."

Citaremos un pasaje de Rhazés, a propósito de la viruela: "El cuerpo del hombre, dice, desde el instante de su nacimiento hasta la vejez tiende constantemente a la sequedad; así es que la sangre de los niños será más abundante en humores que la de los jóvenes, la de éstos que la de los viejos y tendrá al mismo

tiempo mucho más calor. Y he aquí por qué la sangre de los niños de la primera edad se asemeja a los jugos nuevos, tales como el *mosto* que todavía no ha experimentado el movimiento de fermentación propio para darles una perfecta madurez; todavía no han sido trabajados.

“Pero la sangre de los jóvenes es semejante a los jugos que han fermentado y se han despojado de todo lo que les era extraño, de todos los humores excedentes y superfluos, lo mismo que un vino que ya ha fermentado se espesa y permanece quieto, porque ya está hecho.

“La sangre de los viejos, por el contrario, se parece a un vino añejo que ha perdido toda su fuerza, que está a punto de helarse, de ponerse agrio.

“La viruela sobreviene cuando la sangre fermenta y se descarta de todos los humores superfluos, lo cual se verifica al tiempo que cambia de naturaleza, que pasa de un estado a otro, es decir, cuando la sangre de los niños, que se parece al mosto, se convierte en sangre de joven, que se asemeja al vino hecho; así es que debe compararse la fermentación de la *viruela* a la del mosto para convertirse en vino.”

Esta digresión se hace larga pero no podemos resistir la tentación de copiar el final de la obra de Deslile; dice así:

“Si, pudiéramos únicamente conseguir del Gobierno la supresión de esta violencia, digna de los tiempos bárbaros, que obliga a vacunar a todos los niños.

“Si, repito, pudiéramos conseguir solamente la libertad sobre este punto, nos creeríamos suficientemente recompensados por los trabajos pasados, y la lucha que nos espera.

“Poco importa la resistencia que he de encontrar; cuento con ella, porque sé que toda idea nueva siempre se pone en duda con más o menos violencia; que toda verdad antes de serlo, permanece por más o menos tiempo en el estado de paradoja; y que todo innovador, antes de ser aceptado como tal, pasa por visionario. Tiene en contra suya los que nada han hecho, los que nada quieren hacer, y los muchos que no comprenden. Para conseguir su fin, para darse a conocer, tiene necesidad de atravesar un largo y penoso camino trazado por la grosera rutina, por la mala fe y la ignorancia.”

Hasta aquí el autor.

La Homeopatía, con su prudente reserva, deja la más amplia libertad en asuntos cuya verdad pueda ponerse en tela de juicio, *in dubiis libertas*, pero guarda estrecha unión en donde la verdad establecida por comprobada, *in certis unitas*, para propagarla por todo el mundo con ese espíritu de apostolado que infunde una verdad nueva que redime y salva a la humanidad del error y la dolencia. Pero vamos al punto objetivo de nuestro estudio.

1 La segunda condición de una infección es el arribo del microbio a un tejido idóneo.

Esta es una necesidad, en virtud de que cada especie necesita el medio apropiado para su evolución y desarrollo. El organismo bajo es-

te aspecto, puede considerarse como un conglomerado de diversos terrenos de cultivo.

Hay microbios que sólo pueden prosperar en determinada parte de los órganos o tejidos, como sucede con el bacilo de la *rinoscleroma* que infecta solamente la dermis cutánea y mucosa de la nariz; el *gonococo* de Neisser que vegeta exclusivamente en ciertas mucosas y sinoviales; el *espirilo* de *Obermeier*, colonizador exclusivo de la sangre. Otros microbios en cambio se acomodan a todos los tejidos causando afecciones diversas como sucede con el de la *tuberculosis* y el *mucor*.

La tercera condición es la diminución de las resistencias orgánicas: ésta no necesita explicación, pues se concibe fácilmente que sucumba en la lucha el ser más débil.

Vamos a ver ahora cuales son las defensas que despliega el organismo afectado por los elementos bacterianos; estas son: la *fiebre*, la *leucocitosis* y *fagocitosis*, la *inflamación*, las *erudaciones*, las *hipersecreciones glandulares*, la producción de *substancias bactericidas* y *antitoxinas*, la *reacción aglutinante* y el *fenómeno de Pjofffer*. (Cajal. *Anat. Pat.*)

La *fiebre* representa una reacción orgánica de defensa que tiende a debilitar o suspender la energía de vitalidad de los diversos gérmenes morbosos que de manera insólita han logrado franquear las barreras de defensa del organismo o no han encontrado en éste la energía de defensa que antes los dejó inactivos. La experiencia ha demostrado que a la temperatura de 41° o 42° la mayor parte de los mi-

fiebre

erobios atenúan su virulencia y se multiplican más difícilmente.

Desde cualquier punto de vista, la fiebre o calentura es un proceso morboso de reacción, es decir, una defensa desplegada por el organismo contra el agente que la provoca; de consiguiente, los antipiréticos tienen que ser perjudiciales porque al deprimir el organismo lo desarman de sus defensas.

La *leucocitosis* en las infecciones es un hecho positivo, los órganos hematopoiéticos activan sus funciones produciendo un aumento en la proporción de los glóbulos blancos guardando una relación constante con la intensidad febril la cual desaparece cuando se eliminan las bacterias.

La *fagocitosis* es otro medio de defensa a que apela el organismo en caso de infección. Este fenómeno consiste en la englobación o enquistamiento que sufren los microbios residentes en el organismo, como sucede con los cuerpos extraños enclavados en los tejidos.

Las *hipersecreciones*. Durante las infecciones, la diálisis del hígado, bazo y riñones, aumenta con el fin de eliminar las toxinas bacterianas, como lo ha comprobado Bouchard en la infección colérica y piocianica. La vía más importante de eliminación es el riñón.

Antitoxinas. Son sustancias albuminoides que tienen por objeto neutralizar las toxinas bacterianas obrando a la manera de contravenenos.

Estas se hallan disueltas en todos los jugos orgánicos principalmente en el plasma sanguíneo. En esta propiedad del organismo se ha

querido basar la *Seroterapia*, una de las más renombradas conquistas de la Bacteriología.

Reacción aglutinante. Fenómeno descubierto por Gruber y Durhan en los convalecientes de fiebre tifoidea y se considera como un signo de inmunidad. Consiste en la conglomeración e inmovilidad que se produce en los microbios cuando en un cultivo de éstos se mezcla suero de la sangre de un animal inmunizado contra determinada enfermedad. Cada enfermedad aglutina su microbio, es decir, resulta específico: en esto se funda el *suero-diagnóstico*.

La *reacción aglutinante* es una propiedad normal del suero, la cual se acentúa en los animales vacunados o inmunizados natural o artificialmente contra la misma infección.

El *fenómeno de Pfeiffer* consiste en la degeneración vesiculosa de las bacterias en el período de inmunidad que sigue a la infección o después de la vacuna que produce la inmunidad artificial.

Para que un microbio sea patógeno, se necesita: 1º que el germen se encuentre en el órgano afectado; 2º que pueda ser cultivado en medios artificiales o naturales, durante un gran número de generaciones; 3º que inoculado el cultivo puro a pequeñísimas dosis, pueda reproducirse la enfermedad originaria; y 4º que se halle el microfito en los mismos órganos de donde se extrajo la primera semilla.

Las bacterias atenúan su virulencia por la temperatura, la desecación, el paso por animales menos receptibles, ciertos venenos (los

llamados *antisépticos*,) los terrenos de cultivo, la acción solar, etc. Activan su virulencia cuando las circunstancias anunciadas son modificadas o se ponen apropiadas a la multiplicación y desarrollo de cada especie microbiana.

Aunque no es del resorte de la Patología General el estudio de los microbios, sin embargo, vamos a dar algunos apuntamientos sobre su acción determinante en algunos estados morbosos perfectamente definidos. Pero antes, incumbe a nuestro objeto, su clasificación como seres naturales y el papel que desempeñan en la Patología desde puntos diversos que se les puede considerar.

LUGAR QUE OCUPAN LOS MICROBIOS EN EL REINO VEGETAL.

—	Fanerógamas				
—	Criptógamas	{	Cormofitas	{	Algas
			Talofitas	{	Hongos
				{	Protofitas
					} esquizomicetos
					} esquizoficetos
—	Esquizomicetos	{	Gemíparos	{	Cromógenos
				{	Zoógenos
				{	Patógenos
		{	Oidium.....	{	achorion
				{	trichophiton
				{	microsporon
		{	Micelinos—moho		

BACTERIOLOGIA O MICROBIOLOGIA.

ESQUIZOFICETOS

Clasificación	{	Morfológica
	{	Biológica
	{	Patógena

MICROBIOLOGIA.

CLASIFICACIÓN MORFOLÓGICA.

Formas	Grupos	Especies.
Esteroidales—Cocos	aisiados	micrococcos
	apareados	diplococcos
	enfilados.....	estreptococcos
	agrupados de a cuatro	sarcina
	en colonias numerosas	ascococcos
	en círculo.....	clotrocystis.
Cilindros Cortos Bacterias	cilindro puro	Bacteria
	cilindro ensanchado en medio.....	Clostridios.
Cilindros largos Bacilos	cortos y gruesos.....	Bacilo
	largos y delgados no ramificados.....	Leptótrix
	filamentos largos y ramificados, ...	Cladótrix.
Cilindros Espiroidales Espírales	gruesos y rígidos.....	Espíriilo
	largos delgados y flexibles	Espiroceto
	gruesos y ligeramen- te ramificados.....	Vibrión

CLASIFICACIÓN BIOLÓGICA.

Aerobios		Anaerobios	Facultativos.
Microbios	tipo	Eberth	Tifoidea
Protozoarios	tipo	Laberán	Malaria
Hongos	tipo		Actinomycosis

CLASIFICACIÓN CONFORME AL MEDIO.

<u>Origen telúrico</u>	{ Malaria, Peste bubónica, Sudor miliar. Cólera morbus. Gripe. Fiebre amarilla Tétanos, etc.
<u>Origen humano</u>	{ Viruela, Sarampión, Escarlatina Erisipela, Tifo, Tifoidea, Fiebre, cere- bro espinal Difteria, Lepra, Tuberculosis, Supura- ciones, etc.
<u>Origen animal</u> <u>Zoonosis</u>	{ Rabia. Muermo, Carbón. Farcin. Mal rojo, Septicemia Pasteur Septicemia del Conejo. Cólera de las gallinas ect.

CLASIFICACIÓN TÉCNICA

<u>Bacterias que toman el Gram</u>	{ Tuberculosis, Carbón, Tétanos, Difteria, Lepra, Neumococo, Sta- philo cocus pyogenes Vibrión séptico etc.
<u>Bacterias que no toman el Gram.</u>	{ Bacterium coli, de Ducrey (o del chancre blando), Có- lera, Diarrea verde, Pfeif- fer (o de la influenza), Go- nococo, (Neisser), Peste, (Yersin) Muermo, (Loeffler) Pyocianico, Tifoidea, (Eberth) etc.

§ II.—MICROBIOS Y ENFERMEDADES.

Malaria.—Hematozoario de Laberán.—Resi-
dente en la sangre humana, cuatro formas:
1^a *esféricos* o *schizontes*, interior glóbulos ro-
jos o libres en el plasma. Contienen granos

de pigmento negro; 2^a *rosáccos*, representan un modo de reproducción asexual, *schizogonia*; los granos de pigmento del cuerpo esférico se reúnen en el centro y dentaduras segmentan el parásito, cada parte aislada viene a ser un pequeño cuerpo esférico, sin pigmento; 3^a *bicornio* o en *media luna*, libres o en los hematíes, con núcleo rodeado de granos negros; 4^a *flagelas*, no existen en la sangre circulatoria, su evolución se efectúa en el tubo digestivo de los anofeles; se forman y desaparecen rápidamente en la sangre fuera de los vasos. Son largos filamentos móviles pendientes de los cuerpos esferoides, al desprenderse las flagelas, constituyen elementos machos fecundantes, *microgametos*, los elementos hembras son los *macrogametos*. Después de la fecundación, el huevo formado se enquista en la pared estomacal del insecto (mosca) se divide entonces en pequeños fragmentos fusiformes y se rompe. Los sporozoitos libertados van a infectar las glándulas salivares de la mosca (?) y ésta podrá entonces comunicar el paludismo.

Peste. — Descubierta por Yersin en 1894 Hong-Kong. Enfermedad de los roedores, comunicada al hombre por la picadura de la pulga de estos roedores, por las moscas y de hombre a hombre. Reside el bacilo en la sangre o en el bazo.

Cólera. — *Bacillus coma.* — Vibrión colérico. — Koch.

En el intestino, es muy movable, presenta

en sus extremidades pestañas onduladas en número variable según las epidemias. Es temible por las toxinas que elabora. El *Cólera* es un envenenamiento agudo, causado por la absorción de una substancia especial elaborada en el intestino por el bacilus virgula de Koch, dice Metchnikoff.

Gripa.—Bacilo de Pfeiffer. Se le encuentra en los esputos expulsados del pulmón

Fiebre amarilla.—No definido. Bacilo icteróide de Sanarelli. El *culex fasciatus* o *stegomyia fasciata*, una clase de mosca, le sirve de vehículo. La difusión se efectúa por medio del aire o del agua y de preferencia por las vías respiratorias más que por las digestivas.

Tétanos.—Bacilo de Nicolaier. Muy delgado y pasa a la forma *esporulada*, representando un alfiler, un bolillo de tambor o una raqueta. Vive al estado de saprofita en el suelo, se trasmite por medio de las mucosas o de las soluciones de continuidad. Muy resistente al calor, luz y agentes químicos. Sus toxinas son muy activas. No confiere inmunidad.

Septicemia.—Vibrión séptico. Habita en las tierras, los polvos, cauces de los ríos y en el intestino del hombre. Su virulencia se multiplica cuando es esporulado.

Erisipela.—*Streptococcus pyogenes*. Observado por Pasteur y Doleris (en las infecciones puerperales y por Feltheisen en la Erisipela. Se encuentra en el pus, los linfáticos y la

piel de los afectados de erisipela. Al estado normal en las cavidades naturales, la saliva y piel. Se presenta bajo la forma de cadenillas. Aumenta su virulencia con la presencia del *proteus vulgaris*.

Tifoides.—Descubierto por Eberth y estudiado por Gaffky. El aire es el vehículo del agente infeccioso. Las materias fecales de los enfermos atacados de *fiebre tifoidea* mezcladas al suelo, acaban por transformarse en polvo. Existe en las materias fecales, en el intestino, en las placas de Peyer, en los ganglios mesentéricos, en el hígado, los riñones, los pulmones, el bazo. Sólo se encuentra en la sangre de las manchas rosadas lenticulares.

Se ha pretendido últimamente negar al bacilo tífico su especificidad identificándolo con el *bacterium coli*.

Fiebre recurrente.—Espiroqueto o espírido de Obermeier. Residente en la sangre humana. Tiene la forma ondulada, extremidades afiladas, movimientos giratorios debidos a pestañas dispuestas en coronas. Metchnikoff ha encontrado estos espíridos en el bazo incluidos en los leucocitos.

Difteria.—Descubierto por Klebs y Loeffler, definido por Roux y Yersin que establecieron su especificidad. Existe sólo en las falsas membranas. Vitalidad muy resistente. Las falsas membranas desecadas conservan su virulencia durante cinco o seis meses en la obscuridad. La luz destruye el virus, muy

sensible al calor pues bastan 60° para matar el microbio.

Lepra.—Bacilo de Hansen. Encerrado en las celdillas dérmicas y nerviosas; análogo al bacilo de Koch. Las tentativas de propagación por inoculación no han dado resultado. Las lesiones de la lepra se parecen a las de la tuberculosis y el muermo. Los bacilos situados en el interior de las celdillas, que constituyen el *leproma*, forman a menudo embolias en los vasos centrales acusadas por manchas eritematosas. El estudio de este microorganismo dió margen al descubrimiento de las *cytotorinas*, las cuales todas son *específicas y disolventes*: nefrolíticas, hepatolíticas, hemolyticas; de donde se desprende un hecho curioso, según Metchnikoff, *que en pequeñas dosis las cytotorinas son capaces de producir una acción estimulante sobre los elementos figurados correspondientes.* (Homeopatía.) El suero hemolytico, preparado por la inoculación de sangre de conejo en el peritoneo del cobaye, aumenta la riqueza globular y el título de la hemoglobina; lo mismo sucede con el leucolytico que provoca una hiperleucocytosis marcada.

Tuberculosis.—El bacilo de Koch. Habita en el aire, en el agua, muebles y en todos los productos tuberculosos humanos y animales. Casi todos los animales domésticos y algunos pájaros están predispuestos a la tuberculosis, siendo los más predispuestos el conejo y el cobaye.

Al microscopio se presenta bajo la forma

de un pequeño bastoncillo de 2 a 5 micras de longitud, delgado, recto y a veces encorvado.

El bacilo de Koch penetra al organismo por las vías pulmonares, intestinal y cutánea.

Las modalidades cutáneas engendran el *Lupus* que se supone producido por razas atenuadas del bacilo tuberculoso.

Cualquiera que sea la entrada del bacilo éste se fija en el tejido conectivo donde al multiplicarse constituye una primera colonia, la cual a favor quizá de toxinas segregadas, suscita una inflamación circanscrita seguida de una proliferación muy activa.

Las inoculaciones producen: en la piel, un nódulo con absceso consecutivo e infarcto de los ganglios contiguos. A la autopsia se nota el bazo enorme, amarilloso, granulado, lo mismo que el hígado y el pulmón. la inoculación peritoneal provoca la muerte en tres o cuatro semanas, la intravenosa en quince días y la intrapulmonar en diez días, produciendo una neumonía caseosa.

Neumonía - *Pneumococo* Descubierto por Pasteur en la saliva donde se reputa como inofensivo y en el foco de hepatización pulmonar. Por la vía sanguínea provoca *pleurías purulentas*, *pericarditis*, *meningitis*, *nefritis*, *parotiditis supuraciones*, *metritis* y *abscesos meta-pneumónicos*. Se conserva mejor en los productos patológicos que en las culturas.

Meningitis cerebro-espinal. - Meningo-coco

descubierto por Weichselbaum en el exudado cefalo raquidiano y en el moco naso-faríngeo de los contaminados. Coco muy característico, intra leucocitario. Poca vitalidad, muere a la temperatura de 55° en diez minutos.

Sífilis.—*Treponema pallidum*. Descubierto por Schaudin y Hoffmann. Filiforme, espiral. Ya desde el año de 1885 Lustgarten nos hablaba de este bacilo residente en las manifestaciones sífilíticas. La reacción de Wassermann tiene actualmente una importancia práctica considerable para el diagnóstico de esta enfermedad. Véase la técnica en los tratados especiales: si hay hemolysis, el suero no contiene el anticuerpo sífilítico.

Blenorragia.—Gonococo de Neisser. En el pus blenorragico, en algunas cistitis, nefritis, oftalmías purulentas neo-natorum, etc, de los contaminados.

Tos ferina.—Descubierto por Afanasieo en los esputos de los enfermos de Coqueluche. Es pequeñísimo, 0.0006 de micra, aislado, incultivable en el agar-agar o en la gelatina. Aun no se ha logrado provocar la enfermedad por inoculación.

Rabia.—No descubierto todavía pero es indudable que esta enfermedad es de origen microbiano desde el momento que la atenuación del virus se ha comprobado con la *vacuna antirrábica*.

Carbón.—*Bacteridia* de Davaine, estudiada por Pasteur. Se propaga por inoculación

(carne o piel de animales carbonosos) o por contagio (polvos cargados de esporos carbonosos.) Residente en la linfa de la pústula maligna, en la sangre y en la pulpa esplénica. Vitalidad: la bacteria no esporulada es muy frágil; pero el esporo es muy resistente.

Edema maligno.—Vibrión séptico de Pasteur. Anaerobio, serosidad sanguinolenta, sangre del bazo, del hígado, de los pulmones y de otros órganos, así como de los exudados peritoneales. Representa este microbio, una de las causas principales de la septicemia del hombre.

Muermo-Farcin.—Descubierto casi al mismo tiempo por Bouchard, Capitán y Charrín, y y por Laffler y Schüly. Se trasmite por inoculación y por contagio. En el moco nasal, en los botones y úlceras farcinosas del animal contaminado.

Actinomycesis.—Hongo radiado. Ataca todos los tejidos. (Harz.)

Psittacosis.—Microbio de Nocard. Enfermedad propia de los pericos o cotorras transmitida al hombre por infección. Muy parecido al colibacillus o al bacilo-tífico conservando su autonomía. Muy virulento también para los pichones, conejos y ratones.

Mal del sueño—Trypanosoma. Protozoarios flagelados con núcleo y membrana ondulante, conocido desde el año de 1842 por Gruby. Pequeños organismos fusiformes, animados de movimientos muy rápidos. Residente en

el jugo de los ganglios, en la sangre y en el líquido céfaloraquídeo de los enfermos infectados.

La transmisión se hace por medio de la picadura de una mosca llamada tsé-tsé, (*glossina palpalis*) muy común como la misma enfermedad en el centro del Africa.

Estos apuntamientos llevados sin método, sólo sirven para poner de manifiesto algunas especies microbianas patógenas, remitiendo a los tratados especiales, a los que quieran tener verdaderos conocimientos sobre la materia, cuya bibliografía es cada día más extensa.

§ III — CAUSAS DE ORDEN HIGIÉNICO.

La Higiene, ciencia y arte de conservar la salud, ha llegado a adquirir en los tiempos modernos toda la importancia que se merece, como que el triunfo de la Medicina, es precisamente evitar las enfermedades antes que curarlas, como que en el primer caso es una verdadera labor de la ciencia: la segunda es más bien obra de la naturaleza a la que debe atribuirse verdaderamente la curación. Apenas si la ayuda de la medicina podrá enderezar los torcidos pasos de la naturaleza, que si ciega, camina por la vía recta del natural instinto.

El hombre, a medida que más se ilustra, busca en la sociedad el complemento de sus satisfacciones y con éstas aumentan sus necesidades que se verá obligado a satisfacerlas.

Las grandes ciudades, emporio de luz y adelantamiento, tienen que ocultar y arrojar violentamente sus enormes desechos so pena de un inminente peligro. Necesitan del artificio para hacer viable el pequeño espacio donde en apretado conjunto tienen que limitar la natural expansión que necesitan como seres meramente organizados, con el fin de sacar del común esfuerzo y división del trabajo, todas las utilidades de espacio tan limitado, aprovechando de la mejor manera los elementos naturales, como el sol, la luz, el aire, el agua, que en el campo y en los pequeños poblados nunca se escatiman.

Mucho aire, mucha luz, mucha agua limpia e inmediata expulsión de los desechos completan la ímproba labor del higienista, el triunfo de la vida moderna y el reflejo de su adelantamiento e ilustración.

Las faltas de higiene o sea de la limpieza en el medio y el individuo, son causas de muchas enfermedades que fácilmente pueden evitarse.

Muchos lugares de la tierra, verdaderos jardines deliciosos, donde la exúbera naturaleza prodiga sus dones a raudales, se convierten en constante peligro a la vida del hombre, cuando la higiene no ha venido a añadir su natural encanto, el atractivo del ningún peligro. La fácil destrucción de los gérmenes que allí por millones pululan, dejando el campo libre a mejores producciones, ha trocado muchos lugares hasta ayer inhabitables, en emporios de vida y de comodidades.

Sería prolijo enumerar las múltiples enfer-

medades que la falta de higiene puede ocasionar al hombre.

Cada lugar de la tierra necesita ser apropiado para servir de habitación a la especie humana que si se acomoda a todos los climas, es porque el arte y la industria se apropian los mejores elementos y contrarrestan los rigores de la naturaleza no siempre elemento en todos los lugares de la tierra.

Una corriente de aire puede ser causa de reacciones morbosas en cualquiera parte de la economía, así como la falta de renovación del mismo, envenena lenta o intempestivamente el organismo. Esta renovación debe ser metódica, para lo cual deben tenerse en cuenta, la altitud, latitud, las corrientes atmosféricas, la humedad, etc., para poder señalar la mejor orientación a las habitaciones: de esta manera se regula mejor la temperatura.

Las oscilaciones termométricas de cualquier localidad influyen en la salud y hasta en el desarrollo no sólo de los vegetales y animales sino también del hombre. Boussingault, estudiando el cultivo de un mismo cereal en localidades de temperatura diferente, ha llegado a determinar el número de días que necesita cada una de ellas, un grano de cebada para germinar y dar un tallo con su espiga madura, obteniendo los resultados siguientes:

Santa Fe de Bogotá.	122 días	14° 7	temperatura
Alsacia.....	92	„	—19° 0 „
Egipto.....	90	„	—21° 0 „

Como se ve, el tiempo está en razón inversa de los días.

En el organismo humano las temperaturas elevadas aceleran la circulación y la respiración, aumentan las transpiraciones; en cambio disminuyen las secreciones y producen cefalalgia, anorexia, pesadez, etc.

La *insolación* se atribuye a la hiperhemia cerebral como resultado de la acción relajante del calor sobre las tónicas vasculares.

Las funciones de la piel son antagónicas respecto a las del riñón, de consiguiente el calor activa la secreción sudórica y el aumento de ejercicio funcional unido a la hiperhemia cutánea resultante de la acción térmica; contribuyen a la génesis de diversas afecciones de la piel cuyo carácter es simplemente inflamatorio.

El frío no modificado convenientemente por el arreglo de las habitaciones o contrarrestado por el vestido más propio, puede provocar hiperhemias o inflamaciones viscerales profundas, reumas y diversos trastornos de la innervación.

La isquemia cutánea debida a la acción del frío, hace disminuir la secreción sudórica aumentando en cambio la actividad del emunctorio renal, pues necesitan los fluidos eliminarse por alguna parte, la más fácil y libre que puede ofrecer la economía. Es ley patogénica que la superactividad de cualquier órgano o tejido, trae por consecuencia un decaimiento o desgaste de sus elementos histológicos.

Las perturbaciones nerviosas debidas a la acción del frío, casi siempre reflejas, parten de la periferia estimuladas por el frío y vuelven por los nervios motores, produciendo los

calor

piel y riñón

frío

2

frío:
gelación
diversos accidentes palpados en los fuertes enfriamientos. Estos se traducen por palidez general, decaimiento, insensibilidad, tendencia al sueño y paresia cardíaca: fenómenos todos que caracterizan el estado morboso conocido con el nombre de *congelación*. La contracción capilar explica fácilmente la palidez de la piel; además, suspendida la circulación en los puntos más lejanos del corazón, se acumula en los tejidos mayor cantidad de ácido carbónico dando la coloración azulosa de la piel. El frío intenso tiene una acción sedante muy marcada en la fibra cardíaca de donde ese retardo circulatorio que al causar la isquemia cerebral a su vez ocasiona trastornos nerviosos.

Conocidos los efectos de la temperatura atmosférica sobre la economía y sabiendo que la humedad va unida siempre al descenso de aquella y viceversa, desde luego puede apreciarse la influencia mútua que ambas tienen.

En ninguna ocasión se encuentra el aire completamente seco, cuando se hace notable la sequedad es porque mediante la temperatura elevada, aumenta de un modo notable la tensión del vapor de agua y por tanto tiende menos a precipitarse haciéndose sensible su contacto al cuerpo. La expresión *humedad del aire* no es un sinónimo de la *cantidad de vapor de agua*, indica sólo la mayor facilidad con que éste se precipita. Supongamos que dos masas aéreas tengan respectivamente 10° y 25° de temperatura; pues bien, la primera nos parecerá *húmeda*, porque el vapor acuoso se precipita bajo la forma líquida sobre la superficie de la piel a consecuencia del descenso de la

temperatura, mientras que calificaremos de *seco* a la segunda, porque el calor mantiene en tensión al vapor acuoso, impidiéndole que se liquide.

La prueba más convincente de lo anterior es que a medida que nos alejamos del ecuador, disminuye la cantidad de vapor de agua contenido en el aire; pero en cambio la humedad aumenta como resultado del descenso de la temperatura a mayores latitudes.

El aire seco elimina cierta cantidad de agua al organismo por medio de las secreciones y exhalaciones pulmonares; de donde esas erupciones cutáneas o hiperhemias pulmonares cuando no podemos sustraernos al calor seco y caliente del medio ambiente. Por el contrario un aire húmedo paraliza la acción cutánea y en su lugar se activan las funciones renales. Los medios húmedos son muy propicios para los ataques de reumatismo y otras afecciones similares.

Además de la *humedad* del aire, éste puede arrastrar consigo multitud de gérmenes y polvos que originan ese sinnúmero de enfermedades zimóticas así como irritaciones meramente orgánicas que son capaces de producir. Las corrientes de aire influyen de la misma manera sobre la economía de donde la necesidad de la más apropiada orientación de las habitaciones en cada región. Adonde reina el *paludismo* o la *fiebre amarilla*, por ejemplo, no solamente hay que tener en cuenta la acción del aire por su humedad, temperatura y dirección, sino también por los gérmenes que arrastra de los pantanos o de los lugares infectados.

Las influencias exteriores tienen como vía de comunicación al interior del organismo, *atria morborum* de Hufeland, el tubo intestinal, los pulmones, la piel y los órganos de los sentidos.

La naturaleza con su previsión de natural defensa ha puesto a la entrada de cada conducto que está en contacto mediató e inmediato con el medio ambiente, medios apropiados de eliminación, limpia, seguridad, calefacción, etc. Así por la nariz se calienta el aire y se tamiza, caminando por el laberinto que ofrecen los cornetes con el fin de que no llegue a los pulmones con los cuerpos que trae en suspensión y con una temperatura menos fría que la del medio ambiente.

La mucosa de la boca, cuando se cuida de su completa limpieza, tiene secreciones combinadas que no solo efectúan la primera digestión y sirven de vehículo al bolo alimenticio, sino también de hemostático y es el mejor antiséptico. Lo que se comprueba con el hecho de que las erusiones y pequeñas heridas de la boca, cicatrizan por primera intención apesar de los saprofitos naturales que a toda hora invaden la superficie. Lo mismo sucede con las lágrimas en los ojos, son el mejor antiséptico y hemostático. La naturaleza hace la limpia de estas cavidades con más minuciosidad que la mano del hombre el cual solo debe poner ayuda cuando aquella no pueda cumplir su cometido y en los lugares accedibles.

Los lavados intestinales, de los ojos y de los oídos, son altamente perjudiciales y predisponen a consecuencias funestas. El medio del

ojo, por ejemplo, está lubricado por la secreción de ciertas glándulas y no puede soportar ni el agua, porque no es su medio, y ésta tiene que producir irritaciones cuya reiterada acción a la larga producirá inflamaciones o hipertrofias de los tejidos. La limpieza del oído externo es propio de la higiene, pero hasta donde sea accesible, porque mas al fondo, la naturaleza se encarga de eliminar las secreciones. Los lavados son altamente perjudiciales, tanto porque diluyen las suciedades y secreciones como porque sirven de vehículo para llevarlas al tímpano y provocan en este órgano inflamaciones o infecciones que sin estos lavados no se provocarían. El abuso de los lavados intestinales, ha conducido no solo a una servidumbre repugnante, sino a una necesidad debida a la constipación habitual en todas las personas que por no sufrir una pequeña molestia, después se exponen a consecuencias que tienen que lamentar toda la vida. Los lavados de agua simple primero y después de los llamados laxantes, que como tal, siempre son excitadores activos de la mucosa intestinal, producen hipertrofia en los tejidos, hemorroides; después atonía de la fibra muscular como efecto secundario y no pocas veces tumores y cáncer en el recto. Lo propio sucede con la vagina cuyos lavados son el arma homicida de la mujer que se acostumbra a ellos, y no vacilamos en asegurar que el abuso de ellos ha multiplicado el número de tumores malignos. Si la mujer siquiera sospechara el peligro a que se expone con estos lavados innecesarios y que ofenden el pudor, jamás permitiría tocar-

gr

se ni dejarse tocar, no digo durante su estado normal pero ni siquiera después del parto, cuando precisamente son mil veces más peligrosos, porque en lugar de limpiar solo sirven para llevar a la superficie cruenta la suciedad de la vagina y de los órganos exteriores. Antiguamente no se conocía esta práctica perjudicial, y la mujer después de multiplicados alumbramientos quedaba gozando de perfecta salud, mientras que ahora, a los primeros partos queda con accidentes y molestias, a pesar del nimio cuidado y de tanta asepsia de que se hace alarde en los tiempos pasterianos que hoy por hoy todo lo invaden. Esta digresión sería inútil, si no tuviera por misión el médico, más que exponer doctrinas y métodos; fijar sus miras en la parte práctica que debe ser el objetivo final de toda especulación. Protestamos enérgicamente contra esta rutina que impone como ley la alopatía, en nombre de la salud de la infeliz mujer que se expone a tantos peligros con esta práctica repugnante!

CAPITULO IV

APTITUDES MORBOSAS

Señaladas, siquiera sea en conjunto, las causas morbosas que son tan varias y multiplicadas en su manera de ser y en sus efectos sobre cada individuo, toca al presente examinar al sujeto sobre quien obran las causas. En los

séres pasivos, el efecto de las causas es siempre el mismo; pero como el ser humano tiene medios de defensa ante toda agresión, reaccionando de diverso modo, toca al menos considerar el grado de reacción al momento de comenzar la lucha o sea la enfermedad.

La aptitud morbosa que no debe confundirse con la causa, es la disposición en que se encuentra el conjunto humano al ser atacado por las causas morbosas.

Esta aptitud o carencia de vigor para repeler la agresión, depende de múltiples circunstancias o variedades cuyo conjunto constituye la idiosincracia o sea el modo de ser de cada organismo frente a las causas morbosas.

Hay que distinguir una diátesis, de la aptitud morbosa. Aquella como antes se ha dicho es una disposición esencial e invariablemente crónica con múltiples manifestaciones de un mismo origen. La predisposición no es una aptitud morbosa mas que pasajera, del momento y que no imprime huella en el organismo.

La aptitud morbosa es como el terreno que atendidas las circunstancias del clima y de su composición química, se le va abonando para que en él fructifique determinada semilla.

El organismo humano para ser cosmopolita, necesita adaptarse a las condiciones del medio en que vive, y adquirir por esta circunstancia, cierto grado de resistencia o perder ésta gradualmente hasta ser afectado por la causa morbífica, atendida su propia organización con todas las circunstancias de herencia, constitución, temperamento, etc. Pero no solamente el medio y la propia organización preparan la

aptitud para determinadas enfermedades, también la reiterada acción que constituye el hábito, dá ciertas energías o pérdida de ellas, para los estados morbosos. Por eso, sintetizando, podemos agrupar en tres clases las *aptitudes morbosas*.

APTITUDES MORBOSAS.

Variedades Orgánicas	{ herencia edad sexo temperamento constitución.
Higiénicas	{ Climas Vestidos Alimentos.
De hábito	{ Profesión Educación Religión Vicios.

§. I.—VARIEDADES ORGÁNICAS.

LA HERENCIA.

El organismo obedece a una doble potencia, antagónicas al parecer pero que se completan y se confunden. La diversidad y la individualidad, la especie y el tipo. La especie con su lijera tiene límites infranqueables y mantiene perpetuamente el equilibrio; mientras el individuo permite oscilaciones, modificaciones orgánicas, establece variedades, diferencias, particularidades y anomalías personales.

La herencia parece estar sujeta a esta doble

potencia. Transmite los resultados de la acción de los modificadores que han llegado a introducir en la economía algunos cambios; pero vuelve siempre al tipo primitivo, tiende siempre a borrar las desemejanzas exigidas y a establecer el orden, es decir, la semejanza y la armonía entre los individuos de la misma especie. Solamente de esta manera pueden concebirse las consecuencias tan diversas y tan opuestas de la herencia que ya respeta el sello propio del individuo o ya reproduce el tipo común de la especie.

La repetición hereditaria de las modificaciones de que es susceptible el organismo se manifiesta en los rasgos de la cara, en el color de la piel, en la estatura. Estas analogías no se limitan a la conformación y a las cualidades exteriores, se encuentra también en la disposición de los órganos interiores. (Prosper Lucas, *Traité de l'Hérédité*, t. I p. 219)

La *organización hereditaria* la aprovecha la industria agrícola para el perfeccionamiento de las razas de animales domésticos, para un objeto determinado

La *herencia fisiológica* se hace palpable en las manifestaciones funcionales y en la actividad vital de los órganos, en los diversos individuos de una raza, de un pueblo, de una nación

La transmisión de los padres a sus hijos de una disposición mental particular, de una aptitud intelectual especial, del criterio o del carácter, puede llamarse *herencia psíquica* y con la cual concurren la potencia de la educación y la fuerza del ejemplo.

Hay disposiciones morbosas, conformaciones viciosas, alteraciones de órganos que se transmiten de generación en generación, esta es la *herencia patológica*.

Nada hay más real que la transmisibilidad hereditaria de las modificaciones que distinguen a los individuos; sin embargo la observación nos muestra en muchas familias las apariencias más diversas y oposiciones formales entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas ya sea en el carácter y fisonomía como en las aptitudes morbosas.

No hay pues, una herencia uniforme, constante, necesaria, absoluta. Esta herencia es más bien especial que general.

Estas diferencias en la transmisibilidad podrían explicarse por la necesidad del concurso de dos organismos diferentes para la producción de los herederos, concurso en el cual los progenitores pueden no tener el mismo grado de influencia.

Hoffmann en su tratado *De affectibus hereditariis illorumque origine*, atribuye mayor influencia a la madre que al padre, por el mayor papel que desempeña la mujer en la gestación y desarrollo del producto durante la vida intrauterina.

La herencia patológica consiste en una disposición del organismo evidente o latente, general o parcial que transmitida de padres a hijos, puede dar lugar tarde o temprano a lesiones variables en su forma pero análogas en su esencia.

La *herencia patológica* es una especie de pecado original, que la Biblia en su lenguaje sim-

bólico, aplica a todo el género humano como para mostrar que no solo se heredan de los progenitores, mediata o inmediatamente, los caracteres orgánicos de raza y de familia, sino también todas o algunas de las inclinaciones y apetitos, en el orden moral.

Pero así como en el orden fisiológico o moral los caracteres no son fatalmente hereditarios, supuesto que hay en las familias una suma variedad en un caso y otro, lo mismo sucede con la transmisibilidad patológica. Los descendientes presentan atenuados o exaltados los rasgos hereditarios; o solo transmiten la disposición, el terreno propicio para determinados estados patológicos o vicios orgánicos.

Un padre tuberculoso no engendra a otro sino a un ser tuberculizable, es decir, capaz de adquirir la tuberculosis. El producto es un terreno propicio para todos los estados patológicos transmisibles, principalmente los hereditarios. Lo mismo puede decirse de la sífilis y otras enfermedades de esta naturaleza como la *lepra*, las manifestaciones artísticas, etc.

Lo más notable es la transmisibilidad de los tumores malignos como el *cáncer* cuya enigmática naturaleza tiene intrigados a patólogos y bacteriólogos. Esta es una de las herencias fatales, pues raras veces se escapa el sucesor de llevar consigo el germen de estas neoplasias de tejido embrionario, que solo esperan la oportunidad para mostrar su rostro airado, sin esperar a que el tiempo imprima sus huellas seniles en los tejidos y en los órganos.

Las tres enfermedades crónicas: la *escrófula*

o decadencia vital; el *atritismo* o retardo en las mutaciones nutritivas y el *herpetismo* o perversión en los actos nutritivos con sus respectivos cortejos de manifestaciones, se transmiten bajo la forma de predisposiciones de generación en generación hasta la extinción total de la familia o el mejoramiento de la raza y cambio de constitución.

Lo propio sucede con las enfermedades crónicas de Hahnemann: la *psora* o *disposición* congénita e indeleble en el organismo a determinada morbosidad; la *sífilis* o sea el *mal venéreo constitucional* y *sicosis* o sea la tendencia a ciertas formas de *excrecencias*, se transmiten no directamente sino mediante esa disposición que como herencia va imprimiendo su sello a través de muchas generaciones.

La misión del médico debía extenderse a procurar el mejoramiento de la especie mediante una selección efectuada por leyes sabiamente aplicadas para evitar en lo futuro hasta donde sea posible, tener que luchar contra esas predisposiciones hereditarias.

RAZAS.

El cambio que sufre una organización para acomodarse a las influencias exteriores, establece diferencias muy marcadas entre los hombres de diversos climas.

Esta variedad accidental de caracteres orgánicos es lo que constituye la raza.

Los cambios que el organismo presenta según las razas, afectan principalmente al exte-

rior; como el color del pelo y de la piel, la estatura, la forma de la cara, etc. En cuanto a las funciones interiores, no presentan modificaciones tan considerables.

La carencia completa de una línea divisoria entre las variedades de cada especie, ha dificultado la clasificación perfecta de las razas. Blumenbach distinguía cinco razas en la especie humana; Desmoulins once; Bory Saint-Vincent catorce; pero Cuvier y Lesson las redujeron a tres: la *caucásica*, *etíopica* y *mongólica*. Posteriormente se añadió la *cobrita o americana*.

La raza *caucásica* se reputa como el tipo de la especie humana y como el tronco del árbol genealógico; está caracterizada por el color blanco de la piel y la forma oval de la cara y cráneo; parece haber tenido su punto de partida el occidente del Asia entre el mar Negro y el mar Caspio. Ocupa la mayor parte de la Europa, por su rama germana o pelásgica; y el norte del Africa, por su rama *aramca* o *syriana*. También los pueblos de Europa presentan diferencias notables, según que pertenezcan a las regiones del Norte o del Sur. Los del Norte son notables por su elevada estatura, su vigorosa organización, la blancura de su piel y lo rubio del cabello. En éstos la sensibilidad es moderada, el entendimiento capaz de gran atención, su espíritu de invención, su fuerza muscular es muy enérgica así como el poder asimilador de sus vías digestivas. Estos pueblos gozan de un alto grado de vitalidad.

Un frío moderado es favorable a la vida de nuestra especie. Esta influencia se hace palpable cuando sus efectos se muestran a iguales

latitudes del globo. Los patagones que viven al Sur de la América Meridional (52°) son grandes y fuertes. Zimmermann ha comparado estos pueblos con los germanos del tiempo de Tácito. Los holandeses que habitan el Cabo de Buena Esperanza adquieren una talla elevada.

La división del medio día de Europa se distingue por una talla menos elevada, formas esbeltas, coloración morena y cabello oscuro. La sensibilidad en estos pueblos es viva, el sistema nervioso irritable, la imaginación ardiente, la voluntad enérgica. El centro genital ejerce un gran imperio. La vida en general es más precipitada en su marcha y por tanto su duración es mas corta.

La raza *etíópica* o *negra* constituye una rama perfectamente distinta por el color enteramente negro de la piel, el cabello ensortijado, nariz aplastada lo mismo que el cráneo en el sentido antero lateral. Los negros tienen los sentidos muy aguzados, principalmente el olfato y el oído. En el etiope, el organismo ha debido acomodarse a la intensidad de la luz y del calor que le penetra por todos lados. El color negro de la piel absorbe mucho calor y por tanto anula sus efectos en los tejidos subyacentes.

Esta raza tiene aptitudes para determinadas enfermedades y resistencia muy marcada para otras: son muy propensos al mal del sueño y refractarios a la fiebre amarilla.

La raza *mongólica* o *amarilla*, ocupa casi toda la extensión del Asia; es notable por la forma del cráneo, aplastamiento de la cara y dirección de los ojos, por su talla pequeña e implantación recta del pelo.

Su alimentación principalmente vegetal, su género de vida, su educación y moral forman un conjunto de circunstancias que la pone en aptitud de ciertas afecciones y enfermedades epidémicas, las cuales devastan pueblos enteros donde la miseria y la falta de higiene preparan el terreno.

Esta raza ha dado origen a otras que se han extendido al Norte y al Sur. La primera ocupa los lugares de mayor latitud septentrional como la raza *lapona* o *ictiofaga*, caracterizada por su talla más pequeña, cabeza más grande y cara más ancha. En esta raza la sensibilidad es poco excitable, el centro genital poco activo; pero en cambio las funciones de asimilación demasiado activas. Las funciones orgánicas parecen concentrarse, condensarse con el fin de resistir mejor la acción del intenso frío de las grandes latitudes.

La raza *americana* parece pertenecer a la mongólica, dados sus caracteres y teniendo en cuenta las múltiples transformaciones operadas bajo la influencia del clima y otras circunstancias. La piel amarilla se ha vuelto cobriza, el sistema piloso escaso y los sentidos del oído y el olfato se han desarrollado notablemente. El carácter de esta raza es duro, belicoso, y a veces cruel; son estoicos para el sufrimiento, sobrios y sufridos.

La raza *indo-malaya*, *malayo-polinésica* u *oriental*, de piel morena, cabello abundante y ensortijado, forman una rama meridional que alejándose de su fuente, parece aproximarse a la raza negra de la que difiere, sin embargo, en sus rasgos esenciales.

Las diversas razas apenas bosquejadas están diseminadas en las diversas partes del globo, perpetuándose bajo la doble influencia del clima y de la herencia.

EDAD.

Los períodos que dividen la duración de los seres organizados desde el principio hasta el fin natural de su existencia, es lo que se llama *edad*.

La vida no comienza precisamente con el nacimiento de los seres vivientes animados o del hombre. La vida meramente vegetal comienza en el momento de la fecundación y a medida que la organización adquiere mayor desarrollo y se hace capaz de sustentar la vida animal, entonces comienza ésta y así gradualmente se va perfeccionando el ser humano hasta llegar con la edad a su perfecto desarrollo. Aunque pasa conforme a la evolución de su desarrollo por las vidas que pudieran llamarse inferiores, sin embargo, desde un principio ya tiene de suyo adquirida la forma humana, ya está enderezada a ella porque desde un principio ya tiene aptitud para tal esencia como asientan los filósofos antiguos.

El niño recién nacido al franquear los dinteles de la vida no despensa las fuerzas de que está dotado, mas que para adquirir otras mayores y preparar una organización más vigorosa y completa. El aparato sensitivo está como embotado, mientras que las funciones asimilatrices entran desde luego en gran actividad. La forma general del producto es arredonda-

do a causa del volumen considerable del cráneo y del abdomen y de la pequeñez de la pelvis y de los miembros inferiores. Pero bien pronto, estas relaciones comienzan a tomar distinto aspecto.

Los sentidos poco a poco se van dando cuenta de las impresiones exteriores, aparecen los primeros rayos de inteligencia, la motilidad ensaya movimientos coordinados y espontáneos y parece darse cuenta el niño del solícito cuidado de los brazos maternos.

Del sexto al séptimo mes se anuncia la dentición con la conmoción tan temida de esta época de la existencia, provocando un gran número de fenómenos sinérgicos o simpáticos, siendo el sistema nervioso el principal actor de estas perturbaciones. El encéfalo por su volumen, por las numerosas impulsiones que recibe, por las disposiciones morbosas a que está dispuesto, viene a ser un centro al cual converge la vida y que influye sobre todo el organismo. En esta época el predominio del sistema linfático se hace notable, partiendo su actividad con las vías digestivas. Hay verdadera tendencia a la introducción, absorción y asimilación de los materiales nutritivos, porque la ley del crecimiento orgánico domina durante la primera etapa de la vida. En virtud de esta ley, la tendencia centrípeta suscita otra en sentido inverso, ésta es la de la expansión. Mediante esta reacción, un trabajo activo se dirige a la periferia, de donde derivan fenómenos fisiológicos o patológicos importantes. Pero a medida que unos órganos extienden su campo de acción, otros pierden terreno, como

el *cerebro* y el *hígado* en el primer caso; y en el segundo, el *timo* y las *cápsulas suprarrenales* que tienden a desaparecer.

Del sexto al séptimo año, los dientes llamados de leche son reemplazados por los definitivos, más sólidos y mejor enclavados en los maxilares. Esta segunda dentición, menos penosa que la primera, no es menos digna de atención en virtud de las perturbaciones morbosas que no pocas veces le preceden o siguen.

En el intervalo de la niñez a la pubertad los sentidos van gradualmente desarrollándose, los miembros adquieren más firmeza y movilidad, a la par que la inteligencia se pone en aptitud de juzgar con subido criterio de los fenómenos que antes no pasaban de impresionar los sentidos.

A la entrada de la *pubertad* que se efectúa de los trece a los diez y ocho años o antes en las zonas intertropicales, se notan cambios en el organismo entero. Los órganos genitales, hasta entonces casi inertes, adquieren un rápido desarrollo, la menstruación se establece, las mamilas se ensanchan, la voz cambia y el sistema piloso se completa en ambos sexos.

Se opera, pues, en la economía, una revolución profunda y trascendente en virtud de que la organización ya no solamente debe tender en sus esfuerzos a su propia conservación, sino también a la propagación de la especie. La pubertad abre una nueva era en el ser organizado: es la madurez que abarca dos períodos: la adolescencia y la virilidad. Durante la primera, la organización llega a mayor perfección li-

dad, y durante la segunda, un desarrollo más especial se efectúa en los órganos abdominales, al mismo tiempo que la moral alcanza su mayor grado de actividad y de energía. Este período de fuerza, de plenitud, de vida, se mantiene durante mayor o menor lapso de tiempo, hasta que comienza el período insensible de decadencia. En la mujer, una época bien marcada señala esta nueva transición: esta es la *edad crítica*. La menstruación se presenta primero irregular para en seguida desaparecer. El organismo no necesitando ya de esfuerzos para proseguir la propagación de la especie concentra toda su labor en su propia conservación. La vejez no solamente se caracteriza por el reposo del centro genital, también el centro cefálico modera su actividad, los sentidos se embotan, los músculos se debilitan; si el juicio conserva su rectitud, la percepción es menos viva y la memoria menos fiel. La vida en esta edad se concentra en el abdómen donde parece refugiarse: la digestión viene a ser la función más importante.

Los vasos arteriales se esclerosan y por lo mismo se estrechan, las venas se relajan y debilitan, los linfáticos por su inercia, entorpecen la circulación de los otros fluidos. El corazón para vencer estos obstáculos tiene que hacer mayores esfuerzos o multiplicar el número de sus contracciones, por lo tanto, no es raro que en la vejez se note mayor frecuencia de los batimientos cardíacos que en las edades precedentes.

Existen analogías aparentes entre la primera y la última edad del hombre; pero diame-

tralmente opuestas cuando se mira el fondo. Porque, efectivamente, hay mucha distancia entre el torrente vital que se desborda en la infancia y el lago sereno que se agota al caer de la tarde de la vida. Cada edad tiene su fisonomía propia.

Si la organización presenta caracteres peculiares, anatómicos y por tanto fisiológicos, en cada una de las épocas de la vida, nada de extraño tiene que la aptitud morbosa sea distinta por lo mismo que la resistencia que opone la vitalidad a las causas, presente graduaciones y modalidades en cada individuo, en cada época de la vida y conforme a las circunstancias peculiares del caso.

En la primera infancia hay poca resistencia a los cambios atmosféricos, por eso están predispuestos a las reacciones bronco-pulmonares más que en cualquiera otra edad. Durante esta primera edad los cambios nutritivos alcanzan el *sumum* de actividad, la necesidad de reparación es tanto más imperiosa cuanto más tierno es el niño. La mucosa gastro-intestinal al desempeñar funciones tan activas a las que no está habituada, es fácilmente vulnerable, cualquier alimento provoca irritaciones e inflamaciones, hasta la misma leche materna ocasiones se hace de difícil digestión.

La *Atrepsia*, descrita por Parrot, no es más que el resultado funesto de una alimentación insuficiente.

Durante la *primera edad* que puede asignársele como límite, la aparición de los primeros dientes, la mayor parte de las predisposiciones a toda reacción, persiste aunque con ten-

dencia a la atenuación: hay receptividad notable para los contagios, especialmente para las *fiebres eruptivas* e infecciones *gastro-intestinales*, la *tos ferina*, la *difteria*, etc.

La dentición predispone también a las afecciones gastro-intestinales, impetiginosas, a las conjuntivitis, otitis, convulsiones, etc. El *raquitismo*, enfermedad que consiste en la deficiente calcificación de los huesos, presenta en esta edad su máximo de frecuencia.

La *juventud* trae consigo aptitudes morbosas de las más diversas. Tocante al esqueleto, osteomielitis agudas o crónicas; en la circulación, la *clorosis* que parece ligada a una insuficiencia en la generación de los hematíes al mismo tiempo que a una falta de desarrollo del sistema vascular, de donde la frecuencia de las hemorragias, epistaxis sobre todo.

Durante la edad madura otras predisposiciones se presentan en escena como son la *gota* el *reumatismo*, la *diabetes*, es decir, las diversas manifestaciones artríticas; o el cáncer, el herpetismo, tumores de diversa clase.

Durante el período de la *vejez*, aunque ya no hay receptividad para las enfermedades infecciosas, ya sea debida a la inmunidad adquirida o a que el microbio no encuentre en el organismo terreno apropiado para su propagación; sin embargo, la vulnerabilidad toma alarmantes proporciones. El organismo debilitado y gastado, la falta de flúidos, contribuyen a diversas afecciones como la hipertrofia de la *próstata*, la osteoporosis, la esteatosis del hígado y de los riñones, la atrofia de la piel, la hipoglobulia, la arterio-esclerosis o el ateroma, los

aneurismas, las gangrenas, el reblandecimiento cerebral, etc. Y más que todo, satisfechas las necesidades orgánicas, aliciente de toda actividad, ya no quedan más ilusiones que la propia conservación a la que se reduce toda la acción nutritiva y la conquista del más allá que como obsesión se fija en la mente.

Como se ve, la edad jamás podrá reputarse como causa de ninguna enfermedad sino solamente como uno de los factores de las aptitudes en el orden material, en el sentido de que cada época de la vida, independientemente de toda circunstancia accidental, presenta un terreno más o menos propicio para determinadas afecciones o enfermedades.

EL SEXO.

Las diferencias más importantes de los sexos se encuentran en la disposición y atributos de los órganos de la reproducción. Hay otras circunstancias que pudiéramos llamar consecutivas, resultantes de su género de vida, como son su fuerza muscular, la coloración de la piel, etc.

En la mujer es más abundante el tejido celulo-adiposo, predomina el sistema linfático y el sistema nervioso desempeña una gran actividad.

La mujer es naturalmente impresionable, muy fácil a las impresiones y emociones vivas, poco susceptible de una atención prolongada, de un trabajo sostenido, de una voluntad perseverante.

La acción vital tiene en la mujer una evolución más rápida, la pubertad es más precoz y el período de esterilidad llega mucho antes que al sexo masculino. La mujer supera al hombre en agilidad, actividad y delicadeza de los sentidos: mientras que la energía muscular, la intensidad de los movimientos son patrimonio exclusivo del sexo masculino.

A causa de sus deberes funcionales o en razón de su excitabilidad natural, está más expuesta la mujer a los síntomas hiperesténicos dando muestras no pocas veces de su gran resistencia vital. Como que ningún hombre, seguramente, soportaría las grandes privaciones y vigiliias durante la enfermedad de un hijo, como una madre que tiene la resistencia de roca, cuando se trata de salvar al fruto de sus entrañas de una larga enfermedad. Para la madre no valen sacrificios, se embota el sueño, el hambre, la sed ante el amor de los amores que diviniza a la mujer. La mujer hasta que llega a ser madre se perfecciona moral y materialmente. Hasta entonces su organización llega a su completo desarrollo y hasta entonces entiende del amor más abnegado y sublime, que es el amor filial, capaz de convertirla en mártir o heroína.

El hombre, como resultado de su vida activa y de los ejercicios corporales, está más predispuesto al enfisema pulmonar, a la hernia, a la atrofia muscular, a las mielitis; y por sus hábitos, a la gota, nefritis y hepatitis. Ciertas condiciones anatómicas crean también determinadas disposiciones: así, en el hombre son más frecuentes los cálculos urinarios, las afec-

ciones vesico-prostáticas, las enfermedades venéreas, la varicocele, etc.

TEMPERAMENTOS ORGÁNICOS.

Cuando se examina un cierto número de individuos de la misma edad, sexo, raza y todos bien constituidos, se verá, a pesar de todos estos rasgos de analogía, que difieren notablemente los unos de los otros bajo diversas relaciones. El color de los cabellos, de la piel, del iris, la estatura, la moral, las tendencias é inclinaciones, presentan grandes diferencias capaces de distinguirlos fácilmente. Estas diferencias constituyen los temperamentos.

La escuela galénica hacía consistir estas diferencias en el predominio de los humores, los cuales ejercen sobre la economía una influencia considerable. Galeno estableció cuatro temperamentos principales fundados en el predominio de los humores del cuerpo: la sangre, la bilis, la pituita y la atrabilis. La combinación binaria de estos humores producía otros cuatro temperamentos; y en fin, un *noveno temperamento* era formado por el equilibrio de todos los humores: era el temperamento ad pondus o temperamento medio o perfecto. Lo más notable del sistema humorista de Galeno es que haya sobrevivido hasta los tiempos actuales y que no hayan bastado los últimos descubrimientos para borrarlo de la ciencia médica.

La doctrina de los temperamentos ha sufrido las vicisitudes consiguientes al paso de los tiempos. Los quimistas del siglo XVI relacio-

naban los temperamentos a la acción dominante de los diversos elementos que forman los órganos. Stahl veía en los temperamentos la concordancia entre los fluídos y los sólidos que los contienen.

Haller creyó encontrar la base de los temperamentos en el estado de fuerza o debilidad de los sólidos y en los grados de irritación de la fibra viviente.

Barthez, sin admitir la división de los humoristas, consideraba el temperamento como la forma especial que resulta de las afecciones constantes del sistema de fuerzas del principio vital.

Cabanis, ligando las observaciones de los antiguos a los resultados de la ciencia moderna añadió los temperamentos que resultan del predominio del sistema sensitivo, motor o muscular.

El análisis más juicioso de los temperamentos se debe a Hallé, que los reduce a tres: el sanguíneo, el linfático y el nervioso. La sangre, como centro de la vida vegetativa, y el sistema nervioso como centro de la vida animal, suministran la base de su división. De la proporción relativa de estos sistemas fundamentales y de los correlativos, resultan las apariencias exteriores diversas, los rasgos característicos variados que marcan los diferentes temperamentos. Por vía de curiosidad examinemos un temperamento al cual se daba mucha importancia en no remotos tiempos de la medicina por el gran número de individuos que ofrecían este modo de ser del organismo.

En el temperamento linfático, los individuos

tienen la piel de un blanco mate, ojos azules, cabello rubio, aspecto de buena salud, contornos mórbidos y carnes blandas. Este temperamento se observa principalmente en los niños y mujeres; más frecuente entre los habitantes de lugares fríos, húmedos. (faltos de aire) y en los individuos de vida sedentaria.

El tipo del linfático es motetudo, nariz y labios gruesos, huesos muy desarrollados, infarto de los ganglios, desarrollo del tejido celular, sangre serosa y vitalidad general poco enérgica: reacción débil y retardada. En la moral, notable apatía y pereza.

El temperamento sanguíneo o bilioso es enteramente opuesto al linfático.

El temperamento nervioso es aquel en que predomina el sistema nervioso que como instrumento de la sensibilidad, motilidad, inteligencia y voluntad, se manifiesta por una exaltación de todas las funciones nerviosas a expensas de los otros elementos del organismo.

CONSTITUCIONES ORGÁNICAS.

Al conjunto de condiciones de desarrollo y fuerza que despliegan los órganos, es a lo que se llama constitución.

Según los autores, los sujetos de constitución fuerte, presentan gran desarrollo del sistema huesoso y muscular, arterias voluminosas, pulso lleno, sangre rica en glóbulos rojos, su nutrición es activa y su capacidad respiratoria amplia y considerable; todas sus funciones se efectúan con energía y desembarazo.

Están menos expuestos a las influencias exteriores y reaccionan vigorosamente.

Los individuos de *constitución débil* ofrecen caracteres inversos, en éstos predomina el sistema nervioso y son fácilmente vulnerables a todo agente exterior y sus reacciones son lentas y débiles con tendencia a la regresión.

Cuando se estudia la constitución de un enfermo hay que tener presente si ésta es primitiva o el resultado de un estado morbooso o de la acción de influencias exteriores deletéreas y persistentes. Así las personas cuya conformación es viciosa como los jibosos, o cuya circulación ofrece alguna anomalía grave, como en la *cianosis*; aquellos que conservan las huellas de antigua enfermedad imperfectamente curada, o que están expuestas a emanaciones insalubres, o habitan lugares malsanos, o experimentan las privaciones de la miseria o la cautividad, etc. etc., éstos no pueden reputarse como de constitución débil, sino debilitada, su estado actual es un estado morbooso.

No hay que fijarse solamente en las apariencias muchas veces engañosas; una estatura elevada y llena de carnes no indica siempre fortaleza, la debilidad, la apatía, se cubren muchas veces bajo la capa voyante de una gran corpulencia.

§ II.—PREDISPOSICIONES O APTITUDES POR INFLUENCIAS HIGIÉNICAS.

El medio en que vive un individuo, va preparando ciertas disposiciones, va modificando su

organización de tal manera, que le añade o resta cierta suma de resistencia para luchar contra las causas vulnerantes de su salud.

Los antiguos distinguían cuatro influencias principales: el calor, el frío, el seco y el húmedo.

El calórico, según la expresión de Recamien, es el radical de los estimulantes, el frío lo es de los sedativos; la sequedad, un agente tónico, y la humedad, un relajante, un debilitante.

Cada uno de estos agentes, sin embargo, pueden reputarse coma estimulantes por lo mismo que cada uno es capaz de provocar una reacción que es indispensable para el ejercicio de las funciones, para el mantenimiento de la vida y de la salud. La falta de estimulantes trae consigo la inacción y con ésta la paresia, el embotamiento de la sensibilidad y por fin la atrofia y la muerte de los órganos y tejidos.

La vitalidad es esencialmente móvil. El órgano que no funciona, se atrofia.

CLIMAS.

Al conjunto de condiciones *telúrico-atmosféricas* de una localidad, es a lo que se llama *clima*.

El hombre es naturalmente cosmopolita; pero antes tiene la necesidad de amoldarse al medio en que vive: a esto se llama aclimatación. De esta adaptación al medio (*circunfusa de los antiguos*) resulta la aptitud a determinadas enfermedades.

Los *climas* ejercen una acción tan poderosa

sobre todos los seres organizados que sería imposible dudar de la que ejercen sobre la especie humana.

En los climas cálidos, las constituciones debilitadas por la abundancia de perspiración cutánea, la molicie, la ociosidad y el abuso de los placeres venéreos, están predispuestas a las enfermedades agudas, a las afecciones graves que resultan de las alteraciones de flúidos (fiebre amarilla, cólera) o de tensión profunda de la inervación. Las enfermedades de las vías digestivas y de las glándulas anexas, son más frecuentes que en otras regiones. (Gastro enteritis, colitis, disenteria, hepatitis.)

El calor produce sobre el organismo un efecto estimulante y expansivo. Sin embargo, los habitantes de los países calientes están como enervados. El sentimiento generalmente experimentado con la acción prolongada del calor, es la necesidad de reposo, la consciencia de un debilitamiento profundo que es el resultado del agotamiento de las fuerzas, por el aumento de la actividad periférica o centrífuga y de las pérdidas ocasionadas por el aumento de la perspiración cutánea. El efecto primitivo del calor es estimulante, el efecto secundario es debilitante.

Los climas fríos modifican la organización en sentido inverso. El frío ejerce sobre el organismo un efecto estimulante: es directamente debilitante e indirectamente excitante por la reacción que provoca. En los lugares adonde su acción es constante como en las latitudes septentrionales, enerva y debilita el desarrollo orgánico, parece concentrar la vida en los ór-

ganos interiores. A medida que es más intenso y que el organismo ya no puede reaccionar, su acción sedativa y debilitante puede llegar hasta la extinción de la vida.

Cada una de las condiciones telúricas o atmosféricas que constituyen en una región o localidad, el *clima*, puede ser causa de enfermedades; pero el conjunto solamente puede ir poniendo al individuo en ciertas condiciones de **receptividad**.

Ninguno puede poner en duda la distribución geográfica de las enfermedades.

El cólera, que es endémico en la India, existe en esas regiones mantenido por ciertas condiciones telúricas, como son la temperatura, el terreno, las aguas y las materias orgánicas que le sirven de difusión. Los habitantes de esos lugares puestos en las mismas condiciones son o vienen a ser terrenopropicio para el desarrollo del bacilo *coma* de donde las frecuentes *epidemias* que se extienden a otras regiones donde por las mismas razones hay muchos individuos que tienen las mismas aptitudes para el contagio. En cambio, hay localidades donde el cólera no encuentra condiciones para su desarrollo. Lyon y Versalles, en Francia son notables por su inmunidad para el cólera, según los experimentos de Sanarelli quien encontró el *bacilo vírgula* en las aguas de las fuentes de Versalles y sin embargo, no se desarrolló ninguna epidemia.

Los habitantes de los países donde la fiebre amarilla es endémica adquieren por este simple hecho de aclimatación una especie de inmunidad; pero al abandonar por largo tiempo

estos lugares, pierden el beneficio de la aclimatación y se hacen accesibles al *veneno amarillo* de la misma manera que los extranjeros llegados a estos lugares.

La predilección de la *fiebre amarilla* por los puertos de mar, por las embocaduras de ríos y por los litorales de las tierras cálidas o templadas, su atenuación a medida que la altitud aumenta, su destrucción por las bajas temperaturas, todo viene a comprobar que las condiciones telúricas son más o menos favorables a su desarrollo.

VESTIDOS.

No solamente el medio en el cual vive el individuo lo va poniendo en condiciones de receptividad o inmunidad para determinadas enfermedades; también los vestidos lo defienden y exponen a estados morbosos, si no se adaptan a las condiciones del clima o estorban las funciones fisiológicas normales de la economía.

La mujer, siempre esclava de la moda, está más predispuesta a ciertas afecciones debidas a la presión que ejercen algunas prendas del vestido (corcet). La circulación es una de las funciones principalmente perturbada; de donde esa tendencia a las congestiones primero y después a las várices; por esta misma causa la digestión y las demás funciones se hacen laboriosas, la respiración deficiente por superficial pone en aptitud de las enfermedades específicas propias del pulmón.

El calzado por estrecho, además de las hipertrofias cutáneas que produce y las defor-

maciones consigui ntes de las articulaciones, por la altura del tacón y forma muy estética pero poco higiénica, predispone a vicios de conformación y a diversas afecciones de los órganos genitales de la mujer. Se entiende que aquí hacemos referencia a la mujer de la clase privilegiada, a la que por las exigencias de la sociedad que frecuenta tiene que sujetarse a los caprichos de la moda que las más de las veces sacrifica salud y no pocas la honestidad. No menos influye el material de que se hacen los vestidos para determinar al organismo a ciertas afecciones, pues el poder de absorción, eliminación, humedad, etc. de los diversos materiales empleados en los vestidos, como lana, lino, algodón, etc., predisponen a ciertas afecciones no solamente de la piel sino de los mismos órganos interiores.

Pertenece a la higiene el estudio de la mejor elección de la forma y material de los vestidos; mas para nuestro objeto, basta solo indicar que la falta de higiene en los vestidos, no solo predispone a múltiples enfermedades, afecciones y molestias, sino también puede considerarse como una de las más conocidas causas de los estados morbosos que pueden afligir a la especie humana.

ALIMENTOS.

Los alimentos (*ingesta* de los antiguos) las bebidas y los medicamentos pueden disponer a diferentes enfermedades cuando no se hace de ellos un uso conveniente.

Al estado de salud, la cantidad y calidad de-

be arreglarse conforme a la edad, fuerza, ocupación y hábito de cada individuo.

Los alimentos no solamente tienen por objeto mantener o aumentar el volumen del cuerpo, modifican también su composición y propiedades. Los vegetales bajo la influencia del cultivo modifican y mejoran su constitución; su aspecto, el color de sus flores y el sabor de sus frutos. Lo propio sucede con los animales inclusive el hombre. El régimen alimenticio tiene una influencia poderosa sobre el organismo.

Los alimentos obran según su naturaleza, cualidades, condimentación, cantidad y frecuencia.

Los alimentos del reino vegetal, reparan menos las pérdidas de la economía, dan menos vigor y actividad a las funciones vitales. Las materias *feculentas* son muy digeribles y nutritivas, se reputan como analépticos. Las *oleofeculentas* son muy nutritivas pero de difícil digestión, como los *mucilaginosos* aunque éstos sean de más fácil asimilación. El azúcar es un excitante de la nutrición, su abuso produce calor en la garganta y en el epigastrio, constipación o diarrea.

Entre los alimentos suministrados por el reino animal, figura en primer término la *lèche* alimento completo para los niños y uno de los principales para los adultos.

Los alimentos en los cuales dominan la *albúmina* y la *gelatina* (carne, huevos, pescado) son de fácil digestión y complementarios de la nutrición del hombre que por su naturaleza y educación es omnívoro.

El exceso de alimentos, su mala calidad y condimentación predisponen a diversas perturbaciones primero de orden gastro-intestinal y después a otras de índole distinta en los demás órganos o tejidos.

La dietética en el hombre sano y en el enfermo, es de la más alta importancia: en el primero, con el fin de conservar la salud sin alteración ninguna y preservar al organismo de accidentes consecutivos al abuso o deficiencia; en el segundo con objeto de que recobre de una manera pronta y fácil la salud perdida, ayudando a la naturaleza en su labor de reparación para la que necesita mayor suma de fuerzas y menor cantidad de trabajo que habrá de emplearse en otro sentido; es decir, adonde el organismo lo necesita para conseguir el restablecimiento de su equilibrio en su funcionamiento.

§. III.—APTITUDES MORBOSAS POR INFLUENCIA DE HÁBITO.

El hábito, que es una segunda naturaleza, lo constituye la frecuente reiteración de las mismas impresiones o de los mismos actos.

En virtud del hábito, el organismo tiende a modificarse en su estructura y en su funcionalismo. Hasta los mismos vegetales están sujetos a esta influencia cuando la mano del hombre tiende a modificarlos, por este medio, ya aclimatándolos, podándolos o trasplantándolos.

Esta influencia es más palpable en los ani-

males domesticables, los cuales más por la educación que por instinto, ejecutan con maestría muchos actos por hábito o costumbre con precisión exacta y sin vacilación alguna.

El niño en la cuna, adquiere el hábito de estar acostado en tal posición, de ser mecido de cierto modo y de ser acariciado por ciertas manos y cuando esto no sucede, acude al llanto o a los gritos, como en demanda de lo que la costumbre le exige: no puede decirse que en los primeros meses de su existencia sea capaz de inteligencia ni voluntad refleja.

Entre la costumbre y el instinto hay estrechas relaciones a causa de la influencia que ejercen en la economía y a pesar de la diversidad de su origen. El instinto parece estar compuesto de hábitos innatos, y el hábito de instintos adquiridos (Gintrac). El hábito extiende su imperio a todo el organismo. Según el sentir de Bichat, solamente la vida exterior o animal está sometida al hábito; pero muchos fisiologistas, creen que también la vida interior o vegetativa.

El hábito o la reiterada acción, es capaz de producir en el órgano o tejido que funciona, hipertrofias, deformaciones, dislocaciones, entorsis, etc. en la esfera meramente orgánica y en la funcional, es capaz de predisponer o provocar: hiperestésias, anestésias, disestésias, hiperkinesias y diskinesias, actos reflejos y sensoriales, modificaciones en la percepción, memoria y voluntad.

El hábito es un auxiliar eficaz del principio conservador dotando al organismo de la flexibilidad, vigor y destreza para el verificamien-

to de esos complicados actos armonizados que lo ponen en aptitud de ser artista, atleta, gimnasta, etc., etc.

El hábito interviene de una manera poderosa en la influencia que ejerce sobre el organismo la educación, las profesiones, las instituciones políticas y la religión.

Por último, el hábito es capaz de crear necesidades nuevas. El hábito del tabaco, del alcohol, de la morfina, etc. ejerce un poder despótico en el individuo que hace de la costumbre una necesidad imperiosa. Y esta necesidad al parecer sencilla e inocente va predisponiendo a todo un conjunto de afecciones incurables mil veces más difíciles de vencer que las enfermedades naturales porque llevan el sello de la doble naturaleza: la propia y la adquirida.

El hombre más libre es aquel que adquiere menos hábitos.

La predisposición adquirida por el hábito se palpa entre la diferencia notable que existe entre el rústico y el aristócrata. El primero que vive al sol y duerme al sereno, que desafiaba la intemperie, que no le arredra el viento, el calor solar ni el frío glacial, no teme el constipado ni las neuralgias por enfriamiento, el escudo que mejor lo defiende es la resistencia adquirida en la constante lucha con los elementos; mientras el segundo, habituado a la molicie, es un sensible barómetro que se da cuenta de cualquier cambio térmico, que paga con reacciones molestas todo enfriamiento, que no soporta el sol, el polvo ni el aire sin que proteste su endeble organismo siempre defendido por el doble o triple escudo del vestido,

la estufa y los cristales. Pobre David cuyas armas tan pesadas, en lugar de servirle de defensa, lo exponen a morir en manos del Goliath naturaleza al intentar la lucha por la vida.

CAPITULO V.

DE LA PATOGENIA.

Literalmente indica esta palabra el modo como se engendra en el organismo la enfermedad. En un sentido más lato, indica el mecanismo de la iniciación de una enfermedad.

No hay que confundir la *Etiología* con la *Patogenia*. Entre la *génesis* y las *causas* hay notable y esencial diferencia. No todo lo que *ocasiona* engendra; aunque sí puede afirmarse la proposición inversa.

Un traumatismo es *causa* de una solución de continuidad, pero no engendra la reacción reparadora, ésta solamente el organismo viviente es capaz de provocarla.

La *Patogenia* también representa el mecanismo orgánico en virtud del cual se producen las perturbaciones funcionales de un estado fisiológico. Algunos ejemplos pueden mejor aclarar el significado de esta palabra en el léxico patológico. Supongamos que se trata de la Histeria, neurosis de lesión desconocida pero cuyos síntomas nos revelan el órgano de donde se originan dichos síntomas que transforman en signos.

Jaccoud define la Histeria desde el punto de vista patogénico, diciendo: *es una afasia cerebro-espinal caracterizada por el predominio de la acción espinal sobre la acción cerebral*. Para verificar esta definición hay que recordar el predominio existente del *cerebro* sobre la *espina*, es decir, la subordinación preestablecida de la acción cerebral sobre la acción espinal de tal manera que sólo en estado patológico, como el indicado, se invierte tal predominio de donde resalta la incoordinación funcional de uno y otro centro nervioso. La acción espinal excitada patológicamente y sin el freno moderador del centro cefálico, produce todo ese *conjunto* de síntomas que matizan el cuadro de la histeria.

Ignórase el procedimiento que preside a la generación de muchas enfermedades y en no pocas se desconoce hasta la anatomía patológica; pero esto no quiere decir que las enfermedades no tengan lesión cuantitativa o cualitativa orgánica ni un modo especial de iniciar las perturbaciones consiguientes y necesarias a determinadas lesiones. Ese mecanismo misterioso, íntimo y complicado, por la infinidad de rodajes que escapan al ojo observador de la inteligencia humana, nos reserva todavía incontables sorpresas cuando la Fisiología nos descubra los vastos horizontes de ese mundo pequeño que encierra un infinito sintético, para la ciencia actual apenas vislumbrado.

Cada órgano y tejido según su destino funcional en el concierto de la organización, tiene atributos peculiares, antagonismos y connivencias con sus congéneres: pero que al obrar

de consumo constituyen esa maravilla inexplicable que se llama vida y que hasta el presente no se ha llegado a definir con toda precisión.

Al estado normal y patológico no solamente las células entran en funciones como pretende la teoría de Virchow, sino todos los elementos constituyentes de la organización, es decir, la célula, el elemento vascular y el nervioso. La génesis de estas operaciones en las cuales toman participio mutuo y cada uno en su papel todos los componentes del compuesto humano, tanto el psíquico como el fisiológico y estructural, es complexa y variada aunque siempre con tal unidad, que puede reputarse como el prototipo de la mecánica perfecta y de lo bello: es la obra perfecta de la naturaleza.

El esfuerzo de toda reacción, de todo trabajo en el organismo se inicia localmente, pero a continuación se suman los esfuerzos de toda la economía, de suerte que al final se llega a comprender la solidaridad preestablecida que existe en toda función que tiende a la conservación del individuo y de la especie.

La Patogenia de las enfermedades es oscura y las más veces hipotética, la medicina positiva que es la Homeopatía, si bien aprovecha todo conocimiento en sus indicaciones de cualquier género, no tiene más objetivo que los hechos y los síntomas, importa poco cualquiera explicación. La Terapéutica homeopática no puede ni tiene que seguir las vicisitudes de las teorías médicas dominantes: la metafísica y la hipótesis son objetos curiosos pero no necesarios para la ciencia verdadera de la me-

dicina, que debe establecer sus procedimientos en la observación de los hechos y en la experimentación lógica de los medicamentos.

CAPITULO VI.

Evolucion de la Enfermedad.

Ya hemos dicho que las enfermedades tienen mucha analogía con los seres vivos, que no son negaciones, ni abstracciones, sino modos de ser del organismo, adjetivos de la vitalidad o del compuesto humano, y como tales, deben seguir análoga evolución a la del ser que modifican.

Si las especies naturales tienen vida por nacimiento, las enfermedades principian en la organización que les da forma, allí se desarrollan y allí terminan. No son capaces de crecimiento, su intensidad es la que aumenta despertada por el propio organismo en defensa de su misma conservación. Las enfermedades no mueren sino terminan después de haber recorrido una trayectoria cíclica o acíclica marcada por la misma organización. Pero como la marcha y duración de las enfermedades dependen del órgano o tejido afectado y del modo de ser afectado, resulta que para seguir las diversas faces y vicisitudes que sufre el organismo en el transcurso de una enfermedad, necesitamos estudiar su *principio*, su *marcha*, su *duración* y su *terminación*.

§ I.—PRINCIPIO Y MARCHA DE LAS ENFERMEDADES.

Las enfermedades se hacen notar en el organismo de modo muy diverso. En todo traumatismo la reacción es franca e inmediata; pero en muchas enfermedades el principio es velado e insidioso. Las causas específicas preparan en la economía el desarrollo más o menos próximo del estado morbozo que determinan. La *inminencia morboza* es el estado que presenta el organismo antes de la explosión de una enfermedad. Este estado intermedio de salud y enfermedad se marca por fenómenos engañosos de actividad insólita, de excitabilidad y aumento de energía vital o de indisposición, inercia y depresión de espíritu. Estos indicios vagos, estos fenómenos iniciales constituyen los *prodromos* o *preludios* de las enfermedades. Estos síntomas precursores de la enfermedad fueron señalados por Hipócrates cuando decía en su aforismo V, sección II: *Las laxitudes espontáneas anuncian las enfermedades*.

El principio de una enfermedad se marca por los primeros síntomas que la definen por alguno de los síntomas patognomónicos que señalan el estado morbozo y lo determinan.

Este principio puede ser *franco o insidioso*, *brusco o lento*, *fulminante*, etc. Es el crepúsculo vespertino de una noche patológica cuyo transcurso apenas se sospecha y cuyo final se ignora no pocas veces.

Hay enfermedades notables por su princi-

pio brusco como son las fiebres eruptivas, las inflamaciones de las vísceras como la *pulmonía*, la *cistitis*, la *orquitis*, *ovaritis* etc., y otras que son tan bruscas en su principio como el rayo, por lo que se llaman *fulminantes* como algunos casos de *colera morbus*, de *fiebre antraxilla*, *pulmonías*, etc., esto depende del órgano lesionado, de la extensión de la lesión y de otras circunstancias que precipitan el desenlace fatal de la enfermedad.

La marcha o curso de las enfermedades (*morborem decursus*) presenta la sucesión de síntomas propios de cada enfermedad con caracteres peculiares que son los que dan fijeza a las especies morbosas a la manera de los seres naturales cuyas especies son fijas en el tiempo y en el espacio.

En el organismo sano, sin antecedentes morbosos, adquiridos o heredados sin vicios u ocupaciones que lo enervan y predispongan, la marcha de cualquiera enfermedad es casi siempre regular y de tipo de reacción, porque el organismo cuenta con todos los recursos de su natural defensa para oponerse conscientemente e instintivamente a cualquiera causa morbífica que perturbe el equilibrio de su actividad vital.

Las enfermedades insidiosas y de marcha lenta, minan sórdidamente los tejidos, los desorganizan poco a poco y oponen más tarde la más cruel pertinacia a los recursos médicos mejor combinados.

Así como los seres naturales desde su nacimiento siguen un desarrollo no interrumpido de crecimiento hasta cierta edad en que el or-

ganismo parece estacionarse, para después comenzar a declinar hasta la muerte; así también las enfermedades, desde su iniciación y sobre todo las de tipo de reacción, siguen una marcha creciente hasta cierto momento en que los síntomas que constituyen la enfermedad, parecen estacionarse para después sufrir una defervescencia o declinación hasta la terminación natural del proceso morboso.

En este intervalo de oscilaciones aparecen ciertos fenómenos sobresalientes, ambíguos o extraños que los antiguos llamaban críticos y que se presentaban en ciertas épocas que coincidían con los septenarios o días intermedios. En esto, la enfermedad parece imitar a la naturaleza humana que en ciertos períodos de la vida los marca con ciertas perturbaciones o manifestaciones de organización, señalando el paso de un período a otro más importante de la vida o como signo del triunfo alcanzado en la lucha por la vida.

La organización humana camina en progresión ascendente desde su nacimiento hasta la edad madura en que pareció estacionarse más o menos tiempo, hasta que se inicia la decadencia vital que es la vejez y el término de la vida que es la muerte.

Se pueden contar en las enfermedades de tipo cíclico, malamente llamadas agudas, tres períodos: 1º de incremento u oscilación ascendente, 2º de estado y 3º de declinación.

El malestar físico y moral abren la escena de las enfermedades cuyo papel representa a lo vivo el ser organizado expuesto siempre a la lucha con todos los elementos que lo rodean,

siempre dispuestos a darle vigor y vida o debilidad y muerte. Después de suceder los síntomas en un orden constante y fijo, aumentando siempre en intensidad y número hasta que logra el organismo salir avante en la contienda.

especie
Esa fijeza y constancia de los síntomas son los caracteres que hacen de las enfermedades modos de ser análogos a las especies naturales inmutables en el tiempo y el espacio. Aunque los filósofos modernos pretendan negar la fijeza de la especie, ésta se perpetúa y se manifiesta con toda evidencia. Desde el principio del mundo o sea desde que la humanidad pudo darse cuenta de los hechos e interpretarlos, los animales han conservado sus caracteres y se han perpetuado en la misma forma a pesar de los siglos y a pesar de las opuestas latitudes y longitudes del globo terrestre. El tiempo y los climas jamás han logrado transformar a la serpiente en paloma, ni al cuadrúpedo en cetáceo. La *ciruela* desde los albores de la medicina se ha descrito siempre con los mismos caracteres y no ha bastado el cambio completo de clima para transformarla en otra especie distinta, ni el transcurso del tiempo para modificarla hasta cambiarla de tipo.

Sin esta fijeza de las especies morbosas, sería imposible toda clasificación patológica.

debe ser
en canon
Una vez iniciada y definida la enfermedad, es muy difícil yugularla; y más peligroso todavía, suspender bruscamente su curso, mediante esos recursos llamados heroicos de que se vanagloria la escuela tradicional, porque es siempre sustituida por otra enfermedad más peligrosa y duradera y sin medios de cura-

ción. La enfermedad, como todo proceso natural, tiene que seguir determinado curso, marcar cierto tipo y tener cierta duración. Al médico verdaderamente científico corresponde solamente seguir su marcha sin estorbarla, encauzándola por la vía que le marca la misma naturaleza, sin oponerse ciegamente a sus manifestaciones que pocas veces dejan de ser el recurso de que se vale la organización para su natural defensa. Podrá la ciencia hacer menos intensa la enfermedad y acortar un poco su duración, podrá aliviar los dolores y hacer más llevadera la tortura de los males que asedian a la humanidad; pero jamás debe oponerse a que siga su curso oponiendo recursos paliativos que si dan pasajero alivio en cambio traen consigo males incurables. Intentar acortar el plazo que el organismo necesita para llevar a término una reparación, provocar ciertas eliminaciones nocivas o substituir tejidos morbosos, es como intentar que el hombre llegue a la pubertad a los dos años o que el trigo madure sus espigas a los ocho días de sembrado.

El vulgo por natural intuición sabe que ciertas enfermedades como el *sarampión*, la *escarlatina*, la *viruela*, no deben contrariarse en sus manifestaciones sino antes bien ayudarlas para su mejor desarrollo, valiéndose de tizas y excitantes con el propio fin, en cambio, la llamada *medicina científica* sofoca estas manifestaciones naturales del organismo con los enfriamientos que provoca con los baños y los antipiréticos. No es extraño que el resultado de tales procedimientos nos dé como resulta-

do esa generación de endebles y de raquíticos, de psóricos y miopes que sin tener enfermedad definida, arrastran la vida como el esclavo, cargando la cadena de una enfermedad repercutida que les roe las entrañas durante el curso de su infeliz existencia.

Suprimir un síntoma, enmascarar la manifestación de una enfermedad, no es procurar la curación sino un alivio momentáneo a trueque de una agravación o desviación del proceso morboso cuando cesa de obrar el paliativo cuyos efectos secundarios se hacen palpables con mayor intensidad. Los narcóticos, como la morfina, suprimen el dolor, hacen insensible al enfermo; pero jamás podrán curar definitivamente, ni parcial ni completamente la enfermedad.

Incremento de la enfermedad.—Esta fase de la enfermedad ha sido llamada por algunos autores tiempo de *irritación* o de *concentración* (Serminier: Cocción y Crisis) porque todos los síntomas anuncian una tendencia centrípeta de fuerzas orgánicas que convergen hacia el punto esencialmente afectado. Los síntomas y molestias van aumentando, las remisiones disminuyen, las fuerzas musculares se van anonadando y el espíritu deprimiendo; las secreciones se suspenden o modifican, los productos elaborados por el organismo se alteran y hasta los exantemas crónicos parecen marchitarse.

En este período que ya corresponde anatómicamente a las alteraciones nutritivas, es más difícil suspender la marcha de la enfermedad; el organismo entero protesta cuando

se siente excitado por los medios extremos o medicamentos heroicos propinados con el fin de cortar exabrupto la marcha de la enfermedad. Esto es oponerse a los esfuerzos de la naturaleza que con toda actividad y vigor parece acumular sus unidades de combate para la hora del triunfo o la derrota que se aproxima.

Período de estado. -- Este segundo período de las enfermedades de tipo cíclico o de reacción, es aquel en que la enfermedad llega a su máximo de intensidad. Los síntomas, todos se presentan más airados, las remisiones apenas se notan; la lucha se generaliza. La duración de este período es más o menos largo dependiendo del órgano afectado y de la extensión de las lesiones, pues no se repara en el mismo tiempo ni con igual esfuerzo, la mucosa de la cavidad bucal que el hueso o el nervio.

En este período es cuando se nota la inconsciencia, el delirio, la carfología, excitación, demencia, temblores, parálisis, etc. Es el período ataxo-adinámico de las enfermedades infecciosas de forma tifoidea.

Declinación, Defervescencia. -- En caso favorable para el organismo y después de un lapso angustioso de indecisión (período de estado) al fin se presentan ciertos fenómenos llamados críticos como son las hemorragias, sudor, evacuaciones alvinas, erupción miliar, vértigos, mareos, hipo, etc., comienza a declinar poco a poco la enfermedad. La terminación de la enfermedad puede ser lenta o brusca; en el primer caso se llama *lisis* y en el segundo *crisis*.

Período de estado

Defervescencia

Terminación lenta = lisis

brusca = crisis

En las enfermedades cíclicas febriles de forma ataxo-adinámica, con pérdida del conocimiento o delirio agudo, la mejoría se marca por los primeros rayos de luz de la inteligencia, es una especie de aurora del nuevo día de salud que se anuncia. La elevación de la temperatura en caso de *lisis*, va descendiendo paulatinamente hasta llegar a la normal, pero sin las exacerbaciones que se notan en el período anterior, hasta que la reacción desaparece completamente, para dar principio a la *convalecencia* que es el período de reparación de las fuerzas perdidas y cuando ya las lesiones anatómicas han sido integradas completamente.

Ya que hemos mencionado la *crisis*, estrictamente ligada con la palabra *cocción* en la antigua medicina, vamos a decir algo sobre las teorías que dieron vida a estas palabras, no pocas veces empleadas hoy día a pesar de que para muchos es obscuro su significado.

Las cocciones indican la prontitud de la crisis y la certidumbre de la salud, decía Hipócrates en su tratado de las Epidemias (Tomo II, Lib. I, pág. 635) Nada más vago que la palabra *crisis* al consultar los escritos de la antigüedad. Hipócrates la define: *Una exacerbación o un debilitamiento, una metaptosis, otra afección o el fin de la enfermedad*. (De las Afecciones, T. VI, pág. 217). Según Galeno, es una *mutación súbita en la enfermedad que conduce a la salud o a la muerte*. Galeno ligaba la idea de la *crisis* a la de *evacuación* manifiesta, como condición necesaria al cambio que iba a operarse. Se concibe que bajo el imperio del

humorismo, la excreción de la materia pecante debía de ser considerada como el presagio más cierto del retorno de la salud. Al fenómeno crítico sucede la calma: es el característico de la *crisis*.

No todas las enfermedades presentan fenómenos críticos. Estos fenómenos de esfuerzos supremos del organismo, en los casos morbosos ligeros o en los procesos de regresión por adinamia o por el carácter lesional, no presentan estos fenómenos porque tal esfuerzo no es necesario en el primer caso, y en el segundo, parece dimitir el organismo de todo derecho a la defensa.

Los antiguos describen el cuadro crítico de la enfermedad con la maestría que les es peculiar, dándole una gran importancia, y haciendo consistir en este último esfuerzo de la economía el restablecimiento de la salud.

No solamente señalaron la existencia de las *crisis*, pudieron con mucha frecuencia presagiarlas. Los *días críticos* o *decretorios*, es decir, aquellos en los cuales debía de efectuarse la *crisis*, y los *indicadores*, los que la anunciaban solamente, tenían días señalados. Los días críticos eran el *siete*, el *catorce*, el *veintiuno*, *veintiocho*, *treinta y cinco*, etc. Galeno consideraba el *siete* como a un príncipe libertador que salvaba a los enfermos. El *catorce*, según Hipócrates, yugula casi todas las enfermedades. El *veintiuno*, es también un día muy feliz, según Diocles de Cariosto y Archígenes.

Los *indicadores* o *contemplativos* han sido señalados por Hipócrates, quien se expresa así: el 4 es indicador del 7; el 8 abre la semana si-

guiente. Observad el 11, (dice) es el 4º de esta segunda semana: observad también el 17, es el 4º después del 14 y el 7º después del 11.

Cuando una enfermedad, añade, se acaba el 7º día, las orinas tienen desde el 4º día un aspecto rojizo, con los otros signos correspondientes (Aforismo LXXXI Sect. IV).

Estas *crisis* son excepcionales o apenas se hacen visibles cuando el tratamiento médico va dirigido en el mismo sentido que indica la naturaleza, es decir, por el tratamiento homeopático, cuya acción sumada a la que despliega la naturaleza, evita el que ésta al final de la enfermedad, haga esos supremos esfuerzos y se debata con la angustia de una *crisis*. Pocas veces podrán contemplarse, en este caso, esos fenómenos terribles de agonía, porque la enfermedad llevada con mano suave y sin obstáculo, no necesitará provocar esas sacudidas que se llaman *crisis*. Pero aun dado el caso que el organismo necesite de estos sacudimientos, como sus esfuerzos no se han visto agotados por expoliaciones medicamentosas, ni conmovido por excitantes de ninguna clase, resulta que las mismas *crisis* son mucho menos intensas y peligrosas.

Más peligroso es todavía pretender suprimir, contrariar o desviar estos esfuerzos decisivos de la naturaleza, la cual trabaja siempre en el sentido de su propia conservación.

Teoría de la cocción.—Se reputaba, en el sentir de los antiguos, la enfermedad, como una función accidental, una especie de digestión de los principios morbíficos. Los humores como la bilis la pituita, etc., mezclados a la san-

gre, necesitaban para ser expulsados del organismo un trabajo análogo al que sufren los alimentos para ser absorbidos. En tanto que los agentes morbosos conservan sus propiedades nocivas, reputábanlos en estado de *cru- deza*. Esta palabra atribuída especialmente a los frutos o a los alimentos no preparados, la empleaban metafóricamente para designar la mezcla impura y la alteración de flúidos que provoca y constituye el estado morbosos. Por medio de una reacción benefactora, pensaban, la naturaleza modifica estas sustancias extrañas, las suaviza y las purifica. Este trabajo se llamaba *cocción*, por ser análogo al operado en el estómago.

La *cocción fisiológica* tiene por objeto, la asimilación de las materias nutritivas y la *cocción patológica*, la expulsión de las materias morbosas.

Hipócrates para dar una idea de la *cocción* comparaba los dos períodos de la *coriza*: en el primero, un humor irritante y claro escurre por la nariz produciendo sensación de quemadura; en el segundo, este humor se ablanda por la *cocción* y se torna en espeso y obscuro, cuando cesa la inflamación. Uno de los resultados inmediatos de la *cocción* era el aumento de la consistencia de los flúidos; así por ejemplo: las orinas se ponen turbias y sedimentosas, las secreciones mucosas, se ponen más espesas o purulentas, etc.

Otras veces también la *cocción* tenía por objeto la atenuación de la materia morbífica a fin de volverla fluida y fácilmente expulsable, el resultado era el mismo: la eliminación de

los principios heterogéneos y perjudiciales. La *crudeza*, la *cocción* y la *maduración* humoral correspondían a los períodos o fases del estado morbozo: la primera corresponde al *desarrollo* de la *enfermedad*; la segunda, al período de *estado*; y la tercera, a la *declinación* o *defervescencia* de la enfermedad.

La escuela moderna sin negar las modificaciones que sufren los fluidos, admite también el concurso de los sólidos, la influencia vital que preside a todos estos actos y la preponderancia de la acción psíquica.

Todas las teorías médicas de la antigüedad, a pesar de haber sido pulverizadas por las nuevas teorías y sobre todo desde que el método inductivo, planteó nuevo sistema de investigación, han quedado consideradas como utópicas o falsas. Sin embargo, la costumbre, el lenguaje, la educación médica en el vulgo, reflejo del pensar de los sabios médicos de cada época, han dejado como impresos en la conciencia de las generaciones, cierto dejo, algunas huellas del pensar de cada una de esas teorías que hicieron época en la historia de la medicina. Ninguno, en los tiempos que corren, admite la tal *cocción* y *digestión* de los humores morbosos; sin embargo, médicos y vulgo emplean los términos antiguamente empleados, sin comprender muchas veces su antiguo significado, y sí, para dar a entender el período de una reacción morboza. Se dice que los *tubérculos*, por ejemplo, están en su período de *crudeza* porque aún no se han reblandecido; un *catarro* se llama maduro, porque está en el tercer período de su evolución y su escurrimiento se

ha espesado. El período de reabsorción de algunas enfermedades es análogo al de asimilación de las sustancias alimenticias ingeridas. Y efectivamente, parece que el organismo tiene un poder de fagocitismo o de eliminación al hacer desaparecer de enmedio de sus tejidos muchos productos patológicos que más tarde pudieran provocar perturbaciones y reacciones diversas.

Es un hecho que el organismo elimina por medio de un trabajo lento y constante, todos los productos de desecho que no encuentran salida, o cuya expulsión provocada por el propio organismo sería laboriosa y dilatada.

§ II.—DURACION DE LAS ENFERMEDADES.

Vamos a tratar ahora de las enfermedades en el tiempo, es decir, de su duración; para más tarde considerarlas en sus manifestaciones y alteraciones estructurales.

El tiempo, según Aristóteles, es: *mensura motus secundum prius et posterius*, es decir, es la relación del movimiento en el orden del suceder.

Todas las enfermedades tienen lugar en el tiempo, son más o menos durables.

La división más antigua de las enfermedades relativa a su duración es en agudas y crónicas. Pasamos por alto el léxico teniendo en cuenta el convencionalismo del lenguaje, pues ningunas palabras más impropias pueden darse en el sentido de la duración de las enfermedades. La palabra *aguda* que más bien podía

referirse a la intensidad dolorosa de la enfermedad, se refiere a su duración. La palabra *crónica* de *cronos*, tiempo, se relaciona a las enfermedades de larga duración, sin tener en cuenta que todas son *crónicas* desde el momento que todas tienen una duración ya muy corta ya muy prolongada o indefinida. Estos barbarismos en el lenguaje médico, son muy comunes; y hasta el presente, la costumbre ha logrado prevalecer sin que ningún tratadista haya intentado y mucho menos conseguido establecer un lenguaje propio en la ciencia médica cuyo léxico carece, no digamos de claridad, precisión y propiedad, sino hasta de sentido gramatical, pues todo indica menos lo que se pretende y solamente los iniciados en medicina pueden comprender esa gerigonza que se llama el lenguaje médico.

Las palabras *aguda* y *crónica* son impropias hasta para significar el tiempo definido o indefinido de la evolución de una enfermedad, desde el momento que ésta no tiene cartabón o duración numérica que pudiera establecer un límite entre las *agudas* o de corta duración, y las *crónicas* o de larga duración.

En este sentido y teniendo en cuenta lo variable que es la naturaleza en su evolución, se podrían mejor dividir las enfermedades en *cíclicas* y *acíclicas*. Las *cíclicas* serían rápidas o lentas y las *acíclicas* de marcha indefinida. Las primeras darían la significación de una evolución circular que comenzara en el punto *salud* para volver al mismo punto; mientras las segundas comenzaban en el punto *salud* y siguiendo la huella de una parábola o de una

curva indefinida, no habría cálculo para poder pronosticar su vuelta al punto de partida que es la *salud*.

En el sentido de la duración de las enfermedades, no puede señalarse un horizonte definido que marque exactamente ni la hora precisa de la aparición de la enfermedad, ni la terminación de ella, pues la naturaleza siempre tiene para los médicos y pacientes sorpresas inesperadas,

Las enfermedades *agudas* representan un modo de reacción del organismo y las crónicas, un tipo de regresión.

Las enfermedades de marcha *cíclica*, indican desde luego una *reacción*, un trabajo más activo, un esfuerzo anormal del organismo en pro de la salud y un probable triunfo de éste en contra de la causa morbífica. La duración de una enfermedad de cualquier tipo no depende de las causas ni del modo de agresión de éstas; depende del órgano afectado y del modo de afectarse.

Una mucosa se repara en unas cuantas horas, mientras el hueso y el tejido nervioso, necesitan semanas y aún meses para su completa reparación. No responde de la misma manera la mucosa cuando los elementos histológicos que la conforman, son el asiento de infiltraciones o degeneraciones difíciles de eliminar y substituir. Lo propio puede aplicarse a los huesos y nervios cuando éstos son el asiento de perturbaciones regresivas de cualquiera clase.

Además, la vitalidad no responde de la misma manera durante la infancia que en la edad

adulta y la decrepitud. Para poder determinar si un estado morbosos es de tipo *cíclico* o *acíclico*, basta calcular, fundando el criterio en la clínica, si el organismo será capaz de vencer la enfermedad y volver a su estado normal de funciones y actividad vital.

La fisiología normal y la patología aquí se dan la mano. El tiempo que dilata un tejido en repararse o regenerarse al estado fisiológico normal, ese mismo se necesita para el caso patológico. Tres o cuatro veces al día, se renuevan las mucosas de la boca y en el mismo tiempo podrán repararse, en caso de una lesión accidental, sin que persistan las causas de su destrucción. En una erosión cancerosa, persistirá la lesión indefinidamente, porque la causa es constitucional y existe activa en todo el organismo.

Los órganos mejor nutridos en menos tiempo se reparan; los de mayor consistencia, como los huesos y tendones, más tiempo necesitan; los que se alejan del centro de mayor actividad, los de menor funcionalismo o meramente pasivos, necesitan prolongar el tiempo de su reparación, porque cuentan con menores elementos o es lenta su actividad de función. Una rinitis simple, dura menos que una neumonitis o una pleuritis que respectivamente aumentan el período de su evolución, porque el producto mucoso es fácilmente eliminable, mientras el seroso necesita ser reabsorbido para su eliminación.

Toda enfermedad, ya sea del tipo de reacción o de regresión, necesita de cierto lapso de tiempo para completar su labor de evolu-

ción. Querer disminuir o acortar un trabajo de tal naturaleza y sobre todo cuando es indispensable para completar una total reparación, es no solamente imposible sino altamente perjudicial.

Intentar que una *pulmonía* dure solamente cuatro horas, es pretender que un recién nacido llegue a la edad adulta a los doce meses o que las flores del campo se reproduzcan semanalmente en lugar de esperar el beso de la primavera.

Un simple catarro nasal cuya marcha se suspende o se acorta, aparentemente queda curado por la suspensión del flujo mucoso; pero esta suspensión no quiere decir curación sino substitución con detrimento del organismo el cual esperará el momento oportuno de seguir su trabajo de evolución o substituirá el proceso por otro más dilatado y penoso. De donde la *ozena*, el *constipado*, etc.

En las enfermedades de marcha *rápida* y cíclicas como la *pulmonía*, puede yugularse el proceso en el primer período de su evolución, es decir, en el período de fluxión o de irritación funcional; pero una vez comenzado el período de irritación nutritiva, entonces no solamente es difícil detener la marcha sino altamente peligroso.

En la práctica homeopática es muy común yugular las *neumonías* mediante recursos netamente homeopáticos y perfectamente indicados, como el *Ver.*, *rir.*, *Fer~~X~~ phos~~X~~*, etc., pero solamente en el período primero congestivo, porque una vez comenzada la inflamación o sea el período de perturbación nutritiva, tie-

ne que seguir su evolución hasta su natural resolución.

Si son peligrosos los *enfriamientos* en los simples catarrros nasales porque al suspender el escurrimiento lo substituyen por otro proceder más dilatado, no menos peligrosos deben reputarse los antipiréticos, porque su efecto parecido al de los grandes enfriamientos, es mucho más terrible, deprimen al organismo y le quitan toda la energía que despliega para su completa curación.

Los médicos deben saber y hacer saber al cliente cual es la marcha y duración de la enfermedad para que el cliente no exija del médico un pronto alivio, ni éste pretenda hacer milagros. Pensar que la acción medicinal puede yugular o acortar la natural duración de una enfermedad, es desconocer la Anatomía y Fisiología cuya evolución es traducción del propio organismo.

Los efectos de muchas enfermedades, suspendidas de una manera intempestiva, son terribles. Hahnemann lo repite multitud de veces en su tratado de las *Enfermedades crónicas*, haciendo relación a la repercusión de la *Sarna*, manifestación principal y signo de la *Psora*. Cuando esta manifestación morbosa se hace desaparecer bruscamente de la piel mediante la acción de ciertos tópicos, casi siempre viene una substitución manifiesta por una enfermedad de carácter indefinido y casi siempre incurable. Estas no son teorías, los hechos diariamente lo demuestran.

Para nosotros la llamada *Alergia* en la *geri-gonza modernista* no es más que una substitución

ción de la *blenorragia* por ese estado constitucional *venéreo-sifilítico* debido a la suspensión del escurrimiento blenorragico cuyo producto debe eliminarse del organismo. La terapéutica antigua a toda costa trata de suspender el escurrimiento, valiéndose de inyecciones, tópicos y otros recursos que efectivamente lo consiguen con detrimento de la salud. Suprimir una manifestación, un síntoma o el producto patológico de un proceso morboso, no es curar, sino simplemente encubrir la enfermedad u ocultar su signo principal y su medio de natural depuración. No tendremos tantos casos de *azaría* cuando los médicos y los clientes que reflejan la práctica de éstos dejen evolucionar ese estado catarral específico, suprimiendo esos lavados o inyecciones uretrales antisépticos que si suspenden el flujo, en cambio *no destruyen ningún gonococo* que se esconda en el propio organismo. Los lavados no hacen mas que diluir el principio séptico y llevarlo a los tejidos antes sanos, de donde la propagación de la enfermedad a la vejiga o su terrible substitución.

Este es el origen de la *Gonococquemía*, término muy usado por nuestro ilustre maestro de clínica quirúrgica Dr. Lavista, de feliz memoria en los *Anales de la Cirugía en México*.

(Léase el *Tratado de las enfermedades venéreas* de Hahnemann.)

Las enfermedades siguen en las manifestaciones de sus síntomas un modo, un orden determinado, a esto se le llama *tipo*, que imprime a la enfermedad su fisonomía especial.

Se distinguen tres tipos en la marcha y

evolución de la enfermedad: el *tipo continuo*, el *intermitente* y el *remitente*.

En el tipo continuo, los síntomas marchan sin interrupción, casi con la misma intensidad, apenas si se notan las naturales *remisiones* y *exacerbaciones* o *paroxismos* que son como los tiempos de reposo relativo y mayor actividad respectivamente de un organismo que tiene que funcionar incesantemente.

En esto el orden patológico sigue la norma del fisiológico, pues todo órgano tiene su período de reposo y de actividad. El corazón que no cesa de funcionar y que representa durante la vida el ejemplar del movimiento continuo, tiene en cada revolución sus tiempos de reposo instantáneos, pero que sumados, dan un tiempo de reposo proporcional al del trabajo.

En las enfermedades de tipo intermitente, el estado morbos o más bien sus manifestaciones cesan por completo, tienen una tregua definida. Esta tregua puede ser *regular* o *irregular*. Se llama *acceso* o *ataque* a la manifestación actual del estado morbos o. Un acceso o ataque puede considerarse como una corta enfermedad.

Los intervalos de los accesos pueden ser más o menos largos. Si son apenas distintos, la enfermedad se llama *sub intrante*; si son los accesos diarios, se llama *cuotidiana*; si aparece cada tercer día, se llama *terciana*, etc.

La enfermedad de tipo *remitente* presenta reunidos los dos tipos precedentes.

§ III. TERMINACION DE LAS ENFERMEDADES.

Trataremos primeramente de las enfermedades de tipo *cíclico* o de *reacción*, capaces de ser curadas con el natural esfuerzo de la naturaleza que es la principal medicadora de todas las enfermedades; después diremos algunas palabras respecto de las enfermedades de las de tipo de *regresión*, acíclicas o impropiamente llamadas crónicas

La enfermedad cualquiera que sea su naturaleza, termina por la *curación* que es la devolución de la salud, o por la *muerte* que es la cesación de la actividad vital.

Los que admiten una tercera terminación de las enfermedades por el paso a otra, tienen que negar antes la fijeza de las especies, pues una *enfermedad definida* no puede transformarse en otra, como hasta ahora no se ha dado el caso de que una vívora se transforme en paloma a pesar del transcurso de los siglos. Una enfermedad podrá substituir o suceder a otra, podrá sufrir una serie de accidentes como secuela de la misma enfermedad; pero nunca podrá ser transformada la misma en otra distinta.

En el organismo hay unidad de funcionamiento, cada celdilla, cada órgano y cada aparato contribuyen de consuno al verificamiento de la vida. Cuando alguna de estas partes integrantes del compuesto humano se desequilibra, se altera o desarmoniza, la alteración se hace local, pero el efecto repercute en el todo, la

máquina entera se conmueve y resiente la perturbación de cualquiera de sus partes. Por esto no es extraño que cuando un órgano, sobre todo principal, sufre detrimento, no sólo protesta todo el organismo sino lo secundan los órganos congéneres.

Cuando el organismo logra triunfar del ataque de una causa morbosa, no solamente el órgano afectado trabaja en su reparación, toda la economía despliega sus energías para defender su integridad.

La curación de una enfermedad puede ser real o aparente: en el primer caso, la convalecencia es franca y el restablecimiento completo; en el segundo, la desaparición de los síntomas predominantes hacen creer en una curación; pero al poco tiempo otros síntomas substituyen a aquellos o los suspenden. No deja de ser común esta suspensión de síntomas, ya sea por falta de vigor del organismo cuya reacción es tardía o deficiente o por la acción de una medicación muy activa que en lugar de ayudar, aniquila los esfuerzos de la naturaleza.

Este caso lo vemos repetido en las enfermedades de marcha rápida, tipo cíclico y principio brusco, cuyos síntomas son yugulados intempestivamente por los antisépticos, los evacuantes o los estupefacientes; pues la enfermedad en tales circunstancias en lugar de seguir su marcha natural, toma divergente vía con mayores bríos, o toma el carácter regresivo. Testigos pueden serlo todos los que hayan sido víctimas de alguna *jaquica* o *neuralgia* aliviadas momentáneamente por el uso de la antikamia o analgesina, que por unos mo-

mentos de descanso que proporciona, hace que la enfermedad se vuelva de tipo indefinido y cada vez mas acentuada su intensidad.

Cuando la afección que desaparece es puramente local, a este fenómeno llamaban los antiguos *delitescencia*. Esta terminación sería siempre la mejor, dice Gintrac, si la experiencia no enseñara que con frecuencia estas afecciones desaparecen en un lugar para aparecer en otro. Efectos palpables de este resultado los tenemos en las afecciones venéreas cuyas manifestaciones locales, cuando se les hace desaparecer de un punto mediante cáusticos o tópicos, reaparecen en otro sitio con mayor intensidad, extensión y malignidad.

Al chanero suprimido por medio de los cáusticos suceden las placas, las sífilides, las gomas, etc., y cuando con tanta persecución ya no tienen estas manifestaciones externas adonde aparecer, entonces repercuten en las vísceras cuyas lesiones son mil veces más terribles que cualquiera lesión externa. Es decir: que en lugar de facilitar la salida a las infecciones por las puertas que se procura la naturaleza, el médico alópata, cierra las puertas de eliminación, obstruye los conductos naturales y en lugar de prestar ayuda a las fuerzas instintivas de la naturaleza, le opone barreras y le busca otros perjuicios peores que la misma enfermedad. Si estas verdades las tuviera siempre a la vista el médico y el cliente, ni aquel atentaría contra la salud, ni éste quedaría impasible ante tal aberración.

La curación que sucede a una *crisis*, es casi siempre la más segura, como que el organis-

mo con este supremo y último esfuerzo, parece haber expulsado hasta el último resto de los principios morbíficos.

Cuando la cesación de la enfermedad se efectúa en el tiempo ordinario ya sea por *lisis* o por *crisis*, y el órgano puede volver a su integridad orgánica y funcional, entonces esta terminación feliz lleva el nombre de *resolución*.

Cuando una misma enfermedad repite durante la convalecencia, se dice que hay *recáida* y cuando repite después de algún tiempo de completa salud se llama *recidiva*.

Cuando a una enfermedad sucede otra distinta, este cambio era llamado por los antiguos *diácodo*, *apostasis*, *metábolo* o *metástasis*.

Se da el nombre de *metástasis* a todo desalojamiento o cambio de forma morbosa sin cambio de esencia.

En la marcha de la enfermedad, o más bien, durante la evolución de la misma, se notan lo que se han dado en llamar *complicaciones*, *coincidencias*, *afinidades morbosas*, así como los *antagonismos morbosos*.

Hipócrates no se ocupó nunca de las *complicaciones morbosas*. Galeno distinguía las enfermedades en *simples* y *compuestas*.

Nunca se llegó a establecer de una manera precisa el carácter o caracteres de la *simplicidad morbosa* desde el momento que la enfermedad más benigna resulta del concurso de múltiples circunstancias etiológicas, sintomáticas y estructurales y hasta psíquicas.

Chomel llama *complicación* a una enfermedad que fuera como la extensión de otra. Así la inflamación del estómago y del intestino del-

gado, cuando coexisten, no forman dos enfermedades sino una sola consagrada con el nombre de *gastro-enteritis*.

La complicación, según idea de Gintrac, trae consigo la idea de ligación de reciprocidad, entre dos o más afecciones coexistentes.

Se da el nombre de *epigénesis* a la enfermedad que se desarrolla en el curso de otra enfermedad.

Estas complicaciones, afinidades o epigénesis de un estado morbozo dependen de la proximidad del órgano afectado, como la *neumonía* y la *pleuresía*; de la analogía histológica, como las diversas *hidropesías*, las *flegmasias*, etc. o afinidades que llamaban directas, como la del *reumatismo* y la *pericarditis*, la *clorosis* y la *amenorrea*, la *gota* y los *cálculos renales*, la *esrófala* y la *tuberculosis*.

Los *antagonismos morbosos* son muy notables en el organismo, se hacen palpables sobre todo en las enfermedades de tipo cíclico y marcha rápida respecto de las crónicas o acíclicas, y son respecto de las mismas *agudas* o *crónicas*. Hahnemann consigna de una manera muy clara este antagonismo en su *Organón* §. 35 al §. 46.

Las enfermedades de la piel y del tejido celular, las úlceras, los dartros, los exutorios, las fístulas, etc., parecen garantizar la integridad de los órganos internos de la economía. Es raro ver en connivencia la *tuberculosis* y el *cancer*. El flujo hemorroidario preserva de muchas molestias a los que padecen indefinidamente esta afección. El estado local a menudo está en lucha con el estado general: la piel y las muco-

sas simpatizan entre sí; pero reaccionan en sentido inverso bajo la influencia de los agentes exteriores. El elemento vascular y el nervioso, tan distintos a pesar de sus estrechas relaciones, se aíslan al estado patológico y manifiestan exageraciones independientes y no pocas veces opuestas.

La observación y la experiencia, fuentes inagotables del arte y ciencia de la medicina son los libros abiertos adonde debe inspirarse el médico; porque las verdades en medicina no se improvisan ni se imponen; son el fruto lento de la observación larga y concienzudamente reiterada.

Vamos a decir ahora unas cuantas palabras del segundo modo de terminar una enfermedad: *la muerte*.

La *muerte*. Destino final de todo viviente. La muerte dicen los escolásticos es la *corrupción de la materia*; es decir: el cambio de forma de la materia, la transformación de ella, su disolución.

Hipócrates con mano maestra pinta los fenómenos precursores de la muerte, término de una enfermedad vencedora de la fuerza vital.

"Cuando la vida se extingue por grados, dice, alteraciones profundas y cambios considerables se operan en la parte física del enfermo y se traducen principalmente en su semblante. Una gran palidez se extiende en todo el cuerpo, un sudor frío cubre su frente; los ojos se hundén y se enturbian, las sienes se ahondan, las mejillas se enjatan, la nariz se alarga y afila, las ventanillas se dilatan, los labios temblorosos se ponen pálidos y entreabiertos, las orejas se

enfrian y parecen estirarse. Una debilidad profunda, un olor fétido, un tufo especial se percibe, el pulso es pequeño e irregular, la respiración se acorta y un frío persistente de miembros y cara indican que la muerte está invadiendo el organismo."

La *agonia* es la transición más o menos prolongada entre la vida y la muerte,

El hombre, en los umbrales de la noche eterna que ya lo envuelve, hace los últimos esfuerzos por volver a donde la luz de la vida, se debate, gesticula, parece recoger las fuerzas que le quedan para dispensarlas en este último trance.

En los momentos supremos de agonía se ha visto en no pocos hombres, brillar un relámpago de inteligencia, expresar los más vivos pensamientos, pronunciar proféticas palabras como para justificar que la envoltura material está próxima a romperse, pero que el principio sublime que allí se encierra no ha perdido su acción, integridad y perennidad.

Regularmente los enfermos que ya no tienen remedio, no se dan cuenta de su próximo fin, porque la esperanza los alienta hasta el último momento. Este providencial espejismo es tan común que cuando llega a faltar en esta forma es substituido por una entereza *sui generis* o por una conformidad estoica que no puede comprenderse sino a través de la virtud y de la esperanza.

La mayor parte de los hombres muere, dice Buffon, sin saber que muere; y en el corto número de los que conservan su conocimiento hasta el último suspiro, quizá no se encontrará

agonia

uno que no conserve al mismo tiempo la esperanza y no se lisonjee de prolongar la vida; habiendo la naturaleza, para la felicidad del hombre, hecho más poderosa esta lisonja que la misma razón.

De lo dicho se infiere, continúa más adelante el mismo autor, no ser la muerte tan terrible como la imaginamos y que de lejos formamos de ella un juicio muy errado. En efecto, a cierta distancia, es la muerte un espectro que aterroriza; pero cuando la vemos de cerca, se disipa la horrible visión.

CAPITULO VII.

DE LA NOSOGRAFIA.

La enfermedad consiste en perturbaciones funcionales engendradas por alteraciones orgánicas a las que responde el organismo con fenómenos de reacción o de regresión.

Es decir, que la enfermedad solamente se conoce por los síntomas y cuando éstos pueden transformarse en signos, nos revelan las lesiones o alteraciones somáticas. Los síntomas o los fenómenos de reacción o de regresión sólo se conciben en los cuerpos vivientes. Los de reacción indican defensa; los de regresión indican remisión por falta o perversión de energía vital.

Toda enfermedad para ser definida y formar especie morbosa, necesita tener caracteres propios, fijos e invariables: estos son los síntomas y las alteraciones orgánicas que engen-

drán éstos. Porque ya se ha dicho que no *hay enfermedad* sin lesión, ni ésta sin perturbación funcional.

La Nosografía trata de la descripción de las enfermedades.

Pero como las enfermedades solamente se conocen por los síntomas, vamos a decir algunas palabras sobre éstos, reservándonos para más adelante tratar de las lesiones, pasaremos revista a los métodos empleados en la descripción de las enfermedades; y por último expondremos el método verdaderamente científico de describir e individualizar una especie morbosa

§ I.—DE LOS SINTOMAS.

Galeno dividía los síntomas en tres grandes clases:

Actiones laesae, vitia excretorum y qualitatum calernarum corruptiones. En el primer orden se encuentran comprendida todas las perturbaciones funcionales (*actiones laesae*) tales como la *neuralgia*, *dipsna*, *pulpitaciones*, *delirio* etc. En el segundo grupo (*vitia excretorum*) todas las desviaciones de tipo normal que presentan las excreciones intestinales, brónquicas, etc. En el tercero, todas las alteraciones o perturbaciones de la sensibilidad y síntomas objetivos, como el calor, consistencia, volumen, etc., etc

Galeno fué un gran genio. Los cuadros sintomatológicos que ha legado a la posteridad conservan todavía tal frescura y riqueza de colorido que pudiera decirse que pocos, muy po-

cos le igualan o le exceden. En la exposición de los síntomas y descripción de las enfermedades tenemos muchos modelos de elegancia en el decir, como Trousseau; profundos y verdaderos filósofos, como Jaccoud; amenos o instructivos, como Dieulafoy, etc., pero volvemos a insistir, el verdadero maestro ha sido Galeno, que en todas las ramas de la medicina ha dejado impreso y de una manera indeleble, su carácter, sus teorías, su lenguaje, sin que hayan podido los posteriores sistemas médicos que sin contar se han sucedido en el transcurso de los tiempos, borrar su personalidad imbibita en las prácticas médicas así de los sabios como del vulgo.

Además de estos tres grandes grupos de síntomas, señálanse subdivisiones desde otros puntos de vista, así se tienen síntomas *generales*, *locales*, *objetivos* y *subjetivos*, *principales*, *patognomónicos*, etc.

Los síntomas *generales* se relacionan a perturbaciones de funciones generales, como son los de la *calorificación*, *inervación*, *circulación*, etc.; los síntomas *locales* corresponden a una función particular.

Los *subjetivos* son los percibidos por el mismo enfermo, como el *dolor*, la *angustia*, la *sed*, etc.; y los *objetivos* son los percibidos por el médico o personas que rodean al enfermo.

Son síntomas *principales* aquellos que nunca faltan en determinada enfermedad, son manifestaciones *sine qua non*, puede definirse una *especie morbosa*.

Son síntomas *patognomónicos* los característicos de una sola enfermedad.

A ciertos grupos de síntomas designados en la tradición por nombres particulares, se da el nombre de *síndrome*; por ejemplo el *síndrome* de Bright en la *nefritis crónica parenquimatosa o intersticial* caracterizado por *edemas*, *albimuria* y la *lesión renal*.

Para apreciar debidamente los síntomas se necesita: 1º haberlos estudiado bajo la dirección de un maestro experimentado y de sereno criterio, para evitar toda confusión; 2º examinar los fenómenos morbosos sin prejuicios ni precipitación, fijando toda la atención; 3º fijarse en todas las circunstancias o detalles de la manifestación morbosa; 4º servirse de todos medios y recursos clínicos para mayor seguridad de apreciación de los datos presentes y 5º comparar el estado actual del enfermo con los datos anteriores para apreciar las modificaciones o cambios operados de un día a otro o de una época a otra.

§ II.—MÉTODOS EMPLEADOS EN LA NOSOGRAFIA.

En el examen de un enfermo y en la descripción de cualquier estado o especie morbosa, pueden emplearse diversos métodos u órdenes.

1º *Orden cronológico*. Se sigue en este caso la evolución natural de la enfermedad presentando los síntomas en el orden de su aparición. Este es un método natural. Pero como en ciertos períodos de las enfermedades son muy numerosos los síntomas y tantos los ma-

tices de los fenómenos morbosos, no se da regla ni se marca la vía que deberá seguirse en una descripción o exposición de los síntomas de una enfermedad determinada; por eso se reputa como defectuoso.

2º *Orden topográfico.* Fundado sobre el examen sucesivo de las diversas partes del cuerpo, comenzando por la cabeza, cuello, tórax, etc. Además de no guardar relación con las funciones de cada órgano, no es anatómico ni metódico porque casi siempre será difuso y cansado, pues la mayor parte de las enfermedades no podrían llenar los síntomas de todas las partes del cuerpo.

3º *Orden anatómico fisiológico.* Tiene por base las grandes divisiones seguidas en el examen de los órganos y sus funciones. Tiene el inconveniente anterior y de no fijar la atención en la parte lesional o principal.

4º *Orden patológico o nosológico.* En este se fija la atención en el órgano, tejido o aparato lesionado, examinando de una manera secundaria las demás partes del organismo. Así cuando por los datos anamnésicos y síntomas objetivos, el médico tiene la presunción de que se trata de una afección pulmonar, en este órgano y sus anexos concentra su atención aunque después examine el estado de los otros órganos y aparatos, sin jamás olvidar el estado del enfermo, psíquico como fisiológico.

Los patologistas modernos siguen este método y el cronológico.

A la Patología general corresponde solamente clasificar los síntomas en las especies mor-

bosas metodizando su exposición, sin pretender describir todos los síntomas de cada órgano o aparato, como lo han intentado muchos autores invadiendo terrenos de la Patología especial.

§. III.—DETERMINACIÓN DE LAS ESPECIES MORBOSAS.

Siendo las enfermedades análogas a las especies naturales y presentando caracteres peculiares que las distinguen entre sí, nada más natural al estudiar un estado morbozo, que fijar desde luego sus rasgos *característicos*, *esenciales*, *patognomónicos* y luego enumerar los *síntomas comunes* y por último los *síntomas accidentales* o *individuales*. Importa poco en esta exposición el orden de sucesión de los síntomas, lo que interesa ante todo es fijar, determinar, definir la especie morboza de tal manera que no pueda confundirse con ninguna otra.

Los síntomas *esenciales*, *característicos* o *patognomónicos* de una enfermedad son aquellos sin los cuales dejaría de existir un estado morbozo definido. Así como las especies naturales vegetales o animales, no se podrían diferenciar unas de las otras sin ciertos caracteres fijos en el tiempo y en el espacio que las definan perfectamente, así también las especies morbosas no pueden tener individualidad en la Nosología mientras no cuenten con rasgos que constituyan su esencialidad. La dialéctica define la *especie* como una idea universal que

abarca seres análogos en caracteres que constituyen su esencia completa. Una enfermedad que no tenga síntomas propios, esenciales y perfectamente definidos que la distingan de otras, no puede reputarse como una especie morbosa.

Los patólogos que no han tenido en cuenta esta necesidad de síntomas *patognomónicos* para constituir una especie, han fracasado en sus intentos de formar estados morbosos nuevos, los cuales no pueden reputarse como verdaderas especies definidas sino como variedades. Tal sucedería al naturalista que confundiera una raza con una familia o una variedad con un género en el orden botánico o zoológico.

En la escala de los seres hay tal variedad en una misma especie y es tal la gradación de los mejor organizados en los elementos de la misma especie, que al poner la mira en los extremos de la serie sin fijarse en los caracteres esenciales, fácilmente puede reputarlos como de otra especie por la divergencia de caracteres accidentales.

Volviendo al orden patológico, tenemos variedades de una misma enfermedad que solamente el examen atento de los síntomas *patognomónicos* pueden hacernos comprender que no puede reputarse como especie morbosa diferente. La palabra *patognomónico* quiere decir *signo cierto de una enfermedad*.

Aquellos órganos de complicada textura y funcionamiento intrincado y complejo, como la *médula espinal*, ofrecen efectos de suma variedad en sus manifestaciones morbosas, aun cuando el sitio y la lesión guarden com-

pleta analogía. Cuando la Fisiología normal haya puesto en claro todos los misteriosos resortes de la organización, podremos sin esfuerzo alguno llegar a la lesión, y conocida la lesión preveer los síntomas con toda seguridad.

El día que la Patología pueda definir perfectamente sus especies morbosas como lo hace la Zoología y la Botánica, desaparecerá esa confusión y multiplicidad de especies, imperfectamente definidas por carencia de rasgos característicos. Quién no encuentra confusión y falta de unidad de distribución, por ejemplo, en las mielitis? El observador más superficial nota desde luego la divergencia de los autores los cuales no han podido caminar de acuerdo porque estas especies morbosas tienen rasgos de analogía que fácilmente se confunden. Esta confusión y difusión de los estados morbosos ha creado como una necesidad esa parte de la *Patología especial* que se llama *diagnóstico diferencial*, piedra de toque del más observador y laberinto donde la mayoría de los médicos se extravían. Por eso no es de extrañarse que alguna de esas enfermedades no bien definidas, y por lo mismo obscuras, tengan tanto *diagnóstico* como médicos las observen.

Si el médico en este caso se encuentra perplejo, el cliente se vuelve excéptico o loco con esa suma de criterios tan divergentes. Y no está el peligro en esta serie de bautizos de la enfermedad sino en las indicaciones que si no son apropiadas, siempre perjudican al enfermo, porque las dosis alopáticas con su polifarmacia, nunca dejan de traer efectos secundarios siempre perjudiciales. No sucede lo mismo

en el sistema homeopático. En la indicación homeopática, importa poco darle nombre a la enfermedad, porque nosotros tenemos presente el conjunto de síntomas y lesiones para adaptar el medicamento más análogo al cuadro sintomático, sin que llegue a perjudicarse el enfermo, porque las dosis empleadas son exiguas, pues raras veces empleamos más de un medicamento; y sobre todo porque el homeópata menos atento, jamás irá en sentido diferente de las manifestaciones de la naturaleza. Si no logra hacer una indicación perfectamente homeopática, siempre se acercará al objeto y fin deseado, porque el medicamento guardará siempre alguna analogía con las manifestaciones de la enfermedad.

Síntomas comunes son aquellos que sin faltar en la enfermedad ya definida resultan como consecuencia de ella; y sin embargo, también se presentan en otras especies morbosas. Un sólo síntoma casi siempre resulta común; mientras que ya reunido con otros se forma un conjunto patognomónico. Por ejemplo la *calentura* es un *síntoma común* a muchas enfermedades; mientras que ya reunido con otros forma un estado morbozo definido. La *Pulmonía*, el *Tifo*, *Carbón*, *Viruela*, etc., presentan *fiebre* o *calentura*, síntoma común a todas ellas; pero si a esta se une el dolor de costado, *dyspnea*, estertores crepitantes, o tubarios, espustos rubiginosos, etc., entonces este conjunto determina la especie morboza llamada *Pulmonía*.

Las ideas generales de *género*, *especie*, *proprio* y *accidente* que nos dan las especies natu-

rales cuando se estudian en conjunto, también aparecen en la mente cuando se estudian las enfermedades por la analogía marcada que éstas tienen con aquellas. El *humo* es un signo o manifestación propia del fuego; pero este puede existir sin aquel. El lenguaje es propio del hombre, como expresión de las ideas, pero el hombre puede existir completamente afásico. Esta analogía puede encontrarse en las enfermedades respecto de algunos síntomas que son comunes o propias de éstas, las cuales, sin embargo, pueden existir sin tener estas manifestaciones.

Los *síntomas accidentales* o *idiosincrásicos* son a las enfermedades lo que el accidente a las especies naturales. Se dice también que son *idiosincrásicos* porque traen consigo la idea de la individualidad. La especie humana presenta como caracteres esenciales la *animalidad* y la *racionalidad*; es propio y común a toda la raza humana el *lenguaje articulado*; y por *accidente* puede tener *estrabismo*.

Toda enfermedad para constituir una especie morbosa definida necesita tener síntomas *característicos* o *patognomónicos*, *síntomas comunes* y los *accidentales* que llevan hasta la individualidad.

En la escuela homeopática las especies morbosas no tienen la misma significación y extensión que en la escuela antigua o tradicional. En ésta se entiende por especie un conjunto de enfermedades caracterizadas por un síntoma o lesión común; por ejemplo, forman especie las *específicas tifoideas*, las *virulentas*, las *flegmáticas*, etc. La escuela homeopática con-

sidera como especie lo que en la antigua es individual. Nosotros decimos una *especie de tifo*, una *especie de gastritis*, una *especie de corea*; y no decimos el *tifo* pertenece a las *especies febriles*, la *gastritis* a las *inflamatorias*, ni la *corea* a las *neurosis*; esta segunda denominación es un género más remoto. Para nosotros el *tifo* es la especie y el *tifoso* el individuo: *todos los enfermos de tifo, son los individuos que componen la especie*.

La *individualidad morbosa*, otra de las conquistas que por derecho corresponde a la ciencia de Hahnemann, nos hace llegar hasta el enfermo con tal número de notas, caracteres, síntomas o signos o como quiera llamárseles, que es imposible confundir cada caso; como que cada enfermo es siempre un caso singular en la práctica médica, aun cuando muchísimos individuos estuvieran atacados de una enfermedad del mismo nombre. Cada persona tiene su enfermedad propia, distinta de los demás e indistinta en sí; a esto es a lo que los filósofos llaman individualidad.

La escuela antigua aun cuando llegara a la individualidad morbosa, de nada le serviría en la aplicación terapéutica, porque en sus indicaciones *individualiza el medicamento*, mientras nosotros individualizamos la enfermedad y el medicamento. La escuela tradicional tiene *quinina* para el *paludismo*: nosotros tenemos un enfermo de *paludismo* a quien hay que apropiarse uno de tantos medicamentos, el más análogo u homeopático, para el caso singular que se presenta. A su tiempo seremos más prolijos en este punto que sólo diseñamos; pe-

ro que resulta ajeno de lo que hoy intentamos.

Cuando la descripción de una enfermedad no tiene por objeto el diagnóstico preciso para determinar la especie morbosa, entonces puede hacerse la nosografía siguiendo el orden natural o el método clínico que se reduce a describir los síntomas de la enfermedad en el orden de la aparición de sus manifestaciones, *me* sin tener en cuenta ninguna analogía de síntomas o lesiones.

El estudio del conjunto de síntomas en cualquier estado morboso puede tener por objeto: 1º formar especies morbosas, como en el caso que nos ocupa; 2º llegar a la lesión por medio de los síntomas transformados en signos y 3º apropiar o indicar un tratamiento médico. Si lo primero, hay que tener en cuenta los caracteres esenciales de la especie; si lo segundo, la fisiología patológica y la semeiótica deben ser nuestros faros seguros; si lo tercero, entonces hay que tener presente la *ley terapéutica* en virtud de la cual se haga la indicación aplicando la relación que debe existir entre los síntomas morbosos y los que ha producido el medicamento en el hombre sano, si el caso es de orden terapéutico.

La mayor parte de los autores, al tratar de los síntomas lo hacen de una manera muy extensa, convirtiendo el estudio de la Patología general en un estudio de Patología especial o en un tratado de Semeiótica o Clínica, muy ajeno por cierto al objeto de nuestro estudio que es un estudio de síntesis, una exposición filosófica de métodos y doctrinas y sobre todo un estudio abstracto de la enfermedad desde

los diversos puntos de vista que pueden considerarse en el compuesto humano que es un conjunto de órganos que vegetan, sienten y la mayor parte se ponen en actividad bajo la influencia de una inteligencia y de una voluntad.

Ya hemos dicho que, modelos de descripción de las enfermedades, los encontramos en Galeno brillante y preciso, profundo en sus concepciones y breve en sus definiciones. Entre los modernos descuello en primer término Trousseau, el patólogo elocuente quien con ese estilo peculiar del bien decir, cautiva y encanta en sus descripciones y definiciones, a veces difusas en imágenes, pero presentadas con tal colorido y contornos que no se borra la imagen de la mente. Quien haya hojeado las páginas de este ilustre pensador, se convencerá de lo dicho, quedando naturalmente seducido por las galas de su lenguaje, siempre armonioso y elegante. La ciencia patológica le debe las más brillantes páginas de su literatura.

§. IV.—SEMEIÓTICA.

La *semeiótica* es aquella parte de la Patología que trata de los signos.

Por signo se entiende en Patología, el síntoma relacionado a la causa o a la lesión. Es el índice, el denunciador de un estado oculto, o como dice Gintrac: es la expresión del valor del síntoma.

Fernel dice que todo síntoma es signo; pero no todo signo es síntoma, aduciendo la razón de que un signo puede estar fuera del círculo de los síntomas.

En los albores de la medicina, solo pudieron observarse síntomas, como lo comprueba el objeto de las sentencias enidianas. Hipócrates fué el primero que estableció el valor y la significación del síntoma, como lo comprueban sus comentadores, principalmente Galeno, Vallesins, Mercuriali, Duret, etc.

La medicina llegó a constituirse cuando por medio de los signos se pudo establecer la diversidad de las enfermedades y preveer su terminación. La semeiótica tradujo los primeros datos y suministró las primeras reglas de la ciencia médica. Vino a ser, como lo dijo Broussonet, la gramática del arte de curar.

La conversión de los síntomas en signos, es el producto de una operación intelectual complexa: supone el examen analítico de fenómenos observados y la comparación atenta de numerosos hechos análogos. La condición primordial de este trabajo mental estriba en el conocimiento del estado normal de los órganos desde el punto de vista anatómico o funcional, revistiendo el carácter de certidumbre y apoyándose en la observación clínica e investigaciones necroscópicas. A la Anatomía patológica debe la semeiótica sus triunfos y progresos.

Los signos pueden ser, 1º *unívocos, patognomónicos o característicos, ciertos o verdaderos, suficientes, positivos*; 2º *equivocos, dudosos, inciertos, comunes, accidentales, inconstantes, insuficientes, negativos, etc.*

Algunos autores han distinguido tres clases de signos llamados *anamnésticos, diagnósticos y pronósticos*. Rostán añade un cuarto signo,

el *terapéutico*. A la primera clase se refieren los datos del enfermo; al segundo, el examen físico del enfermo y al tercero y cuarto respectivamente, a la terminación probable de la enfermedad y al medio de curación.

La semeiótica es de la más alta importancia desde el punto de vista patológico como terapéutico, su aplicación decide de la indicación, pronóstico y diagnóstico. Por ejemplo: el *vómito* puede ser signo de *indigestión*, cuando se arrojan los alimentos ingeridos, hay náuseas y diarrea. El *vómito* de los alimentos sin náuseas indica o *histeria* o *preñez*. Puede ser signo de muchas enfermedades agudas como *sarampión*, *viruela*, *pulmonía*. Según los caracteres del vómito, puede ser signo de otras muchas afecciones: el vómito sanguinolento es o puede ser signo de *úlcera* o *cáncer* del *estómago*; el *bilioso* puede serlo de *peritonitis*, *meningitis*, *estrangulamiento herniario*, etc., el vómito *fecaloide* es casi siempre de obstrucción intestinal.

Hay otros muchos síntomas que transformados en signos nos revelan el sitio de una lesión o una enfermedad. Así el *edema* de los párpados nos hace sospechar de una afección renal; la *hidropesía* o *ascitis*, nos hace pensar en la *cirrosis atrófica* del *hígado*; el *edema* de los *malcolos*, nos conduce a examinar desde luego el corazón. Las *parálisis* según su extensión y sitio, nos indican desde luego la parte cerebral o espinal afectada. Esto en cuanto a la Patología. En cuanto a la Terapéutica, suministra datos de la más alta importancia, sobre todo en el método homeopático. Así por ejemplo, el *vómito* acompañado de náusea constan-

te, *lengua limpia*, nos indica el uso de la Ipecacuana; vómito bilioso, lengua blanca como lechosa, nos recuerda antimonio crudo, etc.

Todos los signos posibles, todos los fenómenos posibles, dice Granier, desde los más importantes hasta los más insignificantes, desde los más serios hasta los verdaderamente excéntricos, los encontramos en las patogenesias.

CAPITULO VIII.

ANATOMIA PATOLOGICA

Esta rama de la medicina trata de las alteraciones orgánicas al estado morbosos.

El organismo para mantener en equilibrio su vitalidad necesita desplegar sus energías normales, las cuales multiplica durante el estado patológico para rechazar la agresión causal y reparar las lesiones que ésta produce. El mecanismo de compensación de que dispone el organismo en su estado normal aumenta su actividad con el fin de restablecer el equilibrio interrumpido; pero este trabajo se efectúa a costa de dolor físico y moral, porque el hábito nervioso, dice Cajal, no está acostumbrado a este ritmo desusado y porque la conciencia de la propia debilidad (*infirmus*) suscita emociones deprimentes.

La noción de enfermedad es muy compleja, comprende varios elementos: *causa*, *lesión* y *perturbación funcional*, además del factor subjetivo del padecimiento. La *Etiología*, la Anatomía patológica y la *Fisiología patológica* se

asocian de tal manera en un estado morboso, que no se puede concebir la una sin la otra; son como el trípode de la enfermedad. Cuando una causa obra sobre la economía, aparece a la vez y de un modo inseparable la alteración somática y el desorden funcional.

No existe ni puede existir perturbación funcional sin alteración o lesión orgánica, como no hay lesión sin causa exterior perturbadora conocida o desconocida. Suponer la existencia de una *enfermedad sin lesión*, es tanto como afirmar que las manifestaciones fisiológicas pueden cambiar caprichosamente, escapando a todo determinismo científico. (Cajal). La determinación de las lesiones anatómicas es tanto más difícil cuanto mayor es nuestra ignorancia de la constitución íntima del tejido enfermo. El tejido nervioso, por ejemplo, el más intrincado en su estructura y el más delicado y variable en su funcionamiento, es el que presenta mayores incógnitas por despejar en un gran número de enfermedades.

Las lesiones son tantas como desórdenes posibles pueden presentarse en los tejidos: pero en la práctica, tienen que reducirse a un corto grupo de especies o tipos caracterizados por analogías que se repiten en los tejidos u órganos donde radican.

Estas lesiones adquieren en el organismo caracteres determinados, según sea el tejido o dinamismo del terreno. La reacción inflamatoria, por ejemplo, no puede revestir el mismo carácter en las mucosas que en el hueso, en el tejido nervioso que en la córnea. A proporción que es más complicada la trama del órgano

afectado, la lesión fundamental adquiere mayor complejidad.

Por su modo de obrar en el organismo las lesiones producen efectos *primarios* y *secundarios*; los primarios son los producidos inmediatamente después de la acción de las causas (heridas, desgarramientos, contusiones), debiéndose esta designación a que este primer desorden físico o químico, constituye la causa orgánica del proceso que se desarrollará.

Los *efectos secundarios* son los despertados por la acción vital y tanto más numerosos e importantes cuanto mayor es la categoría del órgano o tejido donde asienta la perturbación primitiva y conforme también a la extensión y profundidad de la lesión.

La utilidad de la Anatomía patológica es evidente supuesto que nos muestra el sitio y naturaleza de los procesos morbosos, explica el cuadro sintomático ligando los síntomas a la alteración orgánica; y dirige el arte, marcándole las lesiones que necesita hacer desaparecer para restituir a los órganos su normal funcionamiento. En cuanto a la indicación terapéutica, no puede ser de menos importancia, dada la electividad que casi todos los medicamentos tienen por determinado órgano, tejido y hasta de la orientación de éstos.

Conocido el sitio, extensión y naturaleza de las lesiones, puede desde luego presumirse de la serie de síntomas que deben sucederse y vice versa, conociendo los síntomas y los signos de un estado morbozo, podemos llegar al conocimiento del sitio y de la lesión anatómica. El nombre de una *enfermedad* perfecta-

mente definida, como el *tifo*, la *diabetes*, nos traen a la mente su cuadro respectivo de síntomas y lesiones; un conjunto de síntomas y signos, nos hace sospechar de la lesión; y el todo nos hace clasificar y definir el estado morbozo.

§ I.— NECROPSIA Y MICROSCOPIA.

Son los dos ojos de la anatomía patológica. El examen de los órganos y tejidos después de la muerte debe ser completo, es decir, debe extenderse a todas las partes del organismo.

Para el corte de los huesos se emplea la sierra, la cizalla, el martillo de Bichat. La dura madre debe cortarse a lo largo del seno longitudinal de los dos lados; y una vez desprendida la hoz del cerebro y cerebelo, se examina capa por capa.

El canal raquídeo se abre por medio de la doble cizalla o raquitomo de Amusat.

Las vísceras torácicas y abdominales se ponen a descubierto por medio de incisiones longitudinales u ovalares, etc., etc.

La técnica de las necropsias se encuentra en los tratados especiales, lo mismo que la microscópica; siendo ajeno a nuestro propósito hasta diseñar el punto, desde el momento que la Patología general abarca solamente el conjunto; es decir, que solamente define y clasifica al estudiar los estados morbosos y las lesiones correspondientes.

La exploración de los órganos directa o indirecta por medio del microscopio nos dará

los datos de las diferentes modificaciones de que es susceptible el cuerpo humano al estado patológico.

También se necesita conocer los cambios que la muerte produce en el estado de los órganos y tejidos. Así, por ejemplo, las articulaciones se ponen rígidas, los músculos pierden su tonicidad y se vuelven flácidos, los tejidos transparentes como la córnea, se ponen opacos; los unos se descoloran, los otros cambian de tinte, los líquidos ceden a la pesantez y se acumulan, la sangre se coagula, la bilis se extravasa e infiltra en los tejidos, éstos se maceran y la putrefacción empieza a producir cambios en todos los líquidos y tejidos con desprendimiento de gases. La acción química subordinada a la fuerza vital comienza a ejercer sus descomposiciones y desdoblamientos, sin que valga artificio a detener la completa disolución que se inicia cuando la vida se escapa para dar lugar a la evolución indefinida de la materia.

De lo expuesto se deduce que la Anatomía patológica con la ayuda de los métodos analíticos, necrópsico y microscópico, nos enseña el sitio y naturaleza de los procesos morbosos, explica el cuadro sintomático relacionando los síntomas a las lesiones.

La Anatomía patológica será más importante el día que la experimentación pura de los medicamentos pueda revelarnos las alteraciones histológicas producidas por los agentes terapéuticos. Los envenenamientos crónicos han conducido al descubrimiento de diversas alteraciones producidas en el organismo de

los que manejan por su oficio, el *plomo*, el *arsénico*, *fósforo*, *mercurio*. El plomo tiende a producir cirrosis o endurecimientos; el fósforo la caries de los huesos y la adiposis; el arsénico produce atrofas de los órganos y tejidos; el mercurio, reblandecimientos y ulceraciones; el cuernecillo de centeno, gangrenas y alteraciones del tejido vascular, etc.

Al método experimental se debe la mayor parte de las conquistas positivas de la moderna patología. Cohnheim, Virchow, Rindfleisch, Koch, Klebs, Ziegler, etc., etc. han hecho en corto plazo, lo que no pudo la simple necropsia desde tiempo inmemorial.

§. II.—CLASIFICACIÓN DE LAS LESIONES HISTOLÓGICAS.

La Anatomía patológica puede dividirse en tres partes: *general*, *sistemática* y *orgánica*.

La *general* estudia las lesiones de los elementos similares de la materia organizada; la *sistemática*, estudia las lesiones en los tejidos simples o sistemas; y la *orgánica* en los *aparatos*. Procede de lo simple a lo complejo, de la celdilla o elemento primordial de la materia organizada a las tramas de textura y funcionamiento complicado.

Cuando se examina con algún detenimiento la maquinaria de un reloj, mecanismo sensillísimo comparado con el organismo humano, notamos desde luego que para funcionar con toda regularidad, se necesita que las partes o piezas que lo componen, sean: 1º completas e íntegras; 2º que sean del tamaño y forma re-

querida; 3º que ocupen su lugar correspondiente; y 4º que funcionen a su tiempo debido. Faltando cualquiera de estas condiciones, indefectiblemente la máquina deja de funcionar o funciona de una manera irregular.

Cosa análoga sucede en el organismo. Si no hay integridad orgánica, si los órganos o tejidos no están completos en número o volumen, si no ocupan el lugar correspondiente o no funcionan cuando la voluntad o la necesidad lo exija, entonces, habrá enfermedad. La alteración de tejidos en su composición y orden, *heterotaxias*; en el número y volumen, *heterometrias*; en cuanto al sitio, *heterotopias*; y en cuanto al tiempo, *heterocronias*, son las alteraciones que puede ofrecer el compuesto humano en su organización para desempeñar debidamente su actividad vital.

Es un error creer que solamente en la alteración de los tejidos o en su volumen puede consistir la lesión capaz de perturbar el funcionalismo de la actividad vital, hay alteraciones que pasan desapercibidas a cualquier medio de exploración. Ni la Química con sus más delicados y sensibles reactivos podrá descubrir las modificaciones íntimas de número, orden, sitio, calidad, tiempo etc. de que son capaces las partes constituyentes del organismo; son fenómenos de bioquímica, tan intrincados que se sospechan y se comprenden, pero no pueden palparse. De esta serie de fenómenos heterotópicos tenemos ejemplos en la química orgánica, como lo son los cuerpos llamados alotrópicos. Hay otros cuya composición atómica es exactamente igual a otros cuerpos de

aspecto y naturaleza distinta, como sucede con los cuerpos llamados *isómeros* y *metámeros* los cuales solo difieren entre sí en el arreglo de sus átomos; como el *ácido acético* $C^4H^4O^4$ y el *formiato de metilo* C^2H^3O C^2HO^3 ; lo mismo sucede con la *esencia de trementina* y la *esencia de limón*. Indudablemente que en el organismo se verifican composiciones y descomposiciones, desdoblamientos y alteraciones de los elementos químicos, así de los líquidos como de los tejidos, en donde no deben faltar esos análogos isómeros y metámeros que solo difieren en su orden de composición atómica. (Véase *Evolución de la materia* de Gustavo Le Bon. Cap. IV. §. II y III.)

Sencillo por demás sería el estudio de la Anatomía patológica si su campo de acción pudiera reducirse a solo las alteraciones de tejido apreciables a la vista; pero los muchos misterios que encierra en su complejidad el organismo viviente, nos oculta conocimientos que en los actuales tiempos no hemos podido conquistar y que por hoy quedan reservados a futuras investigaciones.

Es difícil presentar una clasificación perfecta de las alteraciones de que son susceptibles los tejidos, agrupándolas por sus caracteres análogos esenciales, son tan varias estas perturbaciones somáticas, algunas tan obscuras o caprichosas, que escapan a todo medio de investigación: como sucede con el *cancer* y otras producciones de tejidos no diferenciados.

La más aceptable de las clasificaciones en Anatomía es la que nos ofrece Ramón y Cajal en su tratado de *Anatomía Patológica general*.

ANATOMIA PATOLÓGICA

GENERAL	alteración de la estructura. (heteromorfias)	{ degeneraciones infiltraciones concreciones
	alteraciones de medida (heterometrias)	{ número { hiperplasias neoplasias aplasias volumen { hipertrofias atrofias
	alteraciones de sitio (heterotopías) (heterocroneas)	{ congestión inflamación hidropesías trombosis y embolia

SISTEMATICA	piel, mucosas, serosas	
	tejido, huesoso y cartilaginoso	
	„ muscular	
	„ nervioso	
	„ vascular	{ arterias - sangre venas linfáticos

ORGANICA	{ glándulas
	{ vísceras
	{ órganos especiales

CLASIFICACIÓN DE LESIONES DE JOUSSET

PRIMITIVAS {
 fracturas
 luxaciones
 heridas
 quemaduras
 parásitos, etc.

CONGENITAS {
 monstruosidad
 labio leporino
 hernias
 hipospadias
 pie bot
 claudicación
 atrofia muscular, etc.

MORBOSAS	sólidos	homólogos	{ adiposo cartilaginoso huesoso adiposo, etc.
		heterólogos	{ tofus ateroma litiasis, etc.
		alteración de tejido	{ hiperhemia inflamación gangrena, etc.
	líquidos	{ sangre linfa secreciones	{ fibrinosis abuminosis lipohemia, etc.

§ III — PRODUCTOS MORBOSOS

Sería difícil pasar en revista las multiplicadas teorías emitidas sobre el modo de producción de los diversos productos morbosos. Desde luego la mayor parte de los autores niegan que el organismo pueda elaborar productos heterólogos. Sin embargo, Jousset defiende con todo calor la proposición contraria, apoyándola en el enunciado siguiente: *los elementos son análogos, pero los tejidos heterólogos*. El organismo, dice no tiene a su disposición, para formar los tejidos morbosos, otros elementos que aquellos que le sirven para formar y reparar los tejidos normales. Solamente que cuando se trata de un acto anormal, morbooso, estos elementos son mal elaborados y asociados diferentemente (*heterotaria*) en los productos *heterólogos*. La *glucosa* y el *azúcar*, el *carbón* y el *diamante*, tienen respectivamente la misma composición; y sin embargo, ninguno podría confundir la *glucosa* con el *azúcar*, ni el *carbón* con el *diamante*. Sucede lo mismo con los productos heterólogos que aunque compuestos de los mismos elementos que los tejidos normales, son sin embargo, radicalmente diferentes. La enfermedad ha impreso en ellos un carácter indeleble.

En efecto, añade el mismo autor, la observación demuestra que no existe al estado normal ningún tejido caracterizado por la tendencia a la ulceración indefinida, como el tejido *canceroso*; o al reblandecimiento, como el del *tuberculoso*, ejemplos ambos de productos heterólogos.

Cuestión de apreciaciones y de términos.

La teoría de Virchow sobre la formación de los productos morbosos se basa en la *irritabilidad* nutritiva sobreexcitada que multiplica las celdillas: es la *proliferación*. Las celdillas epiteliales y las del tejido conjuntivo son las que principalmente sirven para la generalización de las celdillas nuevas. Las primeras celdillas plásticas, son *atípicas* o no *diferenciadas*: es la materia con aptitud para la forma, que diría un escolástico.

Los *humoristas* encabezados por Hunter, hacen consistir la formación de los productos morbosos en la formación del *blastema*, considerándolo como el resultado de una secreción. Solidistas y humoristas con el exclusivismo de todo teorizante, pretenden respectivamente fijar el origen de toda nueva formación reparadora, ya en la celdilla, ya en la sangre y en la linfa.

En todo trabajo de reparación, el organismo entero pone en acto todo su dinamismo, cada celdilla, diferenciada o atípica produce su semejante en cada caso, bajo la influencia de ese poder selectivo de que se halla dotada la economía; de la misma manera que en la asimilación íntima, de los elementos venidos del exterior, cada celdilla, tejido, órgano o aparato, toman los principios inmediatos que necesitan para llenar sus exigencias de equilibrio o sea de vitalidad propia. Este trabajo misterioso y perfecto presidido por la fuerza vital generadora se verifica al estado sano y con más actividad al estado enfermo; en el primer caso con el fin de reparar y conservar; y en el segundo,

con el de sustituir, reponer o eliminar las acrimonias o principios morbíficos y las pérdidas de substancia del organismo enfermo o lesionado.

Cada tejido elabora los productos similares, utilizando los elementos que lleva consigo de una manera incesante la linfa y la sangre; así es que las mucosas secretan celdillas mucosas y como desecho la mucosidad; las serosas multiplican las celdillas congénereas y el desecho seroso; y así por ese tenor, la división del trabajo reparador y de eliminación, se hace de una manera incesante y armónica.

En su trabajo normal el organismo produce, por ejemplo, exostosis en caso de una fractura; una cicatriz en la piel solucionada, etc. Otras veces el trabajo de eliminación desvía su virtualidad generadora y transforma el tejido muscular, pongamos por caso, en cáncer en el estómago, en tuberculosis en las tónicas arteriales, en pus en los abscesos ya directa ya indirectamente.

Es de la más alta importancia sorprender el trabajo asídúo de la naturaleza enferma, mediante la experimentación continua y atenta observación, ya se trate de un trabajo de completa reparación, como en el proceso inflamatorio cuyo tipo es de reacción; ya en las degeneraciones o atrofas cuyo tipo es de regresión. El organismo en el primer caso despliega toda su actividad: acumula materiales (*congestión*) los ordena y organiza en el sitio necesario (*inflamación*); elimina los desechos o los reabsorve (*hemorragias, hidropesías, pus*) refuerza los tejidos vulnerados (*hipertrofias*), incluye

nuevos productos con el fin de evitar un nuevo ataque (*inmunidad*) y así por este tenor, el trabajo del conjunto es sorprendente e inimitable.

El organismo viviente cuenta con recursos apenas conocidos y muy esperados. El cirujano funda sus triunfos en la cicatrización; el médico en el esfuerzo curativo de cada órgano mediante la infinitamente pequeña ayuda que pueda dar la medicina: la misma que imparte el cirujano con la diéresis y síntesis de los tejidos, que sin el esfuerzo de la naturaleza, quedarían burlados sus trabajos por los siglos de los siglos; pues la mejor y más bien acabada obra de cirugía en un cadáver pone en evidencia la suma pequeñez de sus esfuerzos.

Hay que confesarlo: la naturaleza es la que hace todo. *Imitar a la naturaleza: he ahí el principio de la sabiduría médica. Esto es lo que siempre hace la Homeopatía!!*

§ IV.—REVISTA DE LESIONES ANATÓMICAS.

Las alteraciones anatómicas son tantas como desórdenes posibles pueden imaginarse en los tejidos: sin embargo, en la práctica se reducen a un limitado número de especies o tipos que se repiten casi siempre y cuya fisonomía propia les da su característico. Estas lesiones *generales* o *fundamentales* reciben diverso nombre como *degeneraciones*, *infiltraciones*, *hipertrofia*, *gangrena*, etc.

Estas *lesiones generales* al afectar tal o cual sistema, adquieren nuevos caracteres, determinados por la especial estructura y dinamismo del tejido u órgano afectado. La inflama-

ción, por ejemplo, reviste caracteres distintos en el tejido celular que en el huesoso y muscular. En cada tejido, en cada celdilla, en cada órgano se sistematiza.

Vamos a pasar en revista con la brevedad que requiere el caso, las lesiones fundamentales, tratando solo de definir o dar a conocer su tipo, considerándolas en abstracto y sin la diferenciación específica que adquiere al encarnar en señalado tejido.

A. *Alteraciones de estructura de los tejidos.*

Degeneración adiposa: consiste en el depósito de grasa en el protoplasma de las células, en cantidad anormal o indebida.

La *adiposis* disminuye la consistencia de los tejidos, opaca el color de éstos y aumenta el volumen.

Al microscopio la celdilla adiposa, se transforma en vesícula esferoidal; otras veces, la grasa se acumula y rechaza el núcleo y protoplasma hacia la membrana, como sucede en las celdillas de tejido cartilaginoso, en la hepática y la del conectivo.

Degeneración glicógena. Consiste en la mayor absorción de azúcar por las células. Klebs la considera como un proceso degenerativo en virtud del cual, una parte del protoplasma se transforma en glicógeno, sobreviniendo la muerte celular, como lo demuestra la desaparición del núcleo. En el riñón la situación preferente de estos depósitos, es según Ebstein, el epitelio de los tubos flexuosos y las asas de Henle.

—*Degeneración amiloidea*. Consiste en el depósito en torno de los vasos sanguíneos de una materia proteica homogénea y transparente, semejante al almidón por su propiedad de teñirse en rojo caoba por el yodo. Su localización patológica es el bazo, riñones, hígado, mucosa intestinal, ganglios linfáticos y tejido muscular.

—*Degeneración coloidea*. Depósito intra o extra celular de una materia albuminoide, amarillenta gelatiniforme. Radica en el cuerpo tiroideo, a veces en los riñones, ganglios linfáticos y glándula pituitaria. En el cáncer coloideo.

—*Degeneración mucosa*. Caracterizada por la presencia en las células de *mucina*, precipitable por el alcohol y el ácido acético. Radica en las mucosas al estado catarral y en el *mícoma*.

—*Degeneración albuminosa*. Se caracteriza por la producción de granos proteicos en las células que se ponen turbias. Se observa esta lesión en las células glandulares del hígado y riñones en los casos inflamatorios.

—*Degeneración hialina*. Proceso análogo a la amilosis y consiste en la precipitación de una substancia cristalina que no reacciona bajo la influencia del yodo. Radica en la túnica interna de los vasos sanguíneos y válvulas del corazón.

—*Infiltración calcárea*. Consiste en la precipitación de fosfato y carbonato de cal en las células o en las materias fundamentales. Localiza en el tejido fibroso y cartilaginoso, cápsulas

de enquistamiento, consistencia dura, al corte cruje el escalpelo, sensación áspera y como muriforme. Su asiento es el tejido conectivo y órganos deficientemente nutridos. Los depósitos calcáreos difusos sobrevienen de ordinario en el cartílago y tejidos fibrosos patológicos. Sus condiciones genéticas son muy oscuras; sin embargo, se tiene por seguro que la infiltración calcárea se debe a la falta de oxidaciones orgánicas las cuales al verificarse normalmente, el ácido carbónico que de la combustión se origina mantiene en combustión las sales calcáreas. Cohnheim afirma que estas precipitaciones se deben a la falta de sustancias albuminoides en la sangre. Lancereaux la atribuye a la superabundancia de sales en la sangre.

— *Uratosis*. Variedad de petrificación caracterizada por sedimentos de urato de sosa, carbonatos y fosfatos. Localiza en los cartílagos, ligamentos y cápsulas articulares (*Gota*).

— *Pigmentación melánica*. Producto café oscuro, cuyo tipo fisiológico se encuentra en la coroides. Patológicamente se encuentra durante la preñez en la piel, en el mal de Addison, sarcómas melánicos, en caso de fiebres intermitentes, etc.

— *Pigmentación hemática* producida por la hemoglobina. En la equimosis que es una hemorragia intersticial.

— *Pigmentación biliar*. Impregna difusamente todos los tejidos blandos, dándoles un color amarillo-verdoso. (*Icteria*). La condición gené-

tica de la icteria es un obstáculo a la excreción o secreción biliar con absorción subsiguiente de la materia colorante. (Icteria hepatógena). La icteria de los recién nacidos, se debe, según Ziegler, a la reabsorción de la bilis del meconio.

Hay otras pigmentaciones que se producen de una manera mecánica y que son retenidas en el organismo de una manera indefinida. Tal sucede con el *tatuage*, la *antracosis*, etc.

Sería prolijo y superfluo seguir enumerando ya que no describiendo los diversos procesos anatomo-patológicos en este lugar, siendo que de cada cual se tratará con mayor extensión en el estudio de los Procesos morbosos comunes.

CAPITULO IX.

DE LA NOSOTAXIA

§. I.—ESTADO ACTUAL DE LA NOSOTAXIA.

La *Nosotaxia* o *Nosología* tiene por objeto la clasificación de las enfermedades.

La observación ha enseñado desde la infancia de la medicina, que la mayor parte de los estados morbosos se repiten con análogos caracteres, sin que el transcurso de los siglos ni de las apartadas latitudes, hubieran logrado borrar sus caracteres. La enfermedad con su cortejo de síntomas y lesiones, presenta notables analogías con los seres naturales, ya sea porque responden al movimiento de la actividad vital o ya porque siendo modos de ser del compuesto humano, tienen que guardar la

consiguiente concordancia. Ya hemos dicho que las enfermedades no son seres positivos ni negaciones, sino modos de ser, adjetivos del sustantivo hombre al que modifican transitoriamente.

Pero como estos modos de ser se repiten en la misma forma en muchos individuos de la especie humana, resulta de estas marcadas analogías la idea de una clasificación, tal como lo han intentado y llevado a término, botánicos y zoologistas en las plantas y animales.

La Nosotaxia ha seguido los pasos de la Nosografía, como que en ésta se funda aquella, y debe suceder al estudio de la Anatomía patológica y a la Nosografía, porque los síntomas y las lesiones son los característicos de los estados morbosos para poderlos clasificar y transformar en especies.

Los antiguos ya intentaron clasificar las enfermedades, fundados en la naturaleza de la misma enfermedad conforme a las teorías dominantes: el *strictum*, el *larum*, la *acidez*, la *alcolinidad*, la *irritación*, etc., sirvieron de base a las divisiones más comunes. Con Broussais, no se admitieron más que dos clases de enfermedades: la *Gastro-enteritis aguda* y la *Gastro-enteritis crónica*. Se comprende desde luego la imposibilidad de una clasificación fundada en la esencia desconocida de las enfermedades si no es apoyándose en sutiles e ingeniosas teorías.

Bouchard fundaba su clasificación en la etiología no admitiendo más que cuatro clases de enfermedades: 1ª Distrofia elemental primitiva; 2ª Perturbación primitiva de la nutrición; 3ª Infección y 4ª Reacción nerviosa.

Sauvage, Linné y Sagar quisieron fundar la Nosotaxia en los síntomas multiplicando las especies morbosas hasta el infinito, pues son incontables las manifestaciones y matices de la enfermedad en cada individuo. Sauvage llegó a formar trescientas quince especies; Linné trescientas veinte y cinco y Vogrel quinientas sesenta.

La más antigua de las clasificaciones nosológicas conocidas, es la de Jonstonus publicada en 1644. Dividía las enfermedades en *orgánicas y comunes*; subdividiéndolas en *internas y externas*; y estudiadas por órganos y aparatos.

Cullen y Pinel intentaron también la clasificación de las enfermedades.

En la actualidad la Nosotaxia está por hacerse, la agrupación de enfermedades no puede llamarse clasificación, es una simple exposición de estados morbosos siguiendo divisiones convencionales y aceptando más o menos especies morbosas sin definir con exactitud las que merecen tal nombre.

Los patologistas, siguiendo los pasos de los naturalistas, ya debían de haber uniformado con una verdadera clasificación científica las enfermedades, para que esta ciencia, por hacerse, llamada *Patología*, mereciera el verdadero nombre de ciencia. Porque no merece este nombre, la ciencia que no define ni clasifica los objetos que pretende estudiar.

Las ciencias naturales como la Química, la Botánica, la Zoología, nos presentan modelos de clasificación, fundados en un mismo carácter siempre presentado por el cuerpo químico,

planta o animal, siguiendo un orden invariable desde el principio hasta el fin y haciendo comprender todos los objetos o seres motivos del estudio, sin que sobre ni falte ninguno: esta es una verdadera distribución del todo en sus partes o agrupación de todas las partes para constituir un todo.

Y esta división o distribución debe ser natural y por lo mismo sencilla, no forzada ni fundada en meros convencionalismos que siempre carecen de unidad. La naturaleza misma del objeto por clasificar debe ir suministrando la agrupación de sus partes constituyentes conforme a la analogía de sus caracteres.

Un diccionario puede ser tipo de una clasificación porque agrupa en orden alfabético todas las palabras que comienzan con la misma letra, aunque no pueda ser verdaderamente lógica, porque en orden de las ideas que las palabras representan, resultan agrupadas sin hitación y siempre disímbolas y hasta opuestas.

La clasificación botánica de Línneo se funda en la conformación de los órganos de reproducción de las plantas. Lo propio sucede con la de Jussieu, modificada por De Candolle que agrupan todas las plantas conforme a ciertos caracteres fijos.

La Nosología o Nosotaxia debe fundarse en caracteres constantes, fijos e invariables, siguiendo desde el principio hasta el fin en la seriación de las especies morbosas el mismo orden: anatómico, fisiológico, etiológico, etc, pero siempre el mismo. No hay que comenzar por un orden anatómico, seguir después el etiológi-

co y concluir con especies morbosas que no caben ni en éste ni en aquel y se colocan en grupo inominado. Esto es lo que han hecho los patólogos en todo tiempo.

La primera división de la Patología en *general* y *especial*, es la única aceptable. La primera trata del estudio sintético de la enfermedad considerando sus caracteres comunes: la segunda, estudia los caracteres propios de cada enfermedad. Todas las ciencias se estudian desde un punto de vista abstracto o general; o desde un punto de vista concreto o particular: es decir, apreciando el objeto en su conjunto o en sus detalles

Pero, las divisiones y subdivisiones siguientes son desde luego inaceptables, desde cualquier punto de vista que se les considere, porque carece de toda lógica semejante distribución.

La Patología especial actualmente se divide en *interna* y *externa* o como otros la llaman, *médica* y *quirúrgica*. Ambas divisiones son ilógicas y por lo mismo absurdas. La división de la Patología en *interna* y *externa* es absurda porque las enfermedades no son ni internas ni externas, la lesión podría serlo; pero no la enfermedad que es siempre del conjunto. Además, en la Patología no se puede señalar un límite exacto para determinar hasta donde o cuales son las enfermedades netamente internas o externas. Esto ha dado lugar a que muchas enfermedades sean tratadas en las Patologías unas veces como internas y otras como externas y quepan donde quiera.

La designación más moderna de llamar a la

Patología *médica* o *quirúrgica*, es también sencillamente absurda desde el momento que los *medicamentos* y la cirugía no son los únicos recursos de que se valen los médicos para intentar la curación de las enfermedades. La *fisioterapia*, la *hidroterapia*, la *opoterapia*, *seroterapia*, *isoterapia*, *psicoterapia*, el *hipnotismo*, etc., etc. son otros tantos recursos que no caben en la división aceptada que se funda o pretende fundar en la indicación. Cuántas veces el cambio de régimen, el medio higiénico, la vuelta a la patria, la maternidad, la ocupación, el ejercicio, etc., etc. son preciosas indicaciones y verdaderos recursos curativos ajenos a la Terapia y a la Cirugía.

En el supuesto que fuera de admitirse esta primera dicotomía de la Patología especial, vamos a ver las siguientes divisiones si lógicamente pueden admitirse. La malamente llamada Patología interna, agrupa sus especies morbosas en *generales* y *locales* (Laveran y Teissier, Jaccoud, etc.) o en *generalizadas* y *localizadas*, como hoy regularmente se admite. Términos impropios y mala división; porque las enfermedades, sin excepción afecta al conjunto, es decir, que son de todo el organismo y por consiguiente nunca pueden ser *locales* o *localizadas* y *generales* o *generalizadas*. La lesión es la única que puede ser o estar *localizada* y nunca la enfermedad que es *siempre generalizada*. La enfermedad más sencilla y la más localizada, afecta todo el organismo. Pongamos por ejemplo, un *callo*, hipertrofia de la capa córnea de la piel. Para su crecimiento y desarrollo, necesita de elementos nutritivos y del dinamismo in-

dispensable para poner en actividad la nutrición. De consiguiente toca intervenir a todo el torrente circulatorio: arterias, venas y linfáticos; todo el aparato respiratorio, para que las oxidaciones en la intimidad de los tejidos puedan efectuarse; todo el aparato digestivo para que los cambios o substituciones de los agentes exteriores suministren los elementos indispensables a la nutrición, característico de todo acto meramente vital. Se mencionan todos los aparatos en conjunto porque en las partes últimas del organismo, cada uno de ellos funciona siempre que haya integridad de cada una de sus partes; pues un corazón descompensado, provoca perturbaciones funcionales, nutritivas y nerviosas de diversa clase; lo mismo sucede con el aparato respiratorio y el digestivo. Esto es lo que se refiere a la nutrición y considerada la afección sin ninguna relación con la sensibilidad meramente animal y la percepción. Pero esta pequeña afección no solo perturba la actividad nutritiva, también las funciones de la sensibilidad refleja y cerebral. Luego toda afección por pequeña que sea, es generalizada siempre y localizada siempre por su lesión; y *como no hay enfermedad, afección o síntoma sin lesión*, ya sea de *tejido, orden, número, sitio* de los elementos constituyentes orgánicos, se puede concluir con toda evidencia que las enfermedades todas son a la vez *generalizadas* por su acción y *localizadas* por su lesión anatómica.

Pero aun suponiendo buena la división de las enfermedades en *localizadas* atendido el sitio de su lesión, vamos a ver como la Patología actual, no es consecuente hasta el fin con la base

de sus divisiones aceptadas. Llama enfermedades *localizadas*, en las de orden médico, a aquellas cuya lesión tiene por sitio un aparato o sistema: respiratorio, digestivo, circulatorio, nervioso, etc. (y deja el *genito urinario* y el sistema *huesoso* para la *Patología externa*.) Agrupa entre las *generalizadas* a determinadas enfermedades (no todas) llamadas infecciosas (aquí no entran los flegmones difusos, la fiebre puerperal, etc.) Como se ve en esta segunda división ya no se sigue un orden anatómico, es *anatomo-etiológico*. Esta división es completamente ilógica, porque en muchas de las llamadas localizadas interviene la causa infecciosa jugando un principal elemento. Tenemos entre otras muchas la *Tuberculosis pulmonar* que etiológicamente considerada, debe considerarse como del grupo de las *infecciosas*; pero antes hay que excluirla de las *localizadas* en el aparato respiratorio.

La Sífilis es a la vez *generalizada*, *localizada*, *infecciosa*, de orden *médico*, y de orden quirúrgico. Donde colocarla?

Para qué seguir las demás subdivisiones de la Patología si el caos más profundo reina en toda ella, al decir de los más prestigiados patólogos cuya confusión y falta de unidad ha multiplicado las especies morbosas. Desde luego esta deficiente clasificación imposibilita una buena definición. Aun las mismas definiciones descriptivas resultan deficientes y defectuosas, porque los síntomas de las enfermedades consignados en las patologías no son exactos por no ser los de la enfermedad natural sino de la enfermedad modificada, alterada

o perturbada por el tratamiento; y cualquier observador atento y juicioso, no sabrá a que atribuir muchas manifestaciones morbosas, si a la enfermedad misma o al tratamiento casi siempre paliativo y excitante o depresivo y estupefaciente.

§ II. NOSOTAXIA ANTE EL CRITERIO HOMEOPÁTICO.

La Nosotaxia resulta una paradoja al aceptar el principio de la individualidad morbosa como corolario del *similia similibus curantur*. Si no hay enfermedades sino enfermos en la práctica y desde el punto de vista de las indicaciones, es inútil y hasta perjudicial toda clasificación, porque la idea de la especie morbosa hace concebir desde luego la de la individualidad medicamentosa, como lo hace la escuela alopática por tradición.

Desde el punto de vista filosófico, la individualización no es un obstáculo invencible para la clasificación.

Qué es una especie morbosa?

Es un agrupamiento, una seriación ontológica de los síntomas. Hay en las enfermedades síntomas fijos y rasgos característicos? Ninguno puede negarlo. La ciencia tiene derecho de exigir una clasificación nosológica. Si la Nosotaxia es imposible, esta parte de la ciencia médica no puede constituirse, pues al decir de Proudhon: *toda ciencia que no está fundada en series, no está constituida*.

La palabra *serie* necesita de alguna explica-

ción para mejor comprender el pensamiento de Proudhon.

La idea de *serie* o *seriación* es una concepción filosófica contemplada desde los albores de la ciencia por los dos grandes genios de la antigüedad: Platón y Aristóteles.

Platón en el mundo de las ideas que eran para él las representaciones innatas de grupos, géneros y especies, había visto pasar en sus meditaciones, la imagen de la serie como un relámpago, conmoviéndolo tan profundamente, que lo desvaneció. Veía la serie en la progresión del silogismo, llevaba la serie en su dialéctica y viendo series en todas partes, las encadenaba todas en una relación universal.

Aristóteles en sus *categorías*, presentía y predecía también el orden de seriación al formar *especies, géneros y grupos*.

Otros muchos genios han visto en sus meditaciones la fulguración de la serie. Hay que citar en este mismo orden a Guillaume de Champeaux, Gilbert de la Porée et Abeilard, célebres dialécticos de la edad media. Más tarde Bacon, Descartes y Condillac. En los tiempos modernos, Kant, Hegel, Cousin. Después Ampère por su seriación de las ciencias; Linneo, Jousieu y Fourmefort para la seriación vegetal, y Buffon, Cuvier, Geoffroy; Saint Hilaire, para la seriación animal. Hahnemann tuvo también la intuición de la serie en la disposición de sus patogenesias. Pero volvamos al tema de la Nosotaxia que en el sentir homeopático, no puede estar en pugna con la individualidad morbosa.

Ahora bien, aun cuando las especies morbosas no sean mas que abstracciones, la ciencia

tiene derecho de apropiarse de estas ideas y servirse de ellas como si fueran seres concretos. Por tanto, es indispensable que la Nosotaxia tenga la misma precisión, la misma inmutabilidad que las clasificaciones botánica y zoológica. Las modalidades fijas del ser vivo, pueden someterse a las leyes de la serie ya sea que el viviente goce de su equilibrio normal o se encuentre en estado morbosos. Si se pueden clasificar los actos del ser vivo, el hombre enfermo sigue siendo el hombre viviente: la Fisiología subsiste en la Nosología.

Sobre qué base debe fundarse una clasificación científica de las enfermedades! En el estado actual de la ciencia, la cuestión queda pendiente de solución. Cada autor debe intentarlo fundando su seriación de estados patológicos en algo fijo e inmutable y adonde puedan agruparse todas las entidades morbosas sin excepción.

Para la ciencia patológica es indispensable una clasificación científica aunque muchas veces sea funesta para la práctica porque fácilmente se borra la individualidad ante la especie. Hufeland dice que se podría tratar muy bien una enfermedad y muy mal al enfermo. Esta aserción con aire de paradoja, como ya se ha dicho contiene una grandísima verdad, a saber, que el tratamiento más conforme a los vireceptos de la Terapéutica nada vale cuando sea dirigido contra el carácter genérico o de la especie morbosos y no contra el individuo enfermo.

Romberg dice expresamente que el nombre de la enfermedad ejerce una presión funesta

en el tratamiento de los enfermos. El deseo de generalizar ha producido enormes desaciertos y fracasos.

§ III.—BASES DE UNA VERDADERA CLASIFICACIÓN.

Antes de iniciar la materia, vamos a bosquejar el orden de las enfermedades, tal como lo aceptan los más prestigiados patologistas modernos, tomando como ejemplo a dos o tres de los más reputados y cuyos cuadros sinópticos de estados morbosos, servirán de complemento al párrafo anterior y de preámbulo al presente, para mejor inteligencia de nuestro propósito.

NOSOTAXIA ACTUAL

PATOLOGIA

I. General

II. Especial

- | | | |
|----------------|---|-------------------------------|
| GENERAL | { | 1º Enfermedades en abstracto. |
| | | 2º Procesos morbosos comunes |
| | | 3º Perturbaciones funcionales |
| | | (Fisiología patológica) |

PATOLOGIA ESPECIAL.

- | | | |
|---------------|---|----------------------------|
| MEDICA | { | Enfermedades localizadas |
| | | Enfermedades generalizadas |

- | | | |
|-------------------|---|--|
| QUIRURGICA | { | Enfermedades comunes a todos los tejidos |
| | | Enfermedades de los sistemas y aparatos |
| | | Enfermedades propias de cada región |

PATOLOGIA MÉDICA.

(INTERNA)

CLASIFICACIÓN ANATOMO-ETIOLÓGICA

(JACCOUD)

ORDEN ANATOMICO	{	Sistema nervioso
		Aparato circulatorio
		„ respiratorio
		„ digestivo
		„ urinario
		„ locomotor
ORDEN ETIOLÓGICO	{	Telúricas { malaria, fiebre amarilla
		{ sudor miliar, cólera morbus
		{ gripa, etc. etc.
	{	Humanas { eruptivas (viruela sarampión escarlatina)
		{ tifoideas
		{ difteria
	{	Zoonosis { rabia
		{ muermo
		{ carbón

GRUPO DE DISTROFIAS, DISCRASIAS Y CAQUEXIAS. TOXINOSIS.

ORDEN PSICO-ANATOMO ETIOLÓGICO

(VANLAIR)

PSICOPATIAS	{	Vesantias
		Parancias
		Demencia
SISTEMA NERVIOSO	{	cerebro
		espina
		neurosis
		simpático
		tropo-neurosis

PERTURBACIONES VASO-MOTRICES.

Aparato locomotor

„ circulatorio

„ digestivo

„ respiratorio

„ uro genital

Enfermedades de la sangre

„ constitucionales

„ infecciosas

Toxinosis

NOSOTAXIA POR REGIONES.

(RAUE)

ENFERMEDADES	Mentales	ENFERMEDADES	Corazón
„ de la	Cabeza	„ del	Abdomen
„ „	Cráneo y tegumentos	„ „	Organos genitales
„ „	Ojos	„ „	Espina
„ „	Oídos	„ „	Aparato motor
„ „	Nariz	„ „	Nervios
„ „	Cara	„ „	Sangre
„ „	Boca	„ „	Infecciosas
„ „	Cuello	„ „	Exantemas
„ „	Tórax	„ „	Piel

DIEULAFOY.

I.	Clase.	Enfermedades	Aparato respiratorio
II.	„	„	„ circulatorio
III.	„	„	„ digestivo
IV.	„	„	„ urinario
V.	„	„	Sistema nervioso
VI.	„	„	Generales infecciosas
VII.	„	„	Venéreas
VIII.	„	„	del bazo
IX.	„	„	de la sangre
X.	„	„	reumatismales y distróficas
XI.	„	„	verminosas
XII.	„	„	aparato locomotor
XIII.	„	„	Intoxicaciones

CLASIFICACIÓN DE JOUSSET.

I. Clase. Enfermedades de causa externa.

- 1º parasitarias
- 2º envenenamientos
- 3º Asfixia
- 4º traumatismos

II Clase. Enfermedades constitucionales

Gota, Reumatismo, Hemorroides, Dartros, Sífilis, Lepra, [?]

III Clase. Diátesis

- { cancerosa
- { tuberculosa
- { escrofulosa
- { purulenta
- { epitelial

IV Clase. Caquexia:

Escorbuto, Púrpura hemorrágica, Diabetes azucarada, Clorosis, Raquitismo, Mal de Bright, Bocio exoftálmico, Mal de Addison, Bocio y Cretinismo, Pelagra.

V Clase. Enfermedades Pestilenciales.

Epidémicas { Peste
Cólera
Tifo

Endémicas { Fiebre amarilla
Sudor miliar

VI Clase. Fiebres.

Continuas: Efímera, Sinoca, Tifoidea.

Intermitentes. paludismo.

Eruptivas { vacuna
viruela
varicela
sarampión
roseola
escarlatina
urticaria
eritema nudoso

VII Clase. Clase intermediaria.

Erisipela, Difteria, Disentería, Gripe, Orejones, Coqueluche.

VIII. Neurosis, Histeria, Epilepsia, Eclampsia, Tétanos, Corea, Sonambulismo, Contracturas esenciales, Calambres, Calambre de los escribanos, Parálisis agitante, Hipochondría, Locura.

IX Clase. Las Flegmasias.

X Clase. Las Hemorragias.

XI Clase: Las Hidropesías.

Como se ve por los datos anteriores, no están de acuerdo los autores con el número y seriación de los estados morbosos.

A qué se debe semejante discrepancia?

A que la Patología especial está por hacerse.

No necesitan los estados morbosos fundar su seriación en hipótesis o en convencionalismos mutables, la organización va a suministrarnos la guía segura de una clasificación verdadera.

Ya desde tiempo inmemorial la mayor parte de las enfermedades han sido numeradas siguiendo un orden anatómico, por sistemas, aparatos y regiones. Pues bien, basta descartar las infecciosas malamente llamadas generalizadas cuya clasificación se funda en su etiología y colocarlas conforme a su lesión o anatomía patológica, en el sistema, aparato o región que les corresponda. Importa poco la causa respecto de una clasificación desde el momento que una enfermedad se define solamente por sus síntomas y lesiones y porque una misma causa produce variados efectos o

como los agentes infecciosos, no producen sus efectos de una manera fatal sino que están subordinados al dinamismo vital.

Ante todo hay que hacer notar que la clasificación cabe solo respecto de las *enfermedades* que deben distinguirse de las *afecciones* y de los *síntomas*. Ya se ha definido lo que es una enfermedad y lo que es el *síntoma*; respecto de la *afección*, para darle su significado preciso, necesitamos con un ejemplo distinguirla de las enfermedades y de los síntomas.

El *Tifo*, es una enfermedad; la *Hernia* es una afección; la *Poliuria* es un síntoma.

La *Hidropesía* respecto de la perturbación nutritiva que representa, es un *proceso morbo-so común*; como manifestación de una *lesión orgánica del corazón*, es un *síntoma* y un *signo*.

Muchos síntomas pasan por enfermedad sin tener los caracteres de una especie morbosa. Así una *Neuralgia* que no pasa de un síntoma se reputa como una enfermedad, siendo como es, una perturbación funcional que forzosamente depende de una lesión nerviosa o de los órganos contiguos; o es síntoma de muchas enfermedades de orden discrásico o distrófico.

La *Sífilis* es la enfermedad, el *chancro* es una *afección sífilica*, el infareto de los ganglios es un signo y los dolores osteócopos son síntomas de esta misma enfermedad.

Una *fractura* es una *lesión* y no se convierte en enfermedad sino hasta que la reacción orgánica provoca la cicatrización mediante un trabajo de reparación designado con el nombre de *osteítis*; que es la *inflamación* del hueso.

Una clasificación para ser científica necesita tener por base principios inmutables o seguir el orden metodizado del objeto cuyas partes conforman el conjunto. Desde luego se establece como un principio: *No hay enfermedad sin lesión orgánica.*

Pero hay que tener presente que la lesión orgánica no solamente consiste en una alteración de los tejidos, también se reputa como tal, la que sucede a una alteración de *número, orden, sitio, medida y tiempo.*

No existe alteración funcional sin lesión anatómica, como no hay lesión sin causa exterior perturbadora, conocida o desconocida. Y después, añade Cajal: "Suponer la existencia de enfermedades sin lesión, es tanto como afirmar que las manifestaciones fisiológicas pueden cambiar caprichosamente, escapando a todo determinismo científico. Los autores que, por no haber hallado perturbaciones anatómicas en la autopsia, describen enfermedades sin lesión, olvidan que, bajo la máscara de una normalidad exterior, pueden ocultar los tejidos graves alteraciones microscópicas, las cuales no son siempre reveladas con nuestros recursos analíticos, porque distamos mucho de haber descubierto todos los delicadísimos resortes de la estructura celular y todas sus posibles desviaciones."

Ya se ha dicho algo respecto de las heterometrías, heterotopías, heterotáxias, heterocrónias al tratar de la Anatomía Patológica; resta solo recordar, como comprobación de lo asentado, que las alteraciones somáticas pueden ser de cualquiera de éstas maneras y que com-

prueban que la función no se altera sin lesión orgánica. Un reloj, el más perfecto, no es mas que una burda representación de lo que puede ser la máquina humana. Pues bien, para que una máquina desempeñe debidamente su cometido, no solamente necesita tener íntegras sus partes componentes puestas en movimiento por una fuerza, necesita además, que éstas sean exactamente las necesarias sin falta ni exceso, que tengan el tamaño necesario, que todas estén en su sitio respectivo y que se muevan a tiempo determinado: cuando alguna de estas condiciones falta, la máquina no desempeña exactamente su cometido. Lo propio sucede en el organismo. Las alteraciones orgánicas son múltiples y tan variadas como resortes y combinaciones tengan los elementos componentes de la organización. Además, las lesiones fundamentales al encarnarse en tal o cual sistema orgánico, adquieren algunos nuevos caracteres, determinados por la especial estructura y dinamismo del terreno.

Dos factores especiales constituyen un estado morboso: es el primero, la lesión; y el segundo, el conjunto de fenómenos de reacción o de regresión que la lesión provoca en el organismo viviente.

Sintetizando podemos establecer como principios:

- 1º No hay enfermedad sin lesión orgánica.
- 2º Todo organismo viviente lesionado, provoca fenómenos de reacción o de regresión.
- 3º El conjunto orgánico, psico-fisiológico, toma parte en todo proceso morboso.
- 4º Estos fenómenos orgánico-dinámicos, son

de carácter nutritivo (son los procesos morbosos comunes).

La lesión orgánica y el proceso morbooso que ésta pravoca, constituyen los dos caracteres esenciales de toda enfermedad. Luego en estos dos caracteres debe fundarse toda clasificación patológica.

La lesión es la alteración de estructura, número, volumen, orden, sitio, o ritmos de los diversos elementos que componen un tejido, órgano o aparato del compuesto humano.

Son los *Procesos morbosos comunes* perturbaciones en la actividad nutritiva. Son el procedimiento o instintivo trabajo que despierta el dinamismo vital en el estado morbooso, siempre análogo con el fin de reparar, substituir o eliminar los elementos alterados de la organización.

Los caracteres de una enfermedad se adaptan a géneros, subgéneros, especies, tipos y variedades.

Cualquiera especie morboosa tiene que caber forzosamente en el cuadro esquemático de estas divisiones, de lo contrario dejará de ser una enfermedad definida. La aplicación es sencilla. Así por ejemplo, el proceso Inflamación afectará sucesivamente a los sistemas, órganos y aparatos y este conjunto constituiría un género o especie de enfermedades: las *flegmáticas*. La gangrena afectando de la misma manera sistemas, órganos y aparatos, constituiría otra especie de enfermedades: las *necróticas*.

Las *neoplasias* que tienen por asiento los diversos tejidos de los órganos y aparatos, constituiría otra especie de estados morbosos: las *hiperplásicas* o *neoplásicas*.

PROYECTO DE CLASIFICACION PATOLOGICA

— EJEMPLOS —

(Género) Proceso morboso	(Especie) Localización	(Tipo) Evolución	(Variedad) Modalidad	(Individualización) Nomenclatura
Infamación.....	Brónquios	Rápida	Simple.....	Bronquitis
Id.	Pertoneo.....	Id.	Id.	Pertontitis
Id.	Piel	Id.	Id.	Dermitis
Id.	Id.	Id.	Pustulosa y específica ..	Vineula
Id.	Pertostio	Crónica	Stréfica.....	Pertostitis sinéfica
Id.	Articulaciones	Id. ..	Discrásica.....	Reumatismo
Flebre específica.....	Placas Peyer	Céltica.....	Atáxica.....	Tifolia
Eberth.....	(Sangre ?)	Id.	Adinámica.....	Tifo
Id. Id.	Piel y sangre.....	Maligno	Postulosa necrosante.....	Carbón
Id. Id.	Riñones.....	Crónica.....	Parengimatoso.....	Mal de Bright
Infamación	Vesículas pulmonares	Id.	Id.	Eufsema
Dilatación	Pulmón.....	Id.	Consumtiva.....	Tisis
Tuberculosis	Cápsulas suprarrenales.....	Id.	Id.	Mal de Addison
Id.	Cerebro espinal.....	Convulsivo.....	Adinámica.....	Histeria
Neurosis	Hígado.....	Cóncavo	Arterioesclerosa	Citrosis
Atrofia.....	Hueso.....	Embionario	Id.	Citrosarcoma
Neoplasia.....	Id.	Seca	Id.	Nerosis
Gangrena.....	Cuero cabelludo.....	Deplante.....	Id.	Tña tonsurante
Tricotilea.....	Hepática	Glicosúrica	Id.	Diabetes
Discrasia.....	Id.	Id.	Id.	Ateroma
Infiltración calcárea.....	Arterias.....	Id.	Id.	Asistolia
Insuficiencia	Mitral.....	Anasarca.....	Id.	A taxia locomotriz
Infamación.....	Haz de Burdach.....	Crónico	Id.	Id.

CAPITULO X.

INDIVIDUALIDAD MORBOSA

La individualidad morbosa como corolario natural del principio que funda la homeopatía, parece estar en antagonismo con toda especie morbosa en cuanto a la utilidad práctica desde el momento que toda indicación es individual. Pero desde el punto de vista filosófico, la individualización no es un obstáculo invencible para la clasificación, supuesto que, las ideas universales sintetizan modos de ser del compuesto humano y conducen a la mayor comprensión de notas de los casos singulares.

En la escuela homeopática, las especies morbosas no tienen la misma significación y extensión que la escuela antigua o tradicional. Esta entiende por especie, como se ha dicho y expuesto en el párrafo anterior, un conjunto de enfermedades determinadas por caracteres comunes, ya sea de síntomas, lesiones o causas. Forman especie, pongamos por caso, las *específicas*, es decir, aquellas que reconocen por causa un agente infeccioso, que son transmisibles y tienen evolución fija. En un círculo más estrecho, tenemos las *virulentas*, las *mielitis*, las *fiebres eruptivas*, etc.

La doctrina homeopática considera como especie lo que la escuela tradicional considera como individual. Nosotros decimos una *especie de Tifo*, una *especie de Gastritis*, una *especie de Varioloide*, etc. y no decimos enfermo de Tifo sino de una especie de Tifo; en razón de que el Tifo, Corea, Viruela no son estados morbosos

singulares sino especies desde el momento que abarcen o comprenden a todos los enfermos afectados de dicha enfermedad y que al individualizarse revisten caracteres peculiares. Para nosotros el *tifo* es la especie y el *enfermo* de tifo el individuo: todos los enfermos de Tifo, son los individuos que componen la especie.

La *individualidad morbosa*, otra de las conquistas que por derecho corresponde a la Doctrina homeopática, nos hace llegar al enfermo con tal número de notas, es decir, síntomas y signos, que es imposible confundir cualquier caso, como que cada enfermo es siempre un caso singular, en la terapéutica, aun cuando muchísimos individuos estuvieran atacados de una enfermedad del mismo nombre. Cada uno tendría su enfermedad propia, distinta de los demás e indistinta en sí, como los filósofos definen al *individuo*.

CAPITULO XI.

Nomenclatura y definición de las enfermedades.

§ I.—NOMENCLATURA.

No existe en medicina, dice Jousset, nomenclatura regular, los nombres de las enfermedades han salido de fuentes muy diversas. La mayor parte indica el síntoma principal: *Fiebre intermitente*, *Tifoidea*, *Sarampión*, *Clorosis*. Muchas deben su nombre a la causa hipotética de la misma enfermedad como la *Gota*,

la *Hipocondría*, el *Cáncer*, etc. son de filiación extranjera como *Escorbuto*, del eslabo *scorb* que significa enfermedad. Otras enfermedades con su nombre consagran la memoria del que las describió, como Mal de Pott, de Bright, de Laundry; o indican la lesión como Bozio, Hemorroides, etc. Hay otras cuyo origen y significado permanece en la obscuridad como, Sífilis, Escrófula. Se ha pretendido unificar el lenguaje médico dando a las enfermedades nombres simples y exentos de toda equivocación, libres de toda significación que entrañara la idea de causa, indicación ni alguna otra circunstancia eventual.

Los nombres de las enfermedades que expresan etimológicamente el proceso morboso y el sitio de éste en el organismo, serían los nombres más precisos y propios porque desde luego definirían la enfermedad. La Química nos da el mejor ejemplo de un lenguaje que llena a la perfección su objeto. El nombre de una sal nos indica desde luego su fórmula o sea los valentes o cantidades atómicas de su composición; lo mismo sucede con los alcoholes, éteres y cuerpos que intervienen sustituyendo a las radicales.

El Profesor Piorry intentó en su *Tratado de Patología idátrica* cap. III. *Onoma pathologiae*, una nomenclatura *órgano-patológica*, con radicales y desinencias de origen griego, nombres algo complejos, con el fin de indicar en el mismo nombre del estado morboso sus caracteres esenciales en nosología. No tuvo ningún éxito apesar del prestigio de que estaba rodeado. El lenguaje como todo convencionalismo, nace es-

pontáneamente del capricho y la costumbre que se impone como una ley natural.

A medida que una ciencia se perfecciona, su lenguaje se impone y tiende a modificarse.

A las nuevas ideas hay que anteponer palabras nuevas, el neologismo se connaturaliza. Las palabras deben seguir el curso de las ideas.

En algunas especies morbosas se bosqueja ya en sus radicales y terminaciones, la idea de la apropiación de nombres que desde luego definen la enfermedad. El grupo de las flegmasías con su terminación en *itis* y su radical que nombra el órgano o tejido afectado, es un intento de nomenclatura verdaderamente apropiada. La Gastritis, la Tiflitis, Nefritis, indican desde luego la idea de inflamación en el *estómago*, el *ciego* y el *riñón*. Por supuesto que esta regla sufre incontables excepciones, como *Neumonía*, *Pleuresia*, *Angina*, *Flegmasía*, *Coriza*, *Oftalmía*, etc, en lugar de *Neumonitis*, *Pleuritis*, *Amigdalitis*, *Celulitis*, *Rinitis*, *Oftalmítis*, etc.

Todos los intentos de una nomenclatura científica pedagógica han fracasado ante el poder de la costumbre; y dada la facilidad que ya se tiene de una denominación universalmente aceptada y comprendida, hasta en los países donde el idioma no es de origen greco-latino, de donde la mayor parte de los nombres patológicos han tomado radical y desinencia, es difícil un cambio completo que traería serias dificultades para el presente y para las obras del pasado.

Si examinamos, sin embargo, muchos nom-

bres de enfermedades, vendrá el convencimiento de la serie de barbarismos y solecismos que pasan en el lenguaje médico como moneda corriente. Por ejemplo, tenemos la neurosis llamada Corea que literalmente quiere decir *baile*; (baile de San Vito) es una verdadera antífrasis porque debe entenderse todo lo contrario. Baile es conjunto de movimientos rítmicos y armonizados; y en esta neurosis cerebroespinal, sucede todo lo contrario: los movimientos son enteramente desordenados y arítmicos. Hay muchas enfermedades cuyos nombres no dan noción alguna de sus síntomas, sitio, causa, etc. por llevar el nombre del autor que primero las describió, con el inconveniente de consagrar una memoria a la cual muchas veces ningún beneficio debe la medicina; y después, volver la nomenclatura más confusa y más difícil.

Nombres vulgares a granel, neologismos, latinismos, anglicismos y cuantos idiomas han podido introducirse en la nomenclatura médica, subsisten y pasan y han pasado por todas las patologías sin que una mano piadosa haya logrado depurar el lenguaje médico de tanto vicio como adolece. Pero así se entiende perfectamente la clase médica con la ventaja de no ser entendida por la clientela que muchas veces debe ignorar el significado del nombre de su enfermedad; y también, porque los términos altisonantes y simbólicos dan cierto prestigio de sabiduría a los médicos, tan necesario para sugestionar a los pacientes.

La nomenclatura de las enfermedades es de la más alta importancia porque además de uni-

ficar el lenguaje médico, facilitaría la clasificación de las especies morbosas y daría a la vez una idea del proceso morbozo que afecta cualquier órgano o tejido.

Para ésto habría que fijarse en la *radical* y la *terminación* que respectivamente indicaran en cada enfermedad el órgano o tejido y la clase de proceso, como ya lo intentó en su clasificación Piorry. Por ejemplo la *Nefritis* que es la inflamación del riñón, se compone de *Nefros* riñón y la terminación en *itis* generalmente aceptado como indicativa de la inflamación; *enterelcia* quiere decir ulceración del intestino. (Piorry.)

Una nomenclatura (patológica) como la que se emplea en la Química, sería el complemento anhelado de la ciencia, porque además de definir en la propia palabra la enfermedad, daría a la vez idea del género próximo y diferencia específica, es decir, tendría desde luego su clasificación.

§ II.—DEFINICIÓN DE LAS ENFERMEDADES.

Definir una enfermedad es expresar en términos breves y concisos una idea exacta de ella.

La definición lógica de los estados morbosos solamente se concibe fundada en la nosotaxia, es decir, en la idea de géneros y especies morbosas, porque una definición debe constar de género próximo y diferencia específica. El intento de nuestra clasificación nosológica satisface esta necesidad, la seriación fundada en el proceso morbozo y la localización de éste, nos

definen los estados morbosos. Una *inflamación del pulmón* es una definición exacta de la entidad morbosa llamada *Pulmonía* y esta definición consta del *género próximo inflamación* y de la diferencia específica *pulmón*, órgano afectado. Si en todas las enfermedades conocidas pudiera señalarse con toda precisión el género de *proceso morboso* y el sitio de evolución de éste, la definición de la enfermedad, sería lo más fácil y sencillo. Pero como en la Patología la mayor parte de las enfermedades son enigmas ya respecto del proceso, del sitio, de la causa, de su evolución, etc., etc., por esto se hace difícil definir con toda exactitud muchas enfermedades nominadas al capricho. El *Mal de Addison* se conoce solamente por sus síntomas, desconociéndose su causa, su lesión y su patogenia. El *cáncer* es una enfermedad que se ve, se palpa y por lo mismo se conoce y que sin embargo es muy difícil definir, porque si se conoce el sitio de su localización, en cambio no se tienen nociones de su naturaleza, ni de sus causas ni de sus medios de curación. Del *Tifo*, enfermedad tan conocida de médicos y profanos, hasta ahora, se desconoce el agente infeccioso que lo produce, el órgano o tejido afectado y solo se define como una fiebre cíclica, infecciosa; es decir, por alguna de sus principales manifestaciones. •

El estudio perfecto y completo de los *Procesos morbosos comunes*, la Anatomía patológica y la Patogenia, deben ser el trípode en que debe asentarse la Patología especial para consagrarla como verdadera ciencia.

La definición de una enfermedad fundada en

la *nosotaxia*, es decir, en el género y la especie morbosa, es la verdadera definición, porque determina sus rasgos esenciales o característicos comprendidos en cada género o especie. Pero como no siempre puede darse una definición de tal naturaleza, ya sea por la falta de conocimientos en el orden anatómico como fisiológico, resulta que, para no aventurar hipótesis infundadas, muchas definiciones son descriptivas, otras se fundan en la patogenia y no pocas en la etiología o cualquier otra circunstancia característica del estado morboso.

Como tipo de definición fundada en la *nosotaxia*, tenemos las *inflamaciones simples* anatómicamente localizadas en algún órgano o tejido, como la *otitis*, palabra que desde luego define la enfermedad.

Las que se definen explicando el modo de funcionar el órgano afectado, como define Jaccoud, pongamos por caso, la Histeria que dice ser una *ataxia cerebro-espal*, es una definición de la enfermedad fundada en la patogenia.

Cuando decimos que la *Diabetes* es una enfermedad caracterizada por *polidipsia, polifagia, autofagia y poliuria* haciendo una numeración de sus síntomas cardinales, entonces se tiene una definición que sin fijar género ni especie, determina rasgos sobresalientes que la individualizan.

Es descriptiva la definición cuando se bosquejan o perfilan los rasgos o síntomas principales en su orden de sucesión, como cuando decimos que la *Fiebre de recaídas* está caracterizada por accesos febriles en un orden cíclico: 1º por principio brusco de fiebre intensa

acompañada de estupor, náuseas y vómitos, constipación y fenómenos críticos del 6º al 7º días; 2º por un período de igual duración de remisión completa o de aparente salud; 3º por otro período de pirexia que dura de 3 a 5 días al cabo de los cuales la salud se restablece definitivamente. Cuando esta misma enfermedad la hacemos consistir en *accesos febriles de forma remitente* ocasionados por la presencia en el organismo del *espírilo de Obermeyer*, entonces tenemos una definición fundada en la etiología de la enfermedad.

La definición fundada en la alteración de los humores o tejidos es anatomo-patológica; como cuando se dice que la *Hidropesía es un aumento de la cantidad de serosidad que normalmente infiltra las lagunas conectivas y las cavidades serosas*. (Cajal.)

Hay muchos síntomas que resultan de alteraciones o lesiones orgánicas que necesitan definirse de una manera conveniente para comprender su verdadero significado. Así por ejemplo las palabras *anemia*, *atrofia* que literalmente indican la negación, respectivamente de *sangre* y *nutrición*, debe tomarse su significado en un sentido relativo y propiamente denominarse *hipohemia* e *hipotrofia*. La *asistolia* la definen los autores como *una impotencia relativa de las contracciones cardiacas debida a la rotura de relaciones fisiológicas entre la tensión arterial y la tensión venosa*.

Es una explicación patogénica del significado de este epifenómeno de las lesiones orgánicas del corazón, cuando los esfuerzos de la compensación del organismo carecen de la

energía necesaria para desempeñar las funciones de impulsión de la corriente sanguínea.

La enfermedad que no puede definirse no puede reputarse como una entidad morbosa. Una enfermedad que carezca de síntomas patognomónicos y cuya lesión o sitio de ésta sea desconocida, no podrá encuadrar en ningún género próximo o remoto, en ninguna especie morbosa y por tanto será imposible definirla.

Las especies morbosas en la actualidad no pueden definirse todas con exactitud debido a los deficientes conocimientos que se tienen de una verdadera nosografía. La patología especial está por hacerse, por eso la teoría no corresponde a la práctica. Las descripciones patológicas hechas con toda maestría, presentadas con todo detalle, no se palpan a la cabeza del enfermo. La poesía y la realidad son respectivamente las *enfermedades* y los *enfermos*, es decir, los *cuadros patológicos* de los libros y el aspecto real del enfermo.

Para que las descripciones patológicas tuvieran el vigor de la verdad desnuda, necesitábase copiar de la naturaleza enferma el cuadro real de los síntomas, no desvirtuados ni perturbados por ningún tratamiento. En resumen, la Patología debía de haberse estudiado observando las enfermedades o sea más bien, los enfermos sin tratamiento alguno. La simple espectación dará o podrá dar solamente el cuadro sintomático verdadero de cualquiera enfermedad. Con qué seguridad puede afirmarse que determinada enfermedad presenta tales o cuales síntomas, manifestaciones o matices, si antes se ha debilitado al enfermo con

purgantes, se le ha excitado con los tónicos, se le ha perturbado con los estupefacientes, analgésicos o derivativos? Cómo debe responder el organismo doblemente a la acción natural de la enfermedad y de la enfermedad medicamentosa o artificial?

De la misma manera que la acción de los medicamentos solo puede conocerse por medio de la experimentación de ellos en el hombre sano en ambos sexos, en todas las edades, en todo tiempo y en todas latitudes y climas, del mismo modo las enfermedades deben de estudiarse en el hombre, en todo tiempo, circunstancia y lugar, siguiendo los pasos de la enfermedad natural sin que tratamiento alguno venga a modificar su marcha y su evolución. Hasta entonces podrá la Patología ofrecer cuadros verdaderos y reales de las enfermedades, fotografiando las variadas manifestaciones de la naturaleza sin que artificio alguno haya podido perturbarla y solo poniendo al enfermo en condiciones higiénicas y dietéticas apropiadas al caso respectivo.

En todas partes el verdadero arte tiene su genuino culto, cuando al imitar lo que la naturaleza enseña, une el artista su alma inteligencia. El patologista, en caso de expectación frente al enfermo, no solo copiaría al crudo las diversas manifestaciones de la enfermedad, sino que poniendo los toques de su inteligencia, con la observación atenta de los hechos, podría desentrañar los secretos íntimos de la naturaleza, velados a los espíritus superficiales que no levantan los ojos para contemplar la luz disociada de la verdad.

Cuando tengamos una verdadera Patología, cuando la natural enfermedad no sea enmascarada por indicaciones perturbadoras, hasta entonces podremos contemplar la exacta analogía que debe de existir entre lo que recitan los libros y lo que se ofrece a la vista en los desgarradores cuadros del sufrimiento.

La naturaleza es muy varia en sus manifestaciones, por eso es siempre bella aun frente a las mismas escenas del dolor, porque ofrece a la contemplación, la unidad en la variedad y rehuye esa cansada monotonía que adormece. En las enfermedades naturales se tiene el cuadro verdadero de la enfermedad con la infinita variedad que presenta la idiosincracia o individualidad morbosa. Esta última jamás podrá borrar los rasgos esenciales de un estado morbo-so definido, antes bien los exaltará, imprimiendo su sello indeleble y confirmando la fijeza de la especie.

CAPITULO XII

CLINICA PATOLOGICA

Hasta aquí el artificio ha encuadrado en algunas páginas el horizonte indefinido de las enfermedades. La observación de casos repetidos sin cesar en el transcurso de los siglos, con idénticos o análogos caracteres, sin que hayan sido bastantes a darles forma distinta ni el tiempo ni el espacio, ha sugerido la concepción de esas ideas universales que llamamos especies morbosas. La Patología teórica es la

guía que podrá llevarnos a conocer los estados morbosos en el mismo lecho del dolor.

El enfermo en persona es el libro cuyas páginas vivas impresionan nuestros sentidos.

La vista del enfermo, su aspecto, su actitud, el relato de sus padecimientos contado por él mismo y por los que le rodean, la sensación que nos dé su contacto, aplicando los órganos de los sentidos para ponernos en relación con su estado actual de sufrimiento, nos hablarán de una manera más real y elocuente si sabemos apreciar los datos que la misma naturaleza nos proporciona.

El estudio de la Patología es un estudio sintético, el examen del enfermo es un estudio analítico. Teóricamente primero se definen los estados morbosos; prácticamente la definición de las enfermedades es el resultado del examen atento y observación profunda de los enfermos.

La Clínica o examen y observación de los enfermos tiene por objeto el conocimiento del conjunto de síntomas, signos y lesiones que caracterizan determinado estado morbozo; y por fin, el conocimiento del recurso apropiado para devolver la salud a los enfermos. De consiguiente la Clínica tiene que ser *patológica y terapéica*.

Preámbulo necesario para llegar a este conocimiento, es el saber utilizar de la mejor manera nuestros sentidos que nos ponen en relación con los enfermos. Esta Propedéutica clínica es aplicable a cualquier recurso empleado con el fin de conseguir la curación de los enfermos, ya sea por medios mecánicos como la cirugía, ya por agentes físicos (fisioterapia) o por la aplicación de los medicamentos.

Dos cosas necesita saber el médico frente al enfermo que examina: los síntomas y las lesiones. Y para resolver el problema que en cada caso se le presenta, necesita conocer los recursos de todo género que la ciencia y el arte le proporcionan para obtener la curación.

Sin el conocimiento de lo primero, sería inútil todo arsenal terapéutico, y sin el conocimiento de lo segundo, sería estéril conocer las enfermedades. Ningún conocimiento médico necesita el vulgo para diagnosticar muchos estados morbosos que a diario se repiten en los seres que nos rodean, y sin embargo de su conocimiento, ningún recurso puede emplear para enjugar las lágrimas de los que sufren.

Como no es del resorte de la Patología General estudiar los recursos de que se vale la Clínica para llegar al fin que se propone, sino solamente examinar los procedimientos de que se vale una y otra ciencia para llegar al conocimiento de la enfermedad, toca a nuestro intento poner en paralelo las dos vías de investigación.

En el estudio clínico se procede de inversa manera que en la Patología.

La Patología define y expone la enfermedad como una entidad conocida, examina sus causas, su patogema, sigue su evolución, describe las lesiones y alteraciones cuantitativas y cualitativas de los órganos y tejidos, distingue una variedad de otra, marca el sello o fisonomía que en cada individuo adquiere la enfermedad y por último preve el desenlace feliz o funesto del caso morbooso sin tener en cuenta la individualidad morboosa. Cosa distinta sucede en la Clínica. El observador tiene un problema por

resolver en cada caso morbosos. Tiene datos dudosos como son los síntomas, datos conocidos o ciertos que son los signos; síntomas y signos conducen a la lesión no aparente y del todo se deduce el estado morbosos definido. Si este cabe dentro del nominalismo aceptado por la Patología, recibe un nombre especial que sintetiza todo el conjunto de síntomas y lesiones que se ofrecen al criterio médico. Lo último que hace el clínico es definir el estado morbosos y darle un nombre especial que traiga a la mente un cuadro completo de la entidad morbosos expresada sintéticamente.

La escuela homeopática tiene más amplio horizonte en sus investigaciones. La clínica patológica no llega solo hasta el nombre de la enfermedad, examina los menores detalles, tiene en cuenta la hora de las agravaciones, las circunstancias de mejoría y empeoramiento, el lado afectado, el carácter de los dolores, la moral del enfermo, sus inclinaciones, etc., etc. y de este conjunto deduce la necesidad de una acción determinada, como define Galeno la indicación, ya sea de un medicamento o de un medio quirúrgico, higiénico, físico o fisioterápico.

La Clínica no debe tener por único fin dar nombre a la enfermedad; esto es secundario, porque muchos casos en la práctica no caben en la Nosotaxia; y sobre todo, porque la enfermedad consiste en el conjunto de todos los síntomas y lesiones, puedan o no recibir un nombre determinado.

La escuela antigua o sea la alopática y la escuela moderna o sea la homeopática difieren

no en cuanto al método clínico, sino en cuanto a la apreciación de los elementos. La primera encuadra un conjunto de síntomas, signos y lesiones para dar nombre a la enfermedad; la segunda coordina síntomas, se fija en los signos, estudia las lesiones y todas las modalidades idiosincrásicas con el fin de buscar el símil medicamentoso.

La escuela homeopática encuentra en el enfermo que examina el cuadro sintomático y lesional de Belladona, de Spigelia, de Sulphur, etc., la escuela tradicional mira en el conjunto de síntomas y lesiones el cuadro de la *angina simple*, de *neuralgia facial*, del *eritema pruriginoso*, etc. La homeopatía congrega e interpreta síntomas para apropiarse el remedio; la alopátia hace lo mismo con el fin de llegar a clasificar la enfermedad y darle un nombre ya consagrado en la nomenclatura aceptada. La escuela Galénica individualiza el medicamento para la especie morbosa; la escuela de Hahnemann individualiza la enfermedad con el fin de apropiarse el medicamento.

Todos los recursos clínicos, todos los medios de investigación inmediata o mediata los aprovecha el homeópata con el fin exclusivo de buscar para el enfermo un análogo sintomático en las patogenesias.

La Clínica patológica es de la más alta importancia porque conduce metódicamente al conocimiento del estado patológico aprovechando los elementos dispersos, tanto subjetivos como objetivos, los coordina, los interpreta, para diagnosticar el estado morboso y el recurso aplicable con el fin de restablecer la salud.

La Clínica es la base de todo diagnóstico.

La Clínica no debe estudiarse en los libros sino en los enfermos, cada uno de los cuales son problemas por resolver; son ecuaciones indeterminadas con mayor número de incógnitas y con tanta variedad como fisonomías presentan los enfermos

El ojo clínico, la mirada perspicaz, solo se adquiere con la práctica de muchos años, la profunda observación y el estudio de la naturaleza cuyas enseñanzas deben guiarnos en el laberinto de las enfermedades.

CAPITULO XIII

DIAGNOSTICO PATOLOGICO

El *diagnóstico* o más propiamente *diagnosis*, es el discernimiento del carácter propio de cada enfermedad y la fuente de las indicaciones.

El diagnóstico patológico es un medio para llegar al diagnóstico de la indicación que es el fin y el coronamiento de todo conocimiento en la ciencia y arte de la medicina.

El diagnóstico se funda en la Clínica o sea en el examen del enfermo para llegar al conocimiento de la especie morbosa definida o para conocer el remedio o medio de devolver la salud a los enfermos.

Para las enfermedades el diagnóstico es la individualización de las series o grupos sintomáticos que caracteriza un estado morboso; para los medicamentos, es la determinación

de sus fenómenos esenciales y característicos. El diagnóstico diferencial es la individualización de los casos morbosos, es decir, la separación de un caso morbozo de todos aquellos que le son análogos.

Incúlpase al método de Hahnemann la falta de diagnóstico. Este es un error que fácilmente se desvanece cuando se han leído siquiera los primeros párrafos del *Organón*.

En una enfermedad, dice Hahnemann, no puede apreciarse otra cosa mas que síntomas y lesiones: conocidos éstos, se ha hecho el diagnóstico patológico.

La escuela antigua hace consistir el diagnóstico de la enfermedad en darle un nombre de los consagrados en las patologías especiales. Si en ésto como lo es, hace consistir la alopatía su diagnóstico, las más de las veces deja de hacerse el diagnóstico, porque no todos los estados morbosos que se presentan en la práctica encuadran en el cartabón trazado por las patologías; la mayor parte de las enfermedades y afecciones de que se queja la humanidad no cabe en el cuadro nosológico adoptado por el convencionalismo patológico. Esto quiere decir que no todas las enfermedades o afecciones han sido clasificadas hasta el presente y que a la Patología le falta un inmenso camino por recorrer y amplio campo por explorar, o que, la clasificación adoptada es deficiente por ilógica.

En la escuela de Hahnemann sucede otra cosa. Los homeópatas verdaderos, los que siguen las huellas del maestro sin apartarse de los principios invariables que norman la doctrina, no necesitan dar nombre a la enfermedad para te-

ner conocimiento de ella y hacer una verdadera indicación, el nombre de la enfermedad es accidental supuesto que el estado morbosos está constituido por todo el conjunto de síntomas y lesiones que al conocerse diagnostican la enfermedad.

No sucede lo mismo cuando se trata de hacer un diagnóstico de nombre o de lesión.

El diagnóstico del nombre de la enfermedad, o escolástico como lo llama con toda propiedad Granier, es difícil porque las manifestaciones morbosas revisten tal variedad en cada organismo que se dificulta encuadrar exactamente a todas y a cada una de ellas. Sería fácil este diagnóstico si todos los estados morbosos tuvieran síntomas característicos, esenciales y patognomónicos que los definieran y la nosotaxia hubiera distribuido todas las enfermedades, sin sobra ni falta, en grupos distinguidos por caracteres análogos y esenciales.

Describense en la patología muchos estados morbosos no bien definidos o de caracteres ambiguos que fácilmente se confunden con otros por su semejanza de síntomas y lesiones y que solo se distinguen por algunos caracteres accidentales; de donde se origina esa multiplicidad de pareceres y de clases de enfermedades que intentan pasar por entidades morbosas definidas, siendo solamente una variedad de éstas.

Cuando la Anatomía y Fisiología patológicas con luz meridiana nos lleguen a revelar los resortes de su evolución y funcionalismo; cuando ya no existan enfermedades de lesión y causa desconocidas; cuando se haya comprobado

por la experiencia la función determinada de cada órgano y tejido y cuando por último la bioquímica ya no sorprenda a nadie con sus manifestaciones, hasta entonces la Patología especial podrá enorgullecerse de su completo y seguro triunfo. Entonces la nosotaxia podrá seguramente establecer y fundar la seriación de sus especies y darle nominación metódica y apropiada que facilite su comprensión y abarque su extensión.

La determinación de un número definido de especies morbosas es otra condición necesaria para un diagnóstico científico porque cierra las puertas a tanta especie y variedad morbosa como se van añadiendo a las ya conocidas, lo que demuestra como antes se ha dicho, o que la ciencia patológica es indefinida en sus horizontes o que no es capaz de clasificación. Si lo último, entonces no cabe dentro de las verdaderas ciencias desde el momento que no clasifica ni define sus especies. Cualquiera especie morbosa nueva que pudiera sorprender al patólogo, debe de caber en el cuadro trazado en la nosología, de lo contrario la distribución de las especies morbosas no se ha hecho conforme a la ciencia.

Teóricamente la clasificación y el diagnóstico de las enfermedades es fácil reteniendo en la memoria lo que cada texto y el convencionalismo han consignado en la literatura patológica; y eso siempre que hubiera uniformidad de pareceres; pero en la práctica no sucede lo mismo. Cada enfermo presenta suma variedad en las manifestaciones de su enfermedad y no siempre se hace palpable la lesión para poder

coordinar un conjunto que defina la enfermedad y por lo mismo la diagnostique.

El diagnóstico patológico, como antes se ha dicho, debe fundarse en el examen atento del enfermo para poder justipreciar los síntomas e interpretarlos. La Clínica facilita el camino, sus medios de exploración convenientemente aplicados hacen descubrir las relaciones necesarias que existen entre la causa morbosa y sus manifestaciones, entre las lesiones y las perturbaciones funcionales consiguientes que aquellas originan.

De la misma manera que las especies morbosas para ser definidas necesitan de caracteres sintomáticos fijos, patognomónicos que la definan, del mismo modo, para llegar al diagnóstico patológico, éste debe fundarse en los síntomas esenciales que el clínico recoge, los ordena, los interpreta y los comprueba con el resultado de la indicación verdaderamente científica.

La práctica continua, el espíritu de observación y la exclusión de todo prejuicio, dá a los clínicos ese ojo certero, esa seguridad de diagnóstico patológico que indica un profundo conocimiento de los estados morbosos. no pocas veces velados por la manera de reaccionar propia de cada individuo.

Cómo puede curarse a un enfermo sin conocer la enfermedad de que adolece? Nunca podrá curarse porque su indicación carente de base irá dirigida en sentido diverso de la misma enfermedad. Pero hay que ratificar que el verdadero diagnóstico patológico no consiste en Parle nombre a la enfermedad. Puede ser anó-

nima y conocerse sin embargo, desde el momento que la síntesis que representa el nombre con el cual se le determina, no constituye la esencia de la enfermedad. Esta consiste en síntomas de todo orden, subjetivos y objetivos, tanto psíquicos como lesionales y todo ese conjunto es la enfermedad, que existe y modifica la vitalidad con o sin nombre de cualquiera clase.

En la escuela homeopática, importa poco llegar al nombre de la enfermedad; si se llega, mucho mejor, porque ésto servirá para sintetizar en una o dos palabras todo un conjunto de síntomas. Pero como la misión del médico no es bautizar la enfermedad sino indicar el recurso más evidente con el fin de hacer que el organismo vuelva a su estado de equilibrio, que es la salud, resulta que si ese conjunto de síntomas es bastante para aplicar el medicamento, para indicar el medio quirúrgico, higiénico o moral; con ésto se ha conocido perfectamente la enfermedad y se ha conseguido el fin, que es la curación de los enfermos.

Cuenta Nash que cierta vez fué llamado un médico homeópata notable para atender a un enfermo de una forma tuberculosa y preguntado que fué respecto de su diagnóstico, respondió sencillamente: *Stannum*; medicamento que encontró indicado porque todos los síntomas del enfermo eran análogos a los de la patogenesia del stannum.

El diagnóstico de las enfermedades de evolución rápida y ciclo definido como son algunas infecto contagiosas y las inflamatorias que son de tipo de reacción, raras veces se asocian en el organismo, casi siempre son únicas y evolu-

cionan aisladamente. El Maestro lo consigna en los § 36 al 49, apoyando su dicho con innumerables observaciones trascritas en el mismo *Organón*. Veamos lo que dice en el § 40 segunda frase: "Concurriendo dos enfermedades agudas contagiosas, como v. g. el *sarampión* y la *viruela*, desemejantes entre sí, frecuentemente la una suspende a la otra, según tenemos dicho antes. Sin embargo, se han visto epidémias, etc." Más adelante el § 42 dice "La naturaleza misma, como ya hemos dicho, tolera, en algunas circunstancias, la coincidencia de dos o mas enfermedades en un mismo individuo. Pero también es necesario no perder de vista que esta misma complicación, tiene lugar solamente en enfermedades desemejantes, que, según las leyes de la naturaleza, no pueden destruirse y curarse recíprocamente." (Léase el *Organón* con todo detenimiento.)

Cuando se asocian varias enfermedades, análogas o desemejantes, agudas o crónicas, es difícil el diagnóstico, porque, en los casos incurables, todas y cada una de las partes de la organización han sufrido detrimento, pudiéndose decir que hay un concurso de acreedores morbosos que tienden a la disolución del organismo enfermo. Esto sucede casi siempre en las enfermedades llamadas crónicas o agudas incurables, el organismo entero dimite de su propia defensa, va cediendo poco a poco sus energías, su dinamismo que es único, se resiente desde el principio de la enfermedad, por la unidad de funcionamiento que existe entre sí, en cada órgano o tejido y en el organismo entero.

En el estado caquético, por ejemplo, aunque el agotamiento sumo se deba al *cáncer* o a cualquiera otra enfermedad, ésta va minando todo el organismo, se puede atribuir su disolución a cada uno de los órganos carentes de toda defensa, aunque la causa principal o primera haya sido el tumor maligno.

Como se ve, la asociación de enfermedades es otro obstáculo para hacer el diagnóstico patológico, porque muchas veces, no sabe el clínico cual de todas las enfermedades es la principal.

Las estadísticas de las enfermedades, fundadas como es natural en el diagnóstico, distan mucho de la verdad, son hechas fiando en el conocimiento y honradez de los médicos que subscriben los certificados de defunción; y como es natural son deficientes en sumo grado, no pueden servir de testimonio respecto del predominio de algunas enfermedades en alguna localidad, apenas si se acercan a la probabilidad, entre otras muchas, por esta sola razón: que si un enfermo pidiera, como ya se ha hecho, por escrito el diagnóstico de su enfermedad, con muy pocas excepciones tendrá tantos diagnósticos como médicos haya consultado.

La clientela cuya educación médica es netamente galénica, se paga y con usura, de las palabras altisonantes aunque no las entienda, con tal de saber que, su médico ha hecho un diagnóstico patológico. Con ésto queda satisfecho aun cuando el paciente sucumba, como si el nombre de la lesión, de la enfermedad, del síntoma dominante, fueran bastantes para curar a los enfermos.

Cuánto mejor será para los pacientes, saber que el afán del médico es diagnosticar el medio o medicamento capaz de devolverle la salud, como lo hace de preferencia el verdadero médico homeópata, que busca síntomas para apropiar el remedio y no para darle nombre a la enfermedad.

CAPITULO XIV

EL PRONOSTICO

Es la presunción fundada en la ciencia y la observación, respecto de la marcha, evolución, duración y terminación de una enfermedad.

La base del pronóstico se asienta en el conocimiento pleno de la enfermedad y en los probables fenómenos de reacción o de regresión de que es capaz el organismo afectado.

Hipócrates funda el pronóstico de las enfermedades en la observación de los signos, grado de resistencia del organismo afectado y naturaleza del agente morbozo. En sus *aforismos*, *prohréticos* y sobre todo en sus *pronociones*, consigna el fruto de su experiencia.

El diagnóstico es el apoyo más sólido y más racional del pronóstico.

El estado general del enfermo, su semblante o *facies* como en el lenguaje médico se dice, algunos fenómenos sobrelientes, la importancia de la víscera afectada, hacen presumir respecto de la probable marcha y terminación de las enfermedades.

Las circunstancias que concurren a estable-

cer un buen diagnóstico son muy numerosas; sin embargo no escapa muchas veces a los ojos de los profanos el desenlace de algunas enfermedades. El médico llamado a sancionar o desvanecer estos prejuicios, debe apoyar su pronóstico en la observación atenta del enfermo para poder dar pruebas de la certidumbre de su arte, de su habilidad personal y para poner a cubierto muchas veces su responsabilidad.

El aspecto de la cara y la actitud del enfermo es lo primero que desde luego llama la atención. Cara pálida e inanimada, ojos hundidos, facciones inmóviles: son signos muy peligrosos. El decúbito dorsal, el deslizamiento del cuerpo hacia los pies de la cama, la agitación, la vacilación, etc., son de mal augurio.

En las enfermedades agudas es de temerse un desenlace funesto cuando el enfermo muestra incoherencia de las ideas, tiene evacuaciones involuntarias, espasmos, sobresalto de los tendones, crocidismo y carfología.

La cianosis de la cara y de las manos, el escurrimiento por las mucosas de un líquido sanguinoso, las petequias y las equimosis espontánea son signos muy peligrosos.

Signos graves son: la sequedad extrema de la lengua, el meteorismo, la ictericia, las deyecciones abundantes y líquidas, vómitos negruzcos y orinas sanguinolentas. Lo mismo puede decirse de una respiración ansiosa, entrecortada, hipo y aliento frío.

Son signos sospechosos aquellos que no guardan relación con la naturaleza de la enfermedad. Así un calor quemante interior, un frío glacial, un dolor vivo agudo y perseveran-

te en un punto extraño al sitio del mal, deben llamar desde luego la atención del práctico.

La marcha de la enfermedad debe tenerse en cuenta, ya sea por irregular o por la suspensión rápida de ciertas manifestaciones que deben persistir durante toda la enfermedad.

La duración de las enfermedades es de la más alta importancia para establecer un pronóstico. Las enfermedades como los seres naturales tienen que evolucionar en determinado tiempo y cuando éste se acorta o se prolonga indefinidamente es de temerse un desenlace funesto.

En cuanto a su intensidad, las enfermedades pueden dividirse en *ligeras, graves e incurables*.

Las ligeras son de corta duración y curan casi siempre de una manera espontánea.

Las graves pueden curar o causar la muerte y siempre necesitan de la intervención del arte.

Las incurables duran un tiempo indefinido y desde un principio se puede con toda seguridad predecir su desenlace.

Hay circunstancias que inducen a error. Las mujeres de suyo débiles, soportan no pocas veces enfermedades graves y prolongadas que quizá no soportaría el hombre; en cambio, las enfermedades propias de su sexo, como los accidentes de la preñez y del puerperio, se manifiestan con terrible intensidad.

Las enfermedades incidiosas, producen en el organismo perturbaciones imperceptibles; sin embargo, pueden ir minándolo solapadamente sin que se dé cuenta el enfermo hasta que se

encuentra en grave peligro. Dice Chomel con razón: "un dolor muy agudo raras veces ofrece peligro; en cambio el dolor ligero puede ocultarlo."

CAPITULO XV

TERAPIA

El conocimiento del hombre en el estado de salud y en el estado de enfermedad sería inútil si no tuviera por fin la conservación y el restablecimiento de la salud.

La Terapia tiene por objeto la curación de las enfermedades: es la ciencia de las indicaciones.

La indicación como elegante y profundamente dice Galeno, es *la necesidad evidente de una acción determinada*.

La misión del médico es no solamente curar las enfermedades, también debe conocer el modo de prevenirlas con el fin de evitar a sus semejantes y a sí mismo, el sacrificio de las incomodidades y de los dolores.

La salud es la base de toda felicidad; y ésta, en último análisis se reduce a la satisfacción moral o material de nuestras necesidades

Ahora bien, cuando el médico no puede curar ni prevenir las enfermedades, al menos debe saber atenuarlas con el fin de llevar siempre el consuelo a los que sufren.

Devolver la salud que es el don más preciado de la vida, es una misión sublime cuando se convierte en apostolado y cuando se imparte con toda abnegación y solicitud.

La Terapia puede ser, por lo expuesto, *progláctica, curativa o paliativa*.

La Profilaxia no debe de confundirse con la Higiene: ésta emplea los medios y aquella los remedios.

La Profilaxia debe ser la expresión de la conquista de la Terapia, el apoteosis de la medicina. La curación fué la misión del pasado, dice Granier, la Profilaxia debe ser la del presente.

Una vez conocida la enfermedad necesitamos conocer los medios de combatirla. Estos materiales y medios serán respectivamente la materia médica y la cirugía, fisioterapia, higiene, etc.

En segundo lugar necesitamos saber la relación que existe entre la enfermedad y el medicamento que la cura, es decir, que ley o que principio debe de ser la norma de toda indicación médica.

Y, por último, que dosis de medicamento debe aplicarse al enfermo para conseguir el resultado que es la curación: tres puntos que vamos a desarrollar aunque sea a la ligera en virtud de no incumbir a nuestro estudio sino a los tratados especiales.

La Patología general solo estudia los métodos y doctrinas, como quien dice los principios generales.

§ I.—EXPERIMENTACIÓN DE LOS MEDICAMENTOS.

Para conocer los efectos fisiológicos de los medicamentos hay que experimentarlos en el

hombre sano: a esto es a lo que Hahnemann llamó *experimentación pura*.

Entiéndese por medicamento, dice este mismo autor, toda substancia que tiene la propiedad de volver enfermo a un hombre sano y de curar al hombre enfermo. Distínguese el medicamento de las causas morbosas en que éstas enferman pero no curan.

El conocimiento de la acción fisiológica del medicamento solo se obtiene mediante la experimentación en el hombre sano y es indispensable este conocimiento para poder establecer la relación de analogía que debe de existir entre los síntomas de la enfermedad y los del medicamento.

La Materia Médica, llegó a la categoría de ciencia, gracias a las pacientes investigaciones de Hahnemann, verdadero fundador de esta ciencia adquirida por rigurosa inducción.

En la ciencia médica homeopática jamás se aplica medicamento de una manera empírica; solo se hace la indicación de medicamentos cuyas patogenesias se han adquirido mediante la experimentación pura.

Hahnemann con la videncia de todo genio, no satisfecho con las teorías de su tiempo respecto del modo de obrar de los medicamentos, decidió experimentar en su propia persona la tintura de *quina*, con el fin de descubrir la relación que hubiera entre su acción fisiológica en el organismo sano y las calenturas que curaba. Y notó con sorpresa, después de haber ingerido durante varios días, dosis progresivas de dicha tintura, que se afectaba de un conjunto de síntomas muy semejantes a los que se des-

arrollan en el paludismo. La quina cura, se dijo, análogos síntomas a los que produce. Y repitió sus experimentos y siempre dieron los mismos resultados. Esta experimentación se hizo extensiva a otras muchas personas de ambos sexos y por mucho tiempo y siempre con los mismos resultados.

Este fué el origen del estudio y conocimiento de la acción fisiológica de los medicamentos, obra magna consumada por Hahnemann con esa constancia rayana en obsesión, muy propia o exclusiva de los pocos genios que asombran a la humanidad con sus descubrimientos. ¡Cuarenta años de labor! Tarea de coloso realizada para asombro de las futuras generaciones.

La experimentación de los medicamentos debe hacerse en el hombre solamente y no en los animales de donde nada puede sacarse como consecuencia segura, fundándose la diferenciación en el principio conocido de que cada animal padece según su especie. El hombre se diferencia de los otros animales: 1º en su modo psíquico; 2º en su organización, y 3º en su género de vida.

Las propiedades psíquicas del hombre lo distinguen de los otros animales, no tanto porque éstos carezcan de estas facultades mentales, sino porque se desconocen o se ignora el modo de ser de estas facultades en cada uno de ellos. La organización aunque análoga reviste caracteres esenciales distintivos no solo del animal al hombre sino de los animales entre sí.

Y por último, el género de vida del hombre es enteramente distinto, por lo complejo, respecto de las otras especies animales.

Concretando más en esta última parte, podemos enumerar algunos hechos que ponen de relieve la diferencia del hombre y de algunos animales entre sí.

El *ácido cianhídrico* que es un gran veneno para el hombre, es indiferente para el herizo y el puerco espino. El conejo se alimenta con toda naturalidad con las hojas de belladona; la cabra pace impunemente el *sumaque venenoso* (*Rhus tox*): el puerco ingiere sin peligro las raíces del *Belcño* (*Hyosciamus*); el buey come entre otras yerbas la *pelandria acuática*, la *angélica* y el *lallium tumultentum* que matan al caballo en pocas horas.

No menor diversidad y diferencia se nota respecto de los agentes específicos.

Son animales refractorios a la bacteridia de Davaine, el perro, el gato, el cerdo, los pájuros, etc., en cambio están dotados de suma receptividad el carnero, el buey, el caballo, etc. En la misma especie animal se nota diferente receptividad: en el carnero el *carbón* es tan fácil como inoculable; el buey tan sensible al *carbón* espontáneo opone resistencia al inoculable y éste prospera mejor en el caballo. El gato adulto es refractario al *carbón*; en cambio el de muy poca edad, es fácilmente inoculable. La gallina resiste a toda tentativa de inoculación carbonosa; sin embargo, Pasteur logró vencer tamaña resistencia, abatiendo la temperatura del animal por medio del sulfato de quinina.

Los resultados de una experimentación no solo deben apreciarse objetivamente sino también de un modo subjetivo. Los síntomas principa-

les de una enfermedad natural o medicamentosa son casi siempre y primeramente subjetivos. La sensibilidad, carácter dominante de la vida animal es la primera que reacciona en cualquier estado morboso. es el grito de alarma del organismo cuando sufre, por eso el hombre se queja y expresa de diverso modo su sufrimiento, cosa que no puede hacer el animal que solo es capaz de manifestaciones de tristeza, decaimiento y de gritos no articulados en todos los casos.

En las experimentaciones efectuadas en los animales se espera de preferencia ver el resultado anatomo-patológico. Pero aun éste es no pocas veces negativo.

Hay venenos, medicamentos y virus que no ofrecen a la investigación necrópsica manifestación objetiva alguna, como sucede con los cianuros, el arsénico y algunas sustancias de origen vegetal como los alcaloides. Además, las manifestaciones anatómicas no pueden exclusivamente achacarse a determinados venenos o sustancias ingeridas o inyectadas a los animales, porque desde el momento de la muerte, las fuerzas físico-químicas no estando ya bajo el dominio de la vida, comienzan desde luego su labor desintegrante tanto más activa cuanto más debilitado se encontraba el organismo del animal sacrificado.

Demostrado que solamente en el hombre puede hacerse la experimentación de los medicamentos para conocer sus efectos positivos aplicables al mismo hombre cuando enfermo, veamos ahora como no es la única condición, se necesita además que el experimenta-

dor, antes de someterse a la prueba, esté perfectamente sano.

La salud ya hemos dicho que es un estado de equilibrio, de armonía, de bienestar inconsciente, que no admite exceso ni defecto, porque uno y otro desvían la balanza, que debe marcar el estado de equilibrio.

La salud es no solamente la unidad de funciones psíquicas y fisiológicas, sino también el término de comparación, el punto de partida para la apreciación de los signos morbosos, de esas cantidades abstractas que aunque son incapaces de número, sin embargo suman el grado de adinamia, restan las defensas del organismo, multiplican los dolores y marcan el déficit de la economía viviente.

Si la salud es la única que puede servir de término de comparación, de allí parte la experimentación homeopática para poder conocer los síntomas en la experimentación pura, para la apreciación del estado moral del enfermo y de los diversos matices que puede producir una substancia medicamentosa que afecta y perturba el organismo hasta entonces sano. Y estas substancias que se experimentan deben llegar al organismo siempre por la misma vía tanto al verificar la experimentación como al aplicarlas a los enfermos naturales. Esta condición se funda en el hecho de que las substancias al ser ingeridas, sufren antes de perturbar el organismo, las modificaciones bioquímicas peculiares de cada órgano del aparato digestivo. Si la experimentación pura se hace por la vía hipodérmica, por esa misma vía debe aplicarse como medicamento, por una razón análoga aun-

que diversa, y es que la substancia no sufrió antes las modificaciones digestivas.

Además, si la substancia medicamentosa se experimentó sola o asociada, debe aplicarse del mismo modo así como en la misma experimentación, como tintura, trituración, alcaloide, inyectada, inhalada, etc., etc.

Este proceder netamente científico de la Homeopatía, la pone muy por encima de la escuela tradicional cuya materia médica formada al acaso no puede vanagloriarse de haber cimentado sus adquisiciones en el modo más racional y seguro de llegar a conocer los efectos de los medicamentos, arsenal indispensable para vencer las manifestaciones morbosas.

La experimentación pura o hahnemania, se ha hecho desde la fundación de la Homeopatía, en todos los países del mundo y sucesivamente en el transcurso del siglo que ya lleva de existencia. Y cosa notable, los datos suministrados por el mismo Hahnemann que fué el primer experimentador, se han muchas veces comprobado, se han evidenciado, dejando al maestro en el mismo sólio que su genio le conquistara.

Como un monumento de su árdua labor que no dejarán de contemplar los siglos, existe impresa en todas las lenguas la *Materia Médica* de Hahnemann, con tal número de síntomas y datos que es materialmente imposible abarcarlos sin sentir el vértigo de la magnitud que aplasta.

Quando se contempla su obra se siente una ráfaga de infinito que sobrepasa a lo sublime. Las cataratas del Niágara son mudas, las gru-

tas de Cacahuamilpa imponen silencio, mientras las obras de Hahnemann entonan un himno eterno al Criador del universo!

§ II.—BASES DE UNA TERAPÉUTICA CIENTÍFICA.

Conocida la enfermedad y los medicamentos capaces de curarla, toca al presente investigar la relación que existe entre el estado morbooso y el medicamento que debe producir la curación. Esta relación, ley o principio debe ser el eje de una terapéutica para ser científica

Toda ciencia debe apoyarse en principios inmutables: la Terapia debe tener un principio inmutable.

La Terapia hipocrática fué naturalista.

La de Galeno es empírica y paliativa.

La Homeopatía es naturalista en cuanto tiende a prestar ayuda a la naturaleza siguiendo sus pasos.

La Alopátia moderna no es mas que el galenismo vestido a la moda de Pasteur.

El homeópata funda sus procedimientos en la ley de *similia* y en sus corolarios.

El alópata procede conforme a las teorías dominantes interpretadas al capricho.

La Homeopatía, dice Choppart, es racionalista en la parte teórica y positivista en la práctica: la Alopátia es positivista en la teoría y metafísica en la práctica.

La medicina alopática lucha con denuedo contra causas casi siempre imaginarias o invulnerables.

La Homeopatía lucha contra los efectos de las causas.

El alópata mira en cada enfermedad un enemigo contra el cual siempre lucha.

El homeópata mira en cada enfermo el resultado de una lucha por la vida y en cada síntoma un medio de defensa orgánica.

Suprimir los síntomas como lo hace la Alopátia, es quitar del organismo sus medios de defensa.

Tres principios dominantes han llenado la historia de la Medicina: *Natura morborum medicatrix* de Hipócrates; *Contraria contrariis curantur*, de Galeno; y *Similia similibus curantur*, de Hahnemann.

El *Similia similibus curantur* es un corolario natural del principio hipocrático.

El *Contraria contrariis curantur* es un principio de aparente verdad; pero en el fondo es un necesario absurdo, porque en la naturaleza no hay contrarios sino graduaciones.

El principio *Similia similibus curantur* es una paradoja con un fondo de verdad indiscutible.

El principio galénico satisface al vulgo; el principio homeopático solo es accesible a los que miran alto y piensan hondo.

El principio del contrario o antipatía es un absurdo porque en la naturaleza no hay contrarios sino graduaciones. Examínese cualquier síntoma y jamás se encontrará otra cosa que una simple graduación; por ejemplo la calentura 40° jamás será lo contrario de 37°, temperatura normal del organismo sano; el estreñimiento no es mas que una graduación respec-

to de la diarrea y lo mismo sucede con el dolor que jamás podrá ser lo contrario de la insensibilidad. El dolor es una exaltación de la sensibilidad y la anestesia una pérdida de la misma. Donde está lo contrario? Cuál es lo contrario de Tifo, de Difteria, de la Diabetes, etc? En las enfermedades definidas es más difícil todavía imaginar un estado contrario como sucede con algunos síntomas que aparentemente se contrarían.

Sin embargo, ha hecho fortuna el principio de los contrarios en medicina, porque hasta en el lenguaje relacionado con la ciencia médica se *combate* la enfermedad, se *emprende campaña* contra la *Peste bubónica* y el *Tifo*, como si fueran verdaderos enemigos visibles.

Este principio de la terapéutica galénica ha sobrevivido a pesar de la falsedad que encierra porque satisface a primera vista y da alivio pasajero a los que sufren. Se entiende tan fácilmente como lo de la tierra fija y el sol que gira, se ve, se palpa; para entender lo contrario se necesita un grado especial de ilustración que no llega a todo el mundo. Qué enfermo puede negar la eficacia de los laxantes para la constipación? Lo comprende hasta que es capaz de sentir su ineficacia y la necesidad constante de ellos para satisfacer sus necesidades.

En el presente caso no basta solamente vencer la ignorancia del vulgo respecto del método curativo de mejores y seguros resultados, como es la Homeopatía, hay que vencer también la costumbre que es una segunda naturaleza.

Ahora bien, cuando entre la enfermedad y el medicamento no existe relación alguna, es

cuando se llama *Alopatía*, término aplicado por el mismo Hahnemann al método empleado por la escuela tradicional cuya terapéutica explica la acción de sus medicamentos fundada en hipótesis más o menos ingeniosas; pero que en el fondo no guarda esta acción interpretada ninguna relación con la enfermedad que se pretende curar. Qué relación puede haber entre el *Tifo* y los *baños de agua fría* y las *purgas*? Qué analogía existe entre la *pulmonía* y los *irritantes de la piel*?

La razón de *analogía* entre los síntomas de la enfermedad y los del medicamento conocidos por la experimentación en el hombre sano, es la única relación aceptable por estar fundada en las leyes naturales de la organización como a continuación intentamos probarlo.

La relación homeopática se comprueba con los hechos y con los resultados, ante cuya evidencia tiene que ceder toda duda.

§ III.—LA NATURALEZA Y LA MEDICINA.

La Terapéutica homeopática es la única terapéutica científica. Y como tal aseveración necesita probarse, vamos a intentarlo, no con la extensión que se merece porque nos saldríamos de nuestro círculo trazado, ni con la maestría que demanda tamaña empresa, pero siquiera que sea bosquejando un intento, con el fin de añadir algo mínimo al grandioso edificio trazado y concluído por el mayor ingenio de la ciencia médica, el insigne Hahnemann cuya memoria respetarán las edades venideras.

La verdad es eterna como Dios, sobrevivirá a la misma destrucción y desaparición de los mundos infinitos que pueblan el universo: sobre esta base se ha erigido el suntuoso templo de la Homeopatía.

La naturaleza es la maestra por excelencia de toda ciencia y de todo arte.

Del estudio de la naturaleza ha resultado ese sinnúmero de enseñanzas que constelan el saber humano. De la naturaleza que hora sorprende con sus fuerzas y equilibrios, ya con sus transformaciones y síntesis, mas allá con la precisión matemática de sus movimientos y evoluciones y en todas partes precipitando el concierto de los fenómenos que mueven y alientan los seres de la creación.

Lo propio sucede con el arte. El artista no es mas que un imitador de la naturaleza, a ella debe el pintor sus colores, las formas expresivas de lo bello el escultor; y el músico las armonías que presiente del concierto de los mundos. El hombre llega al mundo sin más armas para luchar con la naturaleza inforne que su voluntad libre y su alma inteligencia, aprovechando sus enseñanzas es como logra sobreponerse a ella para vencerla; y de esta manera sujeta al rayo devastador y lo utiliza; amaina las tempestades y logra cruzar el espacio con más potencia, facilidad y perfección, que los peces en el agua y las aves en el aire.

Toda ciencia que se aparta de las enseñanzas de la naturaleza, se pierde en el vacío y se precipita en la noche del error; todo arte que no toma por modelo a la creación, no puede producir mas que deformidades.

La medicina o sea la ciencia de curar tiene que imitar en todo los esfuerzos de la naturaleza que tiende a la conservación y al restablecimiento de la salud.

Natura morborum medicatrix; la naturaleza es el mejor médico de las enfermedades.

Esta verdad la comprueban los insectos y los cetáceos, las aves y reptiles expuestos como el hombre a los desequilibrios de salud y que sin embargo, no necesitan de más médico que el dinamismo orgánico para recobrar la salud.

Numerosos hechos prueban que los seres organizados, afectados en su manera de ser, pueden reaccionar en contra de los agentes hostiles a su conservación y restablecer la integridad de sus partes constitutivas. En virtud de este poder, el vegetal repara prontamente las pérdidas que sufre, un zoófito reproduce las partes mutiladas, etc. En los animales de especie superior, esta regeneración es excepcional o al menos limitada a los tejidos simples; pero existe en ellos una tendencia manifiesta a la restauración, a la curación de las partes alteradas.

En multitud de circunstancias el organismo expelle de su interior por su propio esfuerzo, un cuerpo extraño o tiende a englobarlo o reabsorberlo. Cuando un vaso se oblitera, la circulación suplementaria tiende a restablecer el equilibrio; reacciones incesantes, trabajos silenciosos, espontáneos, de maravillosa actividad, se efectúan en el organismo sin cesar y ajenos de nuestro arbitrio. Así la tos, el vómito, la diarrea, los sudores, la poliuria, las

hemorragias, etc., son otros tantos medios de eliminación de los principios morbíficos.

El animal enfermo da al hombre lecciones de terapéutica y de higiene; busca abrigo, reposo, obscuridad; rehusa alimentos y busca medios de curación.

Hechos numerosos que sería imposible enumerar, prueban que se operan en el organismo viviente, numerosos actos emanados de una potencia espontáneamente reparadora, reconocida por el padre de la medicina y otros muchos sabios como Sydenhan, Baglivi, Stahl, Borden, etc. Nada hay mejor comprobado, dice Hufeland, que esta terapéutica de la naturaleza.

Los esfuerzos curativos de la naturaleza son modos de acción, atributos variados pero en el fondo idénticos, de la fuerza vital. El concurso de la naturaleza es indispensable para el éxito de toda indicación.

La fuerza vital agente primero de la formación orgánica, fuente común de las propiedades especiales de los sólidos y de los líquidos, es en el estado de salud como de enfermedad, el promotor principal de los actos necesarios para la conservación de los individuos.

Las aberraciones de la naturaleza en el acto de toda curación son excepciones que confirman la regla; y en este caso, la observación y la ciencia intervienen con el fin de corregir tales desviaciones: la *natura medicatrix* secundada por las luces de la ciencia acaba de triunfar en los estados morbosos.

§ IV.—LA HOMEOPATÍA.

El colorario inmediato y necesario del principio enunciado, *Natura morborum medicatrix*, es el siguiente en que se funda la doctrina de Hahnemann: *Similia similibus curantur*.

Este principio, literalmente quiere decir: *semejante con semejante se cura*; y en un sentido más lato se traduce: *semejante a como lo hace la naturaleza*.

La similitud se relaciona a los síntomas y no a las causas. La palabra *Homeopatía* quiere decir semejante al padecimiento y no a la lesión. El padecimiento es el fenómeno subjetivo en su sentido propio y sinónimo de la enfermedad en sentido figurado.

La Terapéutica homeopática al imitar a la naturaleza secunda los esfuerzos de ésta encaminados al restablecimiento o conservación de la salud.

Hahnemann llegó al conocimiento del principio que funda su doctrina por rigurosa inducción. La experimentación de los medicamentos le enseñaron que éstos curaban afecciones y síntomas parecidos a los que producían en el organismo sano de los que lo experimentaban. Y estos casos multiplicados indefinidamente desde la fundación de la Homeopatía, se repetían siempre con iguales resultados confirmando siempre el principio homeopático descubierto y sentado por Hahnemann como principio ineludible de la verdadera y única terapéutica.

Los hechos antes que el razonamiento, con

su elocuente evidencia pusieron en claro el secreto medicamentoso de muchas sustancias medicamentosas usadas empíricamente o cuyas virtudes curativas eran totalmente desconocidas.

Hahnemann en su obra el *Organón*, para dar una explicación al hecho de la homeopaticidad de las drogas respecto de los síntomas de las enfermedades, supone que los medicamentos desarrollan una enfermedad artificial o medicamentosa más intensa que la enfermedad natural y por consiguiente capaz de vencer ésta.

Esta teoría que propone el vidente fundador de la Homeopatía no deja de ser ingeniosa; pero tiene el inconveniente de necesitar de hipótesis una verdad que por evidente no necesita probarse con teorías. El principio homeopático es tan claro, tan sencillo, tan necesario que no necesita probarse ni comprobarse, se impone como verdad ineludible ante la evidencia de los hechos y como un corolario del poder curativo de todo organismo viviente.

La Terapéutica que se apoya en las enseñanzas de la sapientísima naturaleza, no necesita pruebas, lo que necesita demostrar es que no se aparta del sendero trazado por la misma naturaleza para cantar con ella el himno grandioso de la vida encauzada en las leyes que la mente de Dios ordenó desde el origen de los mundos.

El dinamismo vital no podía escapar de este general impulso en el ciclo pasagero de su existencia.

El organismo humano lleva consigo las ener-

gías necesarias que lo alientan, un escudo natural que lo defiende y una inteligencia que es el arma poderosa con la cual vence a la naturaleza.

§ V.—DOSIFICACIÓN DE LOS MEDICAMENTOS .

Labor de siglos y concurso de muchas inteligencias ha sido la adquisición de los conocimientos relativos a las enfermedades y a sus medios de curación.

Estos medios o recursos de toda naturaleza se apropian a los enfermos según indicación individual.

Los de acción dinámica o sean los medicamentos, forman la parte más interesante de toda curación tanto por su frecuente aplicación como porque son los medios más naturales y poderosos de prestar ayuda a la naturaleza en sus estados morbosos.

Toca ahora investigar lo relativo a las dosis de los medicamentos, su repetición, su simplicidad o complejidad y la duración de su acción en el organismo sano y enfermo, para poder conseguir con mayor seguridad el restablecimiento de la salud, fin último de todo conocimiento médico.

Hasta el advenimiento de Hahnemann no se había hecho ninguna experimentación encaminada a investigar inductivamente la cantidad de medicamento que es necesario aplicar a los enfermos para conseguir el efecto deseado. Su aplicación se ha basado en el temor de una intoxicación o en el grado aproximativo de resistencia de los pacientes. Y aun teniendo presen-

tes las dos circunstancias apuntadas, la repetición de la dosis echa por tierra la dosificación oficial: la mezcla de muchas drogas neutraliza o exalta la potencia medicinal y de todo el conjunto no se tiene dato preciso químico ni fisiológico ni puede esperarse un resultado preciso.

Otra cosa ha pasado en la escuela homeopática respecto de la dosificación del medicamento.

Hahnemann llegó a las dosis pequeñas o mínimas (infinitesimales) hoy comprobadas por las modernas teorías de Gustavo Le Bon por la potencia de las oxid~~as~~as (dosis infinitesimales) o sustancias coloidales, por medio de la experimentación y la constante observación, base de la medicina positiva.

El insigne fundador de la Homeopatía comenzó propinando a los enfermos las dosis masivas acostumbradas en la medicina tradicional; pero notó que estas dosis producían un efecto demasiado intenso y peligroso. (Cualquiera puede desde luego esperar este resultado teniendo en cuenta que la droga produce o tiene que producir los mismos síntomas que trata de curar). A un enfermo de vómitos y náuseas pretender curarlo con un vomitivo de ipecacuana es no solo agravarlo sino ponerlo en gravísimo peligro. Por esta razón desde luego el fundador de la Homeopatía dió pequeñas dosis que fué disminuyendo progresivamente hasta llegar a las dosis que a los poco observadores causan hilaridad, no obstante que la física, la química y la fisiología, nos patentizan que la materia es divisible hasta el infinito

y en este grado es capaz de modificar el organismo.

La experimentación, la observación, y los seguros resultados obtenidos durante más de cuarenta años que duraron sus observaciones y las que posteriormente se han seguido haciendo desde principios del siglo pasado hasta la fecha, han confirmado el uso de las pequeñas dosis en la Homeopatía que los hechos y los resultados han puesto en evidencia.

Este lenguaje es más elocuente que las razones dictadas por la costumbre contra la cual es peligroso luchar sin atraerse el odio, el menosprecio o la indiferencia.

Las dosis pequeñas son un corolario natural y necesario del principio homeopático. La comprobación inductiva exime de toda razón o hipótesis; sin embargo, militan en su defensa multitud de razones que apuntaremos a la ligera.

1º Todo medicamento aplicado a grandes dosis produce dos efectos sucesivos: es el primero físico-químico; y el segundo, fisiológico o de reacción. El primero es como quien dice de agresión; y el segundo de instintiva defensa orgánica. El primer efecto de la aplicación del hielo, es de frío y el segundo es de reacción. El laxante provoca evacuaciones albinas, después constipa. El opio primero adormece, después excita: el morfinómano patentiza nuestro aserto. A la excitación provocada por el alcohol sucede una depresión intolerable que excita de nuevo a la bebida. Así podría seguir enumerando ejemplos. Ahora bien, cuando se toman dosis mínimas de estas mismas substancias, entonces se provoca en el organismo el efecto secun-

dario o de reacción: esto se ha comprobado con los hechos y se confirma con la práctica constante. Una dosis mínima de ipecacuana, hace desaparecer inmediatamente el vómito, una de opio el constipado, otra de arsénico las evacuaciones, etc., siempre que estas medicinas estén perfectamente indicadas en el sentido homeopático. La medicina tradicional tiene ejemplos numerosos de la acción de las medicinas según su dosificación; así el calomel a grandes dosis es un purgante; a pequeñas dosis cura ciertas diarreas. Las pequeñas dosis de arsénico las emplea el alópata como tónicos siendo que el arsénico a dosis grandes o tóxicas, produce un estado de adinamia profunda que es la que pone en peligro la vida del intoxicado.

29 Todo medicamento va dirigido en el sentido de los mismos síntomas morbosos. Es decir, que hay que tomar medicinas que producen síntomas semejantes a los que curan: esta es la Homeopatía, como antes se ha demostrado.

Ahora bien, el organismo enfermo es infinitamente más sensible que el sano: este hecho nadie se atreverá a negarlo. El ojo sano tolera la luz que el ojo enfermo no soporta. El peritoneo es capaz de resistir un peso de 100 kilogramos o más, al estado sano; mientras al estado inflamatorio, no soporta ni el peso de una mosca sin sentir terribles dolores.

Siendo muy sensible el organismo al estado enfermo y obrando los medicamentos en el sentido de esta hiperestesia, las dosis deben de ser también muy pequeñas y en proporción con la sensibilidad del organismo enfermo. Por

esta razón las dosis homeopáticas no trastornan ni envenenan e impunemente pueden ingerirse los medicamentos al estado sano. Este hecho es un poderoso argumento que intentan oponer nuestros adversarios a las pequeñas dosis; sin tener en cuenta que el organismo sano soporta sin molestia alguna, la acción de las corrientes aéreas, el rayo del sol, la humedad, el frío, etc., etc. que al estado enfermo causarían muchísima molestia. El que no molesten al estado sano prueba que tampoco molestarán al enfermo? De ninguna manera

Al organismo enfermo hay que tratarlo conforme a su grado de hiperestesia y más cuando se obra en el mismo sentido de su sensibilidad exaltada. Si al estado sano no se soportan determinadas dosis que marca la farmacopea, mucho menos pueden resistirse al estado enfermo cuya resistencia ínfima está en razón inversa de su sensibilidad.

Por estas causas las dosis mínimas o infinitesimales de la Homeopatía, no perturban las funciones fisiológicas del hombre sano y son capaces de provocar acciones dinámicas en el organismo enfermo infinitamente más sensible que el organismo sano.

3º La acción de los medicamentos es dinámica, es decir, que no obra de una manera físico-química sino promoviendo o excitando las fuerzas meramente vitales con el fin de enderezarlas a un trabajo de reparación, substitución, eliminación, etc., trabajos instintivos de defensa para la conservación del individuo o multiplicación de la especie. Ejemplos de esta acción dinámica del organismo los tenemos a

3

X

cada paso a la vista y los palpamos en nosotros mismos y en nuestros semejantes. La simple vista de la ingestión de un membrillo o limón provoca salivación y hasta la contractura de los músculos masticadores; el ruido agudo y el chirrido, crispan la piel; la vista de una víbora produce calosfrío; el olor del almizcle provoca perturbaciones en el sistema nervioso conforme a la idiosincracia del que lo percibe. Las emanaciones olorosas todavía puede decirse que obran de una manera físico-química, mientras que en la simple sugestión o autosugestión, no existe agente medicamentoso capaz de modificar el organismo y sin embargo, es capaz de provocar no sólo perturbaciones en la esfera funcional sino también en la estructural. Por la simple sugestión se puede provocar en la piel de los hipnotizados ampúlas y vesículas como las que produce la aplicación del veneno cataridiano, de la mostaza, del mercurio, etc.

Qué de extraño tiene que una dosis mínima de sustancia medicamentosa, divisible hasta el infinito, sea capaz de excitar los centros nerviosos y poner en actividad el dinamismo vital siempre dispuesto a responder a la menor impresión?

4º La divisibilidad de la materia hasta lo inconcebible, da la explicación de las dosis homeopáticas. *Corpora non agunt nisi soluta* principio químico que explica la acción más eficaz de los cuerpos o sustancias químicas a proporción que se encuentran más divididos. Su división hace más extensa su superficie de receptividad y de acción. Léanse las modernas teorías del eminente Gustavo Le Bon sobre la

disociación de la materia y la producción de las fuerzas, en sus siempre atractivas obras *Evolución de la materia y Evolución de las fuerzas*. Estos trabajos de investigación no solo se concretan a la física y a la química, son aplicables a la medicina y corroboran, sin querer, la dosificación hahnemaniana tan discutida y menospreciada.

Los metales coloidales son otra prueba de la suma divisibilidad de la materia y también de la transformación de la materia en fuerza cuanto más dividida o disociada.

El medio empleado para preparar los metales coloidales consiste en comunicar los dos polos de una bobina de inducción por dos barras formadas por el metal que se haya de disociar, plata, oro, platino, etc. las cuales se sumergen en el agua destilada. Haciendo estallar chispas entre las dos barras, según el método descrito por Bredig, se ve formarse una nube al rededor de los electrodos. Al cabo de cierto tiempo, el líquido se colora, y contiene, además de las partículas metálicas arrancadas de los electrodos y fáciles de separar por filtración, alguna cosa desconocida procedente de la disociación del metal al que se da el nombre de coloidal. Si se prolonga la operación, éste último ya no se forma, como si el líquido estuviera saturado. Las propiedades de los metales coloidales no tienen ninguna analogía con las de una sal del mismo origen. Por alguna de sus acciones se aproximan mucho más a los compuestos orgánicos que a las sales minerales, como sucede con las oxidasas; presentan analogías con las toxinas y fermentos. El platino coloidal descompone el

agua oxigenada como lo verifican ciertos fermentos de la sangre; transforman así mismo el alcohol por oxidación en ácido acético, como lo hace el *microderma aceti*. El iridio coloidal descompone el formiato de cal en carbonato de cal, ácido carbónico e hidrógeno, a la manera de ciertas bacterias. Y, cosa aún más curiosa, los cuerpos que, como el ácido prúsico, el yodo, etc. envenenan los fermentos orgánicos, paralizan o destruyen de igual modo la acción de los metales coloidales.

Verdadera cantidad infinitesimal es la que representa la substancia coloidal respecto del metal de su origen. En las experimentaciones efectuadas, las dos barras de metal de los polos de inducción, por muchos años pueden servir para verificar los experimentos de producción del metal coloidal, y sin embargo, no ha habido modo de poder medir la cantidad de metal que se pierde y se transforma en coloidal, el peso permanece el mismo: ha habido disociación de materia a expensas del metal disociado.

El mundo de lo infinitamente pequeño nos sorprende en todas partes: ora en los microbios, ya en las diastasas, enzimas, toxinas y acciones de presencia; qué de extraño e imposible tiene que una dosis medicamentosa dividida un millón o billón de veces, pueda aún desarrollar su acción dinámica sobre el organismo?

Obran las pequeñas dosis por catalisis?

Estas acciones de presencia llamadas *catalíticas* se observan en la Química con mucha facilidad. El oxígeno y el ácido sulfuroso sin acción el uno sobre el otro, se unen para formar

el ácido sulfúrico en presencia del negro de platino, sin que éste intervenga en la reacción; la presencia de este mismo, da lugar a un desprendimiento de ázoe venido del nitrato de amonio, habitualmente inalterable. *Los cuerpos catalizadores, dice Gustavo Le Bon, serían pues, simplemente libertadores de energía.*

Las dosis homeopáticas, de igual modo, no serían más que las excitadoras del dinamismo vital. X

La dosificación homeopática desarrolla en el medicamento un dinamismo intenso y aumenta su superficie de acción. Y

Hahnemann empleó el sistema decimal para la dosificación de los medicamentos mucho tiempo antes de que los franceses tomaran como unidad de medida la diezmillonésimaava parte del cuarto del meridiano terrestre.

El método seguido es de la división siguiendo una escala decimal o centesimal; esta última es la más utilizada; y la unidad de peso es la gota de agua o sea mas o menos la vigésima parte de gramo, para las diluciones. Para las trituraciones la unidad de peso era el grano o actualmente el gramo en escala decimal o centesimal.

El modo de dividir es de lo más sencillo y de resultado seguro para poder obtener una solución perfecta de la substancia medicamentosa en el vehículo, agua o alcohol. Se toma una gota de la tintura y se mezcla en noventa y nueve gotas de alcohol o agua, se sacude varias veces hasta su perfecta difusión en el líquido.

De esta primera solución o dilución se toma una gota y se mezcla en otras noventa y nueve

gotas de agua o de alcohol: en esta segunda *dilución* hay una proporción de 1 x 10,000 respectivamente entre el medicamento y el vehículo. Así se sigue progresivamente de tal manera que a la 3^a, 6^a, 9^a, etc. dilución representan sucesivamente una millonésima, billonésima, trillonésima de gota de tintura.

El modo de preparación de los medicamentos, dice Bechet, hace posible la dilución perfecta y desarrolla mecánica y dinámicamente su acción.

Acostumbrados a las dosis sensibles no somos capaces de concebir estas dosis mínimas de medicamento, sin pensar que si prácticamente ponemos una gota de tinta negra saturada, en noventa y nueve de alcohol o de agua, y de ésta se toma una gota y se vuelve a mezclar en otras noventa y nueve de agua, etc., a la tercera vez que se repita la operación se tendrá la 3^a dilución que estará en proporción de una millonésima o sea de una gota de tinta diluida en 50 litros de agua. Por este procedimiento se notará todavía el colorido de la solución: pero si de una vez echamos la gota de tinta en los 50 litros de agua, ninguna coloración podrá percibirse. A la 6^a dilución o sea en la proporción de una gota por 50 millones de litros, todavía se percibe, siguiendo este método, el olor del almizcle, de la asa fétida y de todas las sustancias de olor penetrante. Ahora podemos preguntar, solamente las sustancias perceptibles son capaces de tal división?

Penetremos con los ojos del entendimiento a ese mundo microscópico donde evoluciona el elemento primordial de la materia organizada,

donde la vida en sus primeras y rudimentarias manifestaciones hace gala de su actividad, donde se encierran para desempeñar determinadas funciones, ora un protoplasma, parte solo de una celdilla que apenas mide una centésima de micra; y que sin embargo, contiene un retículo, un enquilema y ¡oh pasmo de lo pequeño! contiene inclusiones de muchas sales minerales.

Solamente la imaginación puede concebir la cantidad infinitamente pequeña de sales que puede contener un enquilema, encerrado entre las mayas del retículo y éste que es parte integrante de una celdilla que apenas mide una centésima de micra, es decir, una centésima parte de una milésima de milímetro.

Los aparatos ópticos nos han dejado atónitos ante el espectáculo, no imaginado, de seres que han vivido ocultos tantos siglos a nuestra observación y que han cumplido su destino en el concierto universal de lo criado; la ciencia escudriñando lo infinito en lo grande y en lo pequeño no descansa y cada día nos ofrece nuevas sorpresas, ora midiendo las distancias, ora sorprendiendo los primeros albores de la vida; qué extraño tiene que así como podemos llegar a la convicción de que existen millones de seres vivos en una gota de agua, existan a la vez en otra gota de agua, átomos de sustancias medicamentosas esparcidas en su masa, difundidas en todas y cada una de sus partes.

Tenemos ejemplos de la suma divisibilidad de la materia en los tres reinos de la naturaleza. El almizcle, las flores, esparcen sus perfumes sin aparente pérdida de substancia; el ra-

dio, el uranio el helio, se disocian produciendo emanaciones infinitesimales; y los cuerpos en general se disocian bajo la influencia de los rayos solares sin que haya medio capaz de valuar las pérdidas que sufren en el transcurso de muchos años.

Las dosis homeopáticas resultan grandes cantidades de materia al lado de las emanaciones, yones, electrones, oxidadas, etc. que las investigaciones más modernas han llegado a descubrir en los cuerpos radioactivos y en todos los cuerpos de la naturaleza al disociarse para transformar sus átomos en potentes energías.

El medicamento propiamente dicho, dice Bechet, al obrar dinámicamente, no saca su potencia de la cantidad de materia que contiene sino de la cualidad substancial de su composición elemental, por lo tanto, si solamente obra de una manera físico química, desvirtuaría su acción dinámica que es la principal y necesaria.

§ VI.—PROFILAXIA.

Poner a la humanidad en condiciones de que no llegara a sentir lo que es el sufrimiento de las enfermedades, sería el completo triunfo de la ciencia médica. La Higiene tiene por objeto la conservación de la salud; la Profilaxia, tiene por objeto prevenir las enfermedades; la primera guarda como un tesoro que jamás debe sufrir detrimento, la salud que es el diamante de más subidos quilates que adorna a la humanidad; la segunda escuda al organismo contra

las múltiples y continuas asechanzas de que es objeto en el conflicto perpetuo de la vida.

No hay que confundir la Higiene con la Profilaxia; aquella como antes se dijo, emplea los medios y ésta los remedios. La limpieza, la temperancia, el aislamiento, las cuarentenas, etc. son medios higiénicos que solo tienden a conservar la salud; mientras los medicamentos verdaderamente homeopáticos, la vacuna, la seroterapia, etc., son verdaderos profilácticos.

La defensa que confiere el verdadero profiláctico, debe de ser como el resultado de una educación intuitiva, debe de ir con el individuo, invívito en su propio ser, sin artificio, inconsciente, natural: como quien ha pasado el peligro y desde lejos lo contempla. Los convalecientes del *cólera*, del *tifo*, de la *viruela*, miran sin temor, con indiferencia completa, a los enfermos que le rodean, atacados de las mismas; mientras los que no tienen seguridad de escapar de ellas, vacilan, temen, huyen, para evitar el peligro.

El hombre honrado y virtuoso por intuición, lo es sin necesidad del guarda que lo vigile; no por temor al castigo, no por miedo de una deshonra; cualquier acto indigno lo avergüenza a sí mismo aunque todo el mundo lo ignorara; el hombre sano y fuerte que lleva en su organismo la resistencia propia y el vigor suficiente para ponerse a salvo de todo peligro morbosos, no necesita de aislamiento, de antiséptico, ni de nada para dejar de contraer la enfermedad: lleva consigo la defensa propia, es la inmunidad que confiere la propia naturaleza.

Infeliz de la humanidad si estuviera conde-

nada infaliblemente a pagar el tributo de todas y cada una de las enfermedades! No sería suficiente el plazo de la vida, para llegar a saldar esta ominosa cuenta que lo tendría sujeto siempre a conquistar una emancipación imposible.

Vivimos constantemente en medios infecciosos, ora exacerbados por los cambios atmosféricos, ora recrudecidos por el hambre, las guerras y las diversas calamidades, herencia propia de la frágil humanidad; nos codeamos con los tísicos, leprosos, sifilíticos, herpéticos, etc. visitamos enfermos de tifo, sarampión, escarlatina, difteria, etc., el terrible azote del cólera se desborda desde el Ganges, la peste sale de sus madrigueras amenazando a la humanidad; y sin embargo, no siegan parejo, respetan más vidas dejando en pie a los fuertes, a los naturalmente inmunizados, a los que no llevan en sus cuerpos las cicatrices de las derrotas anteriores.

El aislamiento, la cuarentena, son útiles a falta de otros recursos más eficaces y seguros, es la retirada del inerme o débil ante el empuje del más fuerte, es la precaución a falta de la defensa, no puede reputarse como un triunfo sino un medio de no sufrir la derrota. Y lo más triste es que los débiles a pesar de su prudente retirada, llevan consigo los gérmenes mortíferos que habrán de asediarlos y vencerlos. Es inútil esa retirada cuando el agente infeccioso ha copado a todos bajo el mismo techo y si la enfermedad no ha hecho desde luego explosión en todos los individuos, es por el diferente plazo de toda incubación.

Búsquese el profiláctico medicamentoso más

semejante en sus efectos fisiológicos a los síntomas de la enfermedad específica y habrá de conseguirse preservar a la mayoría de los contagiados; los agentes infecciosos, de dañinos, se tornarán en enemigos impotentes e inofensivos.

La medicina tradicional puede vanagloriarse de sus vacunas y de sus sueros antipestosos; pero jamás podrá contar el número de profilácticos medicamentosos de que se enorgullece la terapéutica homeopática que cuenta casi en cada medicamento un verdadero profiláctico.

El tipo de profiláctico en la escarlatina es la Belladonna, porque la patogenesia de esta medicina reproduce el cuadro sintomático de esta enfermedad. Lo propio puede decirse del Acónito respecto del sarampión, del Antimonio y Mercurio respecto de la viruela, la Thuja respecto de la sicosis, el Sulphur respecto de la sarna, etc., etc.

La Belladonna cura y preserva de la escarlatina, el Veratrum album cura y preserva del cólera morbus y así por ese tenor sucede con muchos medicamentos de la ya muy rica terapéutica homeopática.

Y nótese de paso que la vacuna, los sueros y las sustancias isopáticas como el tuberculinum, vaccinum, etc., preservan y curan gracias a su homeopaticidad.

“Dada una enfermedad real o virtual, dice Granier, una vez conocida, será tan fácil prevenirla como curarla, es decir, tan fácil neutralizarla en su virtualidad como en su actualidad.”

Esta facilidad resulta del conocimiento que

se tiene de los medicamentos adquirido por medio de la experimentación pura, fuente segura e inagotable de la verdadera profilaxia y de toda medicación.

El medicamento profiláctico, verdadero vástago del sentir homeopático, será en las edades venideras el escudo de diamante donde habrán de embotarse los dardos de todas las enfermedades específicas.

§ VII.—PALIATIVOS.

Cuando ya todo recurso de cualquier orden sea incapaz de devolver la salud a los enfermos, el médico debe intentar al menos mitigar los sufrimientos. A este fin se enderezan los llamados paliativos.

El uso de los paliativos debe de limitarse exclusivamente a los casos incurables de toda enfermedad dolorosa o que ponga en gravísimo peligro la vida del enfermo. El narcótico que hace insensible a los dolores, solamente debe permitirse cuando haya concluido la misión del médico y comience la de la filantropía y la caridad que no pueden ver sin conmoverse, las lágrimas de los que sufren.

Cuando el *cáncer* ha concluido su obra de exterminio y sigue torturando implacable al enfermo, entonces la mano piadosa del calmante se extiende y acaricia, siquiera sea por un momento, ese organismo que ya no soporta las torturas de la cruel enfermedad.

La escuela tradicional ha llevado hasta el abuso la aplicación de los paliativos con detri-

mento de los enfermos, los cuales por un rato de bienestar, soportan después dolores más intensos y prolongados. Y no sólo es ésto, el paliativo suspende la evolución natural de la enfermedad o la desvía, despertando reacciones más fuertes análogas o distintas, como sucede con el dolor que calma desde luego y que después exacerba, la constipación que cede por el momento para hacerse después más tenaz y más molesta.

En los cólicos hepáticos o nefríticos, estos dolores intensos son la manifestación de un trabajo de expulsión, doloroso pero necesario. La morfina hace desaparecer los cólicos, paralizando las contracciones espasmódicas de los conductos vectores y deteniendo las concreciones en su camino que, como cuerpos extraños, provocan inflamaciones o soluciones de continuidad mil veces más peligrosas y temibles que un dolor, que si bien es angustioso y tremendo, en cambio casi nunca presenta peligro inminente. Ningún dolor por intenso que sea es capaz de producir la muerte, mientras no sea resultante de lesiones extensas y profundas del organismo. El dolor más intenso cuando ya la economía se agota por el sufrimiento, provoca, cuando más, un síncope poco peligroso que es el narcótico de la naturaleza y la tregua de un trabajo insuperable.

En estos trances angustiosos de la vida, muy pocos médicos tienen la entereza de mantenerse firmes evitando el paliativo que será siempre funesto para el enfermo cuya dolencia reaparecerá con mayores bríos y por más dilatado tiempo.

Los paliativos deben ser muy limitados. Ya repetimos, tienen dos casos de indicación precisa: los casos incurables y los de inminente peligro.

No deben reputarse como paliativos los narcóticos empleados en las operaciones quirúrgicas, en las maniobras distósicas, etc. como son el cloroformo, el éter, la cocaína, etc., que no van dirigidos a calmar un dolor sino a evitarlo durante la operación. La reacción que provocan en estos casos no van en el mismo sentido de la operación si no en un sentido distinto que en nada podrá afectar el resultado de la indicación quirúrgica.

No sucede lo mismo cuando se trata de dar alivio pasajero suprimiendo un síntoma como el dolor, la diarrea, el vómito, la hemorragia, etc., porque en este caso, todos estos síntomas reaparecerán con mayor intensidad tan luego como cese la acción primitiva del medicamento paliativo.

La purga o el vomitivo en casos de intoxicación, no son paliativos, son medios de eliminación del tósigo antes que se absorba en el organismo y su acción físico-química se transforme en dinámica.

“Jamás se ha tratado ningún síntoma grave de una enfermedad (*Org.* § 59 continúa), con tales remedios contrarios o paliativos, sin que al cabo de algunas horas haya dejado de reaparecer el mal, evidentemente más grave. Así, para disipar una tendencia habitual a adormecerse, se administra café, cuyo efecto primitivo es causar vigilia; pero luego que esta acción había pasado, la propensión al sueño

reaparecía, más fuerte que antes. Cuando un hombre padecía insomnio, sin atender para nada a los otros síntomas de su enfermedad, se le hacía tomar el opio, que en virtud de su acción primitiva, le procuraba durante la noche un sueño de entorpecimiento y estupor; pero el insomnio se hacía más pertinaz las noches siguientes. Se oponía el opio a las diarreas crónicas, sin tener en consideración los otros síntomas, porque su efecto primitivo es el estreñimiento de vientre, pero después de haberlo suspendido por algún tiempo, la diarrea reaparecía más molesta que antes. Los dolores vivos que se reproducían por accesos frecuentes, se calmaban momentáneamente, es cierto, bajo la influencia del opio, que embotaba la sensibilidad; pero jamás dejaban de renovarse, con mayor intensidad, y aun muchas veces en un grado insoportable, o bien eran reemplazadas por otro accidente mucho peor.

“El médico vulgar no conoce nada mejor que el opio para la tos antigua cuyos accesos se presentan principalmente durante la noche, puesto que su efecto primitivo es extinguir toda especie de irritación; puede muy bien suceder que el enfermo experimente alivio en la primera noche, pero en las siguientes, la tos reaparecerá más intensa que nunca; y si el médico se obstina en combatirla por medio del mismo paliativo, aumentando gradualmente la dosis, se unen a ella la fiebre y los sudores nocturnos. Se ha creído disipar la debilidad de la vejiga y la retención de la orina, que es su consecuencia, administrando la tintura de cantáridas que estimulan las vías urinarias; pero

si en verdad resultan al principio algunas evacuaciones forzadas, la vejiga se hace después menos irritable, menos susceptible de contraerse y está más expuesta a una parálisis. Se alaban de poder combatir una disposición inveterada al estreñimiento, con purgantes a dosis altas que producen abundantes y fuertes deyecciones; pero el efecto secundario de este tratamiento, es constreñir aún más el vientre. Un médico vulgar aconseja beber vino con el fin de hacer que desaparezca una debilidad crónica, pero como este líquido solo estimula mientras dura el efecto primitivo, el resultado de la reacción es disminuir aún más las fuerzas. Se quiere calentar y fortificar un estómago frío y perezoso con el uso de los amargos y de las especias, pero el efecto secundario de estos paliativos que solo excitan mientras dura su acción primitiva, es acrecentar todavía la inacción de la víscera gástrica. Se ha imaginado que los baños calientes convenían para remediar la falta habitual de calor vital; pero al salir del agua los enfermos están todavía más abatidos, más difíciles de calentarse y más sensibles al frío que antes. La inmersión en el agua fría alivia instantáneamente los dolores causados por una fuerte quemadura; pero luego ese dolor aumenta hasta un grado increíble la inflamación a las partes vecinas y adquiere mayor intensidad. Se pretende curar un romadizo antiguo con los estornutatorios porque excitan la secreción de las mucosidades nasales; y en último resultado se observa, que este método acaba siempre por agravar el accidente, para cuya curación se había creído útil. La

electricidad y el galvanismo, potencias que en su principio ejercen grande influencia en el movimiento muscular, restituyen con prontitud la movilidad a miembros largo tiempo debilitados y casi paralizados; pero su efecto secundario es la extinción total de la irritabilidad muscular y una parálisis completa. La generalidad de los médicos tan sólo sabe oponer al aniquilamiento casi paralítico de lo físico y de lo moral, que es uno de los síntomas principales del tifo, la valeriana a dosis altas, porque esta planta es uno de los más poderosos estimulantes que se conocen; pero no han observado que la excitación producida por la valeriana es un puro efecto primitivo y que después de la reacción del organismo, el estupor y la imposibilidad de obrar, es decir, la parálisis del cuerpo y la debilidad de espíritu aumentan infaliblemente; no han notado que los enfermos, a quienes se administra la valeriana en semejante caso opuesto o antipático, son precisamente a los que la muerte arrebató casi con seguridad. Cuando en las caquexias el pulso es pequeño y acelerado, los médicos de la antigua escuela consiguen hacerlo lento por espacio de muchas horas con una primera dosis de digital purpúrea, cuyo efecto primitivo es provocar lentitud en la circulación; pero no tarda luego el pulso en recobrar la misma velocidad que antes tenía; dosis repetidas y sucesivamente más fuertes de digital, producen cada vez menores resultados y acaban por ser impotentes; el número de pulsaciones llega a ser incalculable durante la reacción; el sueño se pierde con el apetito y las fuerzas, y es inevitable una muer-

te pronta si no se declara la manía. En una palabra, la antigua escuela jamás ha tenido en cuenta, que muchas veces el efecto secundario de los medicamentos antipáticos, es acrecentar el mal, y aun determinar alguna cosa todavía peor: la experiencia nos suministra bastantes pruebas de ésto, capaces de horrorizarnos."

Hasta aquí el párrafo citado del *Organón* que patentiza con hechos los efectos perjudiciales de los paliativos cuando solo tienden a suprimir por un corto tiempo determinados síntomas sin tener en cuenta sus efectos secundarios. A la cabecera de los enfermos hay que llevar la convicción de que los paliativos son altamente perjudiciales cuando puede esperarse la curación completa de los enfermos. Deben preferirse siempre las incomodidades y dolores de la natural enfermedad a las molestias consiguientes e inseparables de estos pasajeros lenitivos que si ofrecen en dorada copa el bálsamo que consuela, en cambio cercenan la vida y hacen más prolongado el sufrimiento.

§ VIII. —MEDIOS CURATIVOS.

Hasta aquí se ha tratado de los medicamentos o sea de los recursos de acción dinámica, primitiva o secundaria, ya como curativos, ya como profilácticos o como paliativos; toca al presente, indicar al menos, los recursos de otro género con los cuales también se presta ayuda a la naturaleza para conseguir el restablecimiento de la salud. Estos recursos que no son de orden médico, se han agrupado siem-

pre en dos grandes clases: *fisioterápicos y quirúrgicos*.

Los mismos medios que sirven para el mantenimiento de la vida y que son indispensables para el normal ejercicio de las funciones, pueden alternativamente perturbar o restablecer la armonía funcional del organismo. Las influencias higiénicas pueden ser a la vez causas de enfermedades y medios de curación.

La potencia de esta clase de agentes sobre el organismo es inmensa y resulta de la continuidad o de la frecuencia de su acción la cual modifica profundamente el organismo. Esta acción es comparable a la de la gota de agua que perfora la roca más dura.

Los agentes higiénicos contribuyen de una manera muy principal y muy variada no solo a la conservación de la salud sino también a su propio restablecimiento. El aire, la luz, el calor, la humedad, influyen y tienen parte principal o complementaria de la acción medicamentosa. Los climas, localidades, el campo, las habitaciones, los vestidos, los alimentos, etc., etc., contribuyen de la misma manera, siendo no pocas veces los únicos recursos a que tiene que acudir el médico para conseguir el fin deseado.

Los agentes físico-químicos pueden manifestar su acción sobre todos los animales incluso el hombre y aun sobre el mismo cadáver, mientras el efecto dinámico de los medicamentos solamente puede manifestarse sobre los organismos que son capaces de reacción. Los agentes morales tienen potencia benéfica solamente sobre el hombre que goza de sus facultades intelectuales.

La potencia moral sobre la organización humana es tan considerable que la mayor parte de las veces concurre al éxito de una curación.

Hay enfermos que por piedad real o por fanatismo, por orgullo, por vergüenza, dan pruebas de una gran resistencia o de un valor extraordinario; mientras otros dominados por el terror, la tristeza, la pasión del amor, etc., se exponen a muchas enfermedades.

Por la vía de los sentidos se llega a la moral. Es necesario que las impresiones a las cuales se han de someter los enfermos, sean determinadas, previstas y coordinadas de tal manera que produzcan los efectos deseados. El aislamiento, la tranquilidad, el silencio, la distracción, el cambio de lugar, la vuelta a la Patria, la música, etc., etc., tienen una acción incontestable sobre el modo de ser morboso de los individuos, provocan efectos útiles, reacciones saludables; porque la vida espiritual tiene también su fuerza medicadora.

La presencia del médico ejerce desde luego una gran influencia en la futura salud del enfermo, su acción sugestiva o fascinadora despertará en el organismo enfermo, fuerzas latentes hasta entonces inactivas.

La Cirugía es y ha sido siempre otro de los recursos y medios mecánicos o manuales de que se vale el arte para ayudar a la naturaleza en los casos morbosos que demanden esta indicación.

La naturaleza en este caso, como en todos, es la que verdaderamente hace la curación, pues no se concibe cicatrización sino mediante los esfuerzos de la vitalidad, siendo el arte qui-

rúrgico ayuda indispensable en muchos casos o simplemente secundaria y por razón de estética en no pocos; pero no pasa de ser la adyuvante de la naturaleza.

La moderna Cirugía ha conquistado un lugar prominente entre las ciencias médicas, desde que la asepsia guía sus pasos, triunfo obtenido desde que Hahnemann primero, la consignó en sus escritos y en su práctica y después los descubrimientos de Pasteur la confirmaron.

La asepsia o limpieza, mediante el agua hervida y la esterilización completa del medio operable y de todos los objetos empleados en las maniobras operatorias, facilitan la cicatrización pronta y completa del órgano o tejido afectado.

Solo falta que en la escuela antigua se supriman tantos medicamentos sépticos como se hace ingerir a los infelices enfermos.

§ VIII. — MÉTODOS TERAPÉUTICOS.

El método o camino por el cual se llega al fin que es la salud de los enfermos, consiste en la aplicación científica de los medios indicados.

La elección del método es de la más alta importancia porque aun cuando todos tienden al mismo fin, no todos conducen con la misma certidumbre ni con la misma rapidez.

Hipócrates, como en todo lo referente a la medicina, fué el primero que señaló el camino más recto fundado en la observación de la naturaleza.

Galeno dividió los métodos en *racional*, *empírico*, *dogmático* y *específico*.

Barthez intentó clasificar las principales reglas de la práctica, dividiéndolas en *naturales, analíticas y empíricas*.

Hé aquí como formuló los principales atributos: los *métodos naturales* tienen por objeto preparar, facilitar y fortificar los movimientos espontáneos de la naturaleza que tienden a operar la curación.

Los *métodos analíticos* son aquellos que atacan cada una de las afecciones o manifestaciones esenciales de la enfermedad.

Los *métodos empíricos* intentan cambiar directamente la forma de la enfermedad por medio de medicamentos que indica el razonamiento fundado en la experiencia de su utilidad en casos análogos.

Renouard dividía los diversos modos de tratamiento en *sintético, analítico, expectante y explorador o perturbador*.

Unas palabras sobre cada uno de los métodos usados hasta la época actual.

La *expectación* fué uno de los dogmas de la doctrina hipocrática. Este método lo siguieron Harvey, Stahl. *Satius est nullum quam anceps remedium*.

En este método había que esperar la *oportunidad* para emplear los medios de ayudar a la naturaleza. Esta *oportunidad*, decía Hipócrates, *puede ser fugitiva, instantánea y se necesita de habilidad y de tacto para aprovecharla*. (Hipócr. af. I. - lib. I). La oportunidad hace todo el éxito de los remedios.

La naturaleza indica no pocas veces estas tendencias, es el *quo natura vergit* de los antiguos. El médico que secunda las felices dispo-

siciones de la naturaleza es el que puede con toda seguridad esperar el éxito; pero se ha de curar como decía Asclepiades *cito, tuto et jucunde*. Las enfermedades agudas demandan medios enérgicos y violentos: las enfermedades crónicas, medios lentos pero perseverantes.

El *método natural* intenta secundar la tendencia hácia una feliz terminación, empleando procedimientos análogos a los que la naturaleza pone en juego. Así a los vómitos y diarreas opone vomitivos y laxantes.

El *método perturbador* es el que, empleando medios enérgicos, suspende, acelera o cambia la marcha ordinaria de la enfermedad. Los agentes físicos muy dolorosos, como el fuego, la electricidad, los cáusticos, los drásticos, los vomitivos, etc., entran como medios utilizados por este método.

El *método racional o dogmático*, establece una correlación antagónica entre el estado morbo-so y el agente terapéutico. Así para la debilidad y la astenia, indica los tónicos y reconstituyentes; para los excitantes, los debilitantes, etc.

El *método empírico* se funda en el resultado de los hechos sin tener en cuenta la individualidad morbosa. Este método individualiza el medicamento para la especie morbosa, suministra los remedios llamados *específicos* cuya multiplicidad desde luego comprueba su ineficacia.

El *método sintético* es el que se opone al estado morbo-so, considerado como una entidad simple con un solo género de tratamiento. Esta concepción de la enfermedad de suyo complexa hace que se le considere como una enti-

dad colectiva, se substituye a una realidad viva una abstracción científica. En contra de esta abstracción se dirige el tratamiento.

El *método analítico* aplica para cada elemento patológico el tratamiento que le conviene, mide el valor respectivo de los elementos y los ataca en el orden de su importancia, de una manera simultánea o sucesiva.

El *método etiológico* se funda en la investigación de las causas reales e inmediatas de las enfermedades. El *sublata causa* es el ideal que persigue este método desde los albores de la medicina sin que haya logrado realizar sus ensueños dorados, porque conocida y eliminada la causa de cualquiera enfermedad, sus efectos seguirán determinado tiempo evolucionando sobre el organismo.

El *método sintomático* se fija principalmente en el síntoma grave para combatirlo. El *método del síntoma* es un recurso triste y precario que pone de manifiesto la impotencia de la medicina.

Todos estos métodos son naturalmente absurdos ante los hechos y los resultados. De todos ellos se vale la Alopática en el tratamiento de las enfermedades. De los restos informes de estos castillos aéreos forjados por la imaginación ha construído la escuela tradicional de medicina el aparente grandioso edificio que es pasmo del vulgo y esperanza jamás cumplida de los enfermos.

El *método homeopático* es el único que puede reputarse como científico porque las reglas a que ajusta sus procedimientos dimanar directamente de principios inmutables que for-

man un cuerpo de doctrina. Estas verdades o principios son las mismas leyes de la naturaleza que inflexible desde el origen de su modo de ser, los mismos átomos congrega para las composiciones como idénticas fuerzas para sus transformaciones.

El médico homeópata, el que se sujeta en todo a los principios de la ciencia de la medicina fundada en el principio universal del *similia* y sus corolarios inmediatos, guía sus pasos por la línea más recta y por lo tanto más corta para llegar al fin que se propone: la curación de los enfermos. El médico es un verdadero sabio porque lee y observa en el grandioso libro de la naturaleza cuyas páginas son estrellas fijas que cintilan en todo lo creado e iluminarán al pequeño mundo que habitamos, con los mismos vívidos reflejos ahora y hasta la consumación de los siglos.

El médico homeópata es el verdadero artista porque imita a la naturaleza y la interpreta, sin copiarla simplemente. *Homo additus naturæ*, como dice Bacón, es decir, el hombre que añade su alma inteligencia a la naturaleza para descubrir sus secretos y publicarlos, para imitar sus bellezas y ponerlas de manifiesto. En este sentido la Homeopatía es *naturista* porque sigue los pasos de la naturaleza, imita sus esfuerzos instintivos que aunque ciegos a la luz de la futilidad del hombre, son destellos de un impulso infinito de ese Dios desconocido que hasta en el mismo Areópago de Atenas se veneraba.

La Homeopatía no es un *método expectante* porque ayuda al organismo con todos los re-

cursos conocidos por la ciencia y arte de curar, aprovechando los últimos adelantos, con la reserva debida y con toda prudencia y siempre ajustándose a los principios que son su norma. Y como la Homeopatía es una verdad absoluta, cualquier descubrimiento, cualquier progreso, sabrá aprovecharlo debidamente sin que pueda ser con mengua de sus principios ni desdoro de su eminente reputación de verdadera ciencia.

El Método de Hahnemann, no es *perturbador* porque ninguno de sus recursos de orden médico exacerba ni excita, sino antes bien, calma y modera los naturales impulsos del organismo en su lucha contra las causas morbosas que lo atacan. La Homeopatía trata a los enfermos con dulzura, con suavidad, con delicadeza; imitando los sentimientos más humanitarios que demandan mayor conmiseración a medida que aumentan las miserias del desvalido.

Este Método no es ni puede ser exclusivamente *etiológico*, porque si bien es cierto que el *sublata causa* es un dorado sueño, la Homeopatía vive de la realidad, y si siempre tiene en cuenta las causas para eliminarlas, más atiende a sus efectos para contrarrestarlos; ya que aquellas, casi son en medicina, seres intangibles e invulnerables. Qué puede hacer la Medicina contra la corriente de aire frío que ocasiona la pulmonía? Cuando más evitar que otra vez repita su efecto morbozo. Ha podido la medicina destruir las bacterias siendo tan conocidas? Ni los moscos que son menos numerosos y más tangibles.

El *Método homeopático* es el más *seguro*, *brevi-*

re y suave que puede conducir al restablecimiento de la salud, porque es verdaderamente científico, porque no tiene ninguno de los inconvenientes de los equivalentes de los métodos antes enunciados y tiene todas las ventajas que pudieran encontrarse en cada uno de ellos y porque sin alterar o excitar el organismo, lo conduce de una manera pronta y suave al restablecimiento de la salud: que es el fin de todo método y conocimiento médico.

La Homeopatía devuelve la salud con mano piadosa y semblante risueño, es el símbolo de la caridad que baja hasta el desvalido sin humillarlo, que le tiende la mano sin ostentación y que no demanda ningún sacrificio en compensación del beneficio que prodiga.

La Homeopatía es luz de verdad, bálsamo de salud y esperanza siempre cumplida de la humanidad que sufre.

A Hahnemann corresponde todo honor por este grandioso descubrimiento, iniciado, desarrollado y concluido por él con la videncia de un genio, con la perseverancia de un apóstol y con el entusiasmo de un verdadero amante de la humanidad.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



APRECIACIONES

sobre la obra de Patología General del Dr. H. G. Pérez,
formuladas por el Dr. Ricardo Varela, Miembro de
la Facultad Homeopática de México y de varias
Agrupaciones Científicas.

Me ha sido conferida, por mi ex-Profesor, amigo y compañero, el Dr. H. G. Pérez, la muy ardua tarea de revisar este libro, formular sobre él mis conceptos personales y decir dos palabras al lector sobre los méritos que encierra. He aceptado, en todo, esta misión, como justo homenaje de estimación y afecto a quien prodigó sus esfuerzos en pro de la enseñanza o fuera de ella en la Escuela Nacional Homeopática, la cuna de mis estudios médicos. A las dos primeras partes de mi tarea, he dado ya, en lo privado, cumplimiento, procurando la mayor eficacia. Me resta, solamente dirigirme al benévolo lector amparando mis palabras en el único prestigio y autoridad que, bondadosamente, han querido darme algunos compañeros y discípulos, guiados unos por su amistad y otros por su gratitud.

Este libro significa el primer esfuerzo hecho en nuestro país para adaptar los conocimientos modernos de Patología General a la Doctrina Homeopática, tal co-

mo se profesaba en los tiempos de Hahnemann, su fundador. Este esfuerzo ha nacido, debemos decirlo con alegría, de uno de los cerebros formados en la Escuela Nacional Homeopática, institución creada en nuestro país para cultivo de esta medicina, siempre vieja y siempre nueva, amada y perseguida con furor, hija del pasado y esperanza del porvenir, que es la Medicina Homeopática, cuyo progreso, hasta aquí solo se ha efectuado a pasos muy lentos, en parte por la carencia de ayuda franca oficial y en parte, también, por la falta de hombres maduros de experiencia y de ciencia que se atrevan a rasgar sus vestiduras arcaicas y sepan presentarla a las generaciones actuales con el ropaje atractivo y el brillo fascinador de la ciencia moderna. El Sr. Pérez sienta un ejemplo digno de imitar por nuestros Profesores de la Facultad. Pérez ha creado su criterio y valientemente lo exhibe ante nuestros partidarios y detractores. ¡Cuántos debían hacer lo mismo y lanzar sus ideas a la publicidad para que la verdad se depurase tras una sana discusión! Sobran las opiniones en Medicina, pero cuántas de ellas, ocultas en traidora emboscada asestan golpes a la verdad, faltas de brillo suficiente para lanzar resplandores que opaquen las radiaciones siempre triunfantes de la verdadera Ciencia!

No es lugar aquí de mostrarme ni partidario ni adversario de las ideas del autor consignadas en determinados capítulos de este libro. He pretendido, sobre todo, hacer resaltar el mérito que encierra como fruto de la inteligencia de un hombre que no esconde sus ideas.

La obra, en lo general, desenvuelve un programa pedagógico que se impone con fuerza cuando se trata de conocimientos abstractos. La marcha expositiva que Pérez ha seguido en la descripción de la enferme-

dad en abstracto abordando desde los cimientos de la definición, estudiando sus causas, síntomas y lesiones y enfrentándose, resueltamente, con la clasificación, conduce a un conocimiento sintético que se puede aplicar después, con fruto, a todas las enfermedades en particular.

El autor ha procurado la concisión en todos los capítulos, consignando nada más que lo indispensable. Así logrará que el estudiante grabe, en su memoria, una huella más honda con nociones de primera importancia, dejando para más tarde la tarea de perfeccionar, con nuevos conocimientos y en libros de mayor cuantía, las ideas adquiridas en estas páginas.

El que se inicia en una ciencia, necesita, primero, abarcarla bajo muy cortos horizontes para comprenderla y por ello es que, manuales como este, son de primera necesidad para la juventud. Los que hemos tenido la pena de engolfar nuestra inteligencia dentro de la abrumadora prolijidad de los grandes tratados no podemos olvidar la confusión que se experimenta después de una fatigosa lectura de muchos meses tras de la cual quedan impresiones esfumadas que se confunden unas con otras y que a veces logramos hacer claras haciendo aquello que deberíamos haber hecho primero, esto es, leer los pequeños tratados.

Para el estudiante y para aquellos profanos de la Medicina Homeopática que quieran encarrilar sus conocimientos de Patología General dentro de las doctrinas sancionadas hasta aquí, por la Homeopatía este libro es una valiosa fuente de información y un guía de considerable utilidad para formar su criterio individual.

No puedo dar fin a estos renglones sin reiterar mi público elogio al Dr. H. G. Pérez por haber sentado ejemplo entre los médicos de nuestra Escuela expo-

niendo su criterio que, unido al de otros, puede servir de base, más tarde, para llevar a cabo el gran fin que la Escuela Nacional Homeopática está llamada a realizar y es: la reconstrucción de la Medicina Homeopática a la luz de la Ciencia Moderna.

México, junio 16 de 1914

Dr. R. Varela.



ERRATAS NOTABLES

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
IX	7	bellocino	vellocino
12	33	carácter	carecer
45	7	al	el
46	27	botriocéfalas	botriocéfalos
66	32	elaborados	elaborados
91	26	venal	renal
96	3	pelisos	peligrosos
104	20	autero	antero
147	31	Fers phospli	Fer. phos.
154	16	demetástasis	de metastasis
159	20	comprendida	comprendidas
159	29	desviacionec	desviaciones
169	7	enferdad	enfermedad
170	7	las	los
177	8	tonicidad	tonicidad
195	26	afecta	afectan
197	29	espesies	especies
197	29	infarecto	infarto
197	19	pongames	pongamos
216	12	aceptado	aceptada
226	19	nasotaxia	nosotaxia
237	30	incidiosas	insidiosas
250	16	precidiendo	presidiendo
253	24	lo	los
254	32	siclo	ciclo
256	14	oxidosas	oxidadas
264	17	vuelva	vuelve
273	2	antender	atender
278	8	terior	terror

INDICE

DE LA PRIMERA PARTE.

Páginas.

Prólogo.. .. .	V
Introducción.	XIII
Hojeada a los Sistemas médicos .. .	XV
Objeto y extensión de la Patología General..	XXIX
División de la Patología General.....	XXXIII

Patología General

PRIMERA PARTE

DE LA ENFERMEDAD

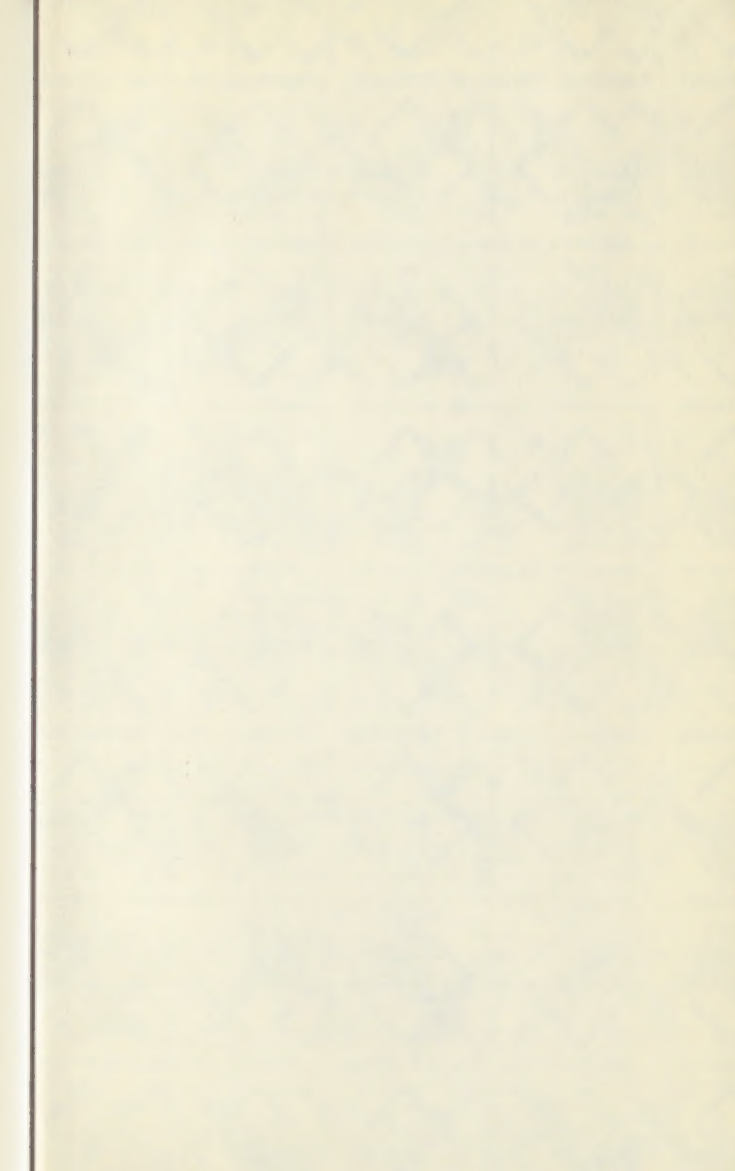
Capítulo I. —Concepto de la Enfermedad.....	1
Capítulo II. —De la Etiología.....	11
§ I.—De la Causa Patológica.....	11
§ II.—Concepto de la Causa Patológica.....	13
§ III.—Influencia de las causas en la especie y el individuo.. .	16
§ IV.—Aptitud morbosa.....	20
§ V.—Clasificación de las causas y de las aptitudes morbosas.....	23
§ VI.—Consideración sobre la acción de las causas.....	27
§ VII.—Unidad de acción del compuesto humano	29
§ VIII.—Causas orgánicas	34
§ IX.—Parasitismo	39
§ X.—Entozoarios	42
§ XI.—Fitoparásitos	57
Capítulo III. —Ezquizoficetos.	61
§ I.—Microbios.....	61
§ II.—Inmunidad natural del organismo .. .	68
§ II (bis).—Microbios y enfermedades.....	80
§ III.—Causas de orden higiénico.	88
Capítulo IV. —Aptitudes morbosas.....	96

	Págs.
§ I.—Variedades orgánicas.....	98
§ II.—Predisposiciones o aptitudes por influencias higiénicas.....	117
§ III.—Aptitudes morbosas por influencia de hábito.....	124
Capítulo V. —De la Patogenia.....	127
Capítulo VI. —Evolución de la enfermedad.....	130
§ I.—Principio y marcha de las enfermedades.....	131
§ II.—Duración de las enfermedades.....	143
§ III.—Terminación de las enfermedades.....	151
Capítulo VII. —De la Nosografía.....	158
§ I.—De los síntomas.....	159
§ II.—Métodos empleados en la Nosografía.....	161
§ III.—Determinación de las especies morbosas.....	163
§ IV.—Semeiótica.....	170
Capítulo VIII. —Anatomía Patológica.....	173
§ I.—Necropsia y Microscopia.....	176
§ II.—Clasificación de las lesiones histológicas.....	178
§ III.—Productos morbosos.....	183
§ IV.—Revista de lesiones anatómicas.....	186
Capítulo IX. —De la Nosotaxia.....	190
§ I.—Estado actual de la Nosotaxia.....	190
§ II.—Nosotaxia ante el criterio homeopático.....	198
§ III.—Bases de una verdadera clasificación.....	201
Capítulo X. —Individualidad morbosa.....	211
Capítulo XI. —Nomenclatura y definición de las enfermedades.....	212
§ I.—Nomenclatura.....	212
§ II.—Definición de las enfermedades.....	216
Capítulo XII. —Clínica Patológica.....	222
Capítulo XIII. —Diagnóstico Patológico.....	227
Capítulo XIV. —El pronóstico.....	235
Capítulo XV. —Terapia.....	238
§ I.—Experimentación de los medicamentos.....	239
§ II.—Bases de una Terapéutica científica.....	246
§ III.—La Naturaleza y la Medicina.....	249
§ IV.—La Homeopatía.....	253
§ V.—Dosificación de los medicamentos.....	255
§ VI.—Profilaxia.....	266
§ VII.—Paliativos.....	270
§ VIII.—Medios curativos.....	276
§ IX.—Métodos terapéuticos.....	279
Opinión del Dr. Varela sobre el presente trabajo.....	287

12

4473







QZ 4 P438c 1914

12531070R



NLM 05087915 6

NATIONAL LIBRARY OF MEDICINE